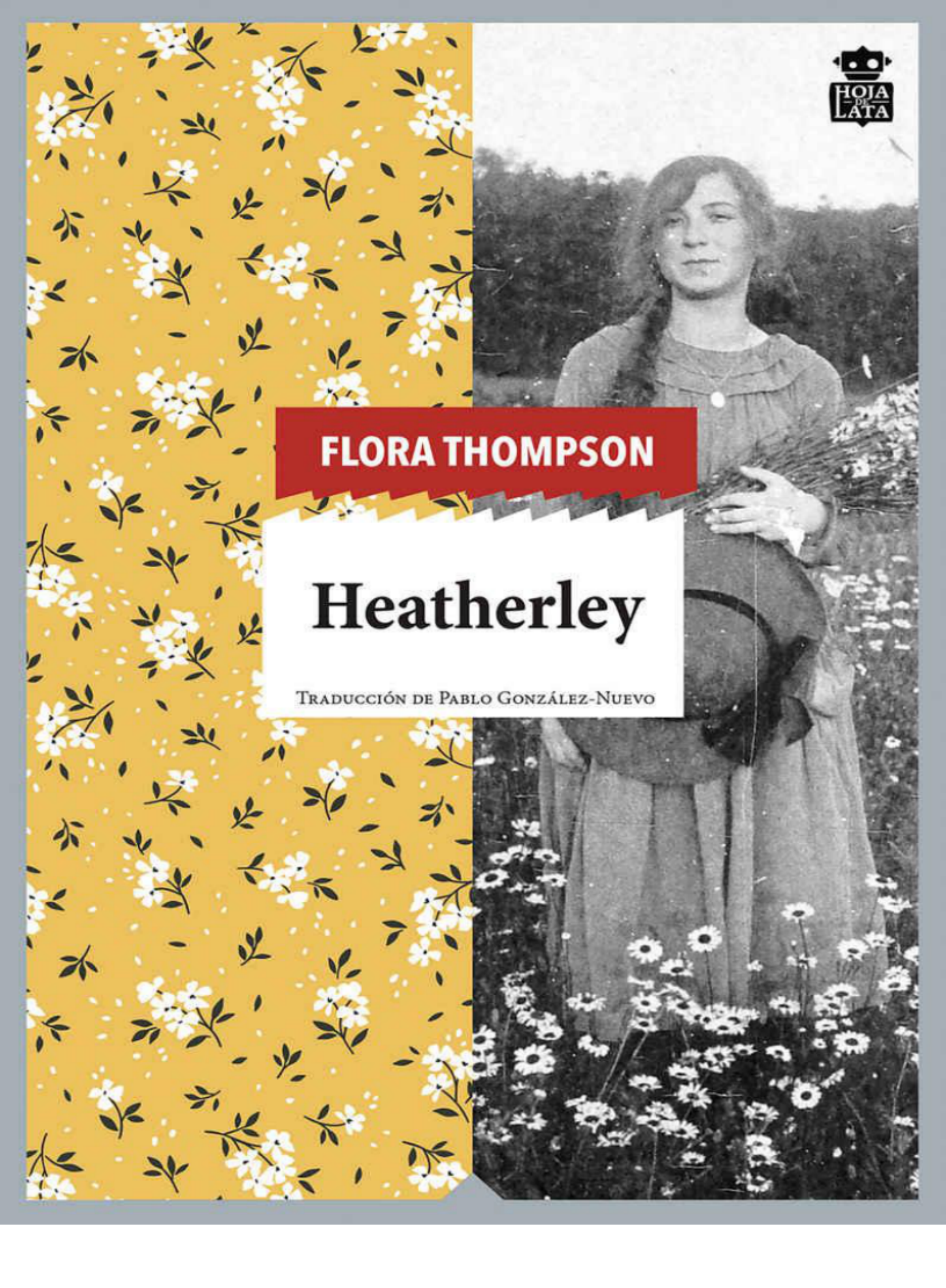

HOJA DE LATA
FLORA THOMPSON
Heatherley
Traducción de Pablo González-Nuevo

HEATHERLEY


colección
SENSIBLES
A LAS LETRAS

FLORA THOMPSON

HEATHERLEY

TRADUCCIÓN DE PABLO GONZÁLEZ-NUEVO



Sensibles a las Letras, 75

Título original: *Heatherley*, 1944
Primera edición en Hoja de Lata: octubre del 2021

Hoja de Lata Editorial S. L.
Avda. Galicia, 21, 4.º E, 33212 Xixón, Asturies [España]
info@hojadelata.net / www.hojadelata.net

Diseño de la colección: Trabayadores culturales Glayíu
Corrección: Tania Galán Álvarez

ISBN: 978-84-18918-19-3
Producción del ePub: booqlab

ÍNDICE

Laura se aleja

Una cálida tarde de septiembre de las postrimerías del siglo pasado, una muchacha de unos veinte años atravesaba sin saberlo los límites de Hampshire desde uno de sus condados limítrofes. Llevaba un vestido de lana de color marrón, una capa hasta la cintura del mismo tejido y un gorro de piel de castor adornado con dos pequeñas plumas de avestruz colocadas a ambos lados de su cabeza como signos de interrogación. Este atuendo, que sin duda resultaría horrendo desde el punto de vista moderno, le había proporcionado un gran apoyo moral durante su viaje en tren. La falda, cortada lo estrictamente necesario para evitar el contacto con el suelo y la necesidad de sujetarla salvo en los días lluviosos, era, tal y como la modista le había asegurado, lo último en ropa para el campo. El sombrero lo había comprado esa mañana al pasar por Londres. Le había costado nueve chelines, once peniques y tres fártings de la libra que había reservado para gastos hasta cobrar el primer salario en su nuevo puesto, pero no se arrepentía de la extravagancia, pues hacía juego con su pelo y sus ojos marrones, y además la ayudaría, o eso esperaba, a causar buena impresión al llegar al final de su viaje. «Una buena primera impresión supone la mitad de la batalla», solían decirle cuando era niña, y hoy tenía muy buenas razones para causar una impresión positiva, pues en los últimos tiempos había tenido que conformarse cubriendo breves periodos vacacionales en distintas oficinas de correos y albergaba la esperanza de que este nuevo puesto llegara a ser permanente. Algunos vecinos de su aldea empezaban a considerarla un culo de mal asiento, y esa clase de gente no era bien vista por los habitantes de la campiña en aquella época. El argumento de que trabajar en una de las oficinas de correos más grandes, aunque fuera por un breve periodo de tiempo, suponía una valiosa experiencia laboral no había convencido a sus padres, pues a su modo de ver la experiencia era algo que se obtenía de forma natural, no algo que había que buscar. Preferían la

estabilidad y la seguridad.

Pero en aquellos momentos Laura no era consciente de su apariencia y había dejado de preocuparse por la impresión que iba a causar. Incluso el desconcierto al descubrir que nadie había ido a buscarla a la estación —quizá por un error suyo— se le había olvidado en cuestión de minutos, pues enseguida había dejado atrás el sombrío camino que salía del pueblecito en la vaguada para llegar a campo abierto, donde por primera vez en su vida vio los brezales en plena floración. Reconoció inmediatamente las flores por las miles de descripciones que había leído sobre ellas y el lugar donde crecían —siempre al norte del Támesis, o eso creía Laura—, y desde su más temprana infancia había conservado la imagen de las colinas cubiertas de brezo y los páramos de las novelas y poemas de Walter Scott. Comparada con aquella vívida realidad, su idea preconcebida resultaba burda y fría.

De un color violeta pálido, como las flores de un ciruelo, el brezo se extendía bajo la luz del sol entre los tonos dorados del tojo tardío. Pequeños y esbeltos abedules se erguían aquí y allá amarilleando entre helechos y serbales salpicados de bayas rojas. El polvoriento camino blanco por el que había llegado hasta allí estaba desierto y solo se escuchaba el zumbido de las abejas entre las flores y los lastimeros quejidos de una bandada de pardillos que revoloteaban de arbusto en arbusto. Desde donde estaba pudo ver a lo lejos, en el horizonte, una larga y ondulante hilera de colinas de un azul tenue que, a ella que procedía de una tierra de llanuras y campos de cultivo, le parecieron montañas. El aroma del brezo y los pinos inundaba el aire, que tenía el dulzor propio del vino y resultaba curiosamente excitante para alguien que se había criado en el ambiente húmedo, denso y cargado de polen de los condados agrícolas. Permaneció en el borde del campo tanto tiempo como consideró prudente, respirando profundamente y contemplando la escena con la satisfacción propia de un descubridor. Después, embargada por una insólita sensación de ligereza, continuó caminando colina arriba hacia el conjunto de tejados rojos que pronto aparecieron entre las copas de los pinos.

Heatherley, como descubrió después, no era en absoluto un pueblo en el sentido estricto de la palabra, sino poco más que un asentamiento de creación reciente que consistía en un par de caminos bordeados de tiendas, una posada de nueva construcción con un artístico letrero y varias casas y chalés modernos, muchos de los cuales tenían en sus ventanas carteles de «Se alquilan habitaciones». Desde que un famoso científico descubriera las virtudes del aire de los

páramos y un artista de la Royal Academy inmortalizara el escenario en algunos de sus cuadros, el lugar había nacido para atender las necesidades de los residentes de las grandes casas y los huéspedes de los hoteles que habían ido brotando en torno a los hitos paisajísticos más estimados en un radio de varios kilómetros. Había otros asentamientos similares en el municipio, pero hasta el momento ninguno de ellos disponía de oficina de telégrafos. De modo que, aunque en el futuro llegaría a ser desbancado, Heatherley era y seguiría siendo durante unos pocos años el principal centro postal.

La oficina de correos de Heatherley se encontraba en un bonito edificio de azulejo rojo con grandes aleros de madera y un escaparate donde se exhibían artículos elaborados en piel, como agendas y neceseres, biblias y libros de salmos, carteras y marcos fotográficos. Junto a la puerta había una vitrina con tarjetas postales de paisajes locales. En aquella época aún no se imprimía ninguna otra clase de ilustraciones. Los retratos de actrices de comedias musicales, que pronto se pondrían de moda, eran inimaginables. Y todavía faltaba mucho tiempo para que se popularizaran las viñetas cómicas a todo color. No obstante, el moderno toque publicitario ya estaba presente en muchas de ellas con leyendas como «La Suiza inglesa», que acompañaban a las fotografías de panoramas reseñables de la zona. Eran las típicas vistas de los páramos ingleses, hermosos en su pequeña escala, pero en absoluto comparables con la grandeza alpina; por lo que el nombre probablemente había sido idea de alguna lumbrera local ansiosa por explotar la belleza de la región. En ciertos ambientes solían referirse a la conocida colina más cercana a Heatherley como el Pequeño Parnaso, por la cantidad de poetas y escritores que frecuentaban sus laderas. Pero aquella tarde Laura no se detuvo a contemplar las vistas impresas en las postales ni a leer sus pies de foto. Abrió tímidamente la puerta y se presentó.

Puesto que no era fácil encontrar un alojamiento humilde, había acordado con la administración que, hasta que dispusiera de su propia habitación en el pueblo, viviría con la familia del director de correos. De modo que en cuanto entró la acompañaron a la sala de estar de la parte trasera de la oficina y la dejaron en manos de la esposa de su nuevo jefe. La habitación era muy diferente de todas las que había conocido a lo largo de los últimos años. No era la típica sala de una trastienda con su aparador para exhibir la plata, el suelo de linóleo y fotografías enmarcadas en las paredes, sino la morada de gente, al parecer, algo más refinada. Y sin embargo a Laura le pareció, no en aquel momento sino un poco después, que había algo extraño y

sombrío, incluso siniestro, en aquella estancia. La única ventana, quizá porque estaba situada en un lateral de la casa, en paralelo a la cual discurría un sendero hacia la parte trasera del edificio, había sido reforzada con una mampara de vidrio pintado a través de la que se filtraba una luz tenue y coloreada. Una enorme vitrina de madera de roble profusamente labrada, cuya forma recordaba a los armarios de los juzgados de la época jacobina, ocupaba prácticamente toda la pared del otro lado, y había numerosos muebles de menor tamaño y características semejantes. Más tarde supo que la mayoría de ellos habían sido elaborados y tallados personalmente por el que sería su patrón, que se dedicaba al negocio de la fabricación de muebles y tenía su taller en algún lugar de la parte trasera de la casa. Las paredes de la habitación estaban pintadas de un sencillo verde salvia y el único cuadro a la vista era una reproducción firmada de la obra de un artista local.

Todo aquello despertó su curiosidad, pero Laura solo tuvo tiempo de echar una apresurada mirada a su alrededor, pues naturalmente lo correcto era prestar toda su atención a la esposa del director. La señora Hertford era una mujer tan inusual para su época y su posición como lo era su salón. Era alta, delgada y marchita, de hombros caídos, rostro muy pálido y lacio cabello de un rubio apagado cuyo recogido le ocultaba parcialmente las orejas. Se encontraba en los últimos meses del embarazo y llevaba un largo vestido verde con las hombreras adornadas con numerosos bordados. Tenía una voz melancólica y se movía de forma pausada y silenciosa. Laura pensó que su rostro era el más triste que había visto jamás.

La acompañaban dos niños. El primero era un chiquillo muy parecido a su madre y vestido con un trajecito que podría haber sido confeccionado con la misma tela que el de ella. Se mostró muy educado, aunque demasiado silencioso y serio para su edad, y Laura pensó que había estado llorando. Tanto la madre como el niño parecían vegetales o flores que hubieran sido criados en la oscuridad, lejos del sol. La bebé, que acababa de despertar de su siesta vespertina, era una niña preciosa con las mejillas del color de las rosas silvestres, ojos oscuros y un bonito pelo ensortijado. Aún conservaba el calor de la cuna y estaba llena de vida y reía sin parar. Cuando la recién llegada la cogió en brazos y la sentó en sus rodillas la pequeña la abrazó inesperadamente agarrándose a su cuello y la besó. Su cálida bienvenida reconfortó a Laura, que no dejaba de percibir la inexplicable tensión que imperaba en la estancia.

Cuando la señora Hertford supo que Laura había llegado

caminando desde la estación pareció al mismo tiempo sorprendida y algo turbada. Su marido, explicó, tenía intención de ir a recibirla en su cochecito de tiro. ¿Estaba segura de no haber visto el carro de color marrón, con un poni blanco y negro? Laura respondió que estaba muy segura y no le dio importancia a que no fueran a recibirla. Había dejado su arcón en la consigna de la estación y había disfrutado mucho del paseo. No se lo habría perdido por nada del mundo. Entonces el niño pequeño, Cecil, regresó después de hacer un encargo de su madre y dijo que Miffy, el poni, estaba fuera, en el corral, y que William le había dicho que papá se había marchado después de cenar, no sabía adónde, y tampoco había comentado nada de recoger a la muchacha; a lo que su madre respondió que sin duda el señor Hertford debía haberlo olvidado —era muy olvidadizo a veces— y le propuso a Laura ir a ver su habitación.

Más tarde, en la oficina de correos, Laura conoció a la ayudante cuyo puesto iba a ocupar. La señorita Smithers era una mujer de cuarenta años que tiempo atrás había trabajado en la Oficina Central de Telégrafos de Londres y había sido retirada del servicio con una pequeña pensión tras sufrir una crisis nerviosa. A juzgar por sus frecuentes tics y la tensa y ausente expresión de su cara, cualquiera habría dicho que estaba al borde de un nuevo colapso. Se marchaba de Heatherley a la mañana siguiente y William, el chico para todo, se encargaría de llevarla en el coche a la estación, pero no sin contarle a Laura que el hogar que estaba a punto de abandonar distaba mucho de ser feliz. El señor y la señora Hertford tenían terribles peleas. Habían tenido una no haría más de dos horas, lo que explicaba que nadie hubiera ido a buscarla y el tenso ambiente que la aguardaba a su llegada.

—Pero no me pregunte el porqué —añadió—. Nunca he sido capaz de encontrar el menor sentido o motivo para sus disputas. Supongo que todo se debe a que ella es incapaz de controlarlo. Por lo general, en esos casos, la culpa es de la esposa. En lo demás no tengo nada que objetar, son bastante dignos para ser gente de campo y dudo que sus discusiones le vayan a afectar a usted tanto como a mí. Soy sensible por naturaleza. Y no hay nada que hacer al respecto.

Laura sería la nueva «encargada de la oficina». Es decir, se ocuparía de llevar a cabo, con la colaboración de una ayudante, todas las labores relacionadas con el correo y el telégrafo y haría a diario las cuentas, que debían ser firmadas por el director, que era el responsable de la entidad ante las autoridades. Aparte de garantizar la eficiencia del trabajo y de custodiar el dinero y otros artículos de

valor, el señor Hertford tenía poco que hacer en la oficina. Pero no era ningún explotador. La administración conocía su manera de trabajar y no tenía nada que objetar al respecto, y después de haber pagado los salarios de sus ayudantes, de sus propios ingresos, solo le quedaba un pequeño margen a modo de recompensa por sus responsabilidades y, claro está, para pagar la renta. La oficina de correos no era más que una actividad complementaria de la principal fuente de ingresos que suponía su propio negocio.

La ayudante de Laura, Alma Steadman, era una bonita muchacha de dieciocho años que vivía en el pueblo, de ojos azules y dulce temperamento. Una de las responsabilidades de Laura fue enseñar a Alma a manejar el telégrafo de una sola aguja que había sido instalado recientemente en la oficina. Era un pequeño armarito con un ventanuco que habían colocado en un corto pasillo situado entre la oficina abierta al público y la sala de estar. Su manejo consistía en teclear las letras de los mensajes salientes en código Morse y recibir los entrantes observando —o leyendo por sonido, según la habilidad del operador— la aguja montada en un dial verde que se movía a izquierda o derecha sobre dos sondas sonoras de metal. La aguja en movimiento emitía un bonito tintineo musical que debía ser escuchado e interpretado, por aquellos preparados para hacerlo, a cierta distancia del aparato. La vida de Laura en Heatherley transcurriría al ritmo de ese melódico tintineo, y años después su mera mención o el recuerdo del lugar le hacía volver a escucharlo al instante, oler el aroma del brezo, la turba y los pinos y contemplar de nuevo las luchas e inquietudes de todas aquellas vidas que durante una época se mezclaron con la suya.

Hace mucho tiempo que el viejo instrumento de una sola aguja desapareció de las oficinas de correos dejando espacio a otros inventos de mayor eficacia y más sencillo manejo. Sin embargo, durante la estancia de Laura en Heatherley, era un símbolo de progreso y todo aquel que conocía sus misterios era considerado un trabajador eficiente y perfectamente preparado. Tras la marcha de la señorita Smithers, la única que sabía manejarlo en el pueblo era Laura, y hasta que Alma fue lo bastante competente para hacerlo sola, su jornada de trabajo era de doce horas diarias, sin la posibilidad de disfrutar del medio día de descanso semanal y con dos horas de servicio los domingos por la mañana. Habían acordado que en cuanto Alma estuviera cualificada y pudiera quedarse sola ante el aparato ambas se turnarían para finalizar su jornada a las seis.

La noche de la llegada de Laura, poco antes del cierre de la oficina,

apareció el señor Hertford. Ella no lo había oído entrar, pues llevaba zapatos de suela blanda que no hacían ruido, y al dar media vuelta se encontró con él de pie a su espalda. Era un hombre moreno y delgado de unos cuarenta y cinco años que podría haber resultado atractivo de no ser por el peculiar tono de su tez, de un feo color oscuro entre el malva y el gris, y el extraño y salvaje brillo de sus ojos. Reírse en silencio era una de sus costumbres. Era serio por naturaleza y raramente sonreía, pero cuando algo despertaba su peculiar sentido del humor echaba la cabeza hacia atrás y reía sin emitir un solo sonido. Otro inquietante hábito suyo era citar en susurros fragmentos de la Biblia o versos de poetas. «Mía es la venganza…» o «Ser o no ser…», cuchicheaba sin motivo aparente al coger su pluma para firmar las cuentas del día o incluso sentado a la mesa con su familia.

Sin embargo, a pesar de estas y otras peculiaridades, a Laura le agradaba el señor Hertford en muchos aspectos. Esa noche le dio la bienvenida cordialmente y enseguida demostró ser un hombre razonable en sus relaciones comerciales y experto en lo concerniente a su negocio. Mientras duró su trato con Laura tuvo un notable éxito con la fabricación de muebles, que sus clientes de temperamento artístico diseñaban para sus hogares. También había tallado y reparado diversos elementos de la ebanistería de una capilla privada en casa de un residente católico del pueblo. Construyó y adaptó las estanterías para el estudio de la casa de verano de un poeta y enmarcó cuadros para la galería de un miembro de la Royal Academy. No participaba en los asuntos locales y raras veces se relacionaba con los clientes habituales de la oficina, muchos de los cuales pensaban que Laura era la directora y como tal se dirigían a ella. No obstante, el director disponía de un mostrador reservado para recibir a los clientes de su propio negocio, y resultaba evidente por la naturaleza de sus entrevistas que estos tenían buena opinión de su talento y sus gustos. Se dio, por ejemplo, el caso de un galerista que, viéndose obligado a acatar la normativa vigente, necesitaba cierta cantidad de marcos dorados para exhibir una serie de dibujos en blanco y negro —marcos que no le servirían para nada una vez concluida la muestra—. El señor Hertford le sugirió utilizar marcos de ébano, pues a simple vista parecían ligeramente dorados y más tarde podría lijarlos para recuperar el color original de la madera. Durante estas entrevistas no siseaba ninguno de sus versos ni reía en silencio. Se mostraba tranquilo y solícito, pero no demasiado solícito, ya que después de todo era un maestro artesano discutiendo su trabajo con un cliente.

Había leído mucho y conocido mundo. Cumplidos los veinte había

pasado muchos años en Australia y durante sus idas y venidas había aprovechado la oportunidad para explorar aquellos puertos del Mediterráneo donde estaba permitido desembarcar. Era todo un maestro en el arte del debate y oírlo discutir sobre política y teología con su hermano, que vivía cerca, fue toda una revelación para alguien que, como Laura, había aglutinado sus escasos conocimientos sobre el mundo real casi exclusivamente a través de los libros. En esas ocasiones su rostro se iluminaba de entusiasmo y abandonaba su entonación habitual para expresarse con diáfana convicción.

En materia de fe, su hermano era inconformista y acudía devotamente a la capilla de su comunidad. El señor Hertford, por su parte, no aparecía por la iglesia ni por capilla alguna y, a juzgar por las opiniones que manifestaba en conversaciones ordinarias, era más bien escéptico. No obstante, durante los mencionados debates, defendía con vehemencia la necesidad de una sólida curia formada por sacerdotes, obispos y arzobispos, mientras que su hermano abogaba sin concesiones por el autogobierno de las congregaciones. Intercambiaban palabras como «sacerdotalismo» y «jerarquía» y a menudo sus ánimos se exaltaban de tal modo que el hermano se levantaba y abandonaba la casa sin dar las buenas noches. Pero en su siguiente encuentro volvían a empezar como si nada hubiera ocurrido.

Durante estas discusiones, la señora Hertford permanecía sentada sin decir palabra en un sillón, cosiendo junto a la chimenea mientras mechones de su pálido cabello caían desordenadamente sobre su labor. Le agradaba ver a su marido ocupado y concentrado, pero a ella no le preocupaban esa clase de cuestiones. Su pasión era la música y en sus escasas horas de paz doméstica solía cantar o tararear arias de ópera y hablaba de tiempos anteriores a su matrimonio, cuando había tenido ocasión de escuchar a tal o cual cantante o pianista famoso, o recordaba las veladas musicales en la casa donde había trabajado como gobernanta, en una época en que sus servicios de acompañante estaban muy solicitados. Se veía obligada, por tanto, a vivir de esos recuerdos, pues no tenía piano propio. Y solo en una ocasión mientras Laura la conoció salió de su casa para escuchar música.

Aquello sucedió durante una serie de conciertos de música de cámara que tuvieron lugar en el por aquel entonces recientemente construido salón de actos de la localidad más cercana. En la oficina de correos se vendían entradas y había un programa de las actuaciones, por lo que la organización había tenido el gesto de enviar al director un abono de dos guineas para asistir a varios de los eventos a modo de agradecimiento.

La señora Hertford salía tan poco —y cuando lo hacía no llegaba a ausentarse más de una hora— que su asistencia al recital causó cierto revuelo en la casa. Alma se había ofrecido voluntaria para preparar el té y cuidar de los niños, por lo que sin su ayuda Laura estaría especialmente ocupada en la oficina de correos. La señora Hertford se había preparado especialmente para la ocasión y estaba elegante vestida de negro con toques de amarillo, y el cabello pálido cubierto por un sombrerito de encaje negro adornado con ramilletes de prímulas artificiales. Todos, excepto su marido, se acercaron a las ventanas o a la puerta para verla marchar. Alma sostenía en sus brazos al nuevo bebé, y su madre parecía muy feliz y animada cuando se giró ligeramente al llegar a la esquina para sonreír y devolverles el saludo. Regresó a casa exultante, con el corazón henchido por la música que acababa de escuchar, en especial la interpretación al piano de la señorita Fanny Davies. Sin embargo, esa misma noche su marido tuvo uno de sus más feroces estallidos de mal humor y ella se fue a la cama llorando. El abono de la oficina de correos no volvió a utilizarse durante el resto del ciclo de conciertos.

Laura nunca había presenciado el comienzo de uno de esos enfrentamientos domésticos y durante algún tiempo sus causas, reales o imaginarias, constituyeron para ella un misterio. Durante la comida todo parecía ir bien entre ellos. Entonces, antes de la hora del té y mientras trabajaba apaciblemente con el telégrafo, desde donde era inevitable escuchar la mayor parte de lo que sucedía en la sala de estar, llegaban a sus oídos los insultos que profería una de las partes y las desconsoladas lágrimas de la otra. Cuando su marido lo permitía, la señora Hertford le atendía con la actitud servil de una esclava, y cuando sus estallidos de furia por fin se apaciguaban ella no parecía sentir el menor resentimiento, tan solo un patético deseo de hacer las paces lo antes posible. Y en efecto, una frágil tregua reinaba fugazmente entre ellos, aunque raras veces duraba más de una o dos semanas. A medida que pasaba el tiempo, Laura casi llegó a acostumbrarse a entrar a comer para encontrarse la mesa sin el mantel puesto y al señor Hertford sentado a solas junto a la chimenea con aire sombrío, después de que su mujer se encerrara con los niños en el dormitorio. Tras lo cual, durante varios días, el señor y la señora Hertford evitaban comunicarse directamente en la mesa y cuando querían decirse algo se dirigían a Laura, con la que ambos seguían llevándose bien. Cada pocas semanas aparecía en casa una nueva doncella para ayudar a la señora Hertford con los niños y con las tareas domésticas, pero ninguna duraba más de un mes. Algunas

apenas un día o dos. Después de alguno de los arrebatos del señor Hertford, la madre de la muchacha en cuestión se presentaba para dejar claro que no iba a permitir que atemorizaran a su hija con esa clase de disputas y acto seguido se marchaba con sus pertenencias en un fardo bajo un brazo y la otra mano sosteniendo con firmeza y ternura la de la muchacha, que por lo general iba llorando.

La única persona que ayudó a Laura a hacer más tolerables aquellos primeros tiempos en Heatherley fue su ayudante en la oficina, Alma Steadman. Era una muchacha bajita y de constitución bastante robusta, con un bonito pelo castaño oscuro y grandes ojos azules. «La muchacha menuda de ojos azules», era la descripción que daban los clientes que deseaban hablar con ella pero no sabían su nombre. Aunque su aspecto era el típico de muchas chicas de la campiña, su carácter no era nada común. Era buena y sincera y, aunque hasta el momento había vivido completamente protegida del mundo y sus problemas, no era ninguna ingenua. Dotada de un buen gusto innato y un gran sentido del humor, era una de esas raras personas capaces de vivir felices y satisfechas con lo que tienen sin desear ningún cambio en su vida. La tempestuosa convivencia de los Hertford le afectaba incluso menos que a Laura. Para empezar, estaba menos expuesta a sus discusiones, y por otra parte se negaba a creer que fueran causadas por nada más grave que una acusada incompatibilidad de caracteres. Las parejas casadas, aseguraba, suelen tener esa clase de desencuentros. Y aunque Laura seguía convencida de que el motivo de las disputas de los Hertford obedecía a algo más grave que simples desacuerdos matrimoniales, al menos durante un tiempo se sintió más tranquila y reconfortada.

Pero lo que a Laura más le gustaba de Alma era su afición por la lectura, y en especial por la poesía. No tanto por la obra de los grandes poetas o por poetas menores de fuerte personalidad como por cosas más pequeñas y exquisitas con un toque de magia o fantasía. Recitaba de memoria *El mercado de los duendes* de Christina Rossetti, *El tritón abandonado* de Matthew Arnold o *La belle dame sans merci* de Keats. Rossetti era su poetisa favorita y gracias a ella oyó hablar Laura por primera vez de la obra de Coventry Patmore. A Alma parecía gustarle todo lo pequeño y exquisito. Las violetas y las campanillas de invierno eran sus flores favoritas y prefería encontrar un umbrío rincón del bosque cubierto de musgo donde las primaveras crecen sobre la nudosa corteza de un árbol a contemplar un vasto paisaje donde el brezo púrpura se extiende hasta el horizonte en toda su gloria. A veces se enzarzaban en pequeñas disputas sobre sus

preferencias y en una ocasión Laura escribió para ella un pequeño poema que comenzaba así:

Tú hablas de primaveras en ramilletes fragantes [y hermosos,
de prímulas y cardaminas cuyo aroma inunda los prados [rumorosos,
pero yo el brezo prefiero,
el brezo con olor a miel,
el resplandeciente brezo gitano,
¡esa es la flor que yo quiero!

Aunque el buen gusto de Alma era innato, no por ello había dejado de cultivarlo. Ella, sin embargo, no se había visto obligada a llevar a cabo sus propios descubrimientos en literatura como había hecho Laura. Su padre era jardinero y la señora para la que trabajaba impartía una clase los domingos por la tarde y realizaba lecturas de poesía para un selecto grupo de chicas del que Alma formaba parte. Entre ellas estaban también dos sobrinas de la señora, su doncella, la encargada de la lavandería y una profesora en prácticas de la escuela del pueblo. Cada semana la señora Camden leía un poema escogido personalmente del cual comentaba los aspectos más bellos e interesantes y que las chicas debían aprender de memoria para recitarlo el domingo siguiente. De ese modo pretendía moldear su gusto y sin duda en el caso de Alma el plan funcionó a la perfección. El único inconveniente que Laura veía en dicho plan era que había limitado bastante las posibilidades de su alumna. Alma había asimilado de tal manera los gustos de la señora Camden que ya no tenía el menor interés en aventurarse más allá y no confiaba en absoluto en su propia opinión. Contaba con la ventaja de saber con buen criterio qué libros y poemas merecían su amor y respeto, pero de ese modo nunca llegaría a experimentar la emoción que Laura sentía al descubrir algún libro o poema que despertaba su admiración y averiguar más tarde que era considerado una obra maestra.

Alma era alegre y optimista por naturaleza. Las desgracias, injusticias y desigualdades de la vida humana no se cernían sobre ella como una oscura nube en el horizonte. Cuando se enteraba del infortunio de alguna persona se apenaba sinceramente y hacía todo lo posible por ayudar o consolar a los afectados. Sin embargo, esos eran para ella casos aislados, no indicios de que el mundo no funcionaba del todo bien. Laura, por otro lado, tenía tendencia, como solía decirle la gente, a ver el lado oscuro de la vida. En aquellos años había estallado la guerra de los Bóers y ella no podía evitar imaginar las

escenas de sufrimiento que tendrían lugar en aquellos campos de batalla —en los que, no obstante y según muchos de los que la rodeaban, pronto alcanzarían la victoria— y apenarse pensando en los hogares destrozados del enemigo o en las mujeres de los bóers encerradas en campos de concentración y llorando a sus muertos o angustiadas pensando en el destino de los que aún vivían, igual que las mujeres británicas lloraban y se angustiaban por los suyos. Y lo cierto es que sufría profundamente pensando en su hermano que estaba allí con su regimiento, en especial cuando transcurrían meses sin que ni ella ni su familia recibieran una carta suya.

Cuando Alma la encontraba «melancólica», como ella misma solía decir, trataba de animarla de la manera más encantadora e inocente, que a menudo resultaba simple hasta la estupidez, hasta que conseguía robarle una sonrisa. Mientras ordenaba el correo nocturno leía en voz alta las direcciones de las cartas pronunciándolas de forma grotesca —Swanage… *Swanaggie*, Metropole… *Metropoly*, Leicester… *Lycester*, etcétera—; escondía el anillo de Laura, que solía quitarse para lavarse las manos, o encerraba al gato de la oficina en la consigna del correo certificado y fingía que era un tigre en una jaula. Un día apareció con una mosca muerta en la palma de la mano y se la enseñó a Laura con gesto serio diciendo: «¿No era este el moscón que te atosigaba?».

Tras conocer a Alma, Laura creyó durante un tiempo que al fin había encontrado aquello que aún no tenía, una verdadera amiga de su mismo sexo y edad. Sin embargo, nunca llegaron a ser íntimas. Alma vivía en el pueblo y allí tenía sus intereses y amistades de siempre. Además, pasaba gran parte del tiempo libre con el muchacho que después sería su marido. De modo que su vida ya estaba completa. No obstante, mantuvieron la buena relación que había nacido entre ambas desde que se conocieron, y cuando años después Laura recordaba aquellos tiempos sentía que le debía mucho a su dulce y saludable influencia.

A pesar de la compañía de Alma, con quien pasaba varias horas al día, y la de los nuevos amigos que iría conociendo, Laura se encontraba en una posición incómoda, pues las semanas transcurrían y seguía sin encontrar una habitación en el pueblo, por lo que en numerosas ocasiones estuvo a punto de presentar su renuncia para buscar un puesto más agradable en otro lugar. Pero lo cierto es que al final pasaba muy pocas horas en compañía de los Hertford. Estaba más que satisfecha con su trabajo en la oficina, pues disfrutaba del ajetreo y el estímulo que suponía tener muchas cosas que hacer. La

nueva clientela era interesante y en su tiempo libre, mientras duraba la luz del día, tenía a su alcance un paisaje completamente nuevo y emocionante que explorar. Y lo cierto es que carecía del dinero necesario para volver a mudarse. Estaba segura de que su madre habría movido cielo y tierra con tal de ayudarla de haber conocido sus circunstancias, pero hacerlo habría supuesto para ella un enorme sacrificio. Y aunque tenía otros parientes que lo habrían hecho gustosos, el horror que le habían inculcado desde niña a pedir prestado le impidió recurrir a ellos.

De modo que se quedó en Heatherley y allí tuvo todo tipo de experiencias, agradables y desagradables. «Si los diecinueve son malos, peores son los veintiuno», decía un viejo refrán de la región donde nació. Un autor contemporáneo se había referido a ese periodo vital como «la Calle Siniestra». A pesar de todo, la calle siniestra de Laura no lo fue tanto. Pero de todas formas tuvo que recorrerla de principio a fin y el destino quiso que lo hiciera en Heatherley.

GENTES DEL LUGAR

Durante sus primeros tiempos en Heatherley, Laura sentía de cuando en cuando que se había extraviado en un mundo completamente nuevo. Uno más próspero y cómodo, más sofisticado y en muchos aspectos mejor comunicado e informado, pero también menos amable, sólido y estable que el que ella había conocido al nacer. Esa impresión se podía achacar en parte a las constantes idas y venidas de visitantes y turistas que por allí pasaban con un ánimo estrictamente vacacional, pero también a que en ese nuevo municipio pocos de los que allí vivían lo habían hecho desde su nacimiento o desde que eran niños. Algunos comerciantes, hombres casados con familia, todavía se referían a Birmingham, Londres o Shropshire como su hogar. Los dos médicos de Heatherley eran nuevos en el pueblo, igual que lo era el párroco, pues la iglesia era de construcción reciente. La mayoría de los trabajadores se habían instalado allí para ganarse la vida, igual que Laura, y ninguno de ellos había tenido tiempo de echar raíces aunque hubieran tenido intención de hacerlo.

Pero esas sensaciones no eran suscitadas únicamente por el lugar. Los tiempos estaban cambiando y la gente cambiaba con ellos. Laura se había perdido varias etapas de dicha transformación. En los condados agrícolas como su lugar de nacimiento la gente continuaba siendo en lo esencial igual que cuando ella era niña. Los que habían nacido en el campo, con muy pocas excepciones, vivían y morían en el mismo lugar. Las nuevas ideas tardaban en alcanzarlos y con frecuencia eran mal recibidas cuando al fin llegaban. Los viejos nombres familiares sobrevivían generación tras generación en las aldeas. Y los mismos campos, con sus cultivos anuales, contribuían a reforzar ese sentimiento de continuidad.

Al romper con su propio pasado personal y asentarse en un lugar sin tradiciones, los habitantes de Heatherley parecían vivir estrictamente en el presente. El pasado, y en especial todo lo

relacionado con el campo, poco o nada significaba para ellos. Y cuando miraban hacia el futuro veían un futuro de cambio, un merecido retiro cómodo y tranquilo para sí mismos —y, quizá más vagamente, para el mundo en general— y el advenimiento de la era de bonanza que prometían los profetas de la prensa con la llegada del nuevo siglo, cuando sería inventada la nueva maquinaria que haría todo el trabajo y los hombres podrían disfrutar de un ocio ilimitado mientras vivían leyendo los tabloides por el irrisorio precio de un penique al día.

Entretanto, se sucedían nuevas modas en el vestir y nuevas maneras de vivir, llegaban nuevos visitantes al pueblo con dinero para gastar, nuevos chismorreos que difundir y nuevas ideas que comentar extraídas de la prensa diaria —nuevas hoy y olvidadas mañana—, que con el paso del tiempo constituían su principal preocupación al margen de lo más inmediato y familiar. En esencia no eran diferentes del resto de la humanidad. Tenían sus esperanzas y miedos, sus gustos y sus fobias, trabajaban duro en sus negocios, atendían a los clientes de sus tiendas y a los huéspedes de sus apartamentos, soportaban los problemas y los reveses vitales con el esperable valor, sacrificándose por los que amaban o aceptando que otros lo hicieran por ellos, pues aunque las ideas y las costumbres pueden cambiar, la naturaleza humana es inmutable.

Y en efecto, las ideas y costumbres estaban cambiando. Los comerciantes de Heatherley eran más independientes que los clásicos tenderos de los pueblos en su manera de abordar a la clientela. Y, por lo general, cultivaban una actitud de tómelo o déjelo que a su modo de ver debía caracterizar a todo británico nacido libre. Sus tiendas eran más pequeñas y no tan bien cuidadas como las de los pueblos y villas que Laura había conocido siendo niña. Y esos tenderos no hacían gala de aquel orgullo tan característico por sus productos ni de su habilidad para satisfacer al cliente propia de los carniceros o dependientes a la antigua usanza. Muchos de los residentes más adinerados recibían semanalmente sus provisiones de Whiteley’s o de los almacenes del Ejército o la Armada. Y algunos de los más pobres mezclaban negocios y placer los sábados por la tarde haciendo sus compras semanales en el pueblo más cercano. Ni ricos ni pobres sentían la obligación moral de gastar su dinero en las tiendas locales y se limitaban a comprar donde pensaban que iban a encontrar los productos más frescos o baratos.

También se habían relajado otro tipo de costumbres. Por ejemplo, el dueño de la casa solariega, que en un pueblo más anticuado y a

falta de título nobiliario sería conocido como el terrateniente y gobernaría su pequeño reino con mayor o menor benevolencia, para los habitantes de Heatherley era sencillamente el señor Doddington, pongamos por caso, que vivía en tal o cual mansión. No ejercía una especial influencia sobre los habitantes de la localidad, que lo respetaban en la misma medida que a cualquier otro ciudadano que pagara puntualmente sus facturas. Cuando regresaba de alguno de sus viajes por el extranjero, se relacionaba con aquellos vecinos que consideraba sus iguales, pero no pretendía conocer a todos sus conciudadanos ni consideraba su deber interesarse por la salud y el bienestar de los que conocía. Se decía que era un buen patrón para los que trabajaban en sus propiedades o que era amable con sus empleados y sus familias cuando tenían problemas o se enfrentaban a la enfermedad. Pero dicha amabilidad, junto con otras muestras de caridad, si las había, no eran en absoluto oficiales. Vivía su vida en privado como cualquier caballero, igual que los otros veinte que había en la vecindad, pero nada en su comportamiento le hacía parecerse al tirano quisquilloso o al benévolo señor que en parroquias más anticuadas aún era conocido como «nuestro amo».

Entre médico y paciente siempre se establece hasta cierto punto una relación personal, pero aunque los dos médicos de Heatherley eran queridos y respetados por su buen hacer profesional, la relación entre unos y otros no era la de los viejos médicos rurales con sus pacientes. Cuando Laura era niña, lo recordaba bien, en la mayoría de los casos solía haber un gran afecto y también gratitud entre ambas partes. Cuando alguna mujer de la aldea con pocos recursos iba al pueblo a pagar la factura del doctor —o más frecuentemente algún plazo de la misma—, llevaba consigo una pequeña ofrenda a modo de agradecimiento (unas setas, un conejo, una botella de vino casero o de kétchup) y solía decir «Sé que no es gran cosa y él ya tiene bastante, pero siento que lo que ha hecho por nuestro fulanito no se puede pagar con dinero». En el nuevo orden el dinero era considerado pago más que suficiente. La gente recibía facturas mucho mayores y las pagaba con más o menos premura, gruñendo como es menester, y la deuda se consideraba liquidada.

En Heatherley, las casas y chalés que se mezclaban con las tiendas estaban habitadas por jardineros, cocheros y otros trabajadores de las mansiones más grandes, por familias de hombres que llevaban a cabo diversos oficios para el constructor local y por viudas y mujeres solteras que alquilaban apartamentos. Realmente no había gente pobre y pocos podían ser considerados «gente del campo» en el

sentido estricto del término. Para encontrar a los nativos del lugar había que salir del pueblo. Allí, dispersos por las largas y estrechas vaguadas cubiertas de brezo, había pequeños y antiguos hogares, cada uno de ellos con dos o tres campos donde los descendientes de los habitantes originarios de la zona cultivaban a la menor escala posible, ejercitaban al máximo sus derechos comunales sobre la tierra y vendían a los recién llegados huevos, mantequilla y productos de sus huertos. También mantenían viva una vieja industria local, la manufactura de pequeñas escobas redondas de jardín, llamadas escobones, para las que utilizaban los tallos largos y duros del brezo; los que se dedicaban a este oficio aún eran conocidos por el añejo nombre tradicional de escoberos.

Durante sus largos paseos, Laura llegaría a toparse más adelante con alguna de estas casitas bajas de los escoberos, con almiares de heno de sus propios campos y otras pilas parecidas a los almiares, pero mucho más grandes y altas, de escobones nuevos con mangos de un blanco resplandeciente, recién pelados y listos para ser transportados al mercado.

No obstante, al llegar a Heatherley su interés inmediato se centró en las celebridades que por allí pululaban. Y sin duda en aquella época había muchos más especímenes de famosos que de escoberos. La viuda del famoso científico que había dado a conocer el lugar seguía viviendo en la casa por él construida y a la que poco después había añadido una verja de cuatro metros de altura recubierta de brezo para ocultar la vista de las nuevas edificaciones de todos aquellos que se habían beneficiado de su descubrimiento. Un juez que también era hombre de letras había fijado allí su residencia de fin de semana; un explorador del continente africano que recientemente había acaparado los titulares de la prensa había alquilado una casa amueblada; y también un joven editor, cuyo nombre no tardaría en hacerse familiar para muchos lectores, visitaban con frecuencia la localidad. Había numerosos escritores y artistas, muy conocidos y no tanto, y en aquel momento eran los escritores los que parecían otorgarle a la localidad su particular excelencia. El primer domingo por la mañana que pudo salir a pasear había visto a un hombre alto que se apoyaba en una muleta, de barba hendida y pelirroja y ojos vivaces e inquietos, rodeado por un grupo de hombres más jóvenes que parecían alimentarse de cada sílaba que pronunciaba. El hombre alto con la muleta, según le dijeron, era escritor. No hacía mucho tiempo que había llegado y nadie sabía qué escribía, pero sí que era respetado en Londres. Es muy inteligente, decían, muy inteligente sin

la menor duda. Sus seguidores eran jóvenes del pueblo que, después de que se hiriera la pierna en un accidente en bicicleta, habían empezado a visitarlo los fines de semana. Laura había sido una voraz lectora desde su más tierna infancia. Hasta el momento había vivido la mayoría de sus aventuras gracias a los libros, de modo que ver de repente a un escritor en carne y hueso fue para ella tan excitante como lo sería para cualquier joven de hoy encontrarse a una estrella de cine en plena calle. A ese autor en particular volvería a verlo muchas veces y tendría el placer de oírlo conversar ante el mostrador de la oficina de correos cuando se encontraba allí con sus amigos. Igual que a otros escritores, cuyos nombres y obras ya conocía.

En especial cierto escritor que había inventado un nuevo tipo de ficción cuyo éxito sigue floreciendo hoy en día, si bien su autor, como él mismo lo habría expresado, hacía largo tiempo que lo había «superado». El suyo era la clase de libro capaz de llegar a todo el mundo, jóvenes y viejos, intelectuales y simples, y por aquel entonces había alcanzado una gran notoriedad que al parecer había causado una profunda impresión a los ciudadanos de Heatherley. No tanto por sus cualidades literarias como por el grandioso y elegante baile que habían celebrado en el nuevo hotel de la colina para conmemorarlo. Apenas pasaba un solo día sin que ese autor se presentara en la oficina de correos como una repentina ráfaga de brisa, que daba la impresión de llenar por completo la estancia con su graciosa presencia y su jovial y profundo tono de voz. Durante sus paseos por el pueblo siempre tenía un amable saludo para todo el mundo, ricos y pobres, conocidos y desconocidos por igual. Era probablemente el hombre más popular de toda la vecindad. Eran pocos los vecinos que no habían leído al menos uno de sus libros, y muchos lectores locales estaban convencidos de que se trataba de uno de los más grandes escritores vivos del momento.

Otro residente, también novelista, aunque de un estilo bien diferente, acababa de causar sensación al publicar una de esas novelas «problemáticas» que tan frecuentes eran en la década de los noventa. Era un libro serio escrito por un reconocido maestro del estilo y tanto el tema que trataba como su manera de abordarlo sin duda resultarían legítimos y sobrios para cualquier lector actual. Pero entonces se desató una tormenta de críticas a cuenta de su dudosa moralidad. Se escribieron cartas a los periódicos al respecto, se pronunciaban sermones en su contra los domingos y la novela incluso llegó a ser vetada en algunas librerías. Todo aquel que conocía de vista al escritor o que había pasado alguna vez por delante de su casa sintió de repente

el irrefrenable deseo de leer su libro, de modo que en el pueblo se compraron numerosos ejemplares que circularon de mano en mano hasta que prácticamente todos los mayores de edad lo habían leído y se habían formado su propia opinión al respecto. Los lectores solían escandalizarse inicialmente al tiempo que sentían una deliciosa excitación. Quién habría pensado que aquel hombre menudo y de aspecto tranquilo, con su cuidada barbita gris y los prismáticos colgados del cuello era capaz de concebir y escribir una historia tan impactante. ¿Sería llevado a juicio por ello? Muchos habían oído hablar acerca de procesos judiciales a libros indecentes, y algunos que habían disfrutado en secreto leyendo su novela parecieron bastante decepcionados cuando todo el escándalo suscitado por su publicación fue decayendo, mientras su autor seguía paseando libre y aparentemente indiferente a la tormenta que se había desatado por su causa.

Otro asiduo visitante de la oficina de correos era Richard Le Gallienne, un joven poeta cuya obra gozaba entonces de gran estima en los círculos literarios. En aquellos tiempos los poetas aún vestían como tales. Pocos años antes, no muy lejos de Heatherley, era habitual encontrarse con el mismísimo Tennyson, una noble figura vestida con capa negra y sombrero de ala ancha, caminando por los brezales y murmurando para sí mismo algún verso al que estaba dando forma. También era frecuente ver a George MacDonald en una silla de ruedas, con su hermoso cabello blanco y un abrigo escarlata, recorriendo las calles del pequeño pueblo en el valle. Ambos habían sido figuras reverenciadas por toda la vecindad y eran considerados casi un bien comunitario. Por el contrario, el nuevo y joven poeta que realmente vivía en Heatherley no era demasiado conocido ni estimado en su tierra, por así decirlo.

Debería haber sido capaz de atraer más atención, pues circulaba a todas horas por la parroquia en su bicicleta a gran velocidad, con su largo y brillante pelo descubierto, su ligereza casi femenina y una gracia natural que resaltaba aún más con su camisa blanca de seda, su gran pajarita de artista y sus pantalones bombachos de terciopelo. Pero era joven. Su retrato no aparecía en los periódicos el día de su cumpleaños junto a un titular que le declaraba gloria nacional y sus obras elegantemente encuadernadas no eran escogidas por miles de lectores como regalo navideño o de aniversario. Para el conjunto de la comunidad era como si no existiera.

Estas y muchas otras personas frecuentaban la oficina postal y, desde su pequeño mostrador de correos, Laura tenía ocasión de

observarlos a diario. Algunos eran fantásticos conversadores y cuando dos o más amigos se encontraban allí ella se entretenía escuchándolos. A veces deseaba que alguno de los brillantes comentarios que lanzaban al aire como canicas de colores volara en su dirección, pues en su vanidad juvenil estaba convencida de que sería capaz de atraparlo y devolverlo tan limpiamente como cualquiera de los hombres a quienes iban dirigidos. En su relación profesional con ellos descubrió que, por regla general, aquellas personas de cierto nivel intelectual, al igual que las que gozaban de una posición social notable, eran de trato fácil y agradable. Eran los que habían tenido escaso éxito y los que deseaban ascender en el escalafón, pero disfrutaban de una posición social insegura, los que se daban demasiada importancia y solían tratarla con condescendencia.

Después estaban los bohemios de la literatura y las artes que, a pesar de que el pueblo se había convertido en un lugar elegante, seguían apareciendo con su mochila al hombro y se alojaban en alguna pensión o apartamento. Durante un tiempo se pudo ver a un joven que había alquilado un cuarto en una pensión y enseguida dio a entender que estaba allí para escribir una novela. Era una criatura larguirucha y de notable estatura que con su negra capa Inverness y su sombrero de ala ancha parecía un artista vagabundo salido de alguna viñeta de la revista *Punch*. Para empaparse del ambiente local, como él mismo habría dicho, trabó relación con un mal bicho de la vecindad, un pícaro más o menos de su edad que nunca tenía trabajo y de quien se sospechaba que se dedicaba a la caza furtiva, además de ser a todas luces un canalla malhablado.

Los residentes de mejor condición no se relacionaban con él, aunque debido a su peculiar apariencia todos en el pueblo eran capaces de reconocerlo a simple vista. Para los parroquianos más convencionales se trataba de un personaje risible, objeto de burla, que solía suscitar guiños de complicidad. Uno de los peores recuerdos de Laura fue haberlo visto una noche regodeándose por la victoria en la guerra de los Bóers, medio borracho y cogido del brazo de una chica de unos catorce años. La joven contemplaba con adoración su rostro embotado y estúpido mientras le ayudaba a llegar dando bandazos por la calle hasta su alojamiento. Quizá no fue del todo malo para ella que días después lo encontraran muerto, con unas pocas monedas en el bolsillo y una gran deuda contraída con el propietario de la pensión. Se había suicidado.

Su muerte causó una gran impresión en el pueblo. La gente estaba horrorizada, no tanto por la pérdida inútil de una vida tan joven como

por el baile que se había organizado la noche siguiente en el salón de reuniones situado sobre su habitación. El baile se celebró, y mientras arriba reinaban el jolgorio y la alegría, en el piso de abajo yacía el cuerpo inerte de una persona cuya vida a buen seguro había comenzado llena de esperanzas para no llegar a nada.

Laura tuvo ocasión de presenciar la triste secuela de esta historia. Un hombre maduro de aspecto respetable, un dependiente o quizá un pequeño comerciante que parecía ser el padre del joven fallecido, llegó al pueblo al día siguiente para estar presente durante la investigación y organizar el funeral. Entró en la oficina de correos para enviar algunos telegramas y Laura no pudo evitar darse cuenta de que mientras los escribía, tras apartarse a un lado del mostrador, sus lágrimas caían sobre los formularios telegráficos y sobre su paraguas cuidadosamente enrollado.

Un personaje bien distinto era el joven de gafas, serio y educado, que durante todo un verano alquiló habitación en una de las casas de los escoberos. Se había instalado allí inicialmente para recuperarse tras una enfermedad, pero al parecer también tenía ambiciones literarias y estaba escribiendo una novela. Solía aparecer por la oficina en horas de poco ajetreo y charlaba con Laura sobre libros, citando largos fragmentos y preguntándole cuáles eran sus autores preferidos, lo que a ella le resultaba muy halagador, aunque él no solía esperar a que le respondiera. Una vez, mientras se refugiaba en la oficina de un fuerte aguacero que obligó a todo el pueblo a permanecer en casa, le habló acerca de la novela que estaba escribiendo. Había llegado a un punto algo problemático y necesitaba consejo. Según la trama originalmente prevista, ahora debía describir un suicidio. Toda la historia dependía de ello, pero temía que algún futuro lector pudiera llegar a verse influenciado por el comportamiento de su personaje.

Era incapaz de renunciar a esa idea preconcebida. No obstante, parecía tan sinceramente angustiado al tiempo que daba por sentado que alguien llegaría a leer su obra que a Laura le hizo gracia la situación y trató de aliviar su pesada carga moral quitándole importancia al asunto. Pero él se ofendió y su floreciente amistad quedó truncada para siempre. Sin embargo, tuvo tiempo de hacerle un impagable regalo al descubrirle a George Meredith, cuya obra enseguida admiró hasta tal punto que habría sido capaz de pasar los más estrictos exámenes sobre las tramas y personajes de sus novelas y, de haber tenido algún oyente, habría podido recitar la mayoría de sus poemas más breves. Sus novelas le descubrieron un mundo completamente nuevo, un mundo en el que las mujeres existían por

derecho propio y no simplemente como un mero complemento del hombre, fueran amadas o no. Diana de Crossways, Lucy Feverel, Sandra Belloni, Rose Joceline y la más querida de todas, «esa refinada pícara de porcelana», Clara Middleton. Las amaba a todas, y su galante espíritu y su brillante ingenio la llenaban de alegría. Decidió aceptar la palabra del autor y creer que existían mujeres así, aunque jamás se había cruzado con ninguna que fuera la mitad de encantadora, y en el fondo veía su mundo como un paraíso exclusivo para gente educada y de noble cuna que a ella le había sido vedado por nacimiento.

Con el tiempo, el fervor inicial fue disminuyendo y la deslumbrante visión del mundo de Meredith fue retrocediendo hasta ocupar un segundo plano de su conciencia, como algo que siempre le pertenecería pero que había dejado de ser primordial en su día a día, y el incienso de su admiración pronto ardió en otros altares, como suele suceder en la juventud. Pero cuando las fiebres de su entusiasmo estaban en su apogeo, fue un domingo de verano a Boxy Hill para contemplar desde la distancia el exterior de la mansión Flint, aunque no tuvo la suerte de ver también a su ídolo. En aquella época, Meredith era ya mayor y se había convertido en un inválido, de modo que a esa hora a buen seguro estaría disfrutando de su reposo vespertino. No obstante, tuvo la satisfacción de conocer su residencia y las vistas que él mismo contemplaba desde sus ventanales, con el atractivo extra de explorar la colina y sus alrededores. Evitando a las numerosas parejas de amantes desperdigadas por todas partes, Laura ascendió hasta la cima y allí se sentó, como una reina en su trono, para dar cuenta de los bollos de pan dulce y la botella de jarabe llena de leche que había llevado en su bolsita de tela con bordados, que durante todo el camino se mecía adelante y atrás colgada de su brazo. Después recorrió bajo un sol ardiente el largo camino de regreso a la estación de Mickelham, sin poder evitar los piropos de algunos excursionistas —que, como tribu, eran mucho más groseros entonces que en la actualidad—, y tras el viaje en tren completó el recorrido a pie hasta llegar a casa, donde al fin se acostó muy cansada, pero feliz por haber completado su piadoso peregrinaje.

Las novelas de Meredith y otras decenas de libros contemporáneos solía encontrarlos en las estanterías de una tienda situada frente a la oficina de correos. «Madame Lillywhite, sombrerería y sastrería, ropa para bebés y auténtico encaje, se prestan libros (con frecuencia llegan cajas de Mudie’s), artículos de papelería y materiales para artistas». Todo eso podía leerse en un cartel colocado sobre la puerta y en letras

blancas esmaltadas sobre los dos escaparates. Madame Lillywhite era una dama menuda y entrada en años, siempre exquisitamente vestida, que debió haber sentido verdadera pasión por sus existencias de auténtico encaje, pues siempre remataba sus propios modelos con cuellos, puños, volantes y otros perifollos de ese delicado material. Sobre sus cabellos ya grises y pintorescamente peinados acostumbraba a llevar un chal drapeado de encaje del estilo de las *mantillas* españolas; un toque personal que en aquellos tiempos no resultaba tan estrafalario como podría parecer hoy en día, pues muchas damas de cierta edad solían llevar esa clase de tocados incluso en interiores. Su negocio iba viento en popa gracias a los turistas y visitantes y contaba con la ayuda de varios empleados, entre ellos, y durante un tiempo, un joven de piel morena nacido en la India. Madame raras veces se dejaba ver por la tienda, excepto para mostrar sus tesoros de auténtico encaje a clientes muy selectos. Sus colegas comerciantes la consideraban cuando menos rara, demasiado rara, pues no eran del tipo de gente que aprecia la excentricidad. Por encima de todo aborrecían que se hiciera llamar madame. A ella no parecía preocuparle lo más mínimo lo que pensaran y se limitaba a hacer negocios a su manera, principalmente con la clase de clientes que en un primer momento la habían animado a establecerse allí. Una vez al mes tomaba el tren a Londres y regresaba con una pequeña selección de elegantes y carísimos sombreros y otros artículos, muchos de los cuales había adquirido por encargo de algún cliente habitual. Sin duda fue una pionera que abrió camino a esas exclusivas tiendecitas de sombreros y vestidos que en la actualidad proliferan por doquier.

Laura no podía permitirse comprar allí su ropa, pero gracias a los estantes de madame y a las cajas del señor Mudie no tardó en entrar en contacto con la literatura más reciente. Además de novelas había poemarios y obras de teatro y también ejemplares de publicaciones periódicas como *Atheneum*, *Siglo XIX* y *Quarterly Review*, por lo general números atrasados que podía tomar prestados por un penique. Laura era capaz de leer «hasta que le estallaba la cabeza», como solía decir su madre, y terminaba tan rápido los libros que tomaba prestados que a menudo le daba vergüenza devolverlos demasiado pronto, pero su insaciable avidez de novedades la impulsaba a seguir adelante.

A veces los clientes conversaban en la oficina de correos sobre alguna novedad literaria que ella había leído y escuchaba sus opiniones con gran interés para compararlas con la suya. No tardó en descubrir que los hombres de letras de aquella época no solían mostrar un gran entusiasmo por los libros ajenos, a menos que el autor

formara parte de su propio círculo de amigos. Kipling, por ejemplo, que entonces había alcanzado el cenit de su fama y prestigio y aparecía a menudo en la prensa, no era uno de los favoritos de la colonia. En el mejor de los casos, su obra solía recibir tibios halagos. Laura oyó decir a una señora que ella y su marido se referían a él en casa como «El Gran Ruido» y otra declaró orgullosamente que cierto escritor al que nombró había criticado con dureza su obra en un artículo. Sin embargo, no hay mejor prueba que el tiempo, y lo mejor de la obra de Kipling aún perdura, mientras el escritor de aquel artículo, como supuesta autoridad en la materia, ha caído en el olvido.

Esa clase de conversaciones resultaban entretenidas cuando Laura estaba ociosa y tranquila para disfrutarlas, pero tal cosa no era frecuente. Su trabajo la mantenía muy ocupada, en especial durante los meses de verano, y casi siempre surgían complicaciones que dificultaban aún más su ya de por sí ajetreada rutina. La cuestión más apremiante era conseguir que los telegramas locales se entregaran con rapidez. Contaban con cinco mensajeros durante el verano y tres en invierno, que en teoría eran más que suficientes para repartir los cuarenta o cincuenta telegramas entrantes que solían llegar a diario en temporada alta. Sin embargo, en la práctica no bastaba. La distancia que había que cubrir era muy grande y las casas estaban tan alejadas entre sí que a menudo se producían importantes retrasos. Por ejemplo, en cuanto el mensajero número 5 desaparecía en su bicicleta llegaba otro telegrama para la misma dirección hacia donde acababa de partir, u otra cercana, de modo que no había más remedio que esperar el regreso del mensajero número 1 para proceder a su entrega. La normativa de correos permitía recurrir a mensajeros eventuales para hacer frente a dichas emergencias, pero en esas ocasiones no aparecía ninguno a tiempo, pues la mayoría de los vecinos solían estar ocupados atendiendo asuntos más lucrativos. Las altas instancias de correos no entendían o no querían entender dicha casuística local y a menudo las quejas a causa de algún telegrama entregado con retraso ensombrecían la jornada de Laura.

Un fajo cada vez más grueso de papeles estuvo viajando durante semanas desde Londres hasta la oficina central, desde la oficina central a Heatherley, desde Heatherley nuevamente a la oficina central de correos y desde allí otra vez a Londres, hasta que Laura recibió una seria reprimenda por lo ocurrido, antes de que el problema se diera por solventado. Todo comenzó con un telegrama que debería haberse entregado durante una terrible tormenta eléctrica. Los habitantes más ancianos del pueblo aseguraban no haber

visto nunca nada semejante. Los ensordecedores truenos y los violentos relámpagos pronto fueron seguidos por un auténtico diluvio. Y una vaca resultó muerta en el prado detrás de la oficina de correos, tal y como contó un joven mensajero cuando regresó calado hasta los huesos y temblando de miedo después de su última entrega. Laura fue expresamente hasta el taller del director de la oficina de correos para consultarle si debía o no enviar al chiquillo a hacer otra entrega con semejante tormenta y empapado como estaba, y ambos estuvieron de acuerdo en que era del todo descabellado hacer algo semejante y en que ni las autoridades ni la persona a quien iba dirigido el telegrama desearían que lo hiciera hasta que el tiempo hubiera mejorado. Por tanto, Laura envió al niño a su casa para que pudiera quitarse la ropa mojada y escribió en el dorso del telegrama el motivo del retraso: «Grave tormenta en curso».

Poco después llegó un telegrama de la central de correos dirigido a ella con una severa nota de queja del destinatario y una petición oficial de explicaciones «acerca de las circunstancias que acompañaban a las condiciones climatológicas que motivaron la decisión de no entregar el telegrama». Al responder ofreciendo las «explicaciones» exigidas, Laura se centró en la insólita violencia de la tormenta y las condiciones en que se encontraba el mensajero, haciendo hincapié en su corta edad, además de añadir como prueba la vaca muerta en el prado. Pero si esperaba que las altas instancias se mostraran dispuestas a aceptar tales razonamientos, iba a llevarse una decepción. «Las condiciones climáticas», decía el siguiente comunicado, «no son excusa para demorar la entrega de un telegrama cuando hay un mensajero disponible. Su respuesta al número 18, en tal y cual fecha, es altamente insatisfactoria. Por tanto, ahora deberá entregar estos documentos, junto con el telegrama debidamente cumplimentado, y evitar a toda costa que incidentes similares vuelvan a repetirse». En un arrebato de valor, Laura se hizo cargo de la situación tal y como ordenaba la dirección y respondió a la misiva de la siguiente manera: «Lamento profundamente el error. Se tomarán las medidas necesarias para que no vuelva a suceder». Y tan inocua fórmula pareció surtir efecto y satisfacer a los afectados, pues no volvió a saber nada del asunto.

En aquella época, la red telefónica no había llegado a las zonas rurales y el telégrafo era el único medio de comunicación rápido y disponible en todo momento. La gente lo utilizaba para toda clase de cosas que hoy en día se resuelven «a golpe de teléfono»: invitar a amigos que vivían cerca, informarse del progreso de enfermos

convalecientes o hacer pedidos a cualquier comercio. Se trataba de telegramas en ocasiones largos como cartas y en absoluto urgentes en apariencia, enviados por personas adineradas o impulsivas. Algunos podían ser cartas de amor y muchos romances prometedores tomaban forma y alcanzaban desenlaces felices o desastrosos por mediación de Laura.

Un suceso algo excepcional puede servir para ilustrar la casi increíble distancia que hemos recorrido en materia de comunicaciones desde aquellos tiempos anteriores al teléfono y los automóviles. Una pareja que hasta el momento no había tenido hijos y vivía en una gran casa de campo cerca de Heatherley aguardaba con avidez la llegada de tan anhelado momento. Eran ricos y la mujer no andaba muy bien de salud, pero, tras largo tiempo, su sueño estaba a punto de cumplirse, por lo que naturalmente no escatimaron en gastos a la hora de organizarlo todo. Para empezar, solicitaron con un mes de antelación a la oficina de correos un servicio telegráfico completo día y noche, desde el momento en que saliera de cuentas hasta el nacimiento del bebé. El motivo de esto, como trascendió después, era estar en contacto permanente con el especialista londinense que atendía a la mujer. Si finalmente el parto comenzaba después de la medianoche, el doctor viajaría en un tren especial desde Waterloo.

Cuando llegó el gran día, no obstante, no fue necesario recurrir a toda la parafernalia, pues el bebé (un bebé muy sensato) decidió hacer su aparición a una hora en que el telégrafo y los trenes funcionaban con plena normalidad. En cualquier caso, el elaborado programa no había sido diseñado para atender la llegada de un príncipe o una princesa sino al hijo de un simple caballero de la campiña; lo que nos ayuda a hacernos una idea del enorme cambio que supuso en las zonas rurales la llegada de avances relativamente recientes como el teléfono y el automóvil. Hoy día, por supuesto, cuando se aproxima la hora en tales circunstancias, la paciente ya suele estar ingresada en un hospital o su marido dispone de vehículo propio para llevarla a tiempo. O quizá si la familia disfruta de medios económicos suficientes, la madre pueda dar a luz en casa a la criatura con total seguridad haciendo únicamente una llamada telefónica para conseguir la atención necesaria.

Cuando los enfermos más pobres tenían que ir al hospital no podían contar con que los llevaran ambulancias de silenciosos y potentes motores. Viajaban, a menudo sentados, en cualquier vehículo de tiro disponible. No había autobuses motorizados para transportar a la gente durante sus vacaciones o para ir a hacer la compra al pueblo

más cercano. En Heatherley ni siquiera los había tirados por caballos. Los más pobres iban a pie a todas partes y los más ricos lo hacían en carro, en calesa, en carruaje o en coche de institutriz.

Las carreteras rurales aún no habían sido asfaltadas, sino que estaban a merced del polvo y el barro dependiendo del día o de la estación del año. En verano, con tiempo seco, cada vehículo que transitaba por ellos se veía obligado a atravesar una densa nube de polvo blanco. Aunque nadie parecía darse cuenta ni se quejaba de ello. Al contrario, se sentían afortunados por disponer de lo que consideraban buenas y modernas carreteras en lugar de los antiguos caminos de carros.

Al terminar el siglo, en partes relativamente modernizadas del país como el municipio al que pertenecía Heatherley, había poca conciencia de clase. Exceptuando las zonas rurales más remotas, parecía haber llegado a su fin la época en que todo miembro de una comunidad —hombre o mujer— conocía su lugar en la escala social, que estaba además perfectamente definido. Laura recordaba alguna de las historias que solía contarle al respecto la ingeniosa patrona de sus tiempos de aprendiz. Un sastre retirado que llevaba un par de años viviendo en el pueblo después de mudarse desde una ciudad había sido invitado a la casa del hacendado para conocer su colección de monedas, por la que había mostrado interés.

—Oh, pero ese lugar es enorme —había comentado mientras conversaba con la señorita Lane—. Llevo toda la mañana preguntándome por qué puerta debo entrar.

La señorita Lane lo había mirado de arriba abajo con aire meditabundo antes de preguntar:

—¿Qué le regala el hacendado por Navidad, faisanes o conejos?

—Oh, conejos —había respondido el hombre, visiblemente sorprendido por la pregunta—. Y es muy amable de su parte, siendo yo un recién llegado.

—Entonces —respondió la directora de correos como quien dicta sentencia— debería usted entrar por la puerta lateral.

Al parecer, un regalo de caza implicaba igualdad social, que no financiera, lo que permitía al beneficiario del mismo ascender los escalones del pórtico, llamar al timbre y ser acompañado hasta el salón principal por un criado con librea. Los conejos, por otra parte, no solo servían para elaborar pastel de carne, también indicaban un lugar intermedio en la escala social. Si los invitados que entraban por la puerta lateral disfrutaban de algún refrigerio en casa del hacendado, por lo general lo hacían en la sala del ama de llaves o en

la alacena del mayordomo. No obstante, aún había otra subdivisión en dicha clase y el maestro de la escuela, el director de correos o un granjero arrendatario también podían tomar el té servido especialmente en la biblioteca en la exclusiva compañía del señor de la casa. De ahí que posiblemente, ya que el señor Purvis había mostrado interés por la colección de monedas del hacendado, si iba correctamente vestido y disimulaba su acento también tendría ocasión de disfrutar de dichos honores.

Los ciudadanos corrientes que recibían latas de sopa como muestra de generosidad debían dirigirse a la puerta trasera y, una vez llevada a cabo dicha transacción, se les obsequiaba, según su sexo, con una jarra de cerveza y lo que se conocía como «un tentempié» en el quicio de la puerta, o con una taza de té en la sala del servicio. Ninguno de los que pertenecían a los dos estratos más bajos veía nada denigrante en esta división, y de haberles preguntado al respecto muchos habrían respondido que preferían que las cosas fueran de ese modo, pues se sentían «más cómodos». Además, la comida y bebida eran buenas, aunque el espíritu democrático todavía brillara por su ausencia.

Sin embargo, los tiempos y las ideas estaban cambiando. Las personas que Laura había llegado a conocer mejor tras un tiempo en Heatherley consideraban a sus vecinos más ricos como clientes, potenciales clientes o simplemente como personas más ricas que vivían cerca de su casa. Los más pobres que ellos eran gente que solía alegrarse ante la posibilidad de ganar un chelín o dos cuando tenían algún encargo que hacerles. El término «caballero» solía definir a aquellos que podían y estaban dispuestos a pagar lo que debían, pues gozaban de medios para hacerlo holgadamente, y por extensión también a los que podían y estaban dispuestos a hacer lo mismo con tal de que nadie les hiciera sentirse inferiores. Los pobres todavía hablaban a veces de «la nobleza», pero al no tener ya nada que esperar o temer de dicha clase sentían poco o ningún interés por lo que hacían. Tampoco había aún indicios explícitos de hostilidad entre clases. Cada una de ellas se limitaba a mantenerse en su parcela como si unos y otros fueran nativos o habitantes de países distintos. El antiguo orden, con sus prejuicios sociales y su presunción de superioridad por un lado y la habitual autodegradación por el otro se había desmoronado, pero con él había desaparecido también la antigua hospitalidad y el cálido y humano sentimiento que hermanaba a unos hombres con otros como si fueran miembros de un mismo cuerpo. Se estaban formando otras agrupaciones y combinaciones que en un futuro próximo representarían dicho sentimiento de unidad,

pero aún contaban con pocos adeptos. La mayoría seguían luchando a solas sin esperar ni desear otra cosa que lo que ellos mismos pudieran conseguir con su propio esfuerzo. El conocimiento se difundía con mayor facilidad, aunque no por ello la gente parecía más sabia. Y un nuevo sentimiento de independencia abocado a fortalecer la dignidad humana crecía en los corazones de hombres y mujeres. El viejo orden social había caído y, aunque pocos de los que vivían entonces se daban cuenta, el largo y doloroso proceso de construir uno nuevo estaba comenzando. De las brutales tribulaciones que tanto ellos como sus hijos tendrían que soportar antes de que dicho proceso se completara, los hombres y mujeres de aquel tiempo eran todavía felizmente inconscientes.

Jardín de chicas

Las muchachas de aquella época —o las «Chicas de hoy», como las llamaban en los titulares de la prensa— eran tildadas de maleducadas y atrevidas a la hora de vestir, hablar y comportarse, además de carecer de respeto por sus mayores y de cualquier atisbo de encanto femenino. Algunos afirmaban que se trataba de un signo más de la decadencia de los tiempos. Un siglo moribundo, decían, ha de ser necesariamente una época de virtudes agonizantes. Aquellos cuyos modales y falta de moral condenaban los adultos eran los hijos degenerados de una era enferma. Decían que la juventud moderna era muy *fin de siècle*, expresión que pronunciaban de las más diversas maneras, pero siempre con tono de desaprobación.

También los jóvenes se declaraban a sí mismos *fin de siècle*, igual que hacían para referirse a la mayoría de las cosas, pues era sin duda el eslogan del momento. No obstante, cuando lo empleaban chicos y chicas que creían estar a la última lo hacían con autocomplacencia, nunca con desdén. Nuevas ideas e ideales inundaban el aire, se decían, como una brisa fresca y libre que se abría paso en la vieja y rancia atmósfera de convencionalismos. Y lo que para sus mayores era libertinaje para ellos era gloriosa emancipación. En círculos más avanzados que los que Laura frecuentaba, las jóvenes modernas ya habían logrado liberarse de algunas de sus ataduras. Gozaban de mayor libertad para pensar, hablar y actuar que sus madres y abuelas cuando tenían la misma edad. Cuando el nuevo siglo fuera aún joven, afirmaban, su libertad sería completa. Y cuando las de su sexo tuvieran por fin el derecho al voto serían iguales que los hombres en prestigio y oportunidades. También la posición de las mujeres en el hogar sería muy diferente cuando ellas dispusieran de armas para luchar por su propio bienestar y el de sus hijos.

Sin embargo, tales ideas no habían calado en las zonas rurales. Las chicas que Laura conoció en Heatherley era *fin de siècle* únicamente de

forma literal, es decir, porque habían nacido en los últimos años del XIX. Por supuesto, conocían a esa nueva mujer por su reputación, ya que se había convertido en una figura habitual para todo aquel que leía la prensa, representada generalmente con vestimenta casi masculina y con las manos extendidas para apropiarse de los privilegios de los hombres mientras un bocadillo salía de su boca exigiendo «¡El voto para la mujer!». «¿El voto para la mujer?», decían sus padres y hermanos. «Ya les daría yo votos si de mí dependiera. Les daría una buena azotaina en el trasero y las obligaría a quedarse en casa, que es donde deben estar».

A pesar de que jamás habían visto a ninguna, las madres y las hermanas mayores describían a estas nuevas mujeres como «un puñado de feas y desmañadas criaturas incapaces de conseguir marido». «Preferiría verte muerta», decían los padres a sus hijas, «antes que vestida de pantalones y gritando por el derecho al voto». Por suerte, dicho dilema no solía plantearse. Tan terrible semblanza de la «nueva mujer» era advertencia más que suficiente para que las jóvenes de la campiña la rehuyeran como si fuera la peste y se concentraran en ser femeninas.

Vestidos de muselina con volantes lo bastante largos como para barrer el suelo y engancharse y desgarrarse en las zarzas, sombreros blandos de paja adornados con ramilletes de flores, interminables fulares y pañuelos, velos y boas, constituían el atuendo femenino ideal. En su tiempo libre ellas mismas bordaban flores de seda teñidas de colores crudos en respaldos de sillas, guardapelos, cepillos y neceseres, fundas de tetera, bolsas de agua y hervidores para su ajuar, que en esencia eran una colección de artículos supuestamente imprescindibles que cualquier chica casadera debía atesorar «para cuando llegara el momento de formar su propio hogar». Toda chica que hubiera acumulado la mayor y más variada cantidad de artículos era considerada por sus mayores una muchacha buena e industriosa y merecedora de un buen esposo. Aunque lo cierto es que nadie sabía a ciencia cierta de qué iban a servirle todas esas cosas a cualquier marido. A menudo llamaban a Laura para admirar el contenido de alguna de esas colecciones y con frecuencia ella comparaba en silencio a sus orgullosas propietarias con las aves hembra que empiezan a hacer acopio de ramitas antes de que aparezca el macho o de escoger siquiera el lugar donde construirán su nido.

Las chicas consideradas «afortunadas» por conseguir marido se daban finalmente la satisfacción de utilizar el contenido del ajuar para embellecer su nuevo hogar. Pero no todas eran igual de afortunadas.

Laura había tenido una amiga que al cumplir veintiséis años sin haber recibido lo que se conocía como «una oferta» subastó todos los artículos de su ajuar y se compró una bicicleta con las ganancias. La bicicleta obtuvo el éxito que el ajuar no había conseguido, ya que seis meses después se había casado con el propietario de una tienda de bicis donde se había detenido durante una de sus excursiones para una pequeña reparación. Nadie supo si se arrepentía o no de haberse desprendido de sus hermosos bordados. Probablemente no, pues pasaba sus días de casada trabajando con su marido en el nuevo y floreciente negocio y según se decía estaba ganando una pequeña fortuna enseñando a niñas y mujeres a montar en sus nuevas bicicletas.

Todo el mundo se desplazaba sobre dos ruedas en aquellos tiempos. En Londres, las chicas y mujeres de la buena sociedad pedaleaban todas las mañanas alrededor de los parques, pues preferían esta nueva modalidad de ejercicio a cabalgar a lomos de un caballo en el Row. Durante los fines de semana, el campo rebosaba de gente que huía de los suburbios en sus bicicletas. A veces, los domingos por la tarde Laura iba con alguna amiga hasta el cruce de la carretera principal para ver a los ciclistas que pasaban en una interminable corriente de parejas, tríos y pequeños pelotones. Las mujeres pedaleaban vestidas con largas faldas cuyos bajos sujetaban con gomas en los tobillos y blusas con amplias mangas «de obispo» que se hinchaban con el viento. De cuando en cuando aparecía una mujer vestida con bombachos y sombrero masculino con una larga pluma decorativa en un lateral, y un leve murmullo se extendía entre los espectadores. Sin embargo, eran pocas las que llevaban pantalones y la prenda, que raras veces era del gusto de la gente de mediana edad y a menudo era utilizada por mujeres robustas, pronto fue desbancada por la falda pantalón, que contaba con una abertura especial para pedalear, pero seguía cayendo hasta los pies en el momento en que la amazona desmontaba. Los ciclistas de la carretera procedían de diversos pueblos de los alrededores. Las chicas de Heatherley —exceptuando a las comprometidas que eran consideradas privilegiadas por contar con un acompañante masculino— no solían ir, como ellas mismas decían, «a ver el desfile de los domingos», pues era considerado «vulgar», y en tanto que vulgar era también un tabú.

De modo que los domingos, entre misa y misa, las que por el momento seguían libres y sin compromiso solían dar pequeños paseos en parejas o tríos mientras conversaban. Por lo general, la charla se imponía al paseo. A menudo se detenían en plena conversación y

cuando el tema se agotaba se daban cuenta de que ya era hora de regresar. Esas eran las chicas del pueblo que Laura conocía mejor. Las hijas de los comerciantes, dependientas y vendedoras de diversos negocios cuyos padres tenían apartamentos en alquiler o regentaban pequeñas granjas. También había chicas de otros pueblos y de casas más aisladas en la campiña o dispersas por los brezales, que en su mayoría vivían cerca y podían desplazarse fácilmente a pie, de edad y posición social lo bastante similares como para ser incluidas en el grupo o, como también lo llamaban a veces, «la pandilla».

La mayoría de ellas había tenido más ventajas educativas que Laura. Algunas habían estudiado en internados; otras en escuelas elementales que, estando en condados más cercanos a Londres, eran mucho más modernas que las de municipios rurales apartados como el de Laura. Conocían, al menos de nombre, gran variedad de temas que, como solían decir, habían «visto» en la escuela. Pero si tales cuestiones habían llegado a despertar su interés, este había desaparecido o había llegado a disgustarlas. Ocasionalmente, durante una conversación, alguien citaba una fecha o el nombre de una ciudad o un río, o repetía como un loro uno o dos versos de algún poema popular, y entonces todas exclamaban: «¡Pero dejemos a los chicos esos temas lúgubres! ¡Gracias a Dios los días de escuela han terminado!».

La vida hogareña y familiar, el concienzudo desempeño diario de sus deberes y la lealtad hacia sus amigas eran sus puntos fuertes. Había enfermeras natas entre ellas y hábiles gestoras a la hora de llevar la casa, y casi todas sin excepción sabían sacar el máximo partido a su apariencia personal sin dejar de comportarse de forma civilizada.

Eran, en esencia, buenas chicas. Afectuosas, solícitas y generosas, buenas hijas y hermanas, y sin duda estaban preparadas para convertirse en buenas esposas. Se enorgullecían de su bondad tanto como de su femineidad. Y uno de los versos que citaban más frecuentemente era «Sé buena, dulce doncella, y que piensen los demás» de Kingsley, que repetían con gusto en las ocasiones importantes.

En general, formaban una pandilla bastante sentimental, y aunque todas se llevaban bien, muchas tenían una amiga especial dentro del grupo con la que iban a todas partes y lo hacían todo. Estas parejas eran reconocidas y no solían suscitar comentarios entre las demás. Siempre decían «habrá que preguntar a Maud y Fanny» o a «Mary e Isobel». Caminaban cogidas de la cintura, respondían preguntas dirigidas a la otra y a veces incluso vestían de forma parecida. Otro

aspecto sentimental común en el grupo había sido tomado de la canción de Tennyson *Ven al jardín, Maud*. El «jardín de chicas» era el nombre con que habían bautizado en privado su asociación. «Una nueva rosa para nuestro jardín de chicas», decía alguna muy seriamente cuando aparecía alguien nuevo. «¡La reina de nuestro jardín de chicas!», exclamaba otra al ver a una de sus amigas con un nuevo y favorecedor sombrero o vestido. No hace falta decir que las ideas abstractas no les interesaban lo más mínimo, del mismo modo que por lo general ignoraban todo lo que sucedía o existía fuera de su habitual radio de acción. Preferían ser consideradas buenas que inteligentes, y quizá en ese sentido representaban mejor a la mayoría de las jóvenes de la época que otras chicas más adelantadas a su tiempo.

En aquellos años los juegos de palabras todavía eran una muestra aceptable de sentido del humor. Si era bueno, un juego de palabras podía provocar risas o al menos una indulgente sonrisa en círculos más intelectuales que los que Laura tenía ocasión de frecuentar. Sin embargo, las modas en ingenio, igual que en el vestir, jamás sobreviven al exceso de popularidad. Y con la llegada del nuevo siglo, el arte del juego de palabras se había devaluado demasiado como para perdurar. Todo el que era capaz de hablar hacía sus pinitos de vez en cuando sin tomárselo en serio, ya fueran estrellas de variedades o sacerdotes, padres de familia, doncellas, tenderos o ayudantes de carnicero. Incluso los doctores más eruditos y los catedráticos universitarios podían llegar a caer en la tentación ante esta debilidad verbal. Las chicas que Laura conocía entonces eran grandes aficionadas y los juegos de palabras salían de su boca con la misma facilidad que el oro, los diamantes y las perlas brotaban de los labios de la muchacha del cuento de hadas. Uno de los recuerdos más perdurables que Laura conservaba de Heatherley era de un día en que todas las chicas de la pandilla regresaban de un pícnic encaramadas en un viejo carromato, tres delante y tres atrás, con los sombreros adornados con guirnaldas de rosas, sonrientes con las mejillas sonrojadas y la frente perlada de sudor y apretujadas unas contra otras tan plácidamente como si se desplazaran sobre un colchón de plumas.

—Esta mañana íbamos bien cargadas —comentó una de las chicas inocentemente.

—¡Es que no somos precisamente ligeras de cascos! —respondió otra con reputación de ingeniosa.

Eso bastó para que todo el cargamento de muchachas rompiera a reír a carcajadas, todas excepto una de las chicas que tardó en captar

el chiste hasta que otra le susurró al oído:

—¡Por el peso, idiota! ¡Por el peso!

Su carcajada a destiempo volvió a desatar las risas del grupo y al final tuvieron que frenar a la vieja yegua gris y detener el carro en un lado de la carretera para que las chicas bajaran y se tumbaran a la sombra sobre la hierba hasta calmarse. Una de ellas se lanzó desde lo alto con tal abandono que tuvieron que advertirle que estaba enseñando las piernas. Al oírlo se puso muy tiesa y sujetó la falda a la altura de las rodillas. Pues, como alguien comentó, cualquier hombre que pasara por allí podría haberla visto. Al oír el comentario todas parecieron calmarse, de modo que volvieron a subir al carromato y la conductora azuzó a la vieja y leal yegua para todo de su padre y retomaron la marcha a través del húmedo crepúsculo que olía a brezo y madreselva.

Un grupo así sería considerado hoy en día poco cultivado. Situado justo en el extremo opuesto estaría el té literario al que Laura fue invitada. Los invitados, según le explicaron, debían llevar puesto algo relacionado con el título de un libro, lo que pronto se convirtió en motivo de preocupación para ella, pues sabía que algunas de las chicas pensaban asistir elegantemente vestidas, algo que ella no se podía permitir. Su primera idea fue ir como *La dama de blanco*, pero enseguida decidió no hacerlo porque su único vestido de ese color era uno fino de verano y ya estaban en invierno. Después recordó que tenía un pequeño broche con forma de molino de viento que, prendido en el pecho junto a una borla y un lazo de cadarzo amarillo, pensó que le serviría para aludir a *El molino de Floss*, de George Eliot. Finalmente, nadie adivinó de qué obra se trataba, pero lo mismo sucedió con los símbolos de la mayoría de los asistentes. Algunos eran bastante simples. Una chica llevó un pequeño globo de cristal en alusión a *El ancho mundo*, la novela de Susan Warner. Otra besaba y acariciaba de cuando en cuando a una muñequita y los que habían leído el libro recientemente exclamaron «*¡Mi amorcito!*». *Grandes esperanzas* estuvo representada por la expresión facial de una invitada, que al entrar en la habitación señaló la mesa del té ya preparada y expresó con mímica que le encantaría probar todo aquello lo antes posible. Aunque quedó visiblemente decepcionada cuando alguien sugirió que su novela era *Un lunático a la fuga*.

Tras una excelente merienda en una casa donde los libros de gastronomía eran la lectura favorita, la pandilla jugó a lo que consideraban pasatiempos de carácter libresco, juegos de preguntas cruzadas y respuestas disparatadas. Uno de ellos, probablemente

sugerido por un artículo de la revista femenina de la que la anfitriona había sacado la idea de celebrar el té literario, consistió en una serie de preguntas a las que cada invitada debía responder por escrito.

¿Prefieres a Dickens o a Thackeray?
¿A Tennyson o a Browning?

Así comenzaba el juego, aunque la cosa no tardaba en perder altitud:

¿Carne blanca o roja?
¿Manzanas o peras?
¿Lirios o rosas?
¿Piel morena o clara?
¿Hombres o mujeres?

Por lo que más bien parecía que Muriel, la anfitriona, se había limitado a sustituir las ideas del escritor por otras de cosecha propia. En cualquier caso, el juego de las preguntas logró animar al grupo y consiguió que se divirtieran. Y a continuación optaron sin más preámbulos por juegos tan poco literarios como el veo-veo y los pares.

Fue una velada muy agradable en la que los placeres más mundanos no tardaron en imponerse al entretenimiento intelectual. ¡La confortable estancia, el cálido fuego en la chimenea, la mesa exquisitamente preparada con la plata de la familia y las mejores porcelanas, además de los deliciosos pasteles de carne caseros, los canutillos dulces y las magdalenas de mantequilla que se deshacían en la boca!

Laura tendría que haber hecho algún que otro ajuste horario en el trabajo para poder asistir al té literario de no haber coincidido con un festivo nacional, pues por lo general ella y Alma se alternaban para disfrutar del día libre. Sin embargo, las chicas que vivían en casa y no estaban sujetas a horarios laborales iban constantemente a tomar el té, desfilando de casa en casa con tanta frecuencia y con tal entusiasmo y jovialidad que a Laura le recordaban a los curas de *Shirley*. En esas ocasiones, al menos en apariencia, ninguna de ellas tenía penas en el corazón ni otro pensamiento en la cabeza que no fuera pasárselo lo mejor posible. «Un corazón tan grande como un globo y un cerebro del tamaño de un mosquito», comentó un viejo y cínico amigo de Laura cuando ella le contó una anécdota sobre una de las chicas que organizaban las fiestas. Pero, aunque Laura las defendía, sabía en el fondo de su corazón que la naturaleza humana no podía simplificarse

de esa manera. A medida que fue conociendo mejor a sus amigas descubrió que gran parte de su frivolidad y su actitud aparentemente descerebrada como grupo era una mera pose, si bien una pose inconsciente, motivada por su firme determinación de parecer absolutamente femeninas. Desde que eran niñas les habían dicho —y ellas lo habían creído de pe a pa— que el pensamiento era un privilegio de hombres y que el papel de la mujer en el plan divino no era otro que mostrarse encantadora. No obstante, por separado, cada una de las chicas tenía una vida que vivir para la que tanto el corazón como el cerebro eran necesarios.

Esto quedó demostrado tiempo después por la misma muchacha cuyo carácter había resumido el viejo señor Foreshaw con su irónica frase. En efecto, no era una joven brillante y su desafortunada costumbre de reír demasiado a menudo acentuaba injustamente esa impresión. Pero cuando las circunstancias lo requirieron demostró ser capaz de dirigir el pequeño negocio de su difunto padre, al tiempo que apoyaba a su madre viuda proporcionándole todas las comodidades.

También estaba Patience, a quien todas llamaban Patty, una joven de mejillas sonrosadas, rellenita y alegre, que siempre se encargaba de recoger la leña para el fuego durante sus excursiones al campo, a falta de algún hombre que lo hiciera. Las otras chicas evitaban sistemáticamente dicha tarea por miedo a ensuciar sus finos vestidos de verano y, antes de que hubieran terminado de decidir a quién le tocaba hacerlo, Patty ya había encendido el fuego, y en cuclillas con la falda remangada soplaba tratando de avivar la débil llama con los carrillos hinchados y los labios fruncidos igual que un querubín. Nadie podía acusar a Patty de haberse entrometido nunca echando a perder la oportunidad de un *tête-à-tête* con un muchacho que hubiera mostrado interés por alguna de las chicas. Lo más probable, todas lo sabían, era que Patty se excusara diciendo: «Ah, id vosotros dos que yo me encargo del té. Pero no vayáis por ese lado porque allí abajo están jugando un partido de *rounders* y si os ven pasar seguro que os invitan a participar. Subid hasta la cima de esa colina a contemplar las vistas. Y no tengáis prisa por volver. Aún tardaré un rato en aclarar y guardar estas tazas y en cuanto termine me quitaré los zapatos para descansar estos pobres pies, que me están matando». Y después de haber transformado el caos en orden, Patty se sentaría a descansar a la sombra de un árbol y probablemente echaría una cabezadita, pues se levantaba a diario a las cuatro de la madrugada para ordeñar las tres vacas de su padre y poder disfrutar de unas pocas horas de libertad liquidando la limpieza de la casa antes del desayuno. Patty era la más

joven y la única soltera de las hijas de un matrimonio ya mayor y las tareas de la casa, además de gran parte del trabajo que requería el minifundio de su padre, dependían de ella. Algunas de sus amigas la describían como «una perfecta esclava del hogar». Pero ella no se veía en absoluto como una esclava, pues era demasiado dulce y generosa.

También estaba Edna, más afortunada en lo material, pero mucho menos feliz que Patty. La voz de Edna, según pensaban y a menudo declaraban su familia y amigos, solo necesitaba un poco de entrenamiento para rivalizar con la de la soprano madame Patti. Como la oportunidad de llevar a cabo dicha preparación no se había presentado ni al parecer lo haría, Edna tuvo que contentarse con cantar como primera soprano en el coro de la capilla y dar lecciones de piano a los niños del pueblo por nueve peniques la hora. Con frecuencia se lamentaba de lo injusto que era verse obligada a malgastar de ese modo su talento. Aunque quizá después de todo era más afortunada de lo que suponía, pues si bien era capaz de alcanzar notas muy altas, su voz resultaba estridente y carecía de sentimiento. La prueba que tanto deseaba llevar a cabo en el conservatorio habría supuesto para ella una gran desilusión, mientras que en su propio círculo tenían en gran estima su habilidad y para ella era una posesión de incalculable valor y fuente de ilusiones.

Laura simpatizaba con Edna, pues también ella creía poseer un pequeño don desaprovechado. Desde su más tierna infancia había deseado escribir, y hasta alcanzar por fin la edad de la decepción había derrochado grandes cantidades de papel. Sin embargo, al llegar a Heatherley, donde tuvo oportunidad de ver y en cierta medida conocer a muchos de los que consideraba «auténticos escritores», se avergonzó de sus pobres intentos y renunció a su sueño de escribir. Incluso abandonó el diario que había comenzado el día que se despidió de su hogar. Lo había destruido junto con otros tantos escritos diciéndose a sí misma, mientras se consumían entre las llamas, que aquello era el fin de su estúpida idea. No obstante, después de haber renunciado a su ilusión, sobrevivió en su interior la sensación de no estar cumpliendo con su deber, que incluso la hacía sentirse culpable y la acompañó durante toda su vida, saliendo a la luz cada vez que veía un lápiz o una pluma. Nunca hablaba de ello con nadie, pero le roía la conciencia. Como le solía decir su madre, «somos lo que somos».

Si bien las otras chicas respetaban las ambiciones de Edna, las de Marion no gozaban del beneplácito del grupo. Marion era una muchacha alta, seria y de cara redonda que pasaba su jornada laboral

vendiendo dulces y el tiempo libre promoviendo un movimiento conocido como Empeño Cristiano. El nuevo pastor de la capilla a la que asistía había decidido recientemente que, en lugar de escuchar las charlas y discursos que pronunciaban sus mayores o alguna celebridad de fuera del pueblo, los miembros de Empeño Cristiano debían preparar y pronunciar los suyos. Al parecer, Marion admiraba profundamente a los oradores de sus reuniones de los jueves por la tarde. Hablar en público se había convertido para ella en el culmen de la fama, una cima social que nunca había soñado siquiera con alcanzar. Pero ahora la grandeza estaba de repente al alcance de su mano. En la siguiente reunión quincenal, un jueves a las ocho de la tarde, en lugar de limitarse a llevar a cabo su preciada y siempre celosamente ejecutada tarea de colocar sobre la mesa un vaso de agua al alcance del orador, ella misma permanecería en la tarima, pronunciaría un discurso y bebería un sorbo del agua bendecida. Aquel sería el primer acontecimiento relevante de su vida, por lo que no era capaz de pensar en otra cosa y el tema acaparaba todas sus conversaciones.

A medida que se aproximaba el gran día empezó a presentarse en las reuniones de la pandilla con un pequeño cuaderno en la mano, suplicando a sus amigas que le dieran alguna idea. ¿Qué tema debía escoger? Por supuesto, no tenía que ser necesariamente una cuestión religiosa, aunque sí algo serio. ¿Qué le parecía a Laura «Abstinencia total contra moderación»? En una ocasión había escuchado una charla con ese título en una reunión del Grupo de la Esperanza y creía recordarlo casi todo. Laura le recomendó que fuera original y sugirió casualmente «Los dulces de la vida», pensando que podría utilizar sus experiencias en la dulcería para aportar un poco de alivio y optimismo y concluir diciendo que las mejores cosas de la vida no cuestan nada. Marion aceptó la idea con entusiasmo. Sin embargo, no tardó en descubrir que escoger el tema solo era el punto de partida. Aún tenía que escribir su conferencia y eso era incapaz de hacerlo. Escribía algunas frases, pero nunca conseguía llenar más de una hoja de su cuadernillo, ni siquiera con su letra exageradamente grande. Después mostraba lo que había escrito a sus amigas, que se lo pasaban de mano en mano, y a continuación ella modificaba o tachaba en virtud de los consejos recibidos. Pasó la primera semana y comenzó la siguiente, y cuando faltaban tan solo unos días para el evento había escrito tan poco que podía leerse en voz alta en un minuto. Era una chica grande y rolliza a la que ninguna preocupación habría conseguido adelgazar, pero sus amigas no tardaron en darse cuenta de que había perdido la

sonrisa y su redonda cara de luna tenía una expresión angustiada. Laura se cansó de verla aparecer por la oficina de correos para enseñarle una vez más su cuadernillo con actitud suplicante. Alma criticaba el comportamiento de Marion con la misma naturalidad que Laura, aunque de un modo más constructivo. Y fue ella quien finalmente logró acabar con la preocupación de Marion y el hartazgo de sus amigas ofreciéndose a ir una noche a casa de la futura ponente para ayudarla a escribir su discurso.

Hecho esto, Marion volvió a florecer. Su nuevo vestido llegó a casa a tiempo enviado por la costurera. Recuperó sus aires de importancia y siguió practicando sus gestos, incluido el de sorber agua de un vasito imaginario ante el espejo, y finalmente dejó boquiabiertas a sus amigas contratando un coche para ir al lugar del evento en la fecha señalada.

—¡Marion! —dijeron todas—. ¿Por qué has pedido un coche para un paseo tan corto si nunca lo haces para ir a las reuniones, ni siquiera para la fiesta anual?

Pero Marion estaba decidida a seguir adelante con el plan. Había visto y oído a muchos oradores llegar al pueblo en coche de tiro y evidentemente el crujido de las ruedas sobre la grava y el brillo de los faroles del carruaje a través de la puerta abierta de la sala donde estarían reunidos todos los asistentes eran absolutamente necesarios si quería extraer todo el sabor del honor y la gloria de aquel acontecimiento. ¿Quién podría reprocharle ese último toque de pretenciosidad en su gran noche? En cualquier caso, no era probable que llegara a disfrutar de otra ocasión semejante, siendo el centro de atención, pues no era la típica chica casadera. «Demasiado grande y torpe y tonta de pura simpleza», comentaban las demás chicas al hablar de sus posibilidades. La última vez que Laura vio a Marion estaba cerrando una bolsa de dulces para el viaje en tren que se la llevaría del pueblo, y quizá aún seguía en la misma tienda preparando bolsitas de caramelos, a las que daba varias vueltas para cerrarlas, o puede que se hubiera convertido en una abuela cariñosa, pues en lo que a oportunidades matrimoniales se refiere nunca se sabe lo que depara el futuro.

Edna y Marion eran excepciones y como tales destacaban entre sus recuerdos. La principal preocupación de la mayoría de las chicas era encontrar marido y buscar pareja a sus amigas. Pues, por el momento, ninguna joven corriente estaba dispuesta a poner en duda la norma general según la cual el éxito o fracaso en la vida de toda mujer dependía de que consiguiera casarse. Si el matrimonio era bueno

desde un punto de vista mundano tanto mejor, pero cualquier matrimonio era considerado un éxito, e incluso uno mediocre era mucho mejor que permanecer soltera. A pesar de que había brillantes ejemplos de soltería en todos los ámbitos, una mujer sola, o una solterona, siempre era vista con una mezcla de lástima y desprecio. La maestra de una escuela, una matrona de hospital o incluso la propietaria y gerente de un negocio de éxito, si no estaban casadas, eran incluidas igualmente entre las fracasadas. Mientras muchas que carecían de tales habilidades podían permitirse hablar con condescendencia de aquellas por el mero hecho de llevar una alianza en el dedo.

Como las demás jóvenes de su época, Laura daba por hecho que tarde o temprano se casaría. Desde que era niña había oído decir a la gente que esa era la única opción natural. «Mejor un mal marido que ninguno», decían con frecuencia las vecinas de la aldea donde nació y sus alrededores. Siendo todavía adolescente, cuando citaban el refrán en su presencia, a veces la tranquilizaban diciendo: «Pero tú no tienes por qué preocuparte. Te casarás sin problemas. Eres de las calladas que suelen gustar a los hombres». Y cuando Laura sacudía la cabeza afirmando que no tenía intención de casarse «nunca», ellas se reían y decían: «Muy bien, chiquilla. Esa historia ya la hemos oído antes. Tú espera a que aparezca don Perfecto. En cuanto te diga ven, irás corriendo, te lo garantizo». Al cumplir los veinte sin que don Perfecto se presentara, sus comentarios se volvieron menos benévolos. «¡Vaya, con veinte años y todavía sin novio!», exclamó una vieja amiga. «Mejor será que vayas buscando uno o te quedarás sola en el escaparate». Y cuando con veinticuatro años Laura al fin se comprometió, la misma anciana vecina dijo con emoción: «¡Ay! ¡Cómo me alegro! Me alegro de verdad. ¡Qué bendición que por fin hayas tenido suerte! De veras temía que te convirtieras en una de las desparejadas».

En lo esencial, las mismas ideas imperaban en Heatherley, si bien no se expresaban con la misma contundencia, y las chicas que no tenían prisa por abandonar su hogar a menudo debían sentirse ofendidas, igual que Laura, cuando la gente se inmiscuía en sus asuntos. No obstante, la mayoría de ellas parecían aceptar de buen grado la idea del matrimonio como uno de los objetivos primordiales de la vida y al final casi todas se casaban. Aunque no estaba claro si la presión del entorno las hacía precipitarse o no.

Las que no conseguían satisfacer dichas expectativas, o tardaban en hacerlo, a veces sufrían. Ese fue el caso de Izzy. Pocos años antes de

que Laura la conociera era considerada la belleza oficial del vecindario por cuantos la rodeaban. Su pelo moreno y ondulado, sus ojos de un azul grisáceo y su figura esbelta y elegante destacaban por su aire de distinción entre las demás chicas de su edad, de tez pálida y mejillas rosadas y generalmente más entradas en carnes. Pero por aquel entonces Izzy tenía ya veintisiete años e iba camino de la soltería. A menos que se casara con Eric. Cuando ella no estaba, las demás chicas a menudo se preguntaban si Izzy se casaría o si su poco satisfactorio compromiso seguiría postergándose durante años para extinguirse al final sin llegar a nada. Algunas decían que en realidad ya se había casado, que llevaba su alianza colgada del cuello con una cinta bajo la ropa y que ella y Eric solo estaban esperando a que su padre muriera para proclamarse marido y mujer ante todo el mundo. Una de las chicas incluso llegó a decir que había visto una vez el anillo de boda, o al menos la cinta de la que colgaba, asomando bajo su escote. Pero Izzy no se había casado. Y posiblemente habría sido más feliz de haberlo hecho, incluso en secreto.

Izzy y su madre viuda vivían del alquiler de apartamentos en un pueblo cercano. En los meses de verano recibían a huéspedes de vacaciones. Uno de sus locales estaba ocupado por la sede de una entidad bancaria, y tenían como inquilino permanente a un hombre de negocios de mediana edad. Vivían bastante holgadamente y, tanto de niña como siendo ya una jovencita, Izzy había sido consentida por su madre, que sentía por ella auténtica adoración. Ya desde su adolescencia la madre había puesto todo su empeño en que «mi pequeña Izzy» o «mi querido corderito» se casara como es debido. Su sueño era que conociera a un adinerado y distinguido visitante veraniego de los que se alojaban en su casa, que se enamoraría de ella y la haría su esposa. Pero ese tipo de cosas no suceden a menudo. Y ella, que no era una mujer de carácter precisamente reservado, había confiado sus esperanzas a las chismosas del barrio, que no tardaron en difundirlas.

Cuando Laura conoció a Izzy, las esperanzas de su madre de que se casara a lo grande se habían esfumado pues, como decían las otras chicas, Izzy se había «liado» con un joven cuyo padre criaba caballos en el distrito. En aquellos tiempos, antes del advenimiento de los coches a motor, regentar un establo era un negocio importante y rentable. El propietario poseía sus propios caballos y vehículos, caballos de monta, caballos y carros en alquiler y a menudo un ómnibus tirado por caballos cubriendo la ruta entre el pueblo y la estación de tren más cercana. Llegado el caso, también era capaz de

conseguir, aunque no la tuviera, una pareja de grises para una boda o un par de ejemplares negros de exuberantes crines y colas para un coche fúnebre. Daba trabajo a mozos de cuadra y conductores, acostumbraba a vestir elegante ropa de montar y a menudo se permitía mirar con altivez y condescendencia a comerciantes más corrientes. Esa clase de hombre era el padre del muchacho. Eric era un joven bien parecido que, con sus elegantes pantalones de pana y sus brillantes botas, solía montar a su caballo por la vecindad con aires de próspero caballero. Casi a diario cabalgaba hasta uno de los prados cercanos a Heatherley donde se encontraba con Izzy, desmontaba y con las riendas en la mano caminaba junto a ella mientras ambos conversaban con vehemencia sobre cualquier cosa, y sin duda también harían planes para su futuro matrimonio. En los momentos de optimismo darían por hecho que tarde o temprano se casarían, pues la esperanza es una planta perenne capaz de crecer con poco alimento. Pero en días más sobrios sin duda ambos eran conscientes de su complicada situación, pues Eric no tenía dinero ni expectativas, más allá de llegar a heredar en un futuro lejano el negocio familiar; algo que tardaría en suceder, puesto que su padre aún estaba en la flor de la vida y parecía tan saludable y casi tan apuesto como su hijo.

El señor Tolman pertenecía a esa clase de hombres de negocios prácticamente obsoleta, incluso entonces, que esperaban que sus hijos, y por supuesto también sus hijas, se quedaran en casa y trabajaran sin cobrar en el negocio familiar. Las chicas contaban que Eric le había pedido una vez a su padre cierta suma, que no llegaba ni a una libra semanal, y este le había respondido: «¿Y para qué diablos quieres tú un sueldo? Eres el amo de todo esto tanto como yo. ¿Es que quieres ser mozo de cuadra? Tienes un plato en la mesa todos los días y mi sastre te hará un traje de primera siempre que lo necesites, además de contar con una o dos libras en el bolsillo de vez en cuando. ¿Qué más necesitas, entonces? ¿Qué harías si lo tuvieras? ¿Irte al pueblo los sábados por la noche o juntarte con alguna muchacha ligera de cascos de por aquí? Mi lema es ganar todo lo posible con mi negocio, que antes fue de mi padre y de mi abuelo. Cuando haces las cosas como es debido el dinero genera dinero, dinero que será tuyo algún día».

De modo que Eric no tenía ingresos que le permitieran emanciparse. Cinco libras de su padre cada vez que cerraba un buen negocio de venta, una o dos libras que su madre ahorraba del dinero para la casa y le daba en secreto y una guinea de cuando en cuando que ganaba dando clases de equitación eran dinero más que suficiente para sus gastos personales, para apostar en las carreras o para invitar

a beber a un amigo. Le hacía bonitos regalos a Izzy y nunca escatimaba en detalles como flores, dulces o frascos de perfume. Pero no podía casarse.

Era un muchacho atractivo y de naturaleza optimista, vivía en un hogar con todas las comodidades y dinero para gastos con el que habría estado más que satisfecho de no ser por su relación con Izzy. Él la amaba de verdad y quería desposarla, aunque no veía la necesidad de hacerlo inmediatamente.

—Tú tienes un buen hogar y también yo —decía él—. ¿Qué prisa tenemos? Al final todo acabará bien, ya lo verás. Sabes que soy honesto contigo, ¿verdad, Izzy?

Y entretanto la esbelta figura de Izzy se fue volviendo angulosa, sus hombros más erguidos y sus rasgos más afilados. Algunas de las chicas empezaron a tildarla de gafe, reprochándole que terminaría por echar a perder sus propias posibilidades de casarse, aunque seguían reuniéndose con ella ocasionalmente, y cuando la veían volvían a disfrutar de su carácter y su compañía como en los viejos tiempos.

En esta época más racional, una joven en la posición de Izzy habría puesto fin a la relación o sencillamente habría aceptado de buen grado su amistad sin llegar a comprometerse. Pero Izzy era afectuosa y fiel por naturaleza, por lo que no había para ella otra opción aparte de Eric, y no es probable que jamás se le pasara por la cabeza la posibilidad de ser únicamente amigos. En aquel momento, y en la clase social a la que pertenecían, no era frecuente la amistad entre un hombre y una mujer. La mera idea de ello era objeto de mofas y se consideraba antinatural. Un hombre, decían, solo quiere una cosa de una mujer, y la única forma de conseguirla es pasando antes por el altar. En cuanto a la clase de chica que alentara esa clase de relación, era tan mala como el hombre, o era una idiota al permitir que su juventud y sus posibilidades se le escaparan como arena entre los dedos. Se trataba de una ley tiránica para los pocos que tenían intereses más allá del sexo, pero había que someterse, pues en caso contrario los culpables tenían que soportar los chismorreos y críticas de la comunidad y tarde o temprano eran condenados al ostracismo por sus propios amigos.

Los jóvenes de ambos sexos que se sentían naturalmente atraídos a menudo sorteaban el problema comprometiéndose de forma apresurada, y cuando se arrepentían y cancelaban los votos también debían soportar los reproches de su comunidad. Si era el hombre quien rompía el compromiso, y por lo general era él quien lo hacía, se le consideraba un villano que había engañado a la pobre chica. Y si la

culpable era ella, era una cruel casquivana o una tonta que se arrepentiría durante el resto de su vida de su mezquina y poco femenina determinación. Y una joven cuyo antiguo novio hubiera tomado la decisión se encontraba por lo general en una posición nada envidiable, pues se convertía automáticamente en objeto de una desdeñosa compasión, muy dolorosa para su orgullo.

En aquellos días, dichas rupturas de compromiso eran frecuentes, e incluso los periódicos se hacían eco de ellas informando en detalle e ilustrando la noticia con favorecedores retratos de los protagonistas. Cuando un nuevo caso salía a la luz, los comentarios solían durar días, entreteniendo y proporcionando tema de conversación a los interesados en la materia. Muchos tomaban partido por alguna de las partes. Los hombres generalmente simpatizaban con los hombres y las mujeres con las de su sexo. Y durante los consecuentes rifirrafes era frecuente que los sentimientos heridos se transformaran en dinero contante y sonante, así como la costumbre de disimular los propios errores sacando a la luz más trapos sucios del culpable. Laura nunca conoció personalmente a nadie que se viera implicado en semejante situación, pero a menudo oía amenazas y acusaciones vertidas sobre la cabeza de algún supuesto infractor. En una ocasión, no obstante, fue testigo de una lamentable escena que no pudo olvidar. Una chica tranquila, discreta y de dulce carácter a quien, al parecer, habían dado calabazas lloraba empapando su pañuelo y gemía desconsolada cuando de repente se puso de pie y, tirando el pañuelo al suelo, comenzó a gritar con inusitada violencia:

—¡Le haré sufrir por esto, recuerda lo que te digo! ¡Lo hundiré! ¡Lo hundiré!

Fue como contemplar a un inofensivo corderito rugiendo furioso como un león. Aunque, por supuesto, Millicent no cumplió sus amenazas. En lugar de eso soportó pacientemente los inevitables chismorreos y tiempo después conoció a otro candidato a marido que, esperemos, iba a ser un hombre más amoroso y fiel. Todo el que la conocía le deseaba lo mejor, aunque seguiría preguntándose cómo era posible que un corazón tan tierno y una mente tan racional se hubieran transformado de ese modo.

Exceptuando estas escasas complicaciones, la vida de las jóvenes de Heatherley transcurría sin sobresaltos desde una infancia protegida a una juventud despreocupada y de ahí a un matrimonio estable y sin sorpresas. Y, por regla general, eso era cuanto pedían a la vida. Sin embargo, más tarde, el destino les impondría mayores exigencias a muchas de ellas, pues las muchachas de aquellos días serían las

madres de los jóvenes soldados que combatirían en la primera guerra mundial. Laura nunca supo cómo se enfrentaron a semejantes infortunios, pues había perdido todo contacto con ellas mucho tiempo atrás, pero, sin la menor duda, su genuina bondad les permitiría soportar todo aquello que la vida dejara caer sobre sus hombros. Y su antigua alegría de espíritu, mesurada con el tiempo y transformada en apacible felicidad, serviría de sostén para ellas mismas tanto como para los demás en los días de luto y dolor. Hay mucho que decir a favor, y quizá también un poco en contra, de la anticuada femineidad de la mujer.

EL SEÑOR FORESHAW

Las amistades más adecuadas para Laura en opinión de sus mayores eran las de su mismo sexo, edad y clase social, y en Heatherley tuvo varias amigas de esas características cuya compañía disfrutaba y cuyas buenas cualidades apreciaba. Pero, al igual que ella, aquellas muchachas tenían poca experiencia en la vida, sus intereses y puntos de vista eran limitados y a menudo anhelaba conocer a alguien con una perspectiva del mundo más amplia. Durante su estancia en Heatherley, no obstante, llegó a hacer otros amigos, quizá menos aptos para ella según los estándares convencionales, pero que supusieron en su vida excitantes novedades. El primero y más memorable fue el señor Foreshaw.

Con frecuencia Laura veía en la oficina de correos a un caballero anciano y distinguido, de bigote y barbita cuidadosamente arreglados y blancos como la nieve, que desde el principio llamó su atención. Era un hombre alto y, exceptuando sus hombros ligeramente caídos, caminaba bien erguido. Sin embargo, al verlo de cerca, su avanzada edad era evidente en el rostro de tez morena y seca de frente profundamente arrugada y también en los ojos, bajo los cuales había hinchadas bolsas y cuyos iris estaban moteados de blanco. En invierno solía llevar una gruesa capa negra y gorro de piel de foca con orejeras que ataba bajo la barbilla con unos delgados cordones. En los días más calurosos del verano a veces aparecía con un traje blanco de corte tropical.

—¿Quién es ese anciano caballero del traje blanco? —preguntó un día Laura a Alma, pues siendo natural de allí conocía a la mayoría de la gente que vivía en el pueblo.

—Es el señor Foreshaw —respondió.

Uno o dos años antes se había construido un bungaló al final de un pequeño callejón, algo alejado de la calle principal, donde vivía solo desde entonces. Eso era todo lo que Alma sabía de él —y estaba

segura de saber bastante sobre los habitantes de Heatherley—, por lo que quién era en realidad, dónde había vivido y a qué se dedicaba antes de mudarse al pueblo o por qué con tan avanzada edad había decidido vivir solo siguió constituyendo un misterio para Laura durante un tiempo. No obstante, ella, que adoraba los misterios y sentía generalmente un gran afecto por la gente mayor, siguió fijándose en «su anciano», como Alma empezó a llamarlo, y le prestaba atención cada vez que entraba en la oficina. Ignorando normas y reglamentos, solía coger las cartas de sus artríticas y envejecidas manos para pegar los sellos por él y el anciano no tardó en dirigirse a ella cada vez que entraba en la oficina para que se ocupara de su correo. Sin embargo, aparte de darle las gracias, apenas hablaba, y lo poco que decía era abruptamente o en forma de gruñidos, por lo que Laura asumió que no le caía bien. Un buen día, Alma, que a esas alturas ya había recopilado un poco más de información sobre él, le contó que el señor Foreshaw tenía fama de misógino. No quería a una mujer en su casa ni para limpiar y preparar la comida, para lo cual había contratado los servicios de un soldado retirado entrado en años.

Entonces, una tarde después de que la oficina hubiera cerrado, mientras Laura se ponía el abrigo y el sombrero para volver a casa, llegó un telegrama dirigido a «Foreshaw, el bungaló». Por el contenido del telegrama sacó en conclusión que alguien llamado Roberts llegaría esa noche en el último tren. Los mensajeros ya se habían ido a casa y no podía llamarlos fuera del horario oficial. Laura no debería haber entregado ningún telegrama recibido después de las ocho de la tarde, pero su respuesta al musical tintineo de las letras cifradas de Heatherley se había vuelto automática. Ahora tenía el telegrama en sus manos y, de haber estado destinado a cualquier otra dirección, no se lo habría pensado dos veces antes de entregarlo, como había hecho en muchas ocasiones con mensajes tardíos que parecían urgentes. Pero ante la reputación de misógino del señor Foreshaw, dudó. Pues quizá el viejo no supiera apreciar ni un humilde servicio voluntario como aquel, viniendo de una mujer.

Sin embargo, ahí estaba el telegrama ya transcrito y guardado en su sobre de color naranja. El visitante del señor Foreshaw estaría a punto de subir a su vagón en la estación de Waterloo, y, en el bungaló, el señor Foreshaw probablemente estaría pensando en irse a la cama. Los ancianos que había conocido hasta entonces solían acostarse muy temprano. Para ahorrar en velas y leña, decían, y también porque no había nada que hacer y además se habrían

sobresaltado si alguien los despertara llamando a su puerta a medianoche. Guardó el telegrama en el bolsillo de su chaqueta y salió hacia el templado crepúsculo de agosto.

«Justo al final del callejón, en el extremo de un jardín, lo encontrará», le había dicho el hombre al que preguntó de camino. Y en cuanto alcanzó la portilla de entrada supo que había llegado al lugar, pues en una habitación iluminada con las cortinas corridas y la ventana abierta de par en par vio al señor Foreshaw, vestido con un pijama gris y la cabeza cubierta con un gorro de dormir de terciopelo negro, sentado ante una mesa repleta de papeles. El hombre se acercó enseguida a la puerta en respuesta a los tímidos golpes con que Laura llamó.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Cómo? ¿Un telegrama? Ah, ya veo de quién se trata. Pase, pase. No puedo leer con esta oscuridad.

Laura entró en primer lugar en la habitación iluminada y, después de ofrecerle una silla cortésmente, él volvió a hundirse en su silla ante los mapas. Pues la recién llegada pudo comprobar entonces que las hojas que cubrían el escritorio eran mapas en los que, como le mostró más tarde, el anfitrión había señalado el recorrido de sus numerosos viajes.

Al leer el telegrama, las pobladas cejas del señor Foreshaw se arquearon considerablemente.

—¿Roberts? ¿Roberts? —dijo, pensando en voz alta—. ¡Ah, ahora me acuerdo de él! La última vez que lo vi fue en el valle del Zambeze en el 84. Todo un gesto por su parte buscarme. No tiene uno muchas visitas en estos tiempos. Tampoco es que arda en deseos de recibirlas, pues estoy demasiado acostumbrado a mi propia compañía. Ha sido usted muy amable al traerme el telegrama. Debe tomar algo ya que está aquí.

El ofrecimiento alarmó bastante a Laura, porque no conocía el nombre de muchas bebidas aparte de la cerveza, que ni siquiera le gustaba. Sin embargo, el interés, o la curiosidad, hicieron que se alegrara de poder quedarse un poco más, de modo que dijo que tomaría un vaso de agua o leche si la tenía. Al oírla, él se echó a reír toscamente y dijo que no habría imaginado que fuera una de esas señoritas que acostumbran a tomar leche y agua, que no tenía leche, pues nunca la probaba, y en cuanto a lo de darle agua, prefería dejar esa clase de hospitalidad para la buena gente cristiana. Es un viejo pagano, pensó Laura, tan solo un viejo pagano, se repitió con cierto orgullo, pues recientemente había descubierto la acepción más moderna del calificativo. «Sin embargo, tengo algo aquí que creo que

le gustará», añadió. Y acto seguido sacó una botella de un armario y sirvió, en un vaso casi a rebosar, una mezcla de agua con alguna clase de sirope dulce, que ella probó asintiendo agradecida.

El señor Foreshaw se sentó de nuevo a la mesa y, mientras apoyaba la barbilla en una mano, sus ojos la observaron con fijeza —y con expresión crítica, pensó ella— bajo las pobladas cejas, aunque amablemente. Una ráfaga de aire fresco entraba de cuando en cuando en el salón por las ventanas abiertas hinchando las cortinas y removiendo algunos papeles del escritorio y, cada vez que había una pausa en la conversación, el sonoro tictac del reloj de pared llenaba la estancia. Laura nunca había visto una habitación así. En las paredes de color verde claro no había un solo cuadro ni fotografía, únicamente mapas enmarcados, y aquí y allá se podían ver largas colgaduras, como cortinas estrechas, sobre las que destacaban bocetos de angulosas figuras de hombres y bestias perfiladas en negro sobre fondo blanco. En la repisa de la chimenea reposaban algunas curiosas piezas de cerámica, sin duda extranjeras, y un huevo de avestruz sobre el cual alguien había realizado un dibujo a pluma de esa ave con rostro humano. A un lado del hogar se alzaba una alta librería, mientras el hueco del otro lado estaba ocupado por varias baldas en las que se exhibían puntas de lanza, cerbatanas y otras armas pequeñas. Y distribuidas por toda la estancia se podían ver diversas vitrinas que contenían extraños especímenes difíciles de identificar. Pero esa noche Laura apenas tuvo tiempo para analizar debidamente el escenario que la rodeaba, pues temía mostrarse indiscreta y entrometerse en la intimidad del señor Foreshaw, y en cuanto vació su vaso se levantó y dijo que estaba segura de que tendría cosas que hacer antes de la llegada de su inesperado visitante. Al oírla, él se rio.

—¿Se refiere a ventilar la habitación para Roberts y vestir su cama con las mejores sábanas de la casa? —dijo—. No, no. Los viejos solteros no hacen las cosas de esa manera. Roberts es un viejo luchador como yo y mientras haya una botella y vasos sobre la mesa estará satisfecho.

Algunos días después, al entregarle a Laura un puñado de cartas para enviar, el señor Foreshaw soltó un suave gruñido y volvió a hablarle.

—¿Cuándo vendrá de nuevo a visitarme? Si no tiene nada mejor que hacer venga el domingo y tomaremos el té. Si alguien le pregunta adónde va puede decirles que a visitar a su anciano abuelo.

Por suerte, Laura no tenía que dar explicaciones a nadie acerca de sus andanzas, de modo que fue libremente a ver al señor Foreshaw

muchas veces. Alma estaba presente durante esa primera invitación y tuvo ocasión de escuchar lo que él decía y también la respuesta de su amiga. En cuanto él se marchó, ella trató de quitarle la idea de la cabeza.

—¡Tú y tu anciano! —exclamó—. La verdad es que no puedo entenderte. Si te apetece ir a alguna parte a tomar el té, ¿por qué no vienes a casa y después a pasear conmigo y con Arthur?

Pero ese plan, por amable que fuera, no sedujo en absoluto a Laura, que no tenía la menor intención de hacer de carabina de ninguna pareja si podía visitar el bungaló. Después de esa ocasión, Alma siempre se mostraba fría y reservada cada vez que salía a relucir el nombre del señor Foreshaw, pero no era una muchacha chismosa y no iba a comentar con nadie las excentricidades de Laura. Si alguien la veía caminar por el estrecho sendero bordeado de hierba y atravesar con discreción la portilla blanca al llegar al final, posiblemente pensaría que la avanzada edad del señor Foreshaw la eximía de la norma imperante entonces según la cual ninguna buena chica debía entrar sola jamás en casa de un hombre soltero. Aunque era mucho más probable que nadie excepto Alma estuviera al corriente de sus visitas al bungaló.

La segunda vez que Laura fue a verlo, el señor Foreshaw le mostró sus trofeos de caza, incluidas las vitrinas con mariposas tropicales de los más gloriosos colores, tan frescos y vivos como si estuvieran recién pintados. Sin embargo, sus alas y cuerpos estaban tan rígidos e inmóviles apresados bajo el cristal que el espectáculo terminó por entristecerla.

—Bonitas, ¿verdad? —dijo él—. Le gustan, ¿eh?

Y ella, contemplando cada una de ellas, ensartada por una aguja y con una pequeña etiqueta debajo con su nombre y especie, solo pudo responder:

—Me gustaría verlas vivas.

También había vitrinas con muestras de minerales y puntas de flecha, pieles de cocodrilo disecadas, cuernos y pezuñas y alfombras hechas con pelajes de animales a los que él mismo había disparado cuando se dedicaba a la caza mayor. El señor Foreshaw había sido cazador profesional en las colonias portuguesas y británicas del África Oriental. Ese era el motivo, tal y como le contó a Laura cuando llegó a conocerla mejor, por el que nunca se había casado.

—No quería dejar atrás a una pobre mujer llorando a lágrima viva mientras yo desaparecía sin dejar rastro —explicó—. Además, el matrimonio también es malo para los hombres, pues echa a perder su

temple. «Cabalga más rápido quien cabalga solo», como bien dice ese joven Kipling.

Prácticamente hasta el último artículo de la vasta colección tenía su propia historia. Había un colmillo del elefante al que había abatido después de que la plataforma de ramas y hojas donde se había encaramado se hundiera bajo su peso. Al caer al suelo justo en la trayectoria del animal, ya herido y en plena carga, había sentido que estaba a punto de morir aplastado. Sus «chicos», como llamaba a sus porteadores indígenas, se dispersaron en todas direcciones «como las vetas de un relámpago». La pobre bestia, sin embargo, cegada por su propia sangre, trastabilló a su lado hasta derrumbarse a escasos metros de él.

—Aquella vez estuve condenadamente cerca —comentó al concluir la historia.

Sin embargo, había escapado milagrosamente de la muerte en muchas otras ocasiones. De animales salvajes que aparecían súbitamente en los lugares más insospechados, de mordeduras de serpiente o del ataque de tribus nativas hostiles. Una vez había sido perseguido por una manada de perros salvajes y, tras conseguir ponerse a salvo trepando a las ramas de un árbol, se había visto obligado a permanecer allí durante tres horas mientras las criaturas saltaban y lanzaban furiosas dentelladas a escasos centímetros de sus pies. Dos veces había sido abandonado por sus porteadores y en una ocasión, durante una gran sequía, él y su grupo habían estado a punto de perecer de sed.

Laura escuchó muchas historias de trances semejantes. Cuando durante alguna conversación decía «Una vez, cuando estaba en el valle del Zambeze» o «en el oriente portugués» o «buscando minerales en el Transvaal», Laura sabía que una nueva y emocionante anécdota era inminente. En una ocasión se atrevió a preguntarle si tras una vida tan aventurera no encontraba Heatherley aburrido, y él respondió con uno de sus habituales gruñidos, que alguien más experimentado que Laura habría reconocido al instante como una exclamación de sufrimiento contenido:

—¿Aburrido? Sí, condenadamente aburrido. Me siento solo, frío y aburrido como el agua de un pozo y lo cierto es que no me importaría en absoluto irme. Pero ¿irme adónde? Bueno, adondequiera que vayan los viejos cazadores cuando mueren. Es una lástima que no podamos ser como los viejos elefantes, que cuando perciben que se acerca su hora se pierden solos entre la maleza o en algún pantano y aceptan lo inevitable sin rechistar. ¿Le he contado que una vez descubrí un

cementerio de elefantes en un pantano? ¡Toneladas de marfil había allí! Tuve a mis chicos excavando durante quince días y después hice un viaje especial a Beira para enviar los colmillos y ocuparme personalmente de todos los pormenores administrativos. Fue esa vez cuando vi con mis propios ojos a un hindú sacrificar, desplumar y asar un pollo y quemar sus plumas para después devolverlo a la vida. Yo mismo escuché el gemido de la criatura, vi su sangre manar cuando le cortó el gaznate, olí cómo se asaba su carne y se chamuscaba su plumaje, ¡por mi vida que lo hice! Y entonces vi al pollo vivo corriendo y cacareando como si no hubiera pasado nada. No había truco posible. El suelo estaba tan limpio como la palma de mi mano y el tipo estaba prácticamente desnudo. Tan solo estaban él y el pollo y el pincho para asar. ¿Que cómo creo que lo hizo? ¡Esa es una buena pregunta! Algunos dicen que se debe al mesmerismo. El pollo no fue sacrificado y mucho menos asado. Basta con quemar algunas plumas y del resto se encarga la mente del espectador, por supuesto debidamente sugestionado por el ejecutante. En mi opinión es pura magia. En efecto, creo en la magia. Y también lo haría usted si hubiera visto lo que yo vi. ¿Ha oído hablar alguna vez del truco de la soga india? Yo nunca he tenido ocasión de verlo en persona, pero he conocido a hombres dispuestos a jurar sobre la Biblia que lo han visto, y no eran de los que se pasan con la botella.

Cuando Laura llegó a conocer mejor al señor Foreshaw decidió preguntarle acerca de su reputación de misógino. Él se echó a reír y soltó uno de sus característicos gruñidos.

—No odio a ninguna mujer de entre quince y cincuenta años —dijo —, exceptuando a las mezquinas y a las cotorras, como solíamos llamarlas, refiriéndonos a las amargadas y verduleras. Esas nunca me han gustado. En cuanto a las niñas, he de reconocer que tampoco siento un especial aprecio por ellas. Y a los viejos cuyo sexo ya es imposible distinguir —añadió apretando los dientes— los detesto a todos, no puedo evitarlo.

Durante casi un año, Laura visitó al señor Foreshaw al menos una vez a la semana. Muchos domingos por la tarde se sentaba frente a él a la mesa donde lo había visto aquella primera noche revisando sus mapas y tomaba jalea de guayaba, jengibre seco o alguna exquisitez que él sacaba de su armario de las bebidas, además de té con una nube de leche, mientras su anfitrión disfrutaba de su café solo y mordisqueaba una galleta.

A Laura le cayó bien el señor Foreshaw desde el principio. Le gustaba por su originalidad y su vivacidad y por la inmensa y

variadísima experiencia que atesoraba, pero también por su mordaz ingenio. A medida que llegó a conocerlo mejor y se dio cuenta de lo difícil que debía ser para él soportar aquella vida tan reposada e inactiva tras sus años de emocionantes aventuras, viejo y solo y a menudo impedido por toda clase de dolores, su simpatía se convirtió en afecto. Y estaba casi segura de que también ella era del agrado del señor Foreshaw. Era evidente que su manera de tratarla respondía en parte a la cortesía, a sus modales anticuados. Pero para ella, poco acostumbrada a esa clase de consideraciones, era delicioso tener a alguien que se preocupaba por su comodidad o por si estaba expuesta a alguna corriente, y que además le pedía permiso cada vez que encendía su pipa y le servía toda clase de exquisiteces con el único fin de satisfacerla. Si iba a verlo por la noche, cuando ella se marchaba él se disculpaba por no estar en condiciones de disfrutar del gran placer de acompañarla para asegurarse de que llegaba a casa sana y salva, e incluso en los días más fríos permanecía en el quicio de la puerta hasta que la portilla del jardín se cerraba a su espalda, y entonces alzaba la mano para despedirse una vez más.

El día de su primera visita para tomar el té, él le había mostrado una pequeña habitación poco después de su llegada.

—Aquí tiene un rinconcito por si quiere rizarse el pelo o lo que sea —dijo—. Hace mucho tiempo que no recibo en casa a una dama, de modo que si echa usted en falta algo importante debe achacarlo a que he olvidado mis viejos modales de caballero. No obstante, para lo que necesite ahí tiene un espejo y también he puesto un frasco de agua de colonia…

—¡Y un juego de agujas! —exclamó Laura—. ¡Es precioso! Me siento igual que la señora Micawber cuando fue a cenar con David.

Y su comentario no pasó desapercibido, pues también él era un gran admirador de Dickens y le contó que siempre solía llevar consigo alguna obra suya en sus expediciones. Después le enseñó el libro que estaba leyendo esa misma tarde antes de que ella llegara. Era un ejemplar de *Grandes esperanzas* en cuya cubierta trasera y en numerosas hojas había varios orificios parecidos a agujeros de bala que al parecer habían sido hechos por hormigas blancas.

Las novelas de Dickens, Thackeray y algunos otros autores victorianos seguían siendo sus lecturas favoritas, aunque también leía mucha literatura de viajes, biografías y cualquier libro nuevo que se publicara sobre África. Con la única excepción de Kipling, cuyos relatos breves admiraba profundamente, no le interesaban los novelistas contemporáneos.

—Esos hombres nuevos —como solía llamarlos— siempre lamentándose, y con qué torpeza. Siempre abordando con sutilezas problemas que los antiguos escritores habrían planteado directamente.

Laura llegó a conocer bien al señor Foreshaw y, aunque su relación con él duró poco, causó en ella una profunda y perenne impresión. No obstante, al recordar años después aquellos encuentros, no dejaba de sorprenderle lo poco que había llegado a saber sobre su vida. Hablaba por los codos acerca de sus treinta años de caza mayor en África, pero sobre su vida anterior y posterior a dicho periodo, ni una palabra. Tampoco le contó nunca dónde había nacido y pasado su infancia, quiénes eran sus padres y si tenía o no algún pariente vivo en la época en que ella lo conoció. No supo si había amado o sufrido, a excepción del afecto que había sentido por los cachorros de león y guepardo que había criado como mascotas y la tristeza que sintió al perderlos, bien porque murieran o porque se vio obligado a entregarlos a algún zoo cuando fueron demasiado mayores o se volvieron excesivamente «juguetones» para el gusto de sus porteadores. Lo único que ella llegó a saber sobre su vida privada fue que tenía, o había tenido, una hermana. Y eso lo averiguó por la dedicatoria que había leído en la guarda de uno de sus libros: «Para Charles Foreshaw, con afecto de su hermana Clara. Navidad 1880».

Si aún vivía, su hermana nunca iba a verlo, y él tampoco la mencionó. Aparte del doctor, que además de por motivos profesionales aparecía algunas noches para jugar con él al ajedrez, Laura no llegó a conocer a ningún otro visitante mientras lo frecuentó, exceptuando al Roberts del telegrama, que en aquella ocasión se quedó dos noches e inmediatamente después regresó a Sudáfrica, donde muchos años antes se había casado con la propietaria viuda de un hotel en Rodesia.

Tampoco el señor Foreshaw sabía demasiado sobre Laura. Ella le había hablado un poco acerca de sus padres y su hogar y él se había mostrado interesado. Además, siempre disfrutaba oyéndola hablar sobre cualquier pequeño incidente curioso de su vida actual. Pero Laura prefería escuchar más que hablar, por lo que siempre habría detalles de su vida y su carácter que él ni siquiera imaginaba. Tenían un sentido del humor muy parecido, y a ambos les resultaban graciosas determinadas cosas que otros consideraban tristes y encontraban lamentables cosas que a muchos les parecían cómicas. Quizá fue precisamente eso lo que más los unió con el paso del tiempo. Ella solo lo vio emocionarse una vez. Habían estado hablando sobre fantasmas y él había criticado el espiritismo y a los que lo

practicaban, mientras que Laura había titubeado un poco antes de afirmar que quizá, después de todo, había algo de verdad en ello. Siendo niña había escuchado extrañas historias de gente que había visto lo que parecían ser espíritus, gente que conocía personalmente y cuya palabra estaba dispuesta a creer.

—¡Ah, ahí lo tiene! —exclamó él—. ¡La superstición tiene nombre de mujer! Apuesto a que le daría a usted miedo vivir en esta casa después de que yo muriera en ella. Miedo de que la embrujara, ¿verdad?

Y Laura, algo ofendida por ser tildada de supersticiosa, protestó asegurando que jamás temería al fantasma de una persona a la que hubiera conocido y apreciado en vida. No obstante, si tal cosa fuera posible, y ella era tan escéptica como él, estaba segura de que le gustaría verlo con sus propios ojos.

—¡Pero nunca lo hará, nunca! Eso es lo diabólico de la muerte. Conocí a un hombre que al final de un viaje ordenó a uno de sus chicos que se adelantara siguiendo la costa para recoger el correo. Cuando las cartas llegaron había una entre ellas… en fin, alguien a quien conocía había muerto… y, créame, aquel hombre rezó durante toda la noche de rodillas, ¿me entiende?, para que el espíritu de su amiga se le apareciera, aunque solo fuera una vez. ¿Y qué sucedió? Nada. Absolutamente nada. Fuera de su tienda, en la oscuridad, las hojas de las palmeras se mecían bajo la suave brisa que siempre se levanta en esos parajes antes del amanecer. Eso y los estruendosos ronquidos de sus chicos que dormían acurrucados alrededor de las brasas del fuego de campamento eran los únicos sonidos que se oían. Pero de ella ni el más mínimo susurro, ni un solo indicio de que, aunque no pudiera verla, estuviera a su lado. Tan solo el vacío, ¡la nada en todas partes!

El señor Foreshaw volvió a hundirse en su silla, aferrándose a los reposabrazos con las manos hinchadas. Laura no dijo nada. ¿Qué podía decir? Tan solo pudo mirarlo con simpatía y afecto. Cuando volvió a hablar lo hizo en su tono habitual para referirse a alguna menudencia del día a día. Sin embargo, esa misma noche antes de que ella se marchara, el anciano volvió a abordar una cuestión personal.

—Me gustaría que viviera usted aquí cuando yo me haya ido, de ese modo cuidaría de mis cosas. No puedo llevármelas y tampoco me gusta la idea de que acaben desperdigadas o sean manoseadas por completos desconocidos.

Pero eso fue precisamente lo que sucedió con los trofeos del señor Foreshaw. Una mañana se difundió rápidamente por el pueblo la

noticia de que el anciano caballero del bungaló había fallecido mientras dormía. El militar retirado que limpiaba y cocinaba para él lo había encontrado en la cama con la beatífica expresión de un niño dormido, y el médico había dicho que ese desenlace era esperable, pues la afección reumática que padecía había terminado por afectar a su corazón.

El doctor y un abogado de la ciudad fueron los únicos asistentes al funeral y suyas eran las dos coronas de flores que reposaban sobre su ataúd. A las flores de cera de encargo que fueron colocadas sobre su tumba, otra amiga añadió un ramo de rosas rojas silvestres, escogidas porque sabía que él amaba los colores vivos de las flores, igual que había amado todas las cosas positivas, fuertes y entrañables de la vida.

Después de una larga búsqueda, según se dijo, apareció en Canadá un sobrino nieto del señor Foreshaw, y como heredero legal de todas sus propiedades dio instrucciones de subastar el bungaló y todo lo que contenía. El día de la subasta pública, al concluir su jornada, Laura observó con tristeza a las mujeres que pasaban ante la oficina de correos cargadas con cortinas y piezas de porcelana, lámparas y atizadores, y a los hombres que transportaban en carretillos algún mueble o artículos más pesados. Un chiquillo caminaba torpemente sosteniendo una grandiosa cornamenta pegada a la frente, y dos niñas se lanzaban entre sí sin el menor cuidado un cesto para la ropa que contenía tazas y platillos.

Supuso un pequeño consuelo para Laura averiguar que la colección de mariposas y algunas de sus armas indígenas y piezas de alfarería y cerámica habían sido adquiridas por el conservador de un museo. Al menos esos artículos no acabarían «manoseados y desperdigados», aunque las historias ligadas a cada uno de ellos se irían a la tumba con su antiguo propietario, convirtiéndose en meros objetos curiosos.

Laura tuvo ocasión de hacer una tímida puja por uno de los libros de su anciano amigo. Una mujer entró en la oficina y dejó sobre el mostrador una pila de libros mientras hacía varios encargos. Estaban atados con un cordel muy apretado y habían sido etiquetados como «Lote 39». Según le explicó su nueva propietaria, los había comprado por un chelín, aunque no sabía qué iba a hacer con ellos al llegar a casa, ya que únicamente había pujado porque nadie lo hacía y le habían salido muy baratos. Laura rozó con el dedo índice un ejemplar de *La feria de las vanidades*. Era uno de los favoritos del señor Foreshaw, quien sostenía que Becky Sharpe habría sido mejor mujer de haber nacido con una renta de diez mil al año. En cualquier caso, siempre le había gustado el personaje por su temple y su entereza.

—¿Me vendería este por un chelín? —preguntó Laura.

Y la mujer respondió con acritud:

—No. Si vale un chelín para usted también lo vale para mí. Me lo quedaré para sujetar la ventana de la alacena.

Aunque sus miedos resultaron ser fundados en lo concerniente al destino de sus posesiones, el final del señor Foreshaw había sido tal y como él mismo habría deseado. Como el viejo elefante que se había alejado de los suyos bajo el peso de sus años para morir en un pantano, también él murió solo y «apaciblemente». Laura había perdido a un buen amigo de los que, intuía, cuesta encontrar, y se sentía al mismo tiempo triste y sosegada. Era la primera vez en su vida que experimentaba la pérdida de un modo tan personal. Había visto morir a gente que conocía y por supuesto se había apenado, pero hasta ahora a nadie tan cercano. Nunca había tenido que enfrentarse a la gran oscuridad, al silencioso abismo que se abre entre los muertos y los vivos. Durante semanas, tras la muerte del señor Foreshaw, cada vez que sucedía o se decía en su presencia algo divertido o interesante, ella pensaba: «Esto tengo que contárselo al señor Foreshaw», y después recordaba con tristeza que ya no podría contarle nada más, ni escuchar sus maliciosos y agudos comentarios.

El viento en los páramos

Su trabajo en la oficina de correos, las nuevas amistades y la rápida y constante lectura de libros de la biblioteca no llenaba por completo la vida de Laura en aquella época. Pero había otra actividad que constituía una de sus verdaderas pasiones, si bien disponía de menos tiempo para su disfrute.

Sentía un amor innato por la naturaleza y era capaz de apreciar enseguida la belleza natural de lugares que pasaban desapercibidos a ojos de espectadores menos avezados. En su propio condado, donde el paisaje era llano y hasta cierto punto vulgar, había muchos rincones mágicos que adoraba desde niña. Praderas de ranúnculos bordeadas por oscuros olmos, grandes y frondosos setos blancos de flores de mayo engalanados de rosas silvestres o madreselva, o cargados de bayas de acerola y escaramujo con grandes y plateadas borlas de usnea, dependiendo de la estación. Había también arroyuelos, cuyas orillas estaban alfombradas de hierba de sauce y ulmaria, que serpenteaban a través de prados donde las alondras revoloteaban en primavera y cantaban sobre el trigo aún verde y sobre las parcelas de mostaza de un deslumbrante amarillo. Y más entrado el año, cuando los pajarillos guardaban silencio y las crías de perdiz se escabullían piando escandalosamente en bandadas cada vez que se escuchaban pisadas en algún sendero de los prados, esos mismos campos se volvían dorados cuando el grano maduraba y las amapolas brotaban entre el maíz.

Había abandonado su hogar hacía tiempo, pero aún no había visto el mar. No obstante, sí había tenido ocasión de contemplar un saladar en Essex cubierto de limonio violeta hasta donde alcanzaba la vista. Y también una ría donde las redes rojas de los pescadores se secaban extendidas al sol y las algas se aferraban a las rocas de los embarcaderos, sobre cuyas aguas volaban en círculo decenas de gaviotas. Había amado todas esas cosas y las seguiría amando. Y si

hubiera sido condenada a vivir el resto de su vida en una gran ciudad le seguirían perteneciendo, pues nada podría arrebatarle recuerdos tan preciados.

El amor que sentía por su lugar de nacimiento era como el que un niño siente por sus padres, un amor que lo da todo por sentado, más instintivo que inspirado por la experiencia, pero que dura toda la vida. Su amor por la campiña de Heatherley era distinto. La había asaltado de forma repentina el día de su llegada, en aquel momento de revelación en que, al dejar atrás el páramo, había descubierto los brezales en flor. Al instante había sentido que pertenecía a aquel lugar, y a medida que fue conociendo mejor aquellos prados y colinas la sensación se hizo cada vez más intensa. Fue más parecido a enamorarse inesperadamente que a sentir esa clase de afecto que uno intuye que crecerá con el tiempo.

Después de establecerse en Heatherley, su mayor placer en la vida era vagabundear por las colinas cubiertas de brezo aprovechando sus escasas horas libres a la luz del día o entretenerse en alguno de los bosques del valle, donde rumorosos caudales alimentaban el exuberante verdor de arbustos, helechos y musgos, e incluso la luz que se aventuraba a través de la fronda se teñía de ese color. Lo que más le gustaba era pasear a solas por esos lugares, pues, aunque pronto hizo algunas amistades, no tardó en descubrir que caminar en compañía era una experiencia muy diferente, apresurada y por lo general salpicada de charla y risas de principio a fin. Estos paseos solían coincidir con las últimas horas de la tarde, al oscurecer y tras el cierre de la oficina, y Laura siempre los disfrutaba. Pero sus favoritos eran los que daba en soledad. De ese modo podía detenerse a su antojo para contemplar alguna de sus vistas preferidas, observar a los pájaros, los insectos y los veloces lagartos que abundaban en los brezales, recoger flores de brezo con las que hacía pequeños ramilletes con olor a miel, enterrar los dedos en la tierra y dejar que se escurriera juguetona entre sus dedos o quitarse el sombrero bajo la suave llovizna en los días de bruma.

Los domingos por la mañana, después de cerrar la oficina, llegaba su momento favorito de la semana, y durante el invierno el único en que podía aprovechar para sus solitarios paseos. Si en lo referente al trabajo todo había ido según lo esperado, cuando el telégrafo entregaba su mensaje diario remitido desde Greenwich ella ya se había puesto el sombrero y el abrigo. «T-I-E-M-P-O—T-I-E-M-P-O—T-I-E-M-P-O», decía la transmisión. Y acto seguido, tras una pausa de escasos segundos: «¡D-I-E-Z!». Un instante después Laura había cerrado la

puerta con llave al salir y ya había recorrido media calle en dirección a las colinas o el bosque. Durante la guerra de los Bóers, cuando aún faltaban muchos años para que se generalizaran los boletines de noticias radiofónicos y únicamente las ediciones muy tempranas de los periódicos dominicales, impresas el día anterior, tenían gran difusión, las autoridades gubernamentales creyeron necesario instaurar los boletines matinales con los últimos informes bélicos. Estos eran telegrafiados a todas las oficinas de correos para que fueran transcritos y expuestos al público en las ventanas. El boletín debía llegar antes de las diez, cuando las oficinas cerraban. Ocasionalmente llegaba antes de esa hora, pero en el caso de Heatherley era mucho más frecuente que llegara quince minutos, media hora o incluso a veces con una hora de retraso. Laura, que no tenía nada que objetar a hacer horas extra cualquier otro día de la semana con tal de finalizar cualquier tarea, se exasperaba cada vez que había retrasos en la transmisión de los domingos, pues como resultado se veía obligada a acortar su paseo.

Cuando al fin estaba libre, más tarde o más temprano, solo tardaba unos minutos en llegar a campo abierto. Sin molestarse en mirar a izquierda o derecha por si aparecía alguien que quisiera acompañarla, salía corriendo «igual que un *bandersnatch*» —como había dicho un vecino al verla pasar a lo lejos en cierta ocasión— y cogía el primer desvío en dirección al páramo a la salida del pueblo, un sendero arenoso flanqueado por altos setos salpicados de flores de brezo que discurría en dirección a uno de los valles, o «vegas» como solía llamarlos la gente del lugar. A cierta distancia del pueblo, cerca del sendero, estaba el hogar de uno de los escoberos, una casita baja de planta alargada circundada por varios cobertizos, junto a la que siempre había una buena pila de escobones de jardín listos para ser llevados al mercado. Un perro ovejero de aspecto salvaje y hosco ladrido estaba siempre en su caseta hecha a partir de un gran barril tumbado en el suelo y, al escuchar el más leve sonido de pisadas, se levantaba de un salto y empezaba a ladrar y dar tirones como loco a la cadena que lo amarraba. Probablemente hasta cierto punto la pobre criatura había enloquecido, pues durante toda su existencia, desde que era cachorro, había estado encadenado en ese lugar. Jamás lo soltaban, ni siquiera durante una hora, y solo es posible imaginar lo que sentía cada vez que veía pasar a otros perros correteando libres en compañía de amos más benévolos. El pobre animal seguramente no encontraría en vida el modo de resarcirse, pero al morir sin duda se cobró su venganza sobre la humanidad, aunque como suele suceder, la

víctima no era la responsable de su antinatural existencia.

En esa época tuvieron lugar una serie de envenenamientos de perros. Había muchos perros ladradores en la vecindad —pues en aquel tiempo la gente ignorante pensaba que un perro guardián era mejor vigilante si estaba siempre encadenado— y uno por uno fueron apareciendo por la mañana muertos ante sus casetas, envenenados. Los propietarios, muy indignados, decidieron organizar rondas de vigilancia nocturna junto a los que seguían vivos. Cuando le llegó el turno a nuestro pobre amigo, los jóvenes vigilantes, escondidos tras un almiar, atisbaron una figura de un hombre que se acercaba bajo la brillante luz de la luna. Se detuvo ante la caseta y con cautela dejó en el suelo un trozo de carne (que, en efecto, resultó estar envenenada). Entonces los vigilantes salieron rápidamente de su escondite y atraparon al delincuente. Entretanto, el perro aprovechó la ocasión y comió la carne. El animal murió y los hombres debieron haberse llevado la sorpresa de sus vidas al descubrir que habían atrapado y dado un pequeño escarmiento a un respetado doctor, propietario de una gran casa en las inmediaciones del páramo, a pocos cientos de metros de la escena del crimen. Dirigía una clínica para pacientes aquejados de trastornos nerviosos, probablemente muchos de ellos casos límite de enfermedad mental, pues la mayor parte de su plantilla estaba compuesta por fornidos enfermeros varones, y los continuos ladridos día y noche de los pobres animales afectaban de tal modo a los enfermos que en un arrebato de furia había decidido tomar medidas extremas envenenándolos para hacerlos callar. Fue juzgado y declarado culpable, y aunque Laura había olvidado la pena que le impusieron sí recordaba que algunos vecinos del pueblo habían reunido dinero para alquilar un coche y asistir al juicio.

La compasión y la cobardía llevaron a Laura a buscar una ruta alternativa para sus paseos a través de un pinar con el único fin de evitar la que ella había bautizado como la casa del perro. Pero aun así seguía escuchando los incesantes y furiosos ladridos del animal hasta haberse alejado del pueblo y sus inmediaciones. Y en cierta ocasión, al escuchar un tintineo entre los troncos de los árboles, sintió que su corazón se detenía durante un instante, pues creyó que el perro había conseguido soltarse y estaba a punto de atacarla. Sin embargo, la criatura que se había extraviado y merodeaba tras ella no era más que una pobre y vieja cabra que, confundiendo a Laura con su dueño, la había seguido hasta toparse con una cancela.

El bosque más grande de la zona era considerado uno de los lugares de interés turístico del distrito. Se extendía a lo largo de un

kilómetro bordeando las orillas de tres pequeñas lagunas donde las ramas bajas de los árboles se sumergían en el agua, los senderos estaban siempre resbaladizos y se corría el riesgo de tropezar con las raíces que sobresalían de la tierra. En primavera, los verdes prados que circundaban las lagunas se cubrían de delicadas flores blancas y colgantes de anémona de bosque, las onagras crecían formando grandes penachos en las orillas, y otras especies de flores y los árboles salpicados de retoños se reflejaban en las aguas de color verde pálido. En otoño, el follaje, rojo, amarillo y pardo que coronaba troncos y ramas se veía por duplicado, recortado contra el cielo y sobre la cristalina superficie del agua, donde más tarde flotarían las hojas caídas de las ramas desnudas, de innumerables tonalidades y colores.

Las lagunas constituían uno de los mejores paisajes de la región, por lo que se habían convertido en parada obligada para los turistas que visitaban la localidad, y junto con los bosques circundantes habían sido declaradas Patrimonio Nacional. En tiempos de Laura era un lugar que muchos elegían para ir de pícnic y los vecinos solían pasar por allí cuando salían de excursión los domingos por la tarde, aunque era poco frecuente que ella se encontrara con nadie allí los domingos por la mañana. Si bien es cierto que en una ocasión interrumpió el trabajo de un fotógrafo, que al verla aparecer le pidió, bastante irritado, que hiciera el favor de apartarse ya que estaba a punto de «tomar una fotografía». Sin duda él se habría descrito a sí mismo como un artista, pues parecía tomarse muy en serio su tarea, vestido para la ocasión con una cazadora de pana y luciendo una perilla apuntada a lo Guillermo Tell. Su equipo consistía en una gran caja cuadrada de madera, de cuya parte delantera sobresalía un fuelle como el de una concertina, colocada sobre un pesado trípode también de madera. Para hacer la foto cubrió su cabeza y la parte posterior de la cámara con un gran paño cuadrado de terciopelo negro.

Siguiendo uno de los senderos que partían de la orilla de las lagunas no se tardaba en llegar a un estanque de fondo arenoso alimentado por un manantial de agua cristalina que nacía un poco más arriba. El lugar era conocido desde tiempo inmemorial como el Pozo de los Deseos, y según la creencia local se cumplían las peticiones de todo aquel que bebiera de él, siempre y cuando arrojara al mismo tiempo un alfiler a sus aguas. Cuando Laura era joven, se podían ver decenas de alfileres oxidados brillando en el fondo, y ella misma había arrojado más de uno en diversas ocasiones, aunque con el paso de los años olvidó cuáles habían sido sus deseos o si se habían cumplido siquiera. Veinte años después, cuando el azar quiso que

volviera a vivir en el condado, aunque no exactamente en Heatherley, visitó el pozo y lo encontró completamente cambiado. Habían construido una casa a pocos metros del sendero y el muro de un jardín se alzaba junto a la orilla del estanque. El agua del manantial aún fluía bajo el muro, pero ya no era un potente chorro cristalino sino apenas un hilo que manaba sin fuerza de un tubo de plomo. El profundo estanque arenoso había sido drenado y llenado con tierra, y la diminuta corriente vagaba sin rumbo definido atravesando el sendero hasta una ciénaga verdosa bordeada por el bosque. Justo debajo del tubo había un pequeño charco, pero en su interior no se veía un solo alfiler, ni oxidado ni brillante. Y por extraño que parezca, ninguna de las personas que Laura conoció en esa época había oído hablar del Pozo de los Deseos. Después de siglos de existencia, en el breve lapso de veinte años había desaparecido y su recuerdo se había desvanecido de la mente de los hombres.

No muy lejos del estanque había una profunda vaguada, aislada en tres de sus lados por altos farallones de piedra arenisca. Helechos, musgos y pequeños y achaparrados olmos ocupaban la mayor parte de su extensión, las prímulas florecían durante la primavera y grandes y jugosas zarzamoras maduraban con la llegada del otoño. Coronando el alto peñasco amarillo, en uno de los lados se alzaba una hilera de grandes pinos. Cuando Laura lo descubrió, era un lugar silencioso y aislado raras veces frecuentado por el ser humano. Según la leyenda, hacía ochenta o noventa años, en una noche oscura y ventosa, un jinete se había precipitado desde lo alto de uno de los riscos después de perderse en el bosque, falleciendo en el acto junto a su montura. Lo habían buscado por todos los rincones hasta que los cadáveres destrozados del hombre y el animal fueron encontrados entre los arbustos y helechos del fondo de la hondonada. Desde entonces el lugar había adquirido mala reputación. Todavía vivían algunos ancianos que afirmaban haber escuchado el sonido de pezuñas al galope, seguido de un estruendo y un silencio sepulcral, al pasar por allí alguna oscura noche de vendaval. Cuando Laura volvió a visitar la vaguada descubrió que había sido escogida como lugar de residencia por uno de tantos exsoldados desempleados que, durante algunos años, tras la guerra de 1914 a 1918, solían ocupar toda clase de lugares insólitos. Algunas de sus improvisadas viviendas eran ruinosamente inadecuadas, una visión lamentable, pero este inquilino no necesitaba la compasión de nadie. Los riscos, altos e imponentes, eran los muros de su casa, dormía al arropo de un refugio hecho con planchas y cocinaba a la intemperie en un hogar construido con

ladrillos. Y a juzgar por el chisporroteo y el apetecible aroma, ese día tenía huevos con beicon para comer. Mientras daba la vuelta a las lonchas de carne ahumada cantaba vigorosamente una popular canción de aquellos años: «El petirrojo, rojo, rojo, sigue saltando, saltando, saltando», y también él parecía bastante saltarín. Los artículos de hojalatero cargados en un cochecito de bebé reconvertido proclamaban su medio de vida. Si tenía mujer o hijos no estaban allí. Probablemente nadie dependía de él, pues su tono de voz era alegre y despreocupado y en su rostro rubicundo no había arrugas. Iba bien vestido y aseado, y en general era un hombre presentable, especialmente si el observador era capaz de ignorar su terrible bizquera.

Probablemente nunca había oído la historia del jinete muerto, pues los años de la guerra habían hecho desaparecer de las antiguas zonas rurales muchas tradiciones y leyendas como esa. Y aunque lo hubiera hecho, no parecía ser un hombre de los que se asustan al oír entre los árboles en una noche oscura y ventosa las pezuñas de un caballo en pleno galope antes de un estruendo y un silencio sepulcral. Caballo y jinete habían dejado de existir, ahora sí, definitivamente. Durante ochenta o noventa años habían sobrevivido en la memoria del hombre, de la que ahora se habían esfumado, y el lugar se había convertido en escenario de una historia muy diferente. Posiblemente en la actualidad la escena ha vuelto a cambiar para dejar paso al «rinconcito agreste y encantador» de algún jardín particular.

Pero Laura no solía demorarse junto a las lagunas durante sus paseos matinales y enseguida tomaba un pequeño sendero de grava para continuar su camino. Era allí, mientras las flores de brezo rozaban el dobladillo de su falda y embriagada por el meloso aroma de los páramos, cuando la embargaba una insólita sensación de libertad que le permitía romper todo lazo con el mundo que a diario la rodeaba, aunque solo fuera brevemente. Una sensación que no volvería a experimentar en ningún otro lugar.

Había un remoto rincón del páramo que nunca había sido desbrozado ni quemado como sucedía cada temporada en lugares más cercanos a los pueblos. Allí la vegetación crecía alta y frondosa y las largas y oscuras ramas de los arbustos casi se tocaban en el aire, uniéndose desde ambos márgenes de los senderos que lo surcaban. Aquí y allá crecían solitarios algunos árboles achaparrados y deformes cuyas ramas muertas colgaban cargadas de líquenes de color humo, conocidos como barbas de viejo. Algunas rocas grises resaltaban desperdigadas entre la fronda, también cubiertas de musgo. Y en

general flotaba en aquel escenario un aire arcaico y amenazador. No había rastro de actividad humana hasta donde alcanzaba la vista. No había túmulos funerarios ni otros restos prehistóricos, y tampoco herramientas de piedra ni armas, como los que Laura encontraría en zonas más cercanas al mar de ese mismo condado, aparecerían nunca en aquel paraje. No había parcelas demarcadas por muretes de turba ni huellas de arado visibles bajo el brezo o el musgo como en otros lugares que, si bien entonces estaban deshabitados, habían acogido asentamientos humanos en tiempos no muy lejanos. Durante su estación, el brezo florecía vistiéndose de un intenso color púrpura, que después se desvaía lentamente adquiriendo las habituales tonalidades, que iban del rosa tostado al marrón hasta oscurecerse de nuevo. Y ese era el único cambio perceptible en aquellos días. El único, al parecer, que ese solitario lugar había conocido.

Desde esa atalaya Laura podía contemplar Heatherley a su espalda, con sus tejados rojos y arracimados como los capullos de un rosal que se perfilaban ante un telón de fondo de altos pinos. Tan reciente sobre la faz de la tierra como una flor nacida ayer y quizá destinado a ser casi igual de fugaz, en comparación con la antigüedad de tantos lugares de sus inmediaciones. Una mañana de abril de violentos aguaceros y súbitos rayos de sol vio a lo lejos el nuevo hotel en la colina más allá de Heatherley, que de repente pareció cobrar vida destacando en mitad del oscuro escenario en el que se alzaba como una construcción tallada en marfil. La luz del sol se había reflejado en sus numerosos y amplios ventanales, magnificando de forma inusitada la intensidad de sus rayos, y el edificio entero parecía iluminado desde el interior. Como una linterna, pensó, como una enorme linterna encendida que alguien hubiera colocado allí por casualidad.

A veces descendía desde su improvisada atalaya hacia una de las alargadas y angostas marismas que se extendían entre las colinas para explorar sus estanques, deteniéndose de cuando en cuando con temeridad sobre alguna trémula isleta cubierta de juncos. Tritones de negro y reluciente lomo y panza anaranjada se deslizaban silenciosa y ágilmente entre sus pies; las ranas permanecían inmóviles, acuclilladas como ancianos caballeros con sobrepeso, bajo frondosas sombrillas de helecho; las mariposas revoloteaban con parsimonia sobre los estanques en el aire cálido y libélulas recién salidas de sus crisálidas secaban sus alas al sol antes de desaparecer a gran velocidad entre la fronda, como efímeros milagros de azul y plata. En los estanques más claros la agrimonia, la planta de nacimiento de Laura al ser sagitario, flotaba en abundancia sobre sus hojas con forma de flecha junto a

otras plantas, flores acuáticas y abundantes musgos. En una ocasión encontró varias espigas de asfódelos de pantano, cuyas constelaciones amarillas de forma estrellada resplandecían ante los juncales. Y otra vez, más arriba en el páramo, descubrió una solitaria espiga de un raro ejemplar de genciana de un azul celestial. En eso consistían sus inocentes aventuras.

Pero Laura, que estaba sobradamente versada en todo lo relacionado con la naturaleza, carecía de preparación en temas más mundanos. Hacía y decía muchas cosas que en esa época le parecían naturales, pero el resto de la gente consideraba cuando menos dudosas. Y mientras recorría el reino olvidado de los páramos, el resto del mundo no se olvidaba de ella. Todos se percataban de sus idas y venidas, y esas solitarias caminatas de los domingos por la mañana despertaban las sospechas de no pocos de sus vecinos. Uno especialmente curioso, tal como le contaron más tarde, llegó a tomarse la molestia de seguirla a cierta distancia «solo para ver quién la esperaba». La curiosidad del susodicho no obtuvo la recompensa prevista, mas el espionaje al que fue sometida debió de continuar, pues su posterior amistad con Bob Pikesley y su hermana dio lugar a habladurías malintencionadas que le harían pasar más de un mal trago.

Se encontró con Bob una mañana de domingo en uno de los lugares más remotos del páramo que había descubierto recientemente, mientras él cuidaba de sus tres o cuatro vacas, que pastaban en uno de los prados de hierba mordisqueada por los conejos cercanos a su casa, delimitados por arbustos de tojo. A ella siempre le había parecido un hombre bastante mayor. Era de corta estatura y tenía los hombros ligeramente caídos, lo que le hacía parecer más bajo de lo que era. Tenía la piel prematuramente arrugada en torno a unos sagaces ojos grises, sin duda a causa de la vida a la intemperie, y solía llevar ropa de colores ocres, característica de los que vivían de la tierra y disponían de escasos medios económicos. Nunca se le veía sin su cayado en la mano, un recio palo de madera de fresno que a buen seguro él mismo había tallado y que utilizaba para controlar a las vacas cuando se apartaban del resto, para caminar y para trazar círculos y cruces en la tierra en los momentos ociosos. Cuando sus vacas encontraban buen pasto, él se sentaba durante una hora, encorvado en un margen del sendero, y hacía curiosos dibujos en el suelo con su cayado. Decía que «en otra época» solía leer, pero al parecer había renunciado a la lectura, quizá como una mala costumbre o una pérdida de tiempo, pues mientras Laura tuvo trato

con él no lo vio abrir un libro ni coger un periódico. Al principio lo confundió con un pastor que cuidaba las vacas de otro. Pero, si bien vivía como un jornalero más, a todos los efectos Bob era su propio amo, un propietario con derechos de comunero que vivía en una casa de su propiedad junto a su hermana viuda.

Su hogar estaba tan escondido entre dos colinas que era posible pasar a cien metros sin percatarse de su existencia. Era una casita estrecha con cobertizos situada en una vaguada tan angosta que los tres prados que abarcaba la propiedad parecían un lazo extendido por su longitud y anchura. Como el propio Bob decía, podías tirar una piedra de una colina a la otra justo por encima de la chimenea sin enterarte de que la casa estaba ahí abajo. Las colinas bloqueaban la luz del sol durante gran parte del día, por lo que disponían de un jardín verde donde crecían a su antojo arbustos, helechos y plantas de las que proliferan a la sombra, como lirios del valle y sellos de Salomón. El tejado de la casa no era menos verde que el jardín, pues el musgo y la siempreviva lo habían cubierto casi por completo y no podían permitirse renovarlo. Un arroyuelo corría no muy lejos de su puerta, casi en paralelo a un sendero de ladrillo rojo junto al cual se alzaba el blanco esqueleto de un árbol cuyas ramas habían podado para utilizar como perchas de las que colgaban las lecheras después de ordeñar cada mañana. Los prados recibían más luz solar que el jardín, pues a esa altura el valle era menos profundo. Pero la tierra no era buena salvo para que los animales pastaran en el brezo, de modo que Bob y su hermana apenas ganaban para vivir.

Por la mañana y al anochecer, Bob llevaba su producción de leche en un destartalado carromato tirado por un greñudo poni hasta la lechería del pueblo más cercano y regresaba después de hacer las compras estrictamente necesarias. Durante las expediciones sin duda conversaría con sus vecinos, aunque al parecer evitaba las noticias del día, o en caso contrario nunca repetía nada de lo que había oído en el pueblo. Su interés se centraba únicamente en sus vacas, sus aves de corral y sus pastos. Y si acaso en el páramo, que consideraba básicamente una despensa de la cual tenía derecho a coger forraje y leña. Cuando llevaba a sus vacas a pastar y estas encontraban un lugar interesante, él se sentaba durante horas en algún montículo desde donde pudiera vigilarlas sin tener que moverse, probablemente sin pensar en nada.

Laura no sabía si sus notables conocimientos sobre el páramo procedían de la mera observación o de alguna instintiva e innata sabiduría. Lo cierto es que apenas miraba a su alrededor desde su

habitual posición encorvada mientras hacía sus jeroglíficos en la tierra con el cayado o clavaba la mirada en el suelo con el mentón apoyado en las manos entrelazadas. Y sin embargo conocía cada flor, ave, bestia o reptil, como él mismo dijo en un momento de inusitada locuacidad, «como el dorso de su mano». En cualquier estación del año y sin importar el lugar donde estuviera, era capaz de encontrar el camino hasta un nido para ver los huevos o la joven progenie de cualquier ave del páramo, o de señalar el lugar donde crecía cualquier flor y planta que llegara a necesitar. Sabía la hora del día por la posición del sol y con frecuencia pronosticaba acertadamente el tiempo por el viento y las nubes.

Un día Laura comentó por casualidad que a menudo le habían contado que había víboras en los páramos, pero nunca había visto una. Sin pronunciar palabra él le indicó que lo siguiera hasta un matorral de tojo que crecía a escasos metros, donde uno de los senderos arenosos del páramo giraba abruptamente. Aún sin hablar, se llevó un dedo a los labios ordenando silencio. Pocos segundos después una serpiente asomó su cabecita de aspecto malvado entre el brezo, a un lado del sendero, se detuvo un instante para comprobar que no había peligro y después siguió deslizándose con sigilo hacia el otro lado.

—¿Ve las marcas en el cuello y en la espalda? —murmuró Bob hoscamente—. Son uves, uves de víbora. No toque nunca una serpiente con esas marcas en la piel. Las lleva a modo de advertencia.

Antes de que terminara de hablar, la cola de la víbora había desaparecido entre la vegetación del otro lado del sendero. Para gran alivio de Laura, pues por un instante temió tener que presenciar el repulsivo espectáculo de su sacrificio. De todas formas, un escalofrío recorrió su espalda y se le puso la piel de gallina a causa de ese horror instintivo e irracional a las serpientes que parece ser el legado de los tiempos del Jardín del Edén.

—¿Que cómo sabía que estaba ahí? —dijo Bob después de volver a acomodarse en su montículo—. Bien, se lo diré. No es ninguna brujería. Cuando estábamos hablando me fijé en esos arbustos de ahí, ¿los ve? —y señaló—. Se movían como si hicieran ondas, una detrás de otra. Se podría pensar que había dos o más de esos astutos bichos, pero yo supe que probablemente sería uno solo. A esas serpientes de hierba les gustan los lugares frescos y otros reptiles más lentos se desplazan tan pegados al suelo que apenas agitan la maleza al moverse. En cuanto a por qué sabía que cruzaría al otro lado del sendero, cualquier idiota lo habría intuido por la dirección en que

avanzaba. Y no, nunca me molesto en matar a esas pobrecillas, a menos que encuentre a alguna cerca de mis vacas. No me hacen ningún daño, así que ¿por qué iba a hacérselo yo? Además, no conseguiría trabajar gran cosa si saliera corriendo con mi cayado cada vez que veo algo retorciéndose entre la maleza.

En otra ocasión Bob y ella se habían cobijado de un repentino aguacero en un pequeño pinar situado en lo alto de un promontorio a pocos metros del sendero. Como pájaros en una jaula, pensó Laura mientras contemplaba los plateados dardos de lluvia cayendo a su alrededor, especialmente al ver a una bandada de pardillos que también se habían refugiado allí y revoloteaban canturreando entre las ramas más altas de los pinos. Bob permaneció en el otro extremo del bosquecillo vigilando a las vacas y observando el progreso de la súbita tromba de agua. Se había echado al hombro la vieja bolsa de sarga que usaba para sentarse sobre la hierba y, ligeramente inclinado hacia delante apoyándose en su cayado, tenía más que nunca el aspecto de un campesino. Finalmente se irguió y contempló el cielo atentamente.

—Aún durará un rato —dijo—. Esa nube que se acerca por el oeste también va a descargar. ¿Por qué no se sienta y descansa?

Laura observó las agujas de pino, húmedas y brillantes de otros aguaceros, y negó con la cabeza.

—¿Está demasiado mojado para usted? —dijo Bob, riendo—. Ay, ay, pobre criatura indefensa. ¿Es que no sabe que siempre hay un lugar seco donde sentarse en un pinar, en cualquier clima?

E inmediatamente se agachó, rascó la capa más superficial de agujas de pino y le dijo que tocara el suelo cálido y seco dos o tres centímetros por debajo.

—¿Lo ve? —dijo—. Siéntese y apoye la espalda en ese tronco y estará tan cómoda como una reina en su trono.

Pero aunque Bob hablaba ocasionalmente con Laura, era un hombre silencioso por naturaleza, y con frecuencia su conversación se reducía a un «buenos días» y algunos comentarios sobre el tiempo. Ella, que daba por hecho que prefería estar solo, a menudo pasaba a escasos metros de donde se encontraba sin decirle nada. A veces, al contemplar el paisaje desde una colina, lo veía a lo lejos, sentado en su habitual posición encorvada y con la mirada clavada en el suelo, y se preguntaba qué estaría pensando. Cuando se conocieron, ella supuso que estaría inmerso en alguna profunda reflexión. Quizá fuera una especie de filósofo campesino o un poeta mudo que no podía, o no quería, expresar sus ideas con palabras. Sin embargo, aquella

suposición, más bien una fantasía suya, no podía estar más lejos de la realidad. Cuando llegó a conocer mejor a Bob descubrió que se trataba de un hombre de ideas bastante limitadas y tan desprovisto de afectos humanos como cualquiera de sus congéneres. Cuando, de forma muy ocasional, hablaba acerca de otras personas lo hacía hosca y brevemente. A veces aludía casualmente a su hermana. «Jeannette hizo esto» o «Jeannette dijo aquello», pero al parecer sin el menor atisbo de sentimiento.

Solo una vez abrió la boca para sincerarse sobre los demás miembros de su especie y fue para denunciar la terrible injusticia de la que había sido objeto. Dos o tres años antes de que Laura llegara a Heatherley, un inspector sanitario nuevo en el distrito había visitado la pequeña explotación ganadera de Bob para evaluar sus métodos de ordeño. Inmediatamente había decidido que su abastecimiento de agua, procedente de un pozo poco profundo alimentado por uno de los manantiales naturales del valle, era inadecuado. Bob alegó que el agua de ese pozo había sido utilizada por su familia para beber y para el cuidado de las vacas durante toda su vida y antes durante la de su padre, y nadie había enfermado por ello. Pero sus argumentos no sirvieron de nada. No podía dar marcha atrás al reloj. Los nuevos tiempos traían consigo nuevas ideas y lo que había sido útil en el pasado no podía serlo para la nueva generación, consciente de los gérmenes. Antes de marcharse, el inspector le dio un ultimátum, o conseguía una nueva fuente de abastecimiento de agua o tendría que dejar de vender leche.

De modo que se vio obligado a excavar un nuevo pozo, con un coste de ochenta libras. Bob no dijo si disponía de esa suma o había tenido que pedirla, pero al acusar al inspector de haberlo encadenado para el resto de su vida pareció evidente que había tenido que pedirlo. Quizá el peso de la deuda explicaba en parte la acritud de su tono de voz al contar la historia de «aquel joven demonio remilgado salido de Dios sabe dónde, que después de hundirme volvió a desaparecer para siempre». Pues para más inri aquel inspector solo había ocupado el puesto temporalmente y abandonó el municipio antes de que el pozo estuviera terminado.

—Cualquiera diría que el diablo o alguien lo envió aquí solo para obligarme a cegar ese pozo. Que yo sepa no interfirió en la vida de nadie más en ese tiempo. ¡Ay, con qué ganas lo habría enterrado también a él ahí abajo! Pero en ese pozo ya no habría agua, no. ¡No habría más que fuego y azufre!

Laura se sintió obligada a reconocer que la aparición del inspector

había sido una injusticia para Bob. Aunque en secreto sospechaba que la nueva reserva de agua era necesaria, pues como mucha otra gente de su generación que acostumbraba a leer los periódicos era plenamente consciente de los gérmenes y los peligros que acarrean.

Solo en una ocasión llegó a ver a Jeannette, la hermana de Bob. Fue cuando este le pidió que le entregara un mensaje a ella de su parte si pasaba cerca de su casa al regresar al pueblo. Se lo preguntó sin rodeos, no como quien le pide un favor a una persona adulta, sino como si se dirigiera a una niña. Y a Laura no le habría sorprendido que hubiera terminado diciendo «y si vas rápido además te daré un penique». Finalmente, no se mencionó penique alguno, aunque ella sí obtuvo su recompensa.

El interior de la casa de Bob era tan simple que resultaba casi primitivo, con una gran chimenea abierta, paredes encaladas de blanco y suelo de piedra en el que los pies de varias generaciones habían ido señalando un sendero que iba desde la puerta hasta el hogar. En cuanto a los muebles, solo había una mesa con sus sillas y un armario en un rincón del que Jeannette sacó un vaso en el que sirvió leche para Laura. Jeannette parecía mayor que Bob, con el pelo casi blanco, mientras el de él solo estaba tiznado de gris. Era alta y se movía muy erguida y tenía unos bonitos ojos oscuros que, lejos de parecer astutos e incluso algo pícaros como los de su hermano, tenían una expresión distante y abstraída. La mirada de alguien que escucha como si estuviera concentrada en distinguir algún sonido a lo lejos, pensó Laura. Su acento era más correcto que el de Bob y, al contrario que él, no solía utilizar palabras en dialecto. Su ropa, si bien sencilla, estaba limpia y cuidada.

Le contó a Laura que se levantaba todos los días a las cuatro de la madrugada para ordeñar a las vacas y preparar el desayuno de Bob, antes de que se marchara al pueblo con el carro de la leche. Entretanto, su hermano limpiaba la cuadra, alimentaba al caballo y se preparaba. Además de estas y otras rutinas habituales, a menudo él trabajaba una hora en los prados. Cuando Laura comentó que ambos llevaban una vida muy dura, ella le lanzó rápidamente una penetrante mirada y dijo: «Puede que a mucha gente se lo parezca, pero las hay peores». Exceptuando algunos comentarios tópicos sobre el tiempo y el ganado, eso fue básicamente todo lo que hablaron, pues se estaba haciendo tarde y Laura tenía que llegar puntual a la cena del domingo. No obstante, para sorpresa de Laura, Jeannette la animó a entrar a verla siempre que pasara por allí. Así charlarían mientras le servía un vaso de leche. Pero no regresó, aunque aquel día se marchó

con intención de hacerlo, pues inmediatamente después se enteró de los chismorreos acerca de sus paseos en soledad y se vio obligada a acortarlos. No renunció a ellos por completo, ya que era incapaz de hacerlo, y mientras estuvo en Heatherley los páramos se convirtieron en lo que ella percibía como los cimientos que soportaban su día a día. Sin embargo, en adelante sería más cautelosa y caminaría sin salir de los senderos marcados, en lugar de aventurarse como deseaba por las colinas y más allá.

Veinte años después, cuando volvió a vivir en el condado, Laura descubrió casualmente que la mujer que iba a limpiar a su casa era natural de Heatherley. Cuando le preguntó si conocía a Bob y a su hermana ella le contó que los había tratado cuando eran niños. Sin embargo, al crecer se «volvieron algo raros» y nadie se relacionaba demasiado con ellos. Ambos habían muerto. Fue durante la epidemia de gripe, como la gente solía llamarla, justo después de la guerra. Los dos se contagiaron a la vez y nadie se ocupó de ellos. De no ser por un anciano que solía comprarles leche, que envió a alguien a comprobar si le había pasado algo a Bob y a sus vacas, podrían haber muerto sin que nadie se enterara de lo sucedido en mucho tiempo. Los trasladaron al hospital más cercano, pero ya era tarde para salvarlos. Y, en su opinión, los hospitales eran demasiado buenos para esa clase de gente asilvestrada. No había más que ver a los gitanos, que siempre decían que ser ingresado en un hospital es sinónimo de muerte segura para los de su tribu.

Cuando Laura consiguió sutilmente que volviera al quid de la cuestión, la mujer le contó que Jeannette, a diferencia de Bob, no había vivido toda su vida en el páramo. De muchacha se había marchado para servir como enfermera. Después, durante algunos años había estado casada con el capitán de un pequeño carguero al que acompañaba en sus travesías. La señora Judd dijo que recordaba verla llegar en vacaciones, «vestida de punta en blanco» y demasiado orgullosa para hablar con sus antiguas compañeras de escuela. Pero el orgullo no te salva de la desgracia y sin duda la pobrecilla tuvo la suya más adelante.

Ya no recordaba todos los detalles, pues había sucedido hacía muchos años y en esa época ella vivía más al norte, casada y quedándose embarazada cada dieciocho meses con la puntualidad de un reloj. En aquellos tiempos se manejaban mejor esas cosas. Pero qué estaba diciendo. ¡Oh, sí! En fin, el barco del capitán había naufragado durante una tormenta cerca del cabo Land’s End, mientras se dirigían a Londres desde Cardiff, y el marido de Jeannette se había ahogado,

salvando ella la vida de puro milagro. Eso sí lo recordaba, pues la noticia había salido en la prensa y alguien le había enviado un periódico desde el pueblo y lo había leído. Quizá estuviera equivocada, pero creía que Jeannette incluso había perdido la razón durante un tiempo. Estuvo ingresada en un psiquiátrico o en un hospital, no estaba segura, y después de todo tampoco tenía ya mucha importancia. En cualquier caso, tardó mucho tiempo en regresar a su antiguo hogar y entonces lo único que hacía era vagar por los páramos como un fantasma, sin mirar a nadie y mucho menos hablar. Sin embargo, cuando su madre envejeció y se puso enferma pareció recuperar la cordura y empezó a ocuparse de la casa y de las vacas y atendió a su madre hasta el final. Después se quedó a vivir con su hermano. La gente decía que los dos estaban un poco tocados del ala, y a ella no le costaba creerlo, pues habría enloquecido de haberse visto obligada a pasar tan solo un mes aislada de esa manera.

¡Pobre Jeannette! Si esa historia era cierta, y sin duda lo era en lo esencial a pesar de la vaguedad con que se la habían contado, bastaba para explicar la tensa y ausente expresión de su mirada que tanto había desconcertado a Laura cuando la conoció en su juventud. Por encima del zumbido de las abejas entre las flores de brezo, del suave susurro de los pinos y del tamborileo de las gotas de lluvia, a veces escucharía el rugido de las olas del Atlántico azotando sobre una tumba sin nombre.

LOS HERTFORD

En ciertos aspectos Laura nunca había estado tan cerca de la felicidad como durante los primeros meses que vivió en Heatherley. Tenía un trabajo que le gustaba, una nueva campiña por explorar, muchos libros que leer y gente interesante a la que observar. El único inconveniente era vivir en casa de los Hertford. Para alguien de su edad y su carácter resultaba incómodo permanecer callada y no implicarse cuando estallaban las disputas entre marido y mujer, y más angustia aún sentía cada vez que uno de los dos contendientes se dirigía a ella en busca de apoyo. Cuando esto sucedía, su habitual sentido común parecía abandonarla y terminaba diciendo algo que cualquiera de los dos podía utilizar en su beneficio, añadiendo así más leña al fuego. O se excusaba, a menudo con total sinceridad, argumentando que no sabía o no podía recordar lo que se había dicho o hecho uno o dos días antes, con lo que conseguía ofender sin pretenderlo a una de las partes o a ambas.

Por lo general, los breves intervalos de reconciliación resultaban igualmente difíciles de presenciar, pues el marido trataba a su esposa como si hubiera decidido perdonarla, con insultante condescendencia, y ella se dirigía a él con una actitud de excesivo fervor. En esas ocasiones la señora Hertford era sincera, si bien demostraba ser poco astuta. En los momentos más felices solía confesarle a Laura que, a pesar de cómo la trataba, amaba a su esposo con devoción. La amabilidad de él, por otra parte, parecía obedecer en mayor medida a un transitorio sentimiento de piedad, o quizá de remordimiento. Otras veces resultaba obvio para cualquier espectador que se limitaba a representar el papel que más le convenía en cada momento. Una tarde, al entrar en la sala de estar para guardar el efectivo en la caja fuerte durante la noche, Laura encontró a la señora Hertford arrodillada sobre la alfombra de la chimenea con la cabeza apoyada en la rodilla de su marido mientras él, sentado en una silla, le mesaba

suavemente el cabello. La escena, ya de por sí embarazosa para cualquiera que conociera la relación de la pareja, adquirió tintes de auténtico horror cuando el marido, apartando la mirada de la cabeza de su devota esposa, dedicó a la recién llegada una pavorosa mueca que hizo que un escalofrío la estremeciera de pies a cabeza.

Desde entonces Laura despertaba a veces en plena madrugada y oía pasos en las escaleras o en el pasillo frente a la puerta de su habitación, y en más de una ocasión llegó a levantarse en medio de la oscuridad con la impresión de que alguien había estado de pie junto a su cama. Una noche creyó haber escuchado la puerta cerrándose con suavidad. Ella no tenía llave y no se atrevía a pedir una, teniendo en cuenta que dormía allí únicamente gracias a la deferencia de su patrón, y además ni siquiera estaba segura de no haberlo soñado todo. Sin embargo, la mera posibilidad de que alguien pudiera rondar por la casa en plena noche la angustiaba terriblemente y deseó más que nunca tener una buena amiga, mayor y más sabia que ella, a quien acudir en busca de consejo. No había nadie en el pueblo en quien pudiera confiar sin llegar a exponer la privacidad de los Hertford y todo parecía demasiado impreciso para explicárselo a su madre en una carta. No le había contado nada acerca de los problemas que enfrentaban al matrimonio, pues sabía que la preocuparía y en aquella época ya tenía bastantes cosas en que pensar.

Laura se encontraba muy sola en ese tiempo. Estaba lejos de casa y de sus amigos de infancia. Y habiendo llegado a Heatherley recientemente, sus nuevos amigos eran en realidad poco más que colegas. Por otra parte, en su mayoría eran jóvenes de su edad, agradables para charlar sobre cuestiones mundanas, pero muy poco conocidas aún para confidencias. También tardaría mucho en volver a visitar su hogar. Tuvo que pasar todo un año en Heatherley antes de poder tomarse unas vacaciones, y hasta su segundo verano allí no pudo plantearse seriamente ir a ver a su familia. Por supuesto, tampoco podía acudir a la señora Hertford para confiarle sus miedos. Bastante tenía ya que soportar la pobrecilla sin necesidad de hacerle frente a lo que, después de todo, podían ser meras fantasías. A la luz de posteriores acontecimientos llegó a la conclusión de que durante su estancia en casa de los Hertford había estado expuesta a cierto peligro real, y su mera presencia allí posiblemente había empeorado las diferencias entre la infeliz pareja. Pero en aquel momento no tenía la menor idea de todo esto y, puesto que no había ningún otro alojamiento disponible, permaneció en su casa durante todo su primer invierno en Heatherley.

Un día, en un arrebato de sinceridad, la señora Hertford le contó a Laura la historia de su matrimonio. Antes de casarse había sido institutriz de varios niños cuyos padres habían alquilado durante un verano una casa amueblada en el distrito de Heatherley. Estando allí había conocido a su actual marido, que por aquel entonces se había hecho cargo de la nueva oficina de correos, en aquella época mucho más pequeña y carente de telégrafo y otros servicios que pudieran requerir personal cualificado. Su ama de llaves se había encargado hasta entonces de vender sellos y pesaba los paquetes durante el día, y él mismo se ocupaba de preparar la saca con el correo nocturno después de trabajar todo el día en su negocio. Pero el ama de llaves estaba a punto de marcharse, de modo que la señora Hertford, entonces señorita Mosley, aceptó su puesto. Seis meses después se habían casado.

Acerca de los motivos que los empujaron a casarse, la señora Hertford insinuó, probablemente de forma accidental, que en el pueblo había habido habladurías sobre ellos y que por ese motivo ella incluso había pensado en renunciar formalmente a su puesto. Él le había pedido entonces que se casaran y le contó la historia de su vida, que a su vez la señora Hertford repitió para Laura. Era una historia muy del gusto de ciertos novelistas victorianos de segunda que acostumbraban a hablar sobre orgullos paternos, hijas obedientes con el corazón roto y amantes infieles. Incluso Laura, que había nacido en plena era victoriana, sintió al oírla que pertenecía ya a una época lejana, pues a principios de siglo las antiguas ideas acerca de la autoridad paterna y la sumisión filial habían sido ampliamente superadas.

George Hertford era hijo de un posadero que había estudiado hasta la escuela secundaria y más tarde había sido aprendiz de lo que entonces se consideraba un oficio superior, la ebanistería. Sin embargo, cuando siendo aún adolescente se había enamorado de la hija de un acaudalado granjero, los padres de ella habían prohibido la relación, tildándola de inadecuada y denigrante. Al principio la chica —llamada Leticia, o Letty— debió haber desafiado a sus padres en cierta medida, pues mientras le contaba la historia a su futura esposa, George había dicho que solo mediante amenazas y embustes habían logrado que ella se resignara a no ver ni escribir a su amado. Nunca llegó a contarle qué clase de artimañas habían utilizado, aunque estaba seguro de que no habían llegado a emplear la violencia física con su única hija —«la niña de sus ojos», por emplear la expresión de George—, por lo que sin la menor duda el abuso fue de índole

psíquica, o quizá se limitaron a encerrarla en su dormitorio, si bien esa clase de medidas estaban ya bastante en desuso en los años setenta del pasado siglo. En cualquier caso, habían logrado imponer su voluntad y la habían obligado a prometer que no volvería a saber nada del hijo del posadero.

Aunque Letty cumplió las exigencias de sus padres de cara a la galería, consiguió ver a George una vez más para decirle que nada ni nadie cambiaría lo que sentía por él. No podían fugarse y casarse, pues ninguno de los dos tenía dinero, pero en ese último encuentro hicieron una promesa. George emigraría a Australia donde, según se decía, los hombres de su oficio ganaban grandes fortunas en las ciudades importantes. En cuanto reuniera dinero suficiente regresaría a Inglaterra y pediría formalmente su mano a su padre. Este, esperaban, convencido al fin de que las perspectivas de futuro de George habían mejorado, permitiría su matrimonio y lo haría socio de su granja o le ayudaría a obtener financiación para su propio negocio de ebanistería. Si aun así se negaba a aceptar su casamiento, se fugarían. No podrían escribirse, Letty insistió en ese punto, pues se lo había prometido a sus padres, pero podían comunicarse de cuando en cuando a través de los de George. Como era costumbre antiguamente en la campiña, se estrecharon la mano sobre un chorro de agua corriente y tras jurarse fidelidad se despidieron con tristeza, claro está, pero alegres y esperanzados pensando en el futuro.

George había reservado un pasaje para Sídney, donde vivía un antiguo colega de profesión que creía poder ayudarlo a encontrar trabajo. Sin embargo, en Adelaida, donde los pasajeros pudieron desembarcar durante una escala de varias horas, un desconocido lo detuvo al bajar del barco para preguntarle a qué se dedicaba, y cuando respondió, el otro le ofreció empleo con un elevado salario. Las historias que había oído en Inglaterra no eran en absoluto exageradas. En las ciudades australianas había una gran escasez de artesanos cualificados y los ebanistas capaces de fabricar y tallar muebles elaborados y de gran tamaño eran especialmente demandados para atender las exigencias de todos aquellos aventureros que habían amasado grandes fortunas con la minería de oro y en la actualidad deseaban amueblar sus mansiones recién construidas en un estilo conocido como *tiptop*. Durante tres años George, como él mismo decía, solo tuvo que agacharse para recoger dinero. Laura le había oído contar a menudo esa parte de la historia y sin duda había vivido algunas aventuras curiosas en esa época. Los nuevos millonarios, muchos de ellos hombres sencillos y generosos que habían ganado sus

fortunas con facilidad, tenían dinero a espuertas, como solemos decir hoy en día. No se daban por satisfechos pagando una elevada suma por un artículo que resultaba ser de su agrado, sino que insistían en obsequiar con un bonito regalo al trabajador que lo había hecho. Eran aficionados a los muebles aparatosos y profusamente tallados y sobre todo disfrutaban contemplando en persona la evolución del trabajo. George Hertford tenía un notable talento para esa clase de artesanía y posiblemente algunas de sus piezas aún sean atesoradas actualmente por familias de las antípodas que señalarán con orgullo las iniciales de sus abuelos talladas en ellas por él.

De cuando en cuando su madre mencionaba a Letty en sus cartas. Al principio había mensajes suyos, le enviaba amor y vivía esperando el día de su regreso. Después los mensajes se volvieron más escasos. Sus padres la ataban muy corto, pensaba su madre, pues era raro verla por el pueblo. Sin embargo, ambas habían coincidido recientemente en la iglesia y ella se había dado la vuelta y le había sonreído desde su banco. Llevaba un sombrerito encantador de terciopelo azul martín pescador que resaltaba su hermosa melena. Tenía la cara algo afilada y a su madre le pareció más delgada, como si hubiera estado angustiada por algo. En cualquier caso, no había motivos para que George se inquietara y mencionaba esto solo para aclarar que Letty no era de las que salían a pasárselo bien en su ausencia. Después, durante todo un verano, Letty estuvo en la costa. No se había encontrado muy bien de salud y el médico le había prescrito como tratamiento aire marino y baños en el océano. Pero George no debía preocuparse por ella, pues la cosa no parecía grave. La última vez que su madre la había visto tenía buen color y la brisa del mar pronto haría desaparecer esa tos. Tres meses después estaba de regreso en casa, pues la madre de George se había encontrado con ella en Cudhill Lane y le había pedido que le enviara todo su amor a su querido Georgie. Tan parcas noticias debían ser motivo de escasa alegría para un enamorado. Pero, aunque no fueran del todo satisfactorias, sí conseguirían animarlo, pues el final de su exilio estaba más cerca.

Él tenía veintidós años y Letty más o menos la misma edad cuando, habiendo reunido al fin el dinero necesario y con el pasaje de regreso reservado, el abnegado aventurero recibió un telegrama de sus padres: «Regresa inmediatamente. Letty enferma. Su padre consiente el matrimonio». Fueron las prisas y la angustia de los días siguientes lo que provocó el golpe de calor que tan tristemente afectaría a su vida en el futuro. Tendría que haber descansado y completado el tratamiento prescrito por el médico que lo atendió, pero fue

imposible, pues el barco cuyo pasaje había reservado estaba a punto de partir. Embarcó en el último momento, mas poco después perdió el conocimiento y pasó gran parte de la travesía tendido en la litera de su camarote. Cuando desembarcó en Inglaterra parecía haberse recuperado, y de no haber sufrido otro colapso aún más fuerte poco después, es posible que no hubiera padecido tan graves secuelas.

Había llegado demasiado tarde. Su padre se reunió con él en Southampton y en algún momento y lugar del camino de vuelta a casa le contó que Letty estaba muerta. Había fallecido dos días antes de su llegada, por lo que no había regresado para casarse sino para asistir a un funeral. Ella nunca había sido una joven fuerte y, tras la partida de su gran amor, su salud se había deteriorado con rapidez. La gente del pueblo decía que sus padres la habían llevado a la tumba con sus constantes reproches a cuenta del compromiso, pero no había pruebas de que tal cosa fuera cierta y ni siquiera George lo había creído hasta que la madre de la muchacha le contó cómo se había sorprendido cuando Letty, tendida en el que sería su lecho de muerte, les suplicó a ella y a su padre que buscaran a George. Explicó que desde hacía meses Letty no hablaba de George en casa, por lo que ambos habían llegado a la conclusión de que el tiempo y la distancia habían hecho su trabajo y el recuerdo de su historia de amor por fin se había desvanecido. Quizá eso fuera cierto, o quizá al verse obligada a reprimir su tristeza se hubiera acelerado o incluso desencadenado su empeoramiento. Por supuesto, George decidió creer que había muerto de amor por él después de haber soportado tan terribles sufrimientos. Durante los veinte años transcurridos desde la muerte de Letty hasta que conoció a la señora Hertford, había regresado a Australia en dos ocasiones y vagado de un extremo a otro del país, hasta que finalmente se instaló en Heatherley de forma definitiva, siguiendo el consejo de su hermano que había abierto allí con éxito su propio negocio.

Probablemente se había prometido a sí mismo que jamás se casaría, tal y como lo habrían expresado los novelistas románticos del momento, para permanecer fiel al recuerdo de su amor perdido. En cualquier caso, la señora Hertford le contó a Laura que cuando se le propuso —fue ese el término exacto que utilizó— había dicho: «Me casaré con usted si me acepta, pero mi corazón está enterrado en la tumba de la pobre Letty».

—Sin embargo —añadió dando por concluido el relato—, no me importó, pues estaba segura de que con el tiempo lo conquistaría.

Esa era la historia que emocionó a Laura hasta el punto de hacerla

llorar la primera vez que la escuchó. No obstante, ya entonces resultaba irracional y algo antediluviana, igual que la desvaída y anticuada fotografía de la muchacha delgada de hombros caídos, con un sombrerito encaramado en su pelo rubio recogido en un moño, que colgaba en una de las paredes de la habitación del señor Hertford. Pues, en efecto, él disponía de su propia habitación —una de las condiciones que había puesto cuando se casaron—, si bien es cierto que dicho arreglo no parecía afectar a la periódica llegada de sus hijos. Tenían un niño y una niña cuando Laura los conoció, y otra niña nació mientras residió en su casa, más otros dos que llegaron después de que se marchara.

En lo concerniente a Laura, la situación alcanzó su punto álgido una noche después de acostarse, cuando escuchó un gran estruendo que en un primer momento le pareció una explosión. Al salir a toda prisa al rellano se encontró a la señora Hertford en camisón tratando de convencer a su marido para que volviera a la cama. Él tenía un pequeño revólver en la mano y la angustiada esposa le explicó más tarde a Laura que había creído escuchar susurros junto a la ventana de la planta baja y, pensando que se trataba de ladrones, había disparado para hacerlos huir. Consiguiera o no el disparo ahuyentar a posibles maleantes, lo cierto es que asustó a Laura. Y no se sintió precisamente más tranquila cuando, tras decidir que había llegado el momento de contarle a la señora Hertford que oía pasos de madrugada y tenía la impresión de que alguien había entrado en su cuarto, esta le explicó que el señor Hertford tenía —entre otras— la costumbre de pasearse por la casa a cualquier hora de la noche abriendo y cerrando puertas y comprobando los rincones más oscuros con miedo a encontrar a algún enemigo desconocido agazapado a la espera del momento idóneo para abalanzarse sobre él. Y en efecto había estado en la habitación de Laura en alguna ocasión, pues había llegado a pensar que su joven empleada podía estar conchabada con el enemigo. Cuando esta idea se le pasaba por la cabeza despertaba a su esposa, para actuar con la debida corrección, y mientras ella aguardaba en la puerta él registraba con sigilo el dormitorio, candil en mano, hasta haberse asegurado de que allí no había nadie más. Por supuesto, Laura siempre estaba sola en la cama con el pelo recogido en sus rulos hindúes, la cara untada de crema y tan obvia y profundamente dormida que al fin él se calmaba. Otras veces sospechaba de su esposa, o de una posible alianza entre ambas, e incluso llegó a acusar a sus hijos de entregar los mensajes que ambas intercambiaban. El motivo de tan extraño comportamiento era que el pobre hombre estaba mentalmente

trastornado. Su mujer ya debía sospecharlo, pues le contó a Laura que le había suplicado innumerables veces que consultara a algún doctor sobre los terribles dolores de cabeza que padecía. Pero la mera mención de ir a visitar a un médico bastaba para provocar uno de sus arranques de ira y ella no se atrevía a tomar las medidas necesarias para que fuera sometido a un examen médico. Pocos años después perdió por completo la razón y terminó sus días en el manicomio para criminales de Broadmoor.

Después de esa noche de terror, Laura se convenció de que no podía seguir viviendo en la casa ni un día más de lo estrictamente necesario, y tal fue su determinación de hacer todo lo posible por encontrar otro alojamiento que, en menos de una semana, ya se había mudado y había trasladado sus pertenencias a la nueva dirección. No pudo evitar sentirse mal por abandonar a la señora Hertford, quien, por otra parte, pareció aliviada al saber que se marchaba. Su marido, dijo, siempre estaba peor cuando había alguien en casa ajeno a la familia. Las más inocentes acciones despertaban sus sospechas y el esfuerzo por averiguar dónde estaban en cada momento y qué harían los hipotéticos intrusos lo mantenía en un angustioso estado de nerviosismo casi permanente.

Antes de que Laura abandonara la casa, la señora Hertford le pidió que jurara solemnemente que no contaría nada acerca de lo que había visto y oído mientras vivía con ellos. Ella lo hizo de buen grado y cumplió su promesa. Y hasta donde sabía nadie en el pueblo, exceptuando a Alma, supo jamás lo que sucedía en casa del director de correos. Después, a medida que Laura perdía contacto con los Hertford y sus intereses en el pueblo crecían más allá de lo estrictamente laboral, lo que había vivido hasta entonces no le pareció tan grave visto desde la distancia. De hecho, al ver al señor Hertford hablar tranquila y civilizadamente con sus clientes, a veces se preguntaba si aquel disparo en mitad de la noche había sido fruto de su imaginación. Sin embargo, en otras ocasiones, mientras trabajaba sentada ante el telégrafo, escuchaba sus discusiones a puerta cerrada, o la señora Hertford le hacía alguna confidencia acerca del errático comportamiento de su marido, y sus viejos miedos y recelos salían de nuevo a la superficie y sentía que seguía caminando por terreno peligroso. Y mientras vivió en Heatherley Laura fue consciente, incluso en los momentos más felices, de la siniestra oscuridad que en todo momento amenazaba el pequeño mundo en que vivía.

Como era de esperar, no fue fácil encontrar un alojamiento barato en un lugar donde las habitaciones delanteras de ciertas casas se

alquilaban habitualmente por dos guineas a la semana en temporada alta. Durante algunas semanas, Laura vivió como huésped de una pareja de comerciantes retirados y su joven hija en uno de los chalés situados en un extremo de la calle principal. Allí se instaló en un dormitorio provisto del más blanco y almidonado cubrecama que se pueda imaginar, con textos enmarcados en las paredes y un espejo de cuerpo entero decorado con encaje y lazos azules. Cada día disfrutaba de una buena y abundante comida, hacían su colada y remendaban sus medias de forma gratuita por un total de diez chelines semanales. Solo una cosa le fue negada desde el primer día: carecía por completo de privacidad. Si bajaba las escaleras vestida para salir esperaban que explicara adónde iba y por qué, y si el motivo era dar un paseo se veía obligada a esperar «solo un momentito» mientras Clara se preparaba para acompañarla.

—Sé que le apetece dar un paseo —decía su madre—, pues acaba de decirme que no le importaría salir un rato, aunque claro, no tiene con quién ir.

Y Clara bajaba las escaleras con uno de sus elegantes vestidos y sus botines de ciudad de tacón alto y las dos echaban a andar por la carretera principal, deteniéndose cada poco para que su acompañante pudiera charlar con todos los conocidos que se iba encontrando. Si Laura subía a su habitación para escribir una carta o a leer, raras veces transcurrían diez minutos sin que llamaran a su puerta y se escuchara una alegre vocecita que decía:

—¿Se puede saber qué está haciendo ahí sola? La chimenea está encendida en el salón y Clara está a punto de empezar a practicar su nueva pieza al piano y quiere que baje a escucharla.

Y si la invitación no obtenía el resultado deseado, pocos minutos después era el refinado acento del este de Londres de Clara el que se oía en el rellano de la escalera diciendo:

—¡Baje al salón, pobre criatura solitaria, y conseguiremos animarla!

Laura se sentía obligada a complacerla, pues sabía que la invitaban con buena intención. Pero, a su modo de ver, los paseos terminaban antes de haber comenzado y las veladas musicales vespertinas no solo le parecían una pérdida de tiempo, sino que eran insoportablemente aburridas.

Aunque era una mujer de buen corazón, la señora de la casa no entendía de delicadezas sentimentales. En varias ocasiones le recordó a Laura lo afortunada que era de poder compartir con ellas semejante residencia y por una cantidad semanal tan pequeña.

—Lo cierto es que podemos permitirnos tenerla aquí por tan poco dinero —añadió—. Y nos encanta, de veras, pues le hace compañía a Clara, que ha estado muy aburrida desde que nos retiramos a vivir al campo. Por supuesto, en Londres tenía toda una tropa de amigos y era el alma del grupo allá donde iba. Pero aquí la gente es demasiado estirada o no del todo recomendable, así que pensamos que si pudiéramos encontrar a una joven trabajadora como usted y más o menos de su edad, ella sería más feliz y tardaría menos en acostumbrarse a esto.

De modo, pensó Laura, que solo la habían aceptado porque necesitaban una acompañante para Clara. Desde luego aquella no era una posición que a ella le interesara lo más mínimo. Pues, aunque Clara era encantadora a su manera, lo cierto es que no estaban hechas de la misma pasta y Laura no tenía el menor interés en verse obligada a hacer algo que no quería. Sin embargo, se habían mostrado tan amables y encantadoras que, cuando encontró otro cuarto que se ajustaba mejor a sus necesidades, le resultó difícil dar una buena excusa para abandonarlas. La señora Binks le rogó que le dijera si había alguna parte de su acuerdo que no fuera de su agrado.

—Pues si quisiera algo diferente para comer se lo conseguiríamos, ¿sabe? O si desea desayunar un pelín antes… ya sé que alguna que otra vez ha tenido que salir corriendo a trabajar… le diré a la muchacha que ponga la tetera al llegar por la mañana antes de quitarse el sombrero y así podrá desayunar usted sin tener que esperar por nosotras, que como ya sabe no somos lo que se dice madrugadoras.

Laura se aferró al argumento de que necesitaba salir temprano para llegar a tiempo al trabajo y dijo que quería vivir más cerca de la oficina de correos. Algo que como excusa para marcharse no era demasiado convincente viniendo de alguien que disfrutaba dando paseos de quince kilómetros, pero que le resultó útil a pesar de que, desde entonces, cada vez que se encontraban por la calle la miraban con una expresión de profunda decepción.

Vivir sola y disfrutar

Laura nunca olvidaría el sentimiento de exaltación que experimentó el día que, al concluir su jornada de trabajo, se dirigió por primera vez a su nueva residencia y contempló el parpadeo de las llamas de la chimenea en una de las ventanas del primer piso a sabiendas de que la habitación donde habían encendido ese fuego era la suya, en la que de un momento a otro se encerraría sin temor a que nadie fuera a irrumpir en ella. Después de cenar y haber ordenado algunas de sus pertenencias se sentó plácidamente, bastante más tarde de su hora habitual de ir a la cama, para disfrutar de sus primeros minutos de auténtica libertad en varios meses. Era una salvaje noche del mes de marzo y el viento azotaba la fachada de la casa haciendo temblar los marcos no demasiado bien ajustados de las ventanas, y mientras el fuego estuvo encendido, pequeñas nubes de humo descendían de cuando en cuando por el hueco de la chimenea hasta deshacerse frente a ella. Pero lejos de causarle el menor disgusto, la tormenta consiguió que se sintiera aún mejor, pues en comparación con el mundo exterior su habitación era un pequeño rincón del paraíso.

La casa había sido construida por un especulador inmobiliario con pretensiones de atraer compradores o inquilinos de clase pudiente. Pero su jardín extremadamente pequeño y la proximidad de un bloque de casas pobres le habían impedido por el momento sacar beneficios de su inversión, y entretanto vivían en ella dos familias de clase trabajadora. Una había ocupado las habitaciones de un lado de la casa y la otra las del extremo opuesto, y con una de ellas se había puesto de acuerdo Laura para alquilar su dormitorio en la parte delantera del primer piso. Era un cuarto de tamaño más que respetable con dos ventanas, desde una de las cuales tenía unas bonitas vistas del páramo y más a los lejos se oteaba la larga y ondeante línea azulada de colinas que había contemplado el día de su llegada a Heatherley.

La habitación estaba pobremente amueblada y sus dos o tres deshilachadas alfombras hacían las veces de islas en una vasta extensión de gastado parqué. No obstante, estaba limpia y la baja renta de cuatro chelines a la semana con algunos servicios incluidos era una auténtica ganga. De haber tenido la dueña unos muebles mejores y una familia más pequeña a la que atender sin ayuda de nadie, probablemente le habría resultado más rentable alquilarla a los turistas que pasaban por allí en verano. Pero como en su actual situación tal cosa era impensable —pues ¿qué visitante dispuesto a pagar hubiera tolerado aquellas escaleras sin alfombrar que los chiquillos de dos familias utilizaban como parque de juegos, o sábanas remendadas y comidas preparadas apresuradamente?— al final había sido alquilada a «una joven trabajadora, preferiblemente que pase fuera gran parte del día». Y durante algo más de dos años, esa joven fue Laura.

Sería posible hacer aquí una crónica patética y miserabilista de la vida de Laura en esa época, con sus interminables jornadas de trabajo, su cuarto de estar-dormitorio pobremente amueblado, las rudimentarias comidas, la casi total imposibilidad de organizar el tiempo libre de que disponía y su bajo estatus social. Pero, aunque en lo esencial todo eso era cierto, no sería una crónica honesta de la vida, desde luego no de la de Laura. La austera habitación no lo era especialmente a su modo de ver: tenía una cama limpia, una mesa —principalmente para comer, aunque también la utilizaría para escribir—, un estante para sus libros en un rincón junto a la chimenea, un viejo y algo desvencijado sillón con los reposabrazos remendados, pero muy cómodo, y una lámpara de parafina que su casera había comprado en una subasta. Cada vez que la encendía aportaba un ambiente único a la estancia, con su agrietada pantalla de seda rojiza con figuras en relieve sobre un pie plateado. Es cierto que olía un poco, pero cuando Laura se lo comentó a su casera esta le dijo que solo utilizaba el mejor aceite para lámparas de rosa de té, y desde entonces el nombre de la marca de aceite pareció haber endulzado su olor.

Una amiga que una vez visitó a Laura le dijo que acabaría perdiendo la cabeza allí sentada tantas horas sin hablar con nadie. Pero el silencio y la soledad que para Kitty habrían tenido el efecto de un veneno, en el caso de Laura eran el néctar que necesitaba para alimentar su espíritu. En cuanto a la pobreza, Laura había nacido en ella, por lo que no le prestaba importancia a esa supuesta inferioridad social, pues, a su modo de ver, ya entonces y en mayor medida más

adelante, lo importante era el individuo y no el lugar que ocupaba en la sociedad. Si bien es de ley reconocer que carecía de lo que hoy día se conoce como «don de gentes», al menos se había puesto como objetivo en la vida tener amigos de todas las clases; excepto quizá de las más acaudaladas o las más deprimidas, aunque sin duda también los habría encontrado en dichos extremos de habérsele presentado la oportunidad.

El salario de Laura apenas llegaba a una libra semanal, de modo que después de pagar la renta se veía obligada a controlar gastos imprescindibles, como la lavandería o la leña durante el invierno, para no superar los diez chelines semanales. Y quizá resulte interesante detallar los precios que por aquel entonces le permitían hacerlo. La guerra sudafricana, que ya había comenzado, elevó los precios hasta niveles que ya no volverían a bajar, más bien al contrario, que continuarían ascendiendo en los años venideros hasta alturas estratosféricas y por aquel entonces difíciles de creer. Ya antes de que se vieran afectados por la guerra, la comida y otros productos se habían vuelto mucho más preciados que durante la niñez de Laura. Medio litro de leche recién ordeñada costaba tres medios peniques, la manteca fresca de granja, entre un chelín y un chelín y cuatro peniques el medio kilo, los huevos frescos, entre diez peniques y un chelín con dos peniques por docena dependiendo de la estación. El beicon de Hampshire de la mejor calidad costaba ocho peniques el medio kilo, una pequeña chuleta de cordero o un escalope, entre cuatro y cinco peniques y un lenguado o una platija de pequeño tamaño, la misma cantidad.

Durante mucho tiempo Laura fue la única empleada de la oficina que sabía manejar el telégrafo, de modo que nunca podía abandonar la oficina a la hora de comer, por lo que finalmente había optado por encargar a uno de los mensajeros que recogiera en su nombre todos los días una ración de nueve peniques para llevar que servían a diario en la nueva posada. Era una inmensa ración de comida por poco dinero que incluía una gruesa loncha de carne, dos o más verduras a elegir y una porción de pastel de fruta o bizcocho. Más que suficiente para que alguien con su apetito comiera hasta en tres ocasiones. La señora Hertford guardaba amablemente lo que sobraba para calentarlo al día siguiente, pero Laura enseguida se cansó de comidas tan pesadas y monótonas y optó por llevar pan y queso y una manzana, o encargaba solo un vaso de leche y un bollo dulce y esperaba a la hora de la cena para disfrutar de una comida más sustanciosa al llegar a casa por la tarde.

Después de renunciar a las comidas de la posada, la base de su dieta consistía en medio litro de leche al día y un cuarto de mantequilla casera y una docena de huevos frescos a la semana. Productos locales todos ellos que llegaban al pueblo en el carromato de una campesina ya anciana conocida como Mammy Pasfield, que siempre llevaba un gran delantal blanco y un sombrerito para protegerse del sol. Era un alma bondadosa que cada día se disculpaba por los elevados precios que se veía obligada a pedir por su mercancía. Y en parte para tener la conciencia tranquila, aunque también para complacer a la clientela, siempre añadía algo de más al pedido: una manzana o un ramillete de flores y en una ocasión una inmensa col de Saboya.

La principal comida del día para Laura era lo que se conoce, o se conocía en Escocia como un té con huevo incluido. A veces, para variar, preparaba el huevo frito con una loncha de beicon, o un pescadito o una chuletilla, con mucho pan, pero sin verduras, ni siquiera patatas. Pues su acuerdo con la casera no incluía la preparación de una comida completa. De modo que tenía que pedir su cena fuera, sin mermelada, pasteles ni hojaldre, pues a Laura no le gustaban especialmente los dulces. Comía muchas manzanas y también otras frutas cuando se podían conseguir. Durante dos años y medio basó su alimentación en esta dieta sin perder la buena salud y aunque, en efecto, según las modernas ideas científicas tendría algunas carencias, la mayor parte de los alimentos que comía son considerados esenciales hoy en día. Todavía no había empezado a fumar, pero de haberlo hecho un paquete de cinco Woodbines no le habría costado más de un penique. ¡Uno de los aspectos más tristes de la vida es saber que se han perdido semejantes oportunidades!

La ropa constituía un problema más complicado que la comida. En aquellos tiempos no era posible conseguir atractivos vestidos confeccionados por unos pocos chelines. Por supuesto los había, pero formaban parte de dos categorías: por un lado, los que las comerciantes denominaban modelos, y por otro, los que eran feos y baratos. Y Laura, que no era nada habilidosa con la aguja, se veía obligada a pagar a una modista para hacer sus vestidos, lo que suponía un gasto demasiado grande como para permitirse más de uno al año. Blusas de algodón y faldas de sarga eran su uniforme diario para ir a la oficina. Las blusas confeccionadas con cuello alto y rígido, y siempre con corbata. Este atuendo le daba un aire muy pulcro y profesional, pero ella anhelaba algo más agradable al tacto y más favorecedor. El pelo lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza en lo

que entonces se conocía como un asa de tetera, y con el flequillo rizado cubriéndole parcialmente la frente. Cuando llegaba la hora de abandonar la oficina por las noches se cubría la cabeza con uno de esos sombreros de paja rígidos, llamados marineros, que durante varios años formaron parte del atuendo diario de mujeres de toda clase y condición. Pero ni siquiera esta moda de los sombreros marineros era algo estático. Un año se llevaban los de ala más ancha o estrecha que el anterior, o la copa debía ser más alta o quizá más baja. Incluso el ángulo en que debían lucirse podía cambiar también de un año para otro. Una temporada se llevaba inclinado sobre la nariz y la siguiente se deslizaba sobre la nuca formando una especie de aureola alrededor de la cabeza. Aunque parezca increíble, el sombrero marinero, con su rígido contorno generalmente suavizado por los rizos de la frente, no resultaba del todo desfavorecedor para la mayoría de las mujeres. Y otra recomendación era comprar uno de buena calidad por dos chelines, cuando uno más corriente solía costar ocho peniques.

Antes de trasladarse a Heatherley, Laura tuvo que encargarle a la carrera a una modista su abrigo gris y su falda, por los que había pagado a plazos dos guineas. Y una amable tía suya le había enviado casualmente como regalo de cumpleaños un manguito y un cuello de una piel sedosa y tupida conocida como *thibet*. Estos, combinados con un vestido blanco de muselina los domingos más cálidos o con una blusa blanca y una falda de piqué, le sirvieron durante toda su estancia allí. Su mejor sombrero de invierno era uno que ella misma había ajustado y fruncido a partir de un retal cuadrado de terciopelo negro. Y en verano un gran sombrero blando de color blanco que había adornado con una corona de rosas artificiales, que desde entonces utilizó en todos sus tocados. Los zapatos y sus reparaciones, las medias y la ropa interior, el jabón y los polvos dentífricos, los materiales de escritura y costura y algún libro ocasional dependían de que consiguiera sacar el máximo partido a su salario de una libra a la semana.

No podía gastar nada en distracciones. Aunque lo cierto es que tampoco había entretenimientos en los que gastar, exceptuando la entrada de las noches parroquiales, conocidas entonces como *soirées*. Estas se celebraban en el salón de actos recién habilitado del pueblo vecino, propiedad de un grupo religioso, que cuando no era utilizado con esos fines era cedido para diversos eventos públicos. Allí escuchó Laura varias ponencias sobre socialismo del señor George Bernard Shaw, durante las cuales era interrumpido e interrogado con

frecuencia por los asistentes, para los que las siglas G.B.S. no tenían especial significado. En una ocasión, un trabajador se puso en pie y mantuvo un largo debate con el ponente sobre algún tema transcendental y, sin dejarse impresionar por la reputación del invitado, del que nada sabía, se defendió considerablemente bien. Otra vez, un anciano reportero de uno de los periódicos locales se vio arrastrado a una larga y acalorada discusión sobre la plusvalía con el mismo distinguido orador, pero como el término le era desconocido y no consiguió entender su significado, el debate terminó con el pobre hombre derrumbándose en su asiento y pidiendo disculpas. Otros oradores exponían sus puntos de vista sobre espiritualismo, vegetarianismo, el conflicto de los Balcanes o distintos aspectos de la guerra de los Bóers, los deberes y restricciones de la vida de la mujer y otras cuestiones.

Laura también asistió a una de las lecturas que allí llevaron a cabo varios escritores del momento. Esa noche, Ian Maclaren, el novelista escocés, leyó fragmentos de su popularísimo libro *Cerca de Bonnie Brier Bush*. Pero más emocionante fue la ocasión en que una compañía itinerante de actores ataviados con trajes de la época isabelina entretuvo a la concurrencia con cantos polifónicos, música de campanillas y ocurrencias y anécdotas declamadas por el líder, que también cantó en solitario numerosas tonadas de las obras de Shakespeare. Fue una actuación sencilla, pero había algo en toda la *troupe*, especialmente en su actor principal, que conseguía la casi perfecta ilusión de estar presenciando la realidad isabelina. Era tal el placer y la aparente alegría con que actuaban que, junto con los vestidos de época y el notable parecido con Shakespeare del primer actor, lograron que al menos uno de los espectadores de aquella noche tuviera la sensación de haber retrocedido mágicamente en el tiempo tres siglos hasta el Londres del siglo XVII. Laura no llegó a saber el nombre de la compañía ni el de su líder, y tampoco tuvo ocasión de comentar la actuación con ningún otro espectador, pero aquel evento pervivió en su memoria no como un simple entretenimiento sino como una mágica ventana al pasado.

Más tarde, los famosos Capper visitaron el salón de actos y leyeron los pensamientos más secretos de los asistentes, no sin antes haber pedido que los anotaran en un papel y se lo guardaran. En otro momento del espectáculo, el matrimonio salía de la sala para regresar con los ojos vendados y encontrar algún pequeño objeto escondido en su ausencia. Era un número sorprendente. Salvo en contadas ocasiones, los pensamientos escritos y reservados eran adivinados con

precisión y los objetos ocultos encontrados. Sin embargo, siempre había una gran tensión y nerviosismo en el rostro y en los gestos de los adivinos, que parecían invertir un excesivo esfuerzo físico y mental tratando de adivinar preguntas como «¿Qué tendré para cenar esta noche?». Y era evidente que el marido, cogido de la mano por su mujer como quien sujeta por la correa a un perro de caza, habría preferido encontrar cosas más importantes que un dedal o una caja de cerillas. En cualquier caso, los Capper hacían furor en el Londres de aquella época y a la gente del campo le encantaba poder contar que los había visto, especialmente aquellos a quienes habían leído el pensamiento.

Como el salón pertenecía a una congregación religiosa, no estaba disponible para bailar. Pero la nueva era del baile había comenzado. Había en la parroquia un gran cobertizo de madera, que en otra época se había utilizado como iglesia, donde a veces se organizaban bailes cuando alguien tenía tiempo de hacerlo. También se celebraban bailes públicos en un gran salón situado en la primera planta de una de las posadas a los que solía asistir la gente joven del pueblo. Pero estos no eran como las antiguas e informales verbenas de la infancia de Laura en la aldea sino eventos más sofisticados en los que había siempre un maestro de ceremonias, además de un piano y un violín para interpretar los valses de moda, y la mayoría de las chicas y mujeres jóvenes procuraban asistir con un bonito vestido de noche.

Como Laura no tenía llave, cada vez que participaba en esa clase de diversiones su casera o su marido la esperaban levantados, y cuando llegaba, digamos a las once, la miraban con silencioso reproche por tenerlos esperando hasta altas horas de la noche. Ella sabía que no veían con buenos ojos que saliera hasta más tarde de las diez en días de semana. Una de las pocas veces que transgredió esa tácita ley, aunque apenas se había retrasado un cuarto de hora, fue recibida con miradas frías y diversos gestos que evidenciaban que su conducta no era la adecuada para una joven soltera.

Precisamente aquella noche había tenido una de esas curiosas experiencias que, si bien en un primer momento no parecen significativas, más tarde desvelan un significado oculto y trascendente. Tras un hermoso día de mayo salió de la oficina y, al respirar el fragante olor a lilas que inundaba el aire y contemplar a su alrededor las evidencias de la llegada de la primavera, se resistió a la idea de encerrarse en casa. Era la estación del canto de los ruiseñores, algo poco frecuente en Heatherley y sus alrededores durante el resto del año, quizá por la gran abundancia de pinos, de modo que decidió

caminar dos o tres kilómetros a lo largo de la carretera principal en busca de su conocida y alegre melodía. Había caminado apenas un kilómetro y estaba a punto de alcanzar una curva cuando descubrió un alto matorral de espinos en plena floración. Cubiertos de flores blancas, se alzaban formando un semicírculo en la linde del páramo y Laura se detuvo a su lado al borde del camino y contempló las estrellas que resplandecían a través de sus ramas en el cielo gris azulado del crepúsculo. Algunos pétalos caían sobre su cara como copos de nieve y el aire era ligeramente dulce, impregnado de los aromas del mes de mayo. Aunque se encontraba a escasos metros de la carretera principal en dirección a la costa, el lugar estaba desierto a esa hora e imperaba un profundo silencio. Tampoco se oía ningún ruiseñor. Evidentemente esa no era una de sus noches de concierto, o quizá contemplar la exultante floración del mes de mayo y escuchar al mismo tiempo el canto de los ruiseñores hubiera supuesto una dosis de belleza demasiado grande para ser soportada por cualquier mortal.

No escuchó a los ruiseñores, pero mientras allí estaba, semioculta entre las sombras de los árboles, oyó a lo lejos el suave roce de unos neumáticos de bicicleta ligeramente desinflados sobre el pavimento. La bicicleta y el ciclista aparecieron enseguida en su campo de visión, aún acompañados por el pesado y rítmico sonido de fricción, y bajo la escasa luz del crepúsculo pronto distinguió la silueta de un marinero encaramado en el sillín con su casaca y sus habituales pantalones acampanados. Su comportamiento, sin embargo, nada tenía de ordinario, pues mientras pedaleaba inclinado sobre el manillar lloraba desconsolado. El desconocido pasó a su lado sin verla, y ella, aun sin conocer el motivo de su tristeza, lloró con él y por él mientras salía de su escondite y caminaba hacia casa con inusitada lentitud. Había salido a pasear para oír a los ruiseñores y en lugar de eso había escuchado una melodía muy diferente, el llanto desesperado de un hombre que sufría, en un escenario de la más pura belleza.

Cuando Laura fue a vivir a su nueva residencia, su casera, la señora Parkhurst, tenía unos cuarenta y cinco años. Era una mujer alta y terriblemente oronda, de cabello oscuro y ojos y rasgos bien dibujados. A veces, cuando se entusiasmaba fugazmente y el rubor teñía sus pálidas mejillas y hacía brillar sus ojos negros, aún era posible atisbar a la mujer atractiva que sin duda había sido. Pero los constantes embarazos y las diarias tensiones derivadas del cuidado de su vasta familia, con los escasos medios de que disponía, habían envejecido su rostro de forma prematura, afilado su tono de voz y destruido su figura. En lo referente a su carácter, era una mujer

escrupulosamente limpia y bastante ordenada. Y en el vestir recurría, como tantas otras madres de clase trabajadora de esa época que vivían sobrecargadas de trabajo, a prendas viejas y remendadas de tonos anodinos que cubría parcialmente con un gran delantal blanco.

Había dado a luz a siete criaturas que aún vivían en casa y, entre hacer la colada y planchar, limpiar la casa y cocinar para diez personas, su vida distaba mucho de ser fácil. A la hora en que otras amas de casa más privilegiadas disfrutaban de algún instante de asueto vespertino, ella estaba de pie en la cocina preparando una comida caliente para su marido y los dos hijos que habían estado todo el día trabajando fuera y todavía tenía que fregar, dejar listas sus raciones para el día siguiente y acostar a sus hijos pequeños, además de atender a Laura en todo aquello que habían acordado en el contrato de alquiler. A veces, cuando le preguntaban si estaba cansada, respondía: «Lo estoy. No creo haberme sentado ni un momento en todo el día salvo para comer».

La pareja que vivía de alquiler en la otra parte de la casa tenía tres hijos pequeños que corrían constantemente de un lado para otro por los alrededores de la casa con las tres chiquillas de la señora Parkhurst o jugaban en el vestíbulo y en las escaleras cuando llovía, por lo que el interior de la vivienda visto desde la calle dejaba bastante que desear. Las escaleras eran un espacio común utilizado por ambas familias que, al parecer, ninguna de las dos madres había tenido tiempo, medios u ocasión de alfombrar. Y los gastados escalones al descubierto, si bien se fregaban con frecuencia, producían una innegable impresión de pobreza para todo aquel que pasaba por allí sin atravesar el umbral de la residencia. Esa entrada era probablemente uno de los motivos por los que la reputación de la señora Parkhurst no era tan buena como debería entre los turistas que pasaban por allí y las amables damas que solían visitar a los pobres en sus hogares. Una de ellas se compadeció de Laura por tener que vivir en un lugar tan mísero, pues sentían que también era su deber cuidar de una joven como ella, aunque sus buenas intenciones fueron infructuosas. Celebraban fiestas e impartían clases de danza para las muchachas de su clase e incluso regentaban un gimnasio para las que denominaban chicas trabajadoras, principalmente para las empleadas de una gran lavandería de la localidad. Pero Laura no era fácil de encasillar en ninguna de esas categorías. Lo cierto es que no parecía encajar en ningún sitio. Algo que muy pronto percibió ella misma.

Al parecer, la señora Parkhurst tampoco encajaba. No tenía tiempo para asistir a las reuniones de madres, aunque deseaba hacerlo, y lo

cierto es que ni siquiera podía ir a la iglesia. De modo que lo único que podían hacer las damas de la asociación era llevarle un ejemplar de la gaceta parroquial, momento que aprovechaban para fisgonear desde la entrada mientras se interesaban por la salud de su familia, antes de marcharse meneando la cabeza con conmiseración. A ninguna de ellas le gustaba, pues era demasiado independiente y sincera para complacerlas. Además, tenían costumbre de aparecer en el peor momento, por lo que a menudo veían la casa desordenada y pronto la tildaron de dejada. Sin embargo, para Laura, la señora Parkhurst no era en absoluto una mujer corriente. Puede que su estatura y su porte tuvieran algo que ver con dicha impresión, pero había algo más en ella —su integridad, su evidente buena educación o algo positivo en su personalidad— que la hacía destacar entre sus semejantes.

Con tantos motivos de preocupación y el velado hostigamiento al que se veía sometida, a veces alzaba la voz al enfadarse y, como ella misma decía, eran esos momentos los que las quisquillosas damas escogían para llamar a su puerta. Pero ni siquiera entonces perdía las formas insultando a quienes tan injusta y exageradamente la acusaban, ni lanzaba la clase de improperios y maldiciones que empeoran aún más la vida doméstica de cualquier familia. Era dulce y maternal con sus hijos pequeños y se mostraba comprensiva y transigente con sus manías y pataletas. Con los mayores no era demasiado dura las veces que llegaban tarde después del anochecer y tampoco perdía fácilmente la paciencia cuando los más pequeños se estropeaban la ropa o rompían algún plato y embarraban el suelo durante sus juegos.

Su marido era un hombre menudo de cierta edad, aire cansado y apariencia físicamente más débil que ella. No obstante, era un hombre diligente y cumplidor, si bien no demasiado habilidoso en lo que hacía, por lo que ambos se consideraban más que afortunados teniendo en cuenta que no le había faltado trabajo desde el día en que se casaron. La señora Parkhurst lo defendía fielmente ante sus hijos como cabeza de familia. «Antes se lo preguntaremos a tu padre», decía, o «A ver qué dice tu padre sobre eso». Pero ella era sin duda el espíritu que guiaba su hogar y compartía las responsabilidades de su marido sin hacer aspavientos, del mismo modo que cargaba con las suyas con la mayor naturalidad. Él, por su parte, estaba más que satisfecho con que las cosas fueran de esa manera y sentía una gran admiración por su mujer al tiempo que toleraba «sus pequeñas manías», igual que hacía ella con las de sus hijos mayores.

Los Parkhurst pertenecían a una desconocida secta cuyo lugar de reunión más cercano estaba situado en una villa a unos doce kilómetros de Heatherley. A falta de transporte público entre ambas localidades, la señora Parkhurst y sus hijos pequeños no podían ir a misa. Los mayores no tenían el menor interés en hacerlo, aunque uno de ellos iba con su novia a la iglesia del pueblo. Y los demás pasaban el día de descanso cada uno a su manera, de modo que solo quedaba el señor Parkhurst para representar a toda la familia. Una vez al mes, el domingo por la mañana a primera hora bajaba las escaleras recién afeitado y vestido con su mejor ropa, dispuesto a recorrer el largo camino que le aguardaba, con un paquetito de pan y queso en el bolsillo para comer entre los servicios, por si ninguno de los fieles lo invitaba a comer en su casa. No obstante, era frecuente que alguien lo hiciera, pues, a pesar de que todos eran pobres, hacían lo posible por vivir de acuerdo con su máxima: «Que el amor fraterno prevalezca». Sin embargo, había ocasiones en que nadie parecía percatarse de su presencia y él se marchaba con disimulo para dar cuenta a solas de su humilde ágape. En casa se referían a esas jornadas como los «domingos de iglesia de papá». Y esos días en su ausencia, después de una opípara comida dominical y habiendo liquidado la colada, la señora Parkhurst se vestía con más cuidado que los domingos ordinarios, hacía que sus hijos pequeños se sentaran a su alrededor y leía para ellos fragmentos de una publicación que recibía mensualmente llamada *El joven creyente*. Probablemente los niños habrían recibido una educación mejor en la escuela dominical, y sin duda enviándolos allí ella lo habría tenido más fácil para granjearse los favores de las damas que la visitaban de manera tan intempestiva. Pero a su modo de ver estaba cumpliendo con su deber de madre hacia los chiquillos y llevaba a cabo la tarea lo mejor que podía.

Por lo que Laura sabía, los principios de su secta eran severos y rigurosos. Consideraban pecado ir al teatro y a bailar o leer novelas, y los que practicaban esa clase de pasatiempos estaban abocados a la perdición. Las aficiones de Laura le parecerían cuando menos reprobables a su amable casera, si bien nunca se atrevió a censurarlas. Aunque quizá pensara lo mismo de sus costumbres que de las de cierta persona de la que una vez había dicho, dejando escapar un suspiro: «Bueno, lo único que podemos hacer es rezar por él». No obstante, las normas de la congregación no eran tan estrictas como para no dejar margen a los tiernos sentimientos humanos. Laura estaba presente cuando el señor Parkhurst contó, al regresar de la capilla uno de esos domingos, que una hermana de la congregación había fallecido y, tras

un momento de angustiado silencio, la señora Parkhurst exclamó:

—¡Oh, la echaremos de menos! ¡Cuánto la echaremos de menos! ¿Quién se hará cargo ahora de las lecturas femeninas de la Biblia y quién cuidará de los enfermos y se encargará de organizar las tareas parroquiales en invierno y de que se pague la renta de la capilla? Sea quien sea, y no me cabe duda de que el Señor conseguirá que pronto aparezca alguien de confianza, ya no volveremos a verla. Era una madre de Israel. ¡Una auténtica madre de Israel!

Dos veces al año, el ministro de la comunidad llegaba al pueblo en bicicleta para hacerle una visita pastoral a la señora Parkhurst. Con encomiable delicadeza le comunicaba con antelación cuándo iría, por lo que siempre encontraba a su feligresa vestida con su mejor ropa, con el salón fregado y ordenado y un té recién preparado a la altura de la ocasión. Después de una de sus visitas, cuando Laura llegó a casa al anochecer, encontró a su casera de muy buen humor, casi exaltada.

—Ha sido una velada encantadora —dijo ella—. ¡Una velada realmente encantadora! ¡Y por ello me siento una mujer nueva!

Tras otra visita del señor Lupton, Laura le dijo que esperaba que los chiquillos se hubieran portado bien y no la hubieran molestado correteando por la habitación. Ella respondió que habían sido bastante buenos, y menos mal, pues el señor Lupton había insistido en que se quedaran para compartir con él la fuente de pastelitos que había preparado especialmente para el té. Después se había referido a la ocasión en que Nuestro Señor dijo «Dejad que los niños se acerquen a mí», y había posado su mano en las cabezas de los pequeños y los había bendecido antes de dejarlos marchar a jugar.

Con tanto que hacer para su numerosa familia, la señora Parkhurst tenía poco tiempo para dedicarse a su inquilina, aunque llevaba a cabo celosamente todas las tareas que habían acordado en el contrato y alguna más. El fuego que encendía siempre ardía con intensidad, las comidas que preparaba eran servidas a tiempo y a menudo, sin que nada ni nadie la obligara, había sobre la mesa de la habitación algunas flores de su jardín, un bollo dulce o un pastelito. A veces, cuando sabía que la señora Parkhurst había tenido un día duro de colada, a Laura le habría gustado aliviar su carga de trabajo encendiendo su propio fuego o preparando su comida, pero a esas alturas había aprendido ya lo suficiente acerca de cómo funciona el mundo para saber que, si de repente la vieran entrar y salir de la cocina a horas intempestivas, lo considerarían un exceso de confianza o en el mejor de los casos, pasado un tiempo, esperarían que empezara a sentarse a comer con ellos como una más de la familia. De modo que

hacía lo que podía por ayudar levantándose temprano para hacer la cama y dejar la habitación ordenada, o comprando algunas cosas en el pueblo evitándole así alguna caminata a la señora Parkhurst, ya que todos los jóvenes que vivían en la casa eran varones.

Sin embargo, la señora Parkhurst no era una santa ni tenía complejo de mártir. A veces podía ser irritante. No era entrometida ni parlanchina ni se mostraba indiscreta inmiscuyéndose en los asuntos de Laura, pero su diferencia de edad y su posición como casera le otorgaban, a su modo de ver, ciertos derechos de censura. Cuando no aprobaba algún comportamiento de su inquilina se mostraba más reservada de lo habitual o hacía comentarios, aparentemente generales, acerca de su modélico comportamiento como ejemplo para las jovencitas que vivían lejos de su hogar. No le parecía bien, por ejemplo, que dichas jóvenes tuvieran amigos del sexo opuesto, o en el caso de tenerlos, con uno era más que suficiente. Las muchachas que se dejaban ver una semana regresando a casa después de un espectáculo en compañía de un muchacho y con otro la siguiente no gozaban de su beneplácito, y cuando Laura sugirió que estaba más segura cuanto más acompañada, ella le respondió que tuviera cuidado de no convertirse en una de esas que después de dar vueltas y vueltas por el bosque al final solo encuentran leña podrida.

Sus ideas sobre el vestir eran muy distintas de las de Laura. No se atrevía a criticar abiertamente ninguna de sus prendas, pero al verla salir a algún evento especial vestida de muselina blanca y tocada con su sombrero adornado con rosas solía comentar con notable aspereza que en su opinión nada había más adecuado para una muchacha que un vestido discreto y sencillo y un sombrero marinero. Con ese atuendo podía ir a todas partes y ser respetada, pues era ideal para cualquier ocasión. Ella nunca había sido amiga de engalanarse. Y sus comentarios resultaban ofensivos para una muchacha que daba por hecho que iba vestida de manera digna y adecuada para asistir a un baile al aire libre. Sobre los bailes, sin embargo, era sorprendentemente transigente. Para ella y sus correligionarios bailar era pecado, aunque admitía que muchos buenos cristianos no veían ningún mal en ello.

Cuando aprobaba el comportamiento de Laura lo manifestaba dándole una bienvenida más cálida de lo habitual o con algún gesto de amabilidad inusual como lavarle alguna prenda de ropa sin coste extra. En esas ocasiones, si disponía de unos minutos libres, se quedaba un ratito a charlar mientras retiraba las cosas del té, y fue así como Laura llegó a saber algunas cosas sobre su vida.

Había nacido y vivido de niña en un villorrio cerca de Selborne, el Selborne de Gilbert White, y estaba orgullosa de sus orígenes.

—Tendría usted que conocer el bosque de Selborne, el Hanger es maravilloso —decía cada vez que Laura llegaba con un ramillete de flores silvestres—. Debería verlo en primavera, cuando florecen las prímulas. Se puede una sentar y llenar el sombrero sin moverse del sitio.

Su padre había sido propietario o arrendatario de una pequeña parcela de tierra y criaba gansos y aves de corral y uno o dos cerdos cada temporada, y además de sus tareas en casa trabajaba aquí y allá algunos días como jornalero para ganar un dinero extra. Cada año, cuando comenzaba la recogida del lúpulo, toda la familia excepto la abuela, que se quedaba para cuidar de la casa y los animales, hacía el equipaje y, tras cargar el pequeño carromato, se dirigía a Farnham para trabajar en alguna plantación.

Recordaba aquellos días de cosecha como los más felices de su vida.

—Eran como unas vacaciones para nosotros siendo niños —decía —, aunque entonces ya éramos lo bastante mayores para aguantar una dura jornada de trabajo. Pero a pesar de que trabajábamos todo el día, después teníamos tiempo de sobra para jugar alrededor del fuego al atardecer con otros niños, mientras las madres preparaban la cena y lavaban la ropa. ¡Y qué hambre teníamos todos! Pues el olor del lúpulo era mejor que cualquier medicina. «Tengo tanta hambre que podría comerme a un niño muerto de viruela», solía decir nuestro padre, pero solo para divertirse, ¿sabe? Le gustaba la buena comida y durante la cosecha del lúpulo siempre la tenía. Un buen cocido preparado en un gran pote colocado sobre el fuego en un trípode, con gazapos y setas y un poco de beicon del bueno que llevábamos de casa. Y, mientras tanto, los hombres reunían dinero para comprar un barril de cerveza y después de cenar se sentaban junto al fuego y cantaban. En aquella época, gente de muchos pueblos de los alrededores se unía a la recolección del lúpulo. Los granjeros cedían todos los hombres de los que pudieran prescindir y los pocos que se quedaban en casa se las apañaban solos mientras sus esposas e hijos estaban fuera. Las casas estaban cerradas a cal y canto durante el día y no se veía ni un alma por allí, si acaso alguna abuela que se había quedado para dar de comer a los gatos, a los cerdos y lo que hubiera. Hoy en día, claro, viene toda esa chusma de las ciudades para la recolección y la gente respetable ya no va. Pero entonces era como unas vacaciones para toda la campiña. Y cuando llegaba el día de

marcharse, repartían regalos para todos los niños. Se supone que era un premio para los más trabajadores, pero, aunque unos se esforzaban más que otros, pues tal es la naturaleza humana, nadie se quedaba sin premio. Un año mi padre me regaló una muñeca, una muñeca preciosa que abría y cerraba los ojos y chillaba al apretar un resorte en su pecho. Me encantaría poder regalarle una igual a nuestra Ivy, pero los tiempos han cambiado y ahora una como esa costará nueve o diez chelines. Tampoco es posible ir a recoger el lúpulo, pues ningún hombre que trabaje a jornal en estos tiempos puede tomarse una quincena o tres semanas libres para ir a la cosecha sin que aparezca otro para ocupar su puesto de trabajo. Entonces los granjeros permitían encantados que sus trabajadores descansaran un tiempo después de recoger su propia cosecha. De esa manera se ahorraban pagar jornales durante dos o tres semanas, cuando no había gran cosa que hacer. Muchos gitanos lo hacen a menudo actualmente, además de toda esa gentuza de las ciudades. Y tampoco las plantaciones son lo que eran; en los viejos tiempos, todos los que estaban por debajo de los señores consideraban que no era ninguna humillación echar una mano durante la recolección.

Cuando Laura le preguntó si durante su infancia había oído hablar de un viejo coadjutor de Selborne que había escrito un libro sobre pájaros, ella respondió que creía haber oído mencionar alguna vez el nombre de Gilbert White, aunque no estaba segura. Lo que decepcionó a Laura, que esperaba oír alguna anécdota local sobre el conocido clérigo y naturalista. No obstante, la decepción no la pilló por sorpresa, pues ni siquiera en su época de estudiante, treinta años después de la señora Parkhurst, solían prestar demasiada atención a la historia local en las escuelas primarias. Uno de sus mayores pesares, años más tarde, sería no haber sabido siendo niña que el poeta Pope se había alojado en la mansión cercana a su casa en la aldea, donde incluso había escrito una parte o la totalidad de *El rizo robado*. Cuando lo supo, ya en la madurez, hacía muchos años que había abandonado su antiguo hogar y no tenía muchas esperanzas de volver a verlo, y aunque aun así era capaz de imaginar la frágil y encorvada figura con su capa negra caminando por el sendero bordeado de hayas que había sido su lugar favorito siendo niña, la edad y la distancia le arrebataron gran parte de la satisfacción que habría sentido entonces al saber que caminaba siguiendo los pasos de un auténtico poeta.

Laura consideraba a los Parkhurst gente mayor. El primogénito era de su misma edad, tenían una hija fuera de casa trabajando de muchacha que iba a casarse pronto y a menudo decían de sí mismos

que ya iban para viejos y esperaban que las cosas fueran más fáciles cuando los pequeños crecieran. Sin embargo, esa esperanza tardaría en hacerse realidad. A los cuarenta y siete años, cuando Laura aún vivía con ellos, la señora Parkhurst volvió a quedarse embarazada. Fue difícil para ella —que vivía rodeada ya de tantos hijos mayores y pequeños— aceptar la idea de traer al mundo a un nuevo vástago con esa edad. Y, por si eso fuera poco, durante los primeros meses tuvo que soportar numerosas complicaciones físicas. Su rostro se volvió amarillo y sus mejillas se hundieron, convirtiendo en arrugas las leves marcas de edad. Pero solo en una ocasión la escuchó Laura proferir algo parecido a una queja. Después le había dado por hablar sobre la ropa del bebé, diciendo que lo que tenía estaba todo muy ajado, que se había desecho de demasiadas cosas y no sabía cómo iba a conseguir otras nuevas.

—Pensaba que ya había terminado con esto —decía, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Mas enseguida se las secaba con un extremo del delantal y añadía—: Pero sé que es la voluntad de Dios y debo ser paciente, aunque temo que llegue la hora de su nacimiento.

Cuando llegó el momento tuvo un parto largo y difícil, asistido por dos médicos. La enfermera del distrito le contó a Laura después que había mostrado una fortaleza maravillosa.

—¿Y se imagina qué dijo al despertar del cloroformo? —preguntó entusiasmada—. No lo adivinaría ni en un mes. «¡Mi redentor vive!», decía. «¡Mi redentor vive!». No sabía que era una mujer religiosa. ¿Y usted?

Pocos días más tarde Laura se despidió de la señora Parkhurst pensando que sería para siempre. Estaba descansando plácidamente en la cama, con su hija recién nacida en brazos y en compañía de la mayor, de veinte años, que hacía las veces de enfermera. Dijo que era la primera vez que descansaba en condiciones desde el nacimiento de Ivy y estaba dispuesta a aprovecharlo al máximo.

—¡Mejor será que lo hagas! ¡Pues no habrá más como este, señora mía! —exclamó riendo su hija mayor que, en vista de sus nuevas responsabilidades y su inminente matrimonio, disfrutaba dándose aires de mujer madura.

Sacó de la cama a aquella cosita gorjeante y le dio unas vigorosas palmadas en el trasero asegurándole que su baño estaría listo en un periquete, tan pronto como regresara su hermanito Herbie, y entonces su enfermera favorita le daría un dulce remojón. Entretanto, su madre la observaba con orgullo y no pudo evitar exclamar: «¡Resulta tan natural en ella!». La antigua fraternidad entre mujeres seguía viva. El

marido de la señora Parkhurst se había marchado esa mañana con la expresión de quien de repente siente que el peso del mundo ya no reposa sobre sus hombros. En la mesilla de noche, junto a su cama, había un platillo con uvas que uno de sus hijos había ido a buscarle a varios kilómetros de distancia y animó a Laura a probar algunas, pues ella no se atrevía por temor a que el bebé rechazara la leche. Marido e hijos se habían mostrado inesperadamente solícitos y comprensivos y se había emocionado al percibir su preocupación y lo bien que la cuidaban. Y a pesar de todo se había sentido aliviada cuando los vio marcharse a trabajar por la mañana dejándola a solas con Mabel, quien en virtud de su sexo sería capaz no solo de entenderla sino de ayudarla de verdad.

Cuando esa soleada y neblinosa mañana de agosto de principios de siglo Laura dijo adiós a la señora Parkhurst y a todos sus amigos de Heatherley y tomó la carretera que bordeaba el páramo en dirección a la estación de ferrocarril, estaba convencida de que aquella despedida era definitiva. Pero Laura no había visto por última vez a su casera. Veinte años después, cuando volvió a vivir en el condado, una de las primeras personas que acudieron a visitarla fue la señora Parkhurst. Una señora Parkhurst más alegre y distendida y mucho mejor vestida que la mujer que recordaba, que en lo demás poco había cambiado. Cuando Laura la conoció aparentaba más años de los que tenía, pero el tiempo transcurrido desde entonces había equilibrado la balanza a su favor, y con sesenta y cinco más bien parecía tener cuarenta y cinco.

Se presentó en compañía de una joven de aire inteligente y elegantemente vestida a la que presentó como «Mi hija pequeña, Elsie».

—La que viste por última vez en mi cama con su ropita de bebé. ¿Ves algún cambio en ella? —preguntó, mientras contemplaba con orgullo a la muchacha esbelta y sonriente, de falda corta y corte de pelo a lo *garçon*, que estaba sentada a su lado.

Laura respondió que de no haberle dicho quién era jamás la habría reconocido, lo que agradó a las recién llegadas y logró que se relajaran. Habían ido en autobús, pues en esa época ya circulaban con regularidad. De algún modo, la señora Parkhurst se había enterado de que Laura había vuelto a vivir en el condado, y cuando Elsie sugirió llevar a su madre de excursión a algún sitio, ella enseguida pensó en Laura, pues «nunca te he olvidado», dijo.

—Pregúntale a Elsie y ella te dirá cuántas veces le habré contado cómo solías correr escaleras arriba, a menudo subiendo los escalones

de dos en dos, y cuánto te gustaban los libros y aquellos grandes ramilletes de flores silvestres que traías.

Sin embargo, no quería hablar sobre la juventud de Laura. De eso había pasado ya mucho tiempo y ahí estaban ahora sentadas a la mesa de su antigua inquilina y acompañadas por sus propios hijos, mientras ella servía el té para las invitadas como una perfecta anfitriona, dispuesta como siempre a escuchar con gran interés.

Elsie —«mi hija Elsie»— era el principal tema de conversación de la señora Parkhurst. Elsie había sido una niña maravillosa. «La flor de la familia», como solía llamarla su pobre padre. Llevaba muerto cinco años, el pobrecillo. Había terminado sus días como un verdadero cristiano, aceptando con paciencia el sufrimiento. Los chicos estaban todos casados y también Mabel, por supuesto. Ella misma llevaba diecisiete años siendo abuela y, con los mayores lejos de casa, no sabía qué habría sido de ella sin Elsie. Elsie era la inteligente de la familia. Había conseguido una beca para asistir a la escuela secundaria y ahora trabajaba como contable en un hotel del pueblo ganando un buen dinero. Era tan buena y considerada que no abandonaría a su madre por nada del mundo. A ella tampoco le había ido mal. Cuando los pequeños crecieron, se habían mudado a una nueva casa, una entera solo para ellos, aunque en verano alquilaban las dos habitaciones delanteras a los turistas. Y desde que el pobre papá murió, ella recibía cada mes su pensión de viuda.

—Gracias a Dios —dijo—. Tengo mucho por lo que estar agradecida.

Los jerome

La palabra «Bohemia» estaba en aquellos tiempos en boca de todos. Igual que «Mesopotamia», que por algún misterioso motivo había servido de profundo consuelo a aquella anciana dama del siglo XVII, era «una palabra bendita» de agradable y sofisticado sonido, que podía tener muchos significados, o muy pocos. Un pícnic improvisado, los modales informales, un estilo desenfadado en el vestir, especialmente si incluía grandes lazos o colores vivos, una amistad entre miembros del sexo opuesto. Todo ello era considerado bohemio por mucha gente que nada sabía acerca de ese país ni de su costa. No obstante, había otra clase de bohemios a los que según los dictados de la buena sociedad convenía evitar, pues eran considerados personas de moral dudosa que no saldaban sus deudas o que sencillamente no sabían llevar su casa como es debido. En esta categoría era posible incluir a una muchacha que se dejaba ver en público con la nariz ligeramente empolvada, a una mujer que disponiendo de los servicios de una doncella abría en persona la puerta delantera a las visitas o a cualquier pareja que viviera bajo el mismo techo sin haber pasado primero por el altar, que matara de hambre a sus sirvientes o maltratara a sus hijos. Todo aquel que se alejara de los convencionalismos, a falta de una sentencia peor, era un bohemio.

En Heatherley y sus alrededores había varias familias de reputación bohemia, pero Laura apenas tenía trato con ellas si no tenemos en cuenta su acceso privilegiado al contenido de los telegramas que enviaban y recibían —algunos de los cuales eran sin duda reveladores, aunque no más que los de otras familias estrictamente convencionales—. En los tiempos anteriores al uso generalizado del teléfono era frecuente que un operador transfiriera telegramas de una longitud de cien palabras o más, cuyo contenido no era de naturaleza menos privada que cualquier carta que se enviaba cerrada en un sobre. Las parejas de enamorados que no reparaban en

gastos con tal de salvar el escollo de la distancia eran en este sentido buenos clientes del servicio de correos.

Laura entró en contacto con la bohemia de Heatherley de la siguiente manera: hacía un tiempo que una pareja de aspecto peculiar que frecuentaba la oficina había llamado su atención. El marido era un hombre de notable estatura que ya había dejado atrás los mejores años de la vida, de aire aristocrático y con una voz y un acento muy parecidos a los de personajes de ancianos caballeros victorianos de las radionovelas de la BBC. De hecho, no creía haber escuchado ese acento y entonación en ninguna otra parte en la vida real. Quizá Laura había nacido demasiado tarde, o puede que esos caballeros que imitaban las radionovelas no fueran algo tan común en el pasado. En verano, el señor Jerome llevaba una chaqueta negra de alpaca y un sombrero panamá blando de color blanco, y a menudo cargaba con un gran cesto como los que usaban entonces los obreros.

La señora Jerome parecía la antítesis de su marido. Era mucho más joven que él, una mujer menuda y, como se decía por aquel entonces, «estilosa». Y su inglés, si bien era evidentemente el de una mujer educada, tenía un ligero acento *cockney*. Sin duda había sido hermosa en su juventud y sus rasgos aún eran bonitos, pero como a menudo les sucede a las mujeres pequeñas y rubias, había envejecido mal, y a los cuarenta su cutis había perdido color, la piel de su cuello se había marchitado y el pelo, del que un artista habría comentado que tenía el color de los rayos de sol, en aquella época había adquirido el tono apagado de una maroma. No obstante, por su manera de comportarse era evidente que se consideraba una mujer atractiva, y en efecto lo era. Irradiaba atractivo, ingenio y encanto.

Era hija de franceses, aunque había nacido y se había criado en Londres, donde su padre había trabajado como traductor oficial en una gran estación terminal de ferrocarril. Y durante toda su vida había vestido a la francesa, siendo el negro su color favorito, que combinaba con coquetos sombreritos que ella misma confeccionaba.

Una pluma suelta en el sombrero de la señora Jerome —*toque* era el nombre adecuado de ese tipo de sombreros cuando estaban de moda— propició que Laura conociera al fin a la pareja. Ella le pidió únicamente un alfiler para sujetarla, pero como a esa hora no había mucho trabajo y estaban solos en la oficina, Laura, que tenía a mano aguja e hilo, se ofreció a darle unas puntadas allí mismo. Después de hacerlo, aunque no fue Laura sino la señora Jerome quien cogió la aguja y volvió a colocar la pluma descarriada junto a las otras dos en el ángulo más elegante posible, la pareja se quedó unos minutos

charlando de forma distendida, como suele hacer la gente que se siente ligeramente en deuda.

Después de aquella ocasión se mostraron más y más amistosos en cada nueva visita, y Laura no tardó en averiguar que la señora Jerome era maestra en la escuela de un pueblo cercano. Los sábados, día de descanso oficial en las escuelas, la pareja combinaba el agradable paseo desde allí hasta Heatherley con sus quehaceres en la oficina de correos. Algo que a Laura le pareció la mar de corriente, pero, tal y como le explicaron, era de naturaleza demasiado confidencial como para poder dejarlo en manos de la antigua encargada de correos. Este aparente misterio no era para tanto. El señor Jerome escribía relatos, pero hasta que llegara el día en que su talento se reconociera, prefería que su ambición no fuera del dominio público. Por supuesto, como él mismo comentó, estaban los manuscritos devueltos que tenían que pasar por manos de «aquella maldita bruja metomentodo», aunque para ella podían ser simples facturas, citaciones del tribunal del condado o testamentos siempre y cuando no se percatara de que los remitentes coincidían con las direcciones adonde habían sido enviados. Menos mal que la pobre señora Garbitt no podía oír lo que el señor Jerome decía de ella. No obstante, siempre lo hacía con un inconfundible sentido del humor y de manera bastante impersonal, pues consideraba su carácter una nota de «color local» y, como Laura averiguó más adelante, la anciana entrometida y chismosa, otrora encargada de la oficina de correos, era además un personaje recurrente en sus relatos sobre la vida en la campiña.

En su segunda o tercera visita tras la anécdota de la pluma, la pareja invitó a Laura a tomar el té en su casa el domingo siguiente. Y no tardaron en decirle que fuera a visitarlos todos los domingos después de cerrar la oficina por la mañana para quedarse el resto del día. Durante sus últimos meses en Heatherley pasaba allí gran parte de casi todos los domingos y a veces algunos días de semana por la tarde después de trabajar. Y lo habría hecho incluso más a menudo, pues su compañía le resultaba del todo fascinante, de no ser porque el señor Jerome se veía en la obligación de acompañarla hasta la puerta de su casa en cuanto empezaba a oscurecer. Esto se debía a sus puntillosos y anticuados modales. Ninguna jovencita debería salir de casa después del anochecer sin un acompañante masculino, ninguna jovencita debería abrir una puerta mientras hubiera un hombre o un muchacho en la habitación, cuando un caballero saludaba a una dama en plena calle no era suficiente con que se levantara el sombrero, sino que debía quitárselo por completo al tiempo que hacía una reverencia.

Estas y otras normas de conducta formaban parte de un canon heredado que había quedado grabado a fuego en su mente desde su juventud, hasta tal punto que seguía considerándolas sagradas mucho tiempo después de haberse desprendido de lo que él mismo denominaba las cadenas de los convencionalismos, entre los que incluía tanto la política como la religión.

En materia religiosa se declaraba agnóstico y en política tendía hacia lo que hoy se denominaría extrema izquierda. Solo en cuestiones literarias era un tradicionalista que adoraba las mejores páginas de los clásicos de tiempos pasados. Sin embargo, Laura no tardó en descubrir con gran decepción que, aunque sabía reconocer la calidad y era sobradamente capaz de apreciarla, su propia producción literaria dejaba bastante que desear.

Leer en voz alta a las damas mientras estas se dedicaban a la costura era una tradición familiar que el señor Jerome había conocido desde que era un chiquillo. Y, al parecer, al regresar a su patria tras sus largos viajes por el mundo estaba ansioso por recuperar la antigua costumbre. Tarde o temprano, todos los domingos durante las visitas de Laura, leía algo. Al principio eran escritores como Dickens, Thackeray y Thomas Hardy. Leía bien, aunque con cierto amaneramiento victoriano, y amaba y admiraba la obra de todos los grandes escritores. Pero aún más cerca de su corazón estaban generalmente sus últimos esfuerzos literarios, por lo que en cuanto Laura fue puesta a prueba y considerada apta, tras aclararse la garganta con modestia también solía acometer la lectura del último relato escrito desde su anterior visita.

Laura estaba en una posición delicada. Se enorgullecía de haber ganado su confianza y de veras disfrutaba viéndolo tan feliz y esperanzado, pero no admiraba en la misma medida su producción literaria. Siempre le había llamado la atención que alguien capaz de apreciar la mejor literatura pudiera caer hasta niveles tan bajos en sus propios escritos. Aunque lo cierto es que el fenómeno no era del todo infrecuente en otros aspectos de la vida, y en los años venideros a menudo aplicaría una frase de Meredith, «Todos los océanos rugen con fiereza para acabar dibujando una fina línea de espuma blanca al alcanzar la playa», a su propio trabajo tras décadas de estudio de los mejores modelos literarios. En aquella época, sin embargo, aún no había conocido en la intimidad a ningún otro escritor, ya fuera bueno, malo o mediocre, y pensaba que si era bueno como lector también lo tenía que ser como escritor.

El señor Jerome aspiraba, como él mismo reconocía, a escribir para

las buenas revistas literarias, pero su obra no recibía la atención esperada por dichos editores, y solo de manera muy ocasional la conseguía por parte de pequeñas publicaciones semanales de dudosa calidad.

Al señor Jerome le gustaba hablar sobre tramas. La trama, decía, había que trabajarla arquitectónicamente y con ese fin había inventado un sistema de gráficos. De ese modo cada personaje sería creíble. Estaba convencido de ello. Y el «color local» era necesario para poner carne en lo que él denominaba el esqueleto. El sistema impresionó mucho a Laura, pero tanto mayor fue su decepción al descubrir que, relato tras relato, todo lo que escribía no era más que una caricatura de la literatura más vulgar. Sus héroes y heroínas tenían nombre propio, aunque no lo necesitaban, pues bien podría haberse limitado a bautizarlos con meras etiquetas. El tutor de turno, porque siempre había uno, se expresaba de forma tan miserable que el lector sabía al instante que se había apropiado de la fortuna de su pupila. A menos que fuera la clase de tutor destinado a casarse con ella, es decir, siempre que fuera joven, atractivo y abnegado. Lo que el autor denominaba color local consistía en incluir aquí y allá, de manera gratuita y forzada, pasajes en los que un grupo de paletos desbarraba en un dialecto difícil de identificar.

Cuando la señora Jerome le contó que su marido la había incluido como personaje en uno de sus relatos, Laura recibió la noticia con sentimientos cuando menos contradictorios. Por supuesto, era un gran honor y un halago, pues si un escritor había decidido escogerla como modelo literario quizá no fuera una persona tan anodina, aunque se tratara de un relato del señor Jerome. Por otra parte, en el hipotético caso de que llegara a ser publicado, y pocos de sus relatos lo eran, ¿qué pensarían de ella las personas que lo leyeran? Sin embargo, pronto descubrió que no tenía de qué preocuparse. Cuando el señor Jerome leyó el relato en voz alta, levantando la mirada del manuscrito con frecuencia para observar sus reacciones, resultó que la heroína tenía su color de ojos y cabello y el mismo tono de piel, pero ahí terminaba todo el parecido. De modo que mientras escuchaba la narración pudo disfrutar imaginándose a sí misma con un vestido de seda blanca de gala y un ramillete de rosas rosas en el hombro. Al acostarse esa noche, algo decepcionada pensando que en la vida real nadie la había invitado a un baile y tampoco había tenido un traje de noche ni posiblemente lo tendría nunca, se detuvo de repente cuando estaba a punto de ponerse el camisón por la cabeza y exclamó: «¡Pues bien poco sabe sobre mí o cualquier otra chica!». Aunque pobremente

expresado, no le faltaba razón. No era capaz de ir más allá de la apariencia, quizá ni siquiera en el caso de su mujer, pues un ser humano puede adorar a otro sin comprender en absoluto su auténtico carácter y su idiosincrasia. Un cínico podría decir que a menor comprensión mayor adoración, y quizá es mejor que la mayoría de la gente no sea capaz de observar con demasiada atención al ser humano y sus motivaciones. Sin embargo, un escritor nato no necesita observar con lupa la realidad que lo rodea, pues la luz de su propia naturaleza la ilumina.

El señor Jerome no era, por tanto, un escritor nato, ni siquiera bueno o exitoso, pero su escritura le hacía frecuentar a otros hombres que vivían de ella, sobre todo periodistas, que muchos domingos llegaban desde la ciudad para visitarlo y de cuyas conversaciones Laura pudo beneficiarse. A esas alturas ya era una más cuando se sentaban a la mesa a tomar el té en su compañía, pues Alicia, su mujer, prefería recostarse en un sillón, con su taza balanceándose sobre el reposabrazos mientras fumaba con expresión algo ausente, aunque ligeramente divertida. Los hombres permanecían en la mesa durante una hora, hablando de trabajo, como ellos decían, y Laura no se perdía ni una palabra de cuanto comentaban. No es que Gustavious Salisbury, el señor Pennington-White o cualquiera de los otros, de nombres no menos rimbombantes, estuvieran entre lo más selecto de su profesión, pero por aquel entonces a Laura sí se lo parecía. Y cada vez que se nombraba casualmente «la Calle» — Fleet Street, la cuna del periodismo británico—, o la oficina de tal o cual periódico, ella se hinchaba de orgullo al pensar que al fin se estaba adentrando en los auténticos círculos literarios. A veces, alguno de ellos se marchaba con uno de los relatos breves del señor Jerome, que, como todos solían decir, tan solo necesitaban una presentación adecuada para que cualquier editor los aceptara de inmediato. Y a pesar de que nunca llegaba la respuesta deseada, una y otra vez el señor Jerome aguardaba esperanzado alguna noticia. La señora Jerome le contó una vez a Laura que en esas ocasiones su marido esperaba detrás de la puerta principal, mirando el buzón desde media hora antes de que llegara el cartero, ansioso y con los nervios de punta; un aspecto de su carácter que ella atribuía a su temperamento artístico. Tras varias semanas de suspense, por lo general el manuscrito era devuelto en mano por el mismo amigo que se había ofrecido a negociar, o quizá el amigo en cuestión olvidaba hacerlo y tras ser invitado insistentemente a tomar el té un domingo lo recordaba y se presentaba al fin con él en el bolsillo. A menudo Laura se preguntaba si Alicia realmente tenía

tanta fe como manifestaba en la futura carrera literaria de su marido.

En el condado no había escuela oficial, de modo que el matrimonio vivía en una casita moderna situada en una hilera de viviendas independientes bastante parecidas. Sin embargo, Laura confesó a sus anfitriones ya en la primera visita que habría sido capaz de distinguir la suya con tan solo verla desde fuera. Las ventanas de las otras casas estaban decoradas con cortinas blancas de encaje almidonadas y parcialmente recogidas con grandes lazos, pero no tanto como para permitir que los vecinos vieran el interior; mientras que las del número nueve tenían oscuros cortinones verdes que permanecían abiertos a cualquier hora del día. Los Jerome utilizaban como sala de estar la mejor habitación delantera de la planta baja, que también hacía las veces de comedor, y a menudo en verano solían cenar con las cortinas y las ventanas abiertas después de encender la lámpara, pues les encantaba contemplar mientras tanto el cielo nocturno y respirar el aire fresco. Esta costumbre suya, junto con algunas otras, como el ocasional cigarrillo que fumaba la señora Jerome o su afición a pasear por el campo sin sombrero, solía escandalizar a sus vecinos más cercanos. Sin embargo, eran queridos en el pueblo, pues la señora Jerome gozaba de buena reputación como maestra que sabía manejar a sus alumnos, y en cuanto al señor Jerome, cualquiera podía ver que era todo un caballero. No obstante, para la mayoría de sus vecinos seguía constituyendo un misterio por qué se habían casado a edades tan tardías y disponiendo ella de un buen salario y casa propia. Algunos opinaban que el señor Jerome se había casado por la casa y vivía de las ganancias de su esposa. Aunque, por otra parte, ella gastaba ahora más que antes en carbón y lavandería. Si lo hubiera acogido por simple bondad, decían, él se habría encargado de hacer las tareas del hogar mientras su esposa estaba en la escuela, en lugar de dedicarse a trabajar en el jardín y a escribir todas esas cartas. Pues ahí estaba a todas horas sentado en su escritorio frente a la ventana, escribiendo como si le fuera la vida en ello y tan concentrado que cualquiera podía detenerse a observarlo un buen rato sin que él se percatara. Peculiares, eso eran, un tanto peculiares, lo que traducido significaba bohemios.

Su sala de estar hacía las delicias de Laura, pues, además de lo que ella consideraba bonitas pinturas decorando las paredes, había innumerables curiosidades que el señor Jerome había coleccionado durante sus viajes y libros por todas partes. Una estantería repleta de libros llegaba hasta el techo y había numerosos volúmenes apilados sobre las mesas y las sillas e incluso en el suelo en un rincón. Estos

últimos, le explicaron, estaban allí a la espera de una nueva estantería que instalarían en un hueco junto a la chimenea, aunque seguían en el mismo lugar nueve meses después, cuando Laura abandonó Heatherley. Las demás habitaciones también estaban bastante atestadas con toda clase de cosas que el señor Jerome había traído consigo al mudarse a una casa ya de por sí bastante llena. Pero a pesar del desorden los Jerome eran felices y vivían muy holgadamente. Laura se quedó patidifusa cuando una tarde de verano algo fría uno de ellos propuso encender la chimenea y el otro lo hizo sin pensárselo dos veces. Creyendo que quizá la habían encendido para que se sintiera más cómoda, la invitada comentó que sería una pena ensuciarla y Alicia, pues desde hacía un tiempo era Alicia para ella, respondió riendo:

—Pues tendrá que limpiarla la señora Brown. Mañana no viene porque es su día de colada, pero el martes por la mañana estará aquí y entretanto podemos taparla con el biombo de plumas de emú para ocultar la ceniza.

Otra costumbre de Alicia que en opinión de Laura la hacía parecer bohemia era su costumbre de coser los domingos. Siempre tenía alguna prenda que remendar o que poner al día. Cuando dejaron de llevarse los fruncidos y se pusieron de moda los dobladillos ella dedicaba a veces todo el domingo a descoser, subir o bajar y volver a hilvanar los bajos de alguna de sus blusas. Además, estaban sus sesiones de sombrerería casi semanales, en las que hacía gala de un talento que rayaba lo mágico. Cogía unos centímetros cuadrados de terciopelo y fruncía, cosía, alisaba y estiraba, después colocaba una pluma en un lado o le añadía un velo y, exhibiéndolo con los brazos extendidos, exclamaba:

—Y bien, ¿qué os parece mi nuevo tocado?

—Digno de venderse en Heath's por tres guineas —respondía rápidamente el señor Jerome.

Y al menos para la poco sofisticada Laura, no tenía nada que envidiar a esos minúsculos y carísimos sombreros de las tiendas elegantes a los que en el ramo de la costura se referían como «creaciones». En cualquier caso, era evidente que el señor Jerome estaba orgulloso de cómo vestía su mujer.

—¡Confía en el gusto de una francesa! —le decía a Laura.

Pero lo que a Laura más le gustaba de ellos era lo mucho que se entusiasmaban y divertían con todo lo que hacían. Para ella era una experiencia emocionante simplemente sentarse a su mesa mientras el señor de la casa bebía de un vaso té sin azúcar con una rodaja de

limón flotando en la superficie. Y después del té, la señora fumaba cigarrillos. Pero mucho más excitante era escucharlos hablar mientras tanto. La señora Jerome siempre tan vivaz e ingeniosa, y provista de alguna agudeza que rayaba lo malicioso. Y su marido, más cómico que ingenioso, contando anécdotas sobre su juventud en Londres o aventuras vividas durante sus viajes. Pertenecía a una familia de artistas. Según contaba, el mismísimo Ruskin había alabado las dotes de su hermano como colorista, y solo su muerte prematura le había impedido alcanzar la fama que merecía. Aunque él no era pintor ni había aspirado a serlo, había conocido a Burne-Jones, a Watts y a Rossetti, y a otros cuyos nombres eran entonces bien conocidos en el mundo del arte y la literatura. Reconoció que había sido el niño malo de la familia y, a excepción de los pocos años de medicina que había cursado, nunca había sentido especial atracción por la idea de tener una profesión. Siendo aún muy joven se había dejado arrastrar por la fiebre de los campos de oro australianos, y aunque no había encontrado ni un gramo del preciado mineral, como él mismo lo expresó, sí había dedicado años de su vida a excavar intensamente en busca de nuevas experiencias. Después de aquello había sido prospector de minerales en Sudáfrica y plantador de té en la India, antes de empezar a comerciar con este producto, lo que le permitió amasar una fortuna lo bastante grande para poder regresar y vivir de forma modesta en su tierra natal.

Además, él y su esposa estaban profundamente enamorados. Laura no tenía ni idea de que la gente de mediana edad pudiera enamorarse de ese modo, pero estos dos lo estaban, no había la menor duda. No solo porque no hacían el menor esfuerzo para ocultarlo, sino por el modo en que se miraban y hablaban. Al principio se sorprendió muchísimo, pues aquello contradecía todo lo que creía haber aprendido de sus novelistas favoritos. Según ellos, el amor era un privilegio exclusivo de los jóvenes y hermosos, o al menos de los de aspecto interesante, exceptuando por supuesto a Esmond y a su lady Castlewood. Sin embargo, cuando tuvo ocasión de escuchar la historia de amor de los Jerome le resultó tan emocionante como cualquier novela.

Un día, cuando ya hacía tiempo que se conocían, Alicia se quitó la delgada sortija engarzada con un granate que llevaba junto a su alianza de boda y le enseñó su nombre grabado en el interior: «Alicia». Ese, le explicó, era su anillo de compromiso. Pero no era nuevo cuando se casó, pues ya llevaba su nombre desde que ella tenía tan solo un mes de vida. Entonces le contó a Laura que el día de su

nacimiento su madre comenzó a sentirse mal antes de lo esperado. No estaba en casa, pero consiguió llegar allí sin ayuda de nadie y le pidió a su única sirvienta que buscara ayuda. La aterrorizada doncella salió corriendo de casa y le suplicó a la primera dama que encontró que la acompañara a ver a su señora. A pesar de ser una completa desconocida, la dama hizo lo que le pedía. Llevó a la paciente a su cama e hizo llamar a un doctor y una enfermera y permaneció en la casa hasta que nació Alicia. Desde aquel día la anciana señora Jerome y la madre de Alicia se hicieron íntimas amigas.

La dama en cuestión no era otra que la madre del señor Jerome, que por aquel entonces era un joven de dieciocho años. Naturalmente, cuando llegó el momento de bautizar a la recién nacida, la familia le pidió que fuera su madrina, y fue en esa ocasión cuando el padre de Alicia, en un gesto «elegantemente francés» tal y como lo describió su hija al contar la historia, mostró a los presentes el anillo grabado con el nombre de la pequeña Alicia como muestra de gratitud.

Aquel día se consolidó una gran amistad entre ambas familias. Los Jerome eran de clase mucho más acomodada y vivían en una casa más grande y confortable que los Denair, y el mayor de los Jerome era bastante más viejo que los padres de Alicia, pero al margen de eso tenían mucho en común, pues las dos parejas eran de naturaleza optimista y daban escasa importancia a las convenciones sociales; y en sus respectivas calles vivían rodeadas por respetables vecinos de la más estricta escuela victoriana. Cuando Alicia empezó a gatear ya se sentía tan a gusto en casa de la «tita» Jerome como en la de sus padres. Los Jerome tenían jardín y los Denair no, de modo que cuando la señora Jerome se enteraba de que su amiga estaba especialmente ocupada, o si hacía un día más bonito de lo habitual, ella misma recogía a Alicia o enviaba a uno de sus hijos para que la pequeña pudiera jugar en el césped, bajo el gran manzano. Wilmot, que estudiaba en casa la mayor parte del tiempo, era quien lo hacía más a menudo y generalmente por iniciativa propia, pues sentía un gran afecto por la niña. Hasta el punto de que su devoción por ella se convirtió en motivo de chanzas en las dos familias. Se tumbaba de espaldas sobre la hierba sosteniéndola en el aire con los brazos extendidos, la llevaba a caballito de un extremo a otro del jardín o jugaba con ella a tigres y leones correteando entre los groselleros. Él mismo contaría años después que en cierta ocasión la dejaron a su cuidado y, al verla incómoda, le había cambiado el pañal. Quizá solo lo contaba para provocar a su mujer, pero lo cierto es que siendo un muchacho ya había demostrado un gran interés y afecto por la

pequeña Alicia. Y, dejando a un lado la amistad de ambas familias, ella quería tanto a su Motand, como lo llamaba, que a menudo cuando él la llevaba a casa y después se disponía a marcharse, ella extendía los brazos y rompía a llorar.

Entonces ella era demasiado joven para poder recordarlo, pero antes de que cumpliera dos años Wilmot Jerome había abandonado sus estudios y su hogar, sin pedir ni recibir permiso, para marcharse a los campos de oro de Australia en busca de fortuna. Él mismo contaba que no había encontrado oro, aunque a base de duro trabajo y espíritu aventurero se había enriquecido en experiencias. Cuando su familia volvió a tener noticias suyas, el joven Jerome estaba buscando minerales en Sudáfrica. Después trabajó como tutor de los hijos de un vendedor de diamantes en el Rand y finalmente como comerciante en Beira. La familia Denair no supo nada más acerca de sus aventuras, pues en aquel tiempo el señor y la señora Jerome habían muerto y su único hijo que aún vivía en Inglaterra se había casado y residía en otro condado.

Al cumplir treinta años también Alicia se había quedado huérfana. Había decidido ser maestra y, al concluir sus estudios en la Escuela de Formación Profesional, había abandonado Londres para trasladarse a Yorkshire, donde vivió muchos años. Amaba a la gente del norte de Inglaterra por su sinceridad y su franqueza al hablar. «No les va la charlatanería», solía decir cuando se refería a ellos. Aunque a Laura siempre le resultó curioso que una persona tan comunicativa en general nunca le contara nada más sobre su estancia allí, exceptuando que había estado comprometida hasta en tres ocasiones y las tres se había echado atrás poco antes de la boda. Pues, en sus propias palabras, se lo había pensado mejor antes de apretar el lazo. De modo que para Laura había grandes espacios en blanco en las vidas de ambos cónyuges.

Según contó, tres años antes de que Laura la conociera había regresado al sur para escapar de su último compromiso matrimonial y había ocupado su actual puesto de maestra en un pueblo de Hampshire. Ya se había acostumbrado a la idea de una perpetua soltería, estaba ocupada y feliz con su trabajo, con su afición a la costura —a la que dedicaba gran parte del tiempo libre— y pensando en su futura pensión. Y su único pesar era no poder unirse a alguien con quien compartir sus gustos y su manera de ver la vida, cuando Wilmot Jerome volvió a aparecer en su vida.

Él había regresado a Inglaterra con la esperanza de pasar allí el resto de sus días —no con una fortuna, nada más lejos, aunque sí con

medios suficientes para vivir soltero de manera cómoda y modesta—, pero al descubrir que ella era la única superviviente de todos aquellos a quienes tan alegremente había abandonado sin decir ni adiós, se había propuesto encontrar a Alicia. Tras numerosas pesquisas lo había logrado y había viajado a Hampshire para visitarla con idea de pasar allí uno o dos días y hablar de los viejos tiempos. Sin embargo, los días se convirtieron en semanas, por lo que había decidido instalarse en una pequeña pensión con la excusa de la pesca, y antes de que finalizara el verano se habían casado en secreto en la ciudad más cercana. Durante un tiempo mantuvieron oculto su matrimonio, pues en esa época las autoridades educativas imponían la renuncia a las maestras que querían casarse y ella no tenía la menor intención de renunciar a su trabajo ni a la pensión que le iba a corresponder al retirarse dentro de algunos años.

Aunque su marido disponía de medios suficientes para que los dos pudieran vivir discreta pero holgadamente, ella tenía claro que, tras una vida de independencia, no quería estar supeditada económicamente a nadie, y menos aún al hombre a quien amaba con tanta pasión. El amor debería ser un regalo, le había dicho a Laura, no una cuestión de trabajo y salario. Y cuando Laura, que sabía que el matrimonio significaba mucho más que eso, respondió que «a menudo el matrimonio significa trabajar sin salario», ella no dudó en reconocer que, en efecto, siempre podía ser peor. En cualquier caso, el secreto de su matrimonio no tardó en salir a la luz, pues es imposible que un hombre, sea conocido o forastero, visite regularmente el hogar de la maestra del pueblo sin provocar un escándalo. El párroco, que era también uno de los responsables de la escuela, se entrevistó entonces con Alicia y ella tuvo que contarle que se había casado. Él estaba en contra de la política de retirar a las maestras casadas y prometió hacer uso de su influencia con las autoridades del condado para que hicieran una excepción en su caso. Entretanto, Alicia continuó dando clases y su marido se instaló en su casa sin que la administración decidiera nada sobre su pensión, al menos mientras Laura tuvo trato con los Jerome.

He tenido compañeros de juego, he tenido amigos…

Una de esas tardes de invierno en las que la lámpara de aceite del mostrador de correos se encendía antes de lo habitual y todo aquel que no tenía asuntos urgentes que lo obligaran a enfrentarse al viento del este estaría disfrutando de su té con bollos junto al fuego, la puerta se abrió de repente con cierta brusquedad y un joven entró en el local. Era un completo desconocido para Laura, pero aun así le agradó verlo llegar, pues cualquier novedad era bienvenida en días tan aburridos. Se trataba de un joven grande, alto y robusto a la vez, y el lanudo abrigo gris que llevaba le hacía parecer todavía más imponente. La nariz respingona y unos ojos inusitadamente claros eran los únicos rasgos destacables en su rostro enrojecido por el azote de la lluvia y el viento. Su bigotito claro y la tupida superficie del abrigo gris estaban salpicados de gotas de lluvia, y llevaba consigo un recio bastón de madera sin tratar. Un granjero, pensó Laura, o quizá un guardabosque.

Nada más lejos de la realidad. Aunque no había nacido en Londres, Richard Brownlow había pasado allí la mayor parte de su vida, trabajando durante los últimos años en una de las grandes compañías de telégrafos de la capital. Estaba pasando unos días en Heatherley en casa de unos conocidos que se habían mudado recientemente. Saltaba a la vista que era un joven alegre y comunicativo. Y mientras le entregaba a Laura el telegrama que deseaba enviar comentó que estaba seguro de que su madre no descansaría hasta saber que había llegado a salvo, y añadió que había recorrido a pie los últimos dieciséis kilómetros del camino disfrutando del clima ventoso.

—Ese viento del este que consume a la mayoría de la gente a mí me da la vida —declaró.

Cuando Laura regresó al mostrador después de enviar su telegrama, él seguía en la oficina observando el expositor de postales con paisajes locales. Alma había salido durante una hora y Laura

podría haber avisado a la señora Hertford para que atendiera a un cliente de la tienda, pero como no tenía nada que hacer y sintió ganas de conocerlo un poco más lo ayudó a escoger y le cobró. Después de hablar sobre postales conversaron sobre los paisajes reproducidos, y seguían haciéndolo cuando entró otro cliente al que Laura tuvo que atender, momento que él aprovechó para marcharse.

Alma también había regresado entonces para continuar su jornada, y cuando Laura le dijo que no creía conocer a aquel hombre, ella respondió articulando con dificultad —pues estaba chupando un caramelo en ese momento— que seguramente volvería a verlo. Algo extraño, teniendo en cuenta que, como la misma Alma reconoció después, tampoco lo había visto antes ni tenía la menor idea de quién era. Por su aspecto había llegado a la conclusión de que estaría de excursión. El término «senderismo» aún no se conocía en aquella época.

Y, en efecto, Laura volvió a ver a Richard Brownlow. Durante su primera y breve visita a Heatherley se presentó en la oficina varias veces al día, y después regresó al pueblo con frecuencia para quedarse los fines de semana y algunas vacaciones largas. La amistad que pronto nació entre ellos creció con rapidez, pues se fundaba en aficiones comunes y gustos parecidos. Todo lo que Laura admiraba en literatura también lo apreciaba Richard. Si uno de ellos empezaba a citar poesía el otro terminaba sus versos o le cogía el dedo para indicar que quería hacerlo y nombraba a otro poeta que había dicho algo parecido. Y a menudo aquella especie de juego infantil no concluía ahí, pues el nombre del poeta aludido los llevaba a otra cita y a otra. «¡Burns!», «¡Browning!» o «¡Keats!», gritaban al unísono, y en lugar de enlazar simplemente los dedos se estrechaban las manos y reían.

Richard tenía una hermana llamada Mavis que lo acompañaba durante algunas de sus visitas a Heatherley. Ambos se adoraban y tenían gustos parecidos. Los dos tenían inquietudes intelectuales y su mayor deseo era cambiar el mundo, amaban el campo y habían leído mucho. Físicamente eran muy distintos, pues si Richard era grande y robusto, Mavis era una criatura pequeña y grácil de oscura melena pelirroja, ojos del color de las hojas de haya en otoño y tez pálida y aterciopelada. Era de constitución tan menuda y delicada y tan ágil y ligera al moverse que Laura, que ni era corpulenta ni en absoluto pasiva, se sentía torpe a su lado. Sus cualidades intelectuales nada tenían que envidiar a las físicas. No razonaba hasta alcanzar una conclusión lógica como hacía Richard, sino mediante destellos de

intuición y ejecutando pequeñas cabriolas intelectuales que la llevaban a corolarios no menos válidos. Laura estaba encantada con sus nuevos amigos. Le habrían gustado igualmente por su manera de ser, pero un atractivo extra para ella era que le parecían modernos. Conocían las últimas ideas y utilizaban con fluidez las palabras más nuevas, habían leído y eran capaces de debatir sobre los últimos libros publicados por los autores más en boga cuyos nombres Laura solo conocía vagamente. Por fin, pensaba Laura, tenía amigos que de verdad podían considerarse *fin de siècle*.

En noches oscuras, después del cierre de la oficina daban largos paseos haciendo eses por la carretera. Mavis en un lado cogida del brazo de Richard y Laura del otro, declamando al unísono cuartetos de Omar Jayam y coros de Swinburne o recitando rimas absurdas. A menudo se dejaban llevar por la melancolía e imaginaban que lo mismo les sucedería a todos los hijos de épocas decadentes, y si algún paseante solitario hubiera podido escucharlos se habría apiadado de ellos. Cuántas veces no exclamaría Laura trágicamente hacia la noche:

¿Cómo seré a los cincuenta si Dios no me lleva,
si antes de los veinticinco la vida tan amargamente me [subleva?

O dio las «gracias a quien las merezca» pues:

Ningún hombre vive eternamente
y los muertos en sus tumbas se quedan para siempre.

La suya era una ignorancia inocente y pura impulsada por el resentimiento espiritual y completamente ajena a la terrible irreversibilidad de la muerte... ¡Ah, que los pecados de juventud sean perdonados! Y entretanto Mavis, igualmente inexperta, gritaba con dramática entonación:

Ojalá, amor mío, nunca te hubiera conocido,
ojalá nunca nos hubiéramos encontrado,
así evitarían nuestros pasos errantes
llegar a esta triste orilla de pesares.

Mientras tanto Richard, alto como un acantilado y firme como una roca entre ellas, mantenía el equilibrio mental y físico aferrándose principalmente a fragmentos de Milton y Shakespeare.

Una noche, después de subir a la cima de una colina donde una gran cruz de granito señalaba el antiguo emplazamiento de una horca,

Laura se arrodilló sobre la hierba y, apretando el oído contra la fría piedra del fuste reprodujo, como si estuviera en trance, una conversación imaginaria entre dos malhechores que allí podrían haber perecido. Una actuación que sus amigos aplaudieron y consideraron digna del mismo Poe.

Los domingos por la tarde y en noches luminosas de verano Laura aprovechaba para enseñar a Richard y Mavis sus rincones favoritos del páramo y los bosques. Algunos, no todos, pues unos pocos se los reservó. Entre ellos el que había bautizado como «el corazón del bosque», un pequeño prado de hierba impoluta atravesado por un arroyuelo y completamente rodeado de árboles y espesa maleza. Los helechos crecían junto a la corriente y en un lado se alzaba una exuberante haya que en verano proyectaba su fresca sombra sobre el prado oscureciendo el verdor de los pastos. Laura iba allí a menudo al atardecer para pensar en silencio en sus cosas, a leer —aunque una vez allí raras veces era capaz de abrir un libro— o simplemente para dejarse mecer por la belleza y la paz del entorno. Hubo una época en que iba prácticamente corriendo y llegaba con lágrimas en los ojos, lágrimas de rabia provocadas por el comentario despectivo de algún conocido al que se había encontrado por casualidad. Probablemente el comentario no pretendía agraviarla, pero es fácil herir el orgullo de una joven al recordarle que ni su clase ni su educación ni sus cualidades personales sirven para justificar opiniones distintas de las de la mayoría. Sin embargo, al llegar al bosque, el orgullo herido se sentía aliviado y sus ojos se secaban. «Aleluyas y violetas silvestres» para «aliviar los corazones afligidos», y ¿qué espíritu triste no se alegraría al escuchar el canto de un mirlo?

Pero aunque se reservó la exclusividad de este y dos o tres santuarios secretos más, Laura compartió con sus nuevos amigos el resto de sus refugios. Les mostró las vistas desde el pinar, el valle de la granja de Bob y numerosos rincones de los bosques. Los tres adoraban el campo y nunca se cansaban de explorar su belleza, aunque su improvisada guía por aquellos parajes no tardó en descubrir que el amor por la naturaleza que sentían los dos hermanos, si bien no era menor, era distinto del suyo. Para ella la campiña era una atmósfera envolvente de la que obtenía fuerza y alegría. Ellos la estudiaban de forma concienzuda como un libro abierto, nombrando cada pájaro y cada flor, o sin rendirse hasta que lograban hacerlo; inspeccionando el entorno hasta descubrir qué aspectos eran los que aportaban encanto a las vistas; examinando helechos, líquenes y flores silvestres y revisando sus características en sus pequeñas guías de campo, donde

aparecían los nombres de las especies en latín. Su interés era intelectual, mientras que el de Laura era instintivo.

En una ocasión los llevó hasta un lugar más lejano del páramo y les mostró una pequeña extensión de brezo que desde la distancia parecía asolada y marchita y llamaba la atención por su tono rojizo. Al observarlo de cerca comprobaron que cada planta parecía haber quedado atrapada bajo una red y aplastada contra el suelo por los filamentos rojos de un parásito. Ambos se horrorizaron al verlo y preguntaron cuál era esa especie opresora. Laura les explicó que se llamaba cuscuta y les dijo que si fuera novelista escribiría un libro con ese título. Sería la historia de un hombre o, más probablemente, de una mujer de naturaleza dulce y sensible que vivía atada, seguramente por matrimonio, a alguien fuerte, brusco y dominador, y narraría cómo con el tiempo la persona que representaba el brezo se debilitaría marchitándose, mientras la cuscuta crecía y prosperaba.

No era una idea precisamente alegre, pero les gustó. Se sentaron un rato en un promontorio cubierto de hierba con vistas al brezo a comer cerezas de una bolsita que Richard se sacó del bolsillo para debatir sobre la trama de Laura, hasta que uno de ellos señaló al marido cuscuta como el villano de la obra.

—¡No! —exclamó Laura cordialmente, apresurándose a defender a su personaje recién nacido—. La cuscuta no puede evitar ser lo que es, fue creada de esa manera y debe actuar de acuerdo con su naturaleza. Y de la misma manera el hombre cuscuta no es malvado, puede incluso tener buenas intenciones. El problema es que la proximidad entre ambos provocará tarde o temprano la ruina de uno de ellos. Él prospera y se vuelve engreído, importante y respetado. Creo que podría ser un agente de bolsa, con su chaleco blanco y un grueso reloj de oro de bolsillo. Y ella, que tenía talento para la acuarela cuando era más joven, se marchita y se consume hasta quedar reducida a un mero espectro de lo que fue.

—¡Estupendo! —dijo Richard—. Pero ¿quién va a escribir la historia?

—Laura, por supuesto —respondió Mavis—. Ella lo sabe todo sobre la gente.

Aquello pilló a Richard por sorpresa, pues siendo el hombre del grupo y además un hombre de gustos literarios parecía *a priori* el más adecuado para lidiar con tan delicada situación. No obstante, aunque quizá se sintiera algo dolido en su masculinidad —¿cómo podría evitarlo siendo un hijo de su tiempo?—, la cosa no fue a mayores. Se puso de pie, cogió a Laura de la mano y, tras levantarla del suelo,

comenzó a bailar el vals alrededor de un montículo de arena mientras cantaba «Ella todo lo sabe. ¡Lo sabe, lo sabe!».

En lo esencial, sus conversaciones más serias no eran muy distintas de las de los jóvenes de hoy con inquietudes semejantes. Tenían teorías sobre muchas cosas de las que nada sabían por propia experiencia, teorías que encontraban sentido en su corazón cuando no lo conseguían en su cabeza. Odiaban al opresor y sufrían por los oprimidos. Richard se ponía furioso al hablar de las miserias de las fabricantes de cadenas de Cradley Heath en el East End londinense. La mera mención de los pobres chiquillos de los arrabales, sin zapatos, vestidos con harapos y medio muertos de hambre, emocionaba a Mavis y a Laura hasta hacerlas llorar. Consideraban una maldita vergüenza que obligaran a vivir a seres humanos en casas que no eran mejores que establos para el ganado y que los obreros mal alimentados trabajaran por sueldos de miseria o padecieran toda clase de injusticias. Hasta cierto punto sus ideas se parecían a las de los jóvenes actuales, pero solo hasta cierto punto, pues aunque eran conscientes de la realidad que los rodeaba y deploraban los males que aquejaban a la sociedad, carecían de planes para remediarlos. El moderado liberalismo que profesaban conseguiría mejorar con el tiempo las condiciones de vida de los pobres y oprimidos, si bien ellos no tenían la menor idea de cuándo ni en qué medida sucedería tal cosa. Igual que el viejo Omar, anhelaban hacer saltar en pedazos el lamentable sistema que atenazaba las almas de los hombres, pero por desgracia no tenían un plan para remodelarlo más allá del ferviente deseo de sus corazones. ¡Cómo habrían gozado ayudando a crear el Nuevo Orden de haber nacido cincuenta años después!

Como todos los jóvenes, solían tomarse bastante en serio, pero también había ocasiones en que se dejaban llevar por el absurdo. Eran aficionados a los poemas jocosos y otras clases de versos disparatados, y entre los tres disponían de un buen repertorio. Richard sabía de memoria unas cuantas *Baladas perversas* de W. S. Gilbert y a veces llenaba los silencios de la conversación declamando algún fragmento de *Los curas rivales* o *La niña precoz*, a menudo mientras Mavis trataba de meterle un pañuelo en la boca para obligarlo a callar. A falta de otros entretenimientos solían contarse anécdotas. Laura extraía toda clase de anécdotas de su infancia en la aldea y con sus *«¡El Señó se apiae de mí!»* y sus *«¿Ánde vamos?»* siempre provocaba carcajadas. Las historias de Richard y Mavis eran más sofisticadas, con un toque mordaz. Brillantes e ingeniosas, en opinión de Laura.

Aunque en aquel momento nadie lo habría atribuido a tales causas,

lo cierto es que esa efervescencia espiritual, ese amor infantil por el absurdo, esas explosiones de carcajadas sin motivo aparente, se debían a una suerte de efecto rebote. En el caso de Laura, a causa de su difícil y estricta infancia, y en el de sus amigos debido a una experiencia traumática seguida de un prolongado calvario. No pasó mucho tiempo después de conocerlos sin que Laura se percatara, por algunos de sus comentarios, de que una sombra oscurecía o había oscurecido su vida familiar. Y cuando la creciente confianza entre ellos lo permitió, Mavis fue a visitarla a su habitación en cierta ocasión y le contó toda la historia. En determinado momento Laura le había explicado que su familia era pobre y Mavis le respondió:

—¿Y no son los pobres la mejor gente?

—No digo pobres en ese sentido —replicó Laura—. Vivimos en una casa muy pequeña y mi padre es obrero.

Al escuchar sus palabras Mavis pareció súbitamente turbada y un instante después añadió con voz apagada:

—Pero qué afortunada eres de tener padre.

Entonces le había contado lo más importante de la siguiente historia.

Richard y Mavis habían recibido una buena educación y vivido cómoda y felizmente con sus padres durante la infancia y el inicio de su juventud. Más tarde, cinco años antes de que Laura los conociera, su padre había muerto súbitamente en la cama junto a su madre, que no se había percatado de que había sufrido un síncope hasta que se despertó de forma natural y tocó su mano helada. La conmoción le había provocado un colapso nervioso que la dejó prácticamente inválida. Durante todo el año que siguió a la muerte del marido temieron que hubiera perdido por completo la razón y fue ingresada en varios hospitales y clínicas con la esperanza de que se recuperase. El único pariente cercano de la familia que vivía entonces era una hermana de la señora Brownlow que residía lejos, en el norte de Inglaterra, y cuyo marido también estaba algo enfermo. Después de hacer todo lo que estuvo de su mano para ayudar a los jóvenes Brownlow a solventar sus asuntos de naturaleza más práctica, se vio obligada a regresar a su hogar, y los dos —por aquel entonces Richard no había cumplido los veinte y Mavis tenía dieciocho— se habían quedado solos para hacer frente a responsabilidades con las que hasta entonces ni siquiera habían soñado.

Al morir su padre, la mayor parte de los ingresos de la familia habían desaparecido, aunque no quedaron del todo desamparados. Richard ya ganaba un pequeño salario. Además, su padre había

contratado un seguro de vida por una suma importante y sus abogados, de un bufete londinense, habían pagado generosamente a la viuda una cantidad equivalente a los ingresos de todo un año del difunto. La mayor parte de este pequeño capital se esfumó pagando honorarios de especialistas y estancias en clínicas, pero también alcanzó para mantener su casa atendida hasta que Richard empezó a ganar lo suficiente, ni un penique más de lo estrictamente necesario, para poder vivir. Desde entonces se había beneficiado de las subidas anuales, pero de acuerdo con los estándares imperantes, su salario seguía siendo modesto. Cuando su padre murió, Mavis acababa de empezar un curso de formación artística con la esperanza de trabajar en el nuevo y pujante mundo de la publicidad y la cartelería. Tenía un don para el dibujo y sus profesores se habían mostrado entusiasmados por su habilidad como colorista. Sin embargo, dicha preparación artística había tenido un final abrupto y prematuro cuando se vio obligada a convertirse en ama de casa. Y es de suponer que para una muchacha de dieciocho años sin más experiencia previa que algunas ligeras labores ornamentales propias de una hija única algo consentida, no sería fácil adaptarse a las penosas tareas diarias que requiere sacar adelante un hogar. Por su parte, Richard no solo tuvo que hacerse cargo con veinte años de todas las responsabilidades financieras de la familia, sino también del cuidado de su madre enferma. Mavis le contó a Laura que a veces se sentaba a la mesa por la tarde al llegar del trabajo y pasaba la mitad del tiempo antes de acostarse escribiendo a lápiz columnas de cifras y sumando totales, y la otra mitad con los codos sobre el tablero y la cabeza apoyada en las manos.

Tuvo que ser una vida dura para dos jóvenes que hasta entonces no se habían visto obligados a cargar con ninguna responsabilidad gracias a unos padres afectuosos y protectores. Pero cuando su madre estuvo lo bastante bien como para regresar a casa, la situación se volvió aún peor, pues la recuperación de la señora Brownlow distaba mucho de ser total. La madre amable y cariñosa que habían conocido se convirtió en una mujer semiinválida, caprichosa, displicente y egocéntrica, lo que hoy en día llamaríamos un manojo de nervios. Y aunque sabían que el triste cambio se debía a la conmoción sufrida y nunca dejaron de tratarla con amor y simpatía, debieron sufrir terriblemente. A sus responsabilidades como ama de casa Mavis tuvo que añadir las de enfermera. Mientras que la gestión de sus escasos recursos siguió en manos de Richard.

Durante más de un año sus vidas se vieron ensombrecidas por

aquel drama. Después la señora Brownlow fue mejorando gradualmente y pronto fue capaz de vestirse sin ayuda. Hacía algunas tareas de la casa y salía a pasear al parque o de tiendas. Y aunque todavía se mostraba a veces irritable y caprichosa no lo era más que cualquier persona normal aquejada de los nervios. Sus hijos volvieron a disfrutar de algunos pequeños placeres, como asistir a conferencias y al teatro o tomar el tren los domingos y bajar en alguna estación secundaria de Surrey para caminar por las colinas. Los dos habían sido siempre voraces lectores e incluso en los peores momentos de sus tribulaciones leer y comentar los libros que leían había seguido siendo una válvula de escape que nunca fallaba. Con el tiempo habían conocido a gente de su edad con gustos e intereses comunes. También habían adquirido experiencia y se sentían más seguros de sí mismos. Habían aceptado su nueva situación y aprendido a sacarle el mayor partido. En resumen, habían madurado.

Pocas semanas antes de la primera visita de Richard a Heatherley, la hermana de la señora Brownlow, que había enviudado recientemente, se había mudado a su casa y habían acordado que ella relevaría a su sobrina en el desempeño de las tareas del hogar. De ese modo Mavis tuvo tiempo para aprender tipografía y mecanografía con vistas a un puesto de trabajo en la ciudad. Ella habría preferido retomar sus estudios de arte, pero eso le habría llevado demasiado tiempo, además de ser más costoso y menos seguro como forma de ganarse la vida. Su tía Maggie, como ambos reconocían, era un ángel. En cuanto tomó las riendas de la casa todo pareció ir como la seda, y como hermana mayor gozaba de una notable influencia sobre su madre, que bajo sus cuidados volvió a parecerse a la mujer que había sido. Después de hacer balance de la situación, la tía Maggie sugirió que a Richard y Mavis les vendría bien un cambio de aires y de escenario ocasionalmente. Ninguno de los dos había dormido fuera de casa desde las últimas vacaciones familiares en la Isla de Wight, el año de la muerte de su padre. La tía Maggie dijo que su vida enclaustrada era antinatural a esa edad. Un sobrino de su difunto marido se había mudado a vivir a Heatherley, un pueblo rodeado de una hermosa campiña, y su mujer acogía a huéspedes de pago. De modo que sugirió a Richard que fuera a pasar allí el próximo fin de semana largo, y así lo hizo.

Tanto Richard como Mavis estaban ansiosos por que Laura consiguiera trabajo en Londres. Habían elaborado un delicioso programa de teatro, visitas a museos y galerías de arte y excursiones al campo para los domingos, y durante un tiempo Laura llegó a

considerar que el cambio le sentaría bien. Incluso consiguió el temario para presentarse a una oposición a la administración pública, pagó una guinea por las tasas de matrícula y comenzó a estudiar. Pero su educación tenía demasiadas lagunas y además carecía de espíritu competitivo. El curso a distancia solo sirvió para evidenciar su abismal ignorancia. Como nunca había tenido ocasión de aprender las reglas aritméticas, tuvo que dejar sin resolver la mayor parte de los problemas. Su geografía era un poco mejor, pues había leído mucho sobre países extranjeros. Pero, aun así, tampoco había tenido acceso a los libros adecuados para comprender términos como importación y exportación o los pormenores de las diversas industrias y el comercio. En la asignatura de redacción consiguió alcanzar el nivel promedio, e incluso lo superó, aunque a menudo le devolvían sus trabajos corregidos con tinta roja. «Más hechos, por favor», decían, o «Menos literatura». En cuanto a su caligrafía, fue calificada como «Satisfactoria».

Su innata frugalidad campesina, no obstante, le impidió malgastar la guinea que había pagado como adelanto y perseveró intentando responder las preguntas y resolver los problemas lo más concienzudamente posible. La guinea, que para ella supuso un desembolso más que respetable, por supuesto era una cantidad muy pequeña a cambio de lo que la publicidad de la escuela denominaba «clases individuales», si bien a la hora de la verdad los comentarios de su tutor eran breves, como era de esperar en un curso a distancia, y no demasiado instructivos. No obstante, en una ocasión hubo cierto toque humano. Debía «Escribir acerca de un libro que haya leído recientemente», y Laura, que poco antes había estado inmersa en la lectura de la obra de Henry James, escogió *Retrato de una dama*. Cuando le devolvieron el ensayo corregido vio algo escrito bajo la calificación oficial en tinta roja. «Curiosa elección. No me interesa especialmente la obra de James, pero reconozco que ha estado usted a punto de convencerme de lo contrario».

Cuando Alma llegó a dominar el manejo del telégrafo y se pudo quedar sola durante las dos horas de jornada del domingo por la mañana, Laura disfrutó de una emocionante excursión a la ciudad. Richard y Mavis la esperaron en Waterloo, y cogiéndola cada uno de un brazo la arrastraron a través de la inmensa y caótica multitud —al menos a ella se lo pareció— que invadía los andenes. Sus anfitriones parecían estar en su ambiente en aquel escenario igual que ella lo estaba en los remotos páramos, y al salir de la estación a las calles iluminadas por farolas de gas la invadió una onírica sensación de

irrealidad.

Había estado lloviendo. El autobús iba atestado y Richard ayudó a las muchachas a subir los empinados escalones hasta los asientos exteriores de la parte superior del vehículo.

—Ahora podremos hablar —dijo Richard, retirando la lona que protegía de la lluvia los asientos libres.

Y lo intentaron, pero los anfitriones pronto se dieron cuenta de que Laura, poco acostumbrada al estrépito del tráfico, iba a ser incapaz de escuchar la mitad de lo que decían. De modo que, sentados en silencio, se apretujaron para entrar en calor, sonriendo cada vez que sus miradas se encontraban, mientras el bus tirado por caballos avanzaba penosamente, efectuando muchas paradas acompañadas del tintineo de la campana a través de las calles iluminadas y abarrotadas de gente, aunque a Laura le pareció que ya era muy tarde para tantas aglomeraciones.

Era la primera vez que veía Londres o cualquier otra gran ciudad a esas horas de la noche. Y tras su paseo a oscuras hasta la estación de tren y la hora de trayecto en el vagón débilmente iluminado, la escena que contempló a través de las barandillas desde lo alto del bus al principio le pareció fascinante. Sin embargo, no tardó en observar con profundo interés los brillantes escaparates de las tiendas y las multitudes que paseaban ante ellas como legiones de diminutas hormigas negras cuyas innumerables siluetas se perfilaban con nitidez a contraluz. Por la calzada transitaban otros buses de interiores resplandecientemente iluminados, donde los grandes sombreros emplumados de las mujeres eclipsaban los bombines de los hombres y los conductores, encaramados en sus asientos de la parte delantera con impermeables negros y brillantes, hacían restallar sus largos látigos y giraban de cuando en cuando la cabeza para saludar a gritos al ver pasar en dirección contraria a algún colega. Aquí y allá se veían birlochos dando bandazos entre el tráfico pesado en una improvisada carrera de obstáculos, un hombre de una sola pierna tocaba el acordeón frente a una taberna y había niños jugando junto a una alcantarilla, ¡jugando a esas horas y junto al tráfico! Y se olía el aire húmedo de la ciudad, ¡casi podía paladearse! Le resultaba familiar, ¿qué era? Distinguió una mezcla de piel de naranja, estiércol de caballo y ropa mojada con un toque de gas de hulla.

De modo que así era Londres por las noches. Y esta vida ruidosa y ajetreada que bullía bajo las luces de las farolas estaba a unos pocos kilómetros de los oscuros, silenciosos y desiertos páramos, de los bosques y campos que había abandonado escasas horas antes. Por

supuesto, ya sabía que Londres era un lugar muy poblado, que estaba intensamente iluminado por la noche y que grandes multitudes invadían sus calles incluso tras la puesta de sol. Sin embargo, hasta que no lo vio con sus propios ojos no fue del todo consciente del brutal contraste existente entre la ciudad y el campo. Y disfrutó al verse atrapada en aquella inmensa y resplandeciente red que colgaba rodeada de kilómetros y kilómetros de oscuridad.

—Pronto llegaremos. Ya queda muy poco —dijo una voz junto a su oído.

Y al mirar descubrió que Richard había intercambiado su asiento con Mavis y estaba ahora a su lado.

—¿Tienes frío? —dijo, apretándole la mano.

—¿Qué te parece Londres? —le preguntó Mavis.

Y cuando Laura respondió que le parecía maravilloso, los dos hermanos se echaron a reír y la llamaron su ratoncito de campo.

Richard y Mavis vivían con su madre y su tía en un piso, o más bien en la planta superior de una casa, en una agradable calle suburbial. En la pequeña parcela frente a la casa, las hojas mojadas de los arbustos perennes reflejaban la luz de una farola cercana. El sonido del tráfico de las calles más céntricas se oía a lo lejos como monótono rumor, en contraste con el cual sus pisadas y las de los escasos transeúntes que se cruzaban ahora en su camino resonaban con claridad sobre la acera. Laura se sintió como una pequeña embarcación que consigue llegar a un puerto tranquilo después de haber dejado atrás una furiosa tormenta.

Richard y Mavis se consideraban pobres y de cuando en cuando así se declaraban, y Laura no dudaba de que lo serían en mayor medida que cuando su padre aún vivía. Sin embargo, su pobreza era cualitativa y cuantitativamente muy distinta de la que ella había conocido. Algunos muebles de las habitaciones eran viejos, pues, como ellos le explicaron, nada había sido renovado y muy poco reparado durante los últimos cinco años. No obstante, su calidad era evidente y habían sido dispuestos con buen gusto, por lo que en la casa imperaba un ambiente de dignidad y corrección. También tenían tesoros que habían pertenecido a generaciones anteriores de la familia. En un lado de la chimenea colgaban sendos retratos al óleo de sus abuelos. En el interior de una vitrina había diversas piezas de porcelana blanca y azul y una pequeña reproducción en marfil de una pagoda que un tío abuelo marinero había traído del extranjero. Y de uno de los armarios sacaron un álbum de discos de gramófono que su tía abuela había comprado en la Exposición Universal, y cuyas melodías de cuento de

hadas reprodujeron especialmente para Laura. Entre sus páginas había fotografías coloreadas de damas con moños y miriñaques, emperifolladas con collares y pulseras dorados cuyos brillos parecían saltar de la imagen; y también imágenes en blanco y negro de anónimos y bigotudos caballeros vestidos con chaqué oscuro y pantalones claros de corte ancho, cuyos guantes y sombreros de copa reposaban a su lado sobre las mesas minuciosamente decoradas de estudios fotográficos.

Al contemplar esos ambientes, Laura no pudo evitar acordarse de la familia de su padre. Sin embargo, nada tenía que ver esa clase de escenario con su casita en la aldea. Y cuando se fue a dormir a la habitación de Mavis —que esa noche dormía con su tía— y descubrió el fuego encendido y una bolsa de agua caliente en su cama, el conjunto le resultó bastante lujoso. Ya era domingo de madrugada, pues cuando la madre y la tía se retiraron los tres amigos siguieron charlando en el salón y Richard había leído en voz alta algunos relatos y poemas escogidos de números atrasados de *El libro amarillo* que había comprado en un puesto de libros usados.

Pasar en Londres una noche y un día con sus brillantes amigos fue una experiencia muy emocionante para Laura. Y ser invitada y convertida en el centro de atención con el mimo con que ellos lo hicieron resultó reconfortante para alguien que vivía lejos de su hogar y su familia y por lo general no dependía de nadie a la hora de asegurar su bienestar. La tía, tal y como le habían contado, era un ángel, sencillamente perfecta. Se preocupaba por ellos y era obvio que disfrutaba viéndolos felices. Y Laura habría tenido un fin de semana de pura delicia de no ser por la inquietante presencia de la señora Brownlow. Su dolencia se manifestaba en la actualidad mediante constantes tics y un incesante nerviosismo que crispaban su rostro y le impedían estarse quieta o permanecer sentada en una silla durante más de dos minutos. De repente entraba en la habitación donde estaban charlando Laura y sus hijos e iba de silla en silla, quejándose de que el fuego estaba excesivamente fuerte o demasiado bajo, y acto seguido volvía a salir. Si alguien alzaba mínimamente la voz ella se quejaba de «su pobre cabeza», y si necesitaba algo y nadie se percataba de ello, se lamentaba de que nunca le hacían caso.

Su actitud hacia Laura fue correcta, aunque poco cordial. Exceptuando una ocasión en que Laura estaba contando una experiencia trivial, que a los demás les parecía divertida, y ella, con un ademán de impaciencia, murmuró «¡Qué despropósito!», con la suficiente claridad para que todos pudieran oírlo. Richard, que estaba

presente y se había dado cuenta de la turbación de Laura, le dijo más tarde:

—No tengas en cuenta las rabietas de mi madre. Ha estado enferma tanto tiempo que temo que la hayamos mimado demasiado.

Y Mavis añadió suspirando:

—Si Laura la hubiera conocido cuando éramos niños, ¡cómo la habría querido!

A primera hora de la tarde, Richard sugirió enseñarle a su invitada el centro de la ciudad antes de despedirse en Waterloo, y tras varios transbordos y un té en un agradable salón caminaron por silenciosas calles cuyos nombres eran conocidos para Laura por su trabajo telegráfico, pero que hasta entonces no habían sido más que eso, meros nombres. Al fin conoció la calle Fleet y Johnson’s Court, pasando sin un ápice de emoción anticipatoria ante las oficinas de la revista cuyo editor publicaría por primera vez en el futuro uno de sus escritos tímidamente ofrecidos. Después atravesaron la calle Threadneedle, donde se detuvieron a contemplar la Oficina Central de Telégrafos, conocida familiarmente por Laura como «T. S.» y que en su mundo representaba algo así como el centro del universo. De cuando en cuando, un bus tirado por caballos atronaba a su paso por las calles más importantes antes de hacer una breve parada para que algunos pasajeros descendieran a la acera. Pero las calles circundantes estaban desiertas. Y por extraño que a Laura le pareciera, aunque Richard y Mavis habían vivido en Londres toda su vida, ninguno de los dos había visitado el centro de la ciudad un domingo por la tarde. Tan solo lo conocían y lo frecuentaban en los bulliciosos días de semana, y la silenciosa calma que reposaba sobre las calles vacías como un ligerísimo manto parecía sorprenderlos tanto como a Laura. Callejearon sin rumbo y sin prisa, deteniéndose a contemplar rincones que en un día normal habrían pasado desapercibidos bajo la implacable ola de humanidad que desbordaba la ciudad. Atravesaron estrechos pasajes entre los altos bloques de edificios, donde sus pasos resonaban con estrépito sobre el pavimento, y el cielo, teñido ya con los colores del atardecer, brillaba aún en lo alto entre los tejados como un interminable lazo rosado.

El paseo por las calles desiertas y silenciosas del centro de Londres sería en el futuro uno de los recuerdos más preciados de Laura. Por nada del mundo habría cambiado aquella experiencia, del mismo modo que tampoco habría renunciado a las escenas bien distintas de la noche anterior en los barrios comerciales, ni a la llegada al sosegado barrio de las afueras donde vivían sus amigos. Pero menos

aún habría podido prescindir de la nostálgica sensación de libertad que la invadió cuando, al final del trayecto en tren, llegó por fin al páramo y pudo respirar una vez más el aroma del brezo y los pinos y contempló el cielo estrellado sobre las copas de los árboles.

Visitar a sus amigos en Londres había sido una experiencia deliciosa que además le había dado la oportunidad de conocer brevemente la ciudad. Le habría gustado poder ir a menudo. Si alguna vez llegara a ser rica tendría allí su propio apartamento adonde iría a pasar algunos días siempre que le apeteciera. Sin embargo, no le habría gustado vivir en un lugar así, encerrada entre toneladas de ladrillos y hormigón, lejos del verdor de la tierra y sin percatarse del paso de las estaciones. Ver a la primera golondrina sobrevolar los prados y los arroyos, escuchar al primer cuco cantando en el bosque, contemplar los manzanos florecidos y todos los demás retoños a medida que van naciendo, desde la más temprana campanilla de invierno hasta el deslumbrante despliegue de colores de la primavera y el verano, que culmina con el verdor con visos dorados de la hiedra que parece cubrirlo todo y bulle de vida con el zumbido de las abejas y las mariposas revoloteando entre las hojas. Todo eso, podía sentirlo de forma instintiva, era esencial para su bienestar físico y espiritual.

Al abandonar Londres el tiempo era húmedo y suave, aunque ya no llovía. La noche de Hampshire era clara y fría y al llegar a una zona elevada vio que una finísima capa de nieve cubría el paisaje. Inspiró el aire puro y tonificante disfrutando a conciencia cada segundo y se alegró de haber dejado atrás las luces cegadoras y las multitudes que atestaban las calles para recuperar la sensación de libertad que la embargaba en el que ella consideraba su hábitat natural.

Al día siguiente notificó a la secretaría del colegio de funcionarios que, puesto que tenía pocas posibilidades de aprobar los exámenes y ya ocupaba un puesto bastante bueno en correos, había decidido abandonar el curso. Y así concluyó el único intento de Laura por ascender en el mundo laboral. La compensación por dicho fracaso fue poder pasar el resto de su vida, si no estrictamente en el campo, al menos en lugares no demasiado lejanos desde donde podía llegar a él fácilmente. Durante muchos años de su vida adulta pudo disfrutar del mar y la campiña con tan solo salir de casa.

Nunca volvió a visitar a Richard y Mavis en Londres. La invitaban a menudo y a veces pensaba que estaría bien ir, pero se echaba atrás al recordar la actitud de la señora Brownlow, que la había tratado como a una intrusa. Uno o dos fines de semana al mes, Richard y Mavis visitaban Heatherley, o Richard iba solo algún domingo y

regresaba a la ciudad esa misma noche. Sus paseos y sus charlas continuaron y seguían disfrutando de sus encuentros. Pero algo había cambiado casi imperceptiblemente en su relación. Una sombra, la sombra de una sombra, se había cernido sobre su amistad. Tal como Laura había pensado, sus amigos se habían decepcionado al saber que había renunciado a hacer los exámenes que la habrían llevado a vivir más cerca de ellos. Y cuando trató de explicarles el motivo de su decisión ellos le dijeron, por primera vez —otras personas volverían a decírselo a lo largo de su vida—, que le importaban más los lugares que las personas. Y de nada sirvió tratar de hacerles reír diciendo que en una existencia previa probablemente había sido un gato, y que esos animales no pueden evitar ser como son, muy serios y algo resentidos. También a Laura le dolió decepcionarlos. No obstante, algo en lo que siempre habían creído y que a menudo Richard solía repetir era que todos debemos vivir nuestra vida y tomar libremente nuestras propias decisiones. Después de un rato discutiendo sobre el abandono de Laura, dejaron a un lado la cuestión. Pero la sombra permaneció sobre ellos y Laura tuvo la certeza de que las cosas ya no serían como antes.

Entonces, una de esas tardes de invierno en las que parece anochecer con horas de antelación, Laura ya se había preparado para volver a casa lo más rápido posible en mitad del frío y la oscuridad y estaba cerrando por dentro la puerta de la oficina cuando vio a Richard por la ventana esperando en la carretera. Inmóvil en la calle oscura e iluminado por la débil luz de la lamparilla de aceite, su rostro le pareció inusualmente pálido. Llevaba el cuello del abrigo levantado para protegerse del frío, por lo que daba la impresión de que estaba algo encorvado y alicaído. Sin embargo, esbozó su sonrisa de siempre en cuanto la vio, indicándole con la mano que se diera prisa. Y fue el primero en hablar en cuanto ella salió a su encuentro tras rodear la casa.

—Tengo que hablar contigo —dijo.

Ella no podía llevarlo a ningún sitio a cubierto para hablar. Su habitación, con una cama por en medio, era una opción impensable en aquella época. Y tampoco podían usar el cuarto delantero que a veces le cedía su casera cuando se presentaba alguna de sus amigas para tomar el té, pues ni siquiera la había avisado. De modo que atravesaron el pueblo a pie, en dirección a la carretera principal. El tiempo era especialmente deprimente esa noche. La nieve se había convertido en agua embarrada, la niebla oscurecía aún más la negrura de la noche y los escasos transeúntes que se cruzaron en su camino solo pensaban en llegar a casa lo antes posible. Pronto estuvieron solos

caminando hacia campo abierto.

Mavis había estado algo indispuesta y arrastraba una molesta tos después de uno de sus habituales resfriados, de modo que Laura enseguida preguntó por ella.

—¿Cómo está Mavis?

—Nada bien —respondió él—. Esa es una de las cosas que quería contarte.

Y después de que Laura le dijera lo mucho que lo sentía, ambos guardaron silencio hasta llegar al cruce. Entonces él la tomó del brazo y mientras avanzaban con lentitud por la carretera principal, aislados del resto del mundo por una cortina de niebla, Richard le contó que Mavis había sido examinada recientemente por un doctor. Este le había explicado a su tía Maggie que, si bien no se detectaban síntomas definitivos de la enfermedad, se veía obligado a advertirle que el estado de su sobrina evidenciaba una marcada predisposición a la tuberculosis. En cualquier caso, no debía permanecer en Londres con este clima frío y neblinoso. El médico, que estaba al corriente de las actuales circunstancias de la familia, supuso que instalarse de forma temporal en el sur de Francia no sería posible. Entonces algún lugar más protegido al sur del país, sugirió. Bournemouth, quizá, o Shanklin.

—¡Oh, pobre, pobre Mavis! —exclamó Laura, angustiada—. ¡Y justo ahora que se había adaptado tan bien a su nuevo trabajo! Estará terriblemente decepcionada… y asustada.

—Decepcionada, sin duda, pero en absoluto asustada. Dice que es absurdo y que el médico está equivocado. Exceptuando un poco de tos, igual que la de otros inviernos, se encuentra perfectamente. Al principio se negó a que la empaquetáramos, como ella dice, para enviarla a Bournemouth.

—Pero ¿irá?

—¿Que si irá? Claro que irá —dijo él.

Y continuó explicando que los síntomas que el doctor había detectado eran considerados lo bastante serios en la actualidad como para plantearse lidiar con ellos de inmediato, mientras hubiera esperanza de que el paciente pudiera eliminarlos de forma definitiva. Por todo el país proliferaban sanatorios para ricos, donde los pacientes vivían prácticamente al aire libre y eran sometidos a regímenes estrictos, y también hogares de acogida para pobres con afecciones similares. Incluso los casos muy avanzados, dijo, solían responder al nuevo tratamiento y se habían producido curas milagrosas. Laura había leído sobre ello en los periódicos y estaba segura de que Mavis

se recuperaría —¡tenía que hacerlo!—, aunque también sabía que una larga estancia en Bournemouth o Shanklin resultaría cara.

—¿Y podéis permitíroslo? —preguntó.

Entonces Richard le contó que su tía Maggie tenía algo de dinero ahorrado, aunque no tanto como para vivir de ello exclusivamente. No obstante, los intereses le reportaban varios chelines semanales, suficiente para ropa y gastos personales, y después de su conversación con el doctor decidió gastar lo que hiciera falta de ese capital para financiar la estancia de Mavis durante tres meses en Bournemouth. La tía Maggie tenía allí una amiga, enfermera experimentada, que regentaba en la actualidad un hospicio para personas delicadas de salud, la mayoría de las cuales solían ir en invierno. De modo que le había escrito una carta explicándole la situación y habían llevado a cabo las gestiones necesarias para que acogiera a Mavis durante una temporada.

—Aborrezco la idea de quitarle su dinero —dijo Richard—, robarle a una viuda lo poco que tiene. Pero ¿qué otra opción tengo? Yo no consigo ahorrar nada. Aunque de todas formas, Mavis habría ido. Tendrá el mejor tratamiento posible, aunque me vea obligado a pedir dinero a un prestamista. Estuve a punto de hacerlo en el pasado y quizá al final tenga que recurrir a esa opción. Algún día leerás en los periódicos: «¡Un joven cae en las garras de los prestamistas!», y te darás cuenta de que conoces a ese joven. Oh, Laura, no imaginas… nunca imaginarías por lo que he pasado. Me he sentido como quien intenta denodadamente salir de un pozo y cada vez que llega arriba es golpeado en la cabeza y cae de nuevo al fondo. Y así será siempre mi vida. Nunca me casaré. Tú lo sabes, ¿verdad, Laura?

Laura se puso tensa interiormente. Algún espíritu malvado le susurró al oído: «¡Por amor de Dios! ¡No pensará que quiero casarme con él!». Pero enseguida otra voz que también era suya le dijo que no era momento para para dejarse llevar por el estúpido orgullo. De modo que, con la mayor delicadeza posible, respondió:

—Pero tú no quieres casarte con nadie, ¿verdad? Y quizá cuando llegue el momento habrás ganado una fortuna.

Caminando de un lado a otro, al arropo de la niebla, Richard se sinceró con Laura como nunca lo había hecho. Le habló sobre su feliz vida familiar cuando Mavis y él eran niños, de lo amable y generoso que había sido su padre y de la alegría y el encanto que siempre habían caracterizado a su madre, de las vacaciones en la costa, de sus fiestas de Navidad y de tantos otros placeres que había compartido con su hermana en aquel tiempo. Después, del repentino golpe que

había acabado con su feliz y despreocupada juventud y le había impuesto todas las responsabilidades de un hombre adulto, aun careciendo de toda experiencia. Contó que los escasos amigos que habían estado a su lado cuando comenzaron los problemas, algunos socios de su padre y sus esposas, le habían dicho que se estaba comportando magníficamente y que muy pocos muchachos de su edad habrían sido capaces de estar a la altura en semejantes circunstancias. Sin embargo, durante todo ese tiempo él sabía en su fuero interno que, lejos de ser maravilloso, no era más que un desgraciado. A veces sollozaba por las noches en la cama, «lloriqueaba», fue la palabra que utilizó.

—Lloriqueaba como un chiquillo cada vez que llegaba una factura inesperada o una carta de mamá diciendo que aborrecía su nuevo tratamiento. O si nada de eso sucedía me acostaba sudando de miedo ante la mera posibilidad de que al día siguiente tuviera que enfrentarme a una nueva prueba que sería incapaz de superar. Mavis nunca supo nada de esto, nadie lo supo, y de un modo u otro siempre conseguí mantener las apariencias ante los demás. Por otra parte, Mavis fue realmente maravillosa. Deberías haberla visto de rodillas frotando el suelo de la cocina o contando los peniques que quedaban en su monedero al hacer la compra sin quejarse ni una sola vez. ¿He dicho que nunca se quejaba? Más aun, era capaz de reírse de toda esa desgracia. ¡Oh, mi pobre Mavis!

Tratando de animarlo, Laura le dijo que se sentía tan desalentado porque este último golpe había llegado después de tantos otros pesares y justo cuando había creído que todo iba a mejorar. Debía intentar enfrentarse a esta nueva prueba como si comenzara de cero. Mavis iba a recuperarse, por supuesto que lo haría. De hecho, el médico no había encontrado ningún indicio definitivo de que tuviera algo malo. Se había limitado a recomendar que pasara el invierno en un clima más cálido como mera precaución. Mavis tenía un espíritu fuerte y maravilloso, él mismo acababa de decirlo, y Laura también lo sabía. Con el suave aire de Bournemouth y el fresco aroma de los pinos, pronto se libraría de esa tos y se fortalecería. Y dentro de seis meses él recordaría sus miedos de esta noche como parte de una pesadilla.

Cuando logró animarse y se sintió más esperanzado se despidieron, después de que al fin aceptara la sugerencia de Laura de que debían separarse en el cruce, desde donde él podía tomar un camino más corto y directo hasta la estación de ferrocarril sin necesidad de volver a Heatherley. De ese modo él podría coger el tren de las diez y media y llegar a casa a tiempo para descansar antes de ir a trabajar a la

mañana siguiente.

Aún envueltos en un velo de niebla se detuvieron bajo el cartel de señalización mientras él sostenía la mano de Laura. Ya habían dicho todo lo que se podía decir y mientras compartían aquellos escasos instantes de silencio solo se oía el leve e insistente goteo del agua que caía de los arbustos y el zumbido de los cables del telégrafo. Entonces, tratando de aliviar la tensión, Laura volvió a hablar sin pensar demasiado:

—Supongo que tardaremos en volver a vernos —dijo.

Y él respondió con profunda tristeza:

—Eso me temo, Laura. No habrá vacaciones para mí, ni siquiera fines de semana, hasta que Mavis esté mejor.

Se despidieron y ella permaneció unos segundos donde estaba, escuchando los pasos que se alejaban. Entonces el sonido cesó un instante y él dio media vuelta y regresó corriendo. Sin embargo, al llegar a su lado, bajo el letrero de correos, se limitó a decir:

—Adiós, Laura.

Cuando Mavis volvió a casa tras su estancia en Bournemouth se había recuperado, al menos aparentemente. Su puesto en la ciudad había sido ocupado en su ausencia, aunque no tardó en encontrar otro trabajo menos exigente como secretaria de una dama de Surrey. Parecía una ocupación algo insólita en la vida real, con muy poco que hacer en un entorno de lujo. Su patrona era una mujer soltera, escritora de relatos infantiles, que vivía sola —si no tenemos en cuenta a su nutrida servidumbre— y necesitaba una secretaria que hiciera las veces de acompañante. Mavis daba largos paseos en carruaje y tenía a su disposición un hermoso jardín y una biblioteca bien surtida, además de tiempo libre para su disfrute. La única desventaja de su situación era que carecía de un calendario de trabajo regular, lo que le impedía organizarse y raras veces visitaba su hogar. No obstante, incluso en ese sentido contaba siempre con compensaciones en forma de largas vacaciones, cada vez que la señora viajaba por el extranjero. Ese primer año había perdido ya la ocasión, pero disfrutó de una semana en casa a finales de verano, y un fin de semana visitó Heatherley con Richard. Aquella visita se convirtió azarosamente en una despedida, pues Laura estaba a punto de abandonar el pueblo para ocupar un puesto en otra oficina situada a ochenta kilómetros al norte de Londres. No habría más fines de semana juntos, aunque Richard y Mavis le aseguraron que intentarían pasar parte del próximo verano cerca de su nueva residencia.

Pero los tres amigos no volvieron a verse nunca. Mavis no se había

curado por completo y pasó el invierno siguiente en uno de los nuevos sanatorios que proliferaban por el país. Durante su estancia allí Laura recibía a menudo cartas suyas divertidas y afectuosas. Seguía convencida de que no tenía nada grave y aseguraba que estaba recibiendo todas esas atenciones, «mimos» según sus propias palabras, sin ninguna necesidad. Laura también recibía cartas de Richard. Las suyas no eran tan alegres como las de Mavis, aunque era evidente que ya no estaba tan abatido como al comienzo de la enfermedad de su hermana.

Mavis volvió a recuperarse y regresó a su trabajo en Surrey, y Laura se enteró embelesada de que su amable patrona le había prometido llevarla como acompañante a Roma el próximo invierno. Más adelante hubo cartas y postales desde Italia, y en una ocasión recibió por correo un cesto plano y alargado repleto de gloriosas flores de primavera enviadas desde la Riviera francesa.

Con los años, las cartas entre Laura y sus dos amigos fueron cada vez menos frecuentes y más espaciadas en el tiempo, pues el tiempo y la distancia son un escollo a veces insalvable, especialmente cuando las circunstancias no ayudan, como en este caso. Laura siguió escribiendo ocasionalmente a Richard, que a su vez le respondía, hasta que ella se casó y la correspondencia se interrumpió de forma definitiva. No obstante, a pesar de estar tan lejos de sus amigos e inmersa en las procelosas aguas de su propia vida, Laura nunca los olvidó ni dejó de estarles agradecida por la felicidad que habían aportado a su vida. Y con el paso de los años, el tiempo pasado en su compañía llegó a representar para ella el culmen de su juventud.

Nunca supo qué fue de Mavis y lo cierto es que a menudo había llegado a pensar que quizá la vida de aquella joven animosa y vitalista se había visto truncada prematuramente. De Richard sí volvió a tener noticias en una ocasión. Muchos años después de que él y Mavis desaparecieran de su vida, una noche después de la cena, el hijo pequeño de Laura, que por aquel entonces trabajaba como aprendiz de ingeniería, le enseñó la ilustración de un nuevo transatlántico que acababa de comercializarse en un ejemplar de una de sus revistas técnicas. Y allí, al pasar una página, se topó con un artículo sobre Richard que contaba que acababa de retirarse tras años de servicio en la Compañía de Correos y Telégrafos.

Un retrato del rostro otrora familiar le devolvió la mirada desde la página. Se había convertido en un hombre de mediana edad de aspecto próspero y afable, sin barba ni bigote y con algunos kilos de más. Pero los ojos eran indudablemente los de Richard, penetrantes,

decididos y veladamente divertidos. Y sus labios esbozaban la antigua sonrisa de su viejo amigo.

Según el artículo que acompañaba a la ilustración, había tenido una distinguida carrera. Había pasado algunos años en China representando a la compañía y también mencionaban su estancia en otros países de Extremo Oriente. Al parecer nunca se había casado, pues no había alusión alguna a una señora Brownlow. Y en lugar de la típica placa conmemorativa de despedida que se suele exhibir en muchas casas, sus colegas le habían regalado un álbum de fotografías antiguas, de las que ya poseía una notable colección. Se mencionaba, asimismo, su residencia en la costa este del país, donde esperaban que pudiera disfrutar durante muchos años de una merecida jubilación «rodeado de sus libros, sus muebles antiguos y su colección de ilustraciones antiguas». Un deseo que encontró su eco en el corazón de aquella lectora, en el que al instante despertó el antiguo pesar por que sus caminos en la vida se hubieran separado.

El pueblo en tiempos de guerra

El estallido de la guerra de los Bóers fue un acontecimiento emocionante para un pueblo que durante dos generaciones solo se había visto envuelto en conflictos bélicos menores con algunas de las que Kipling denominaba «razas menores sin ley». Por supuesto, los mayores recordaban la guerra de Crimea. Aún había veteranos de esa guerra que llamaban a las puertas de las casas vendiendo cordones de botas o paseaban por las calles tocando el organillo. Los que disfrutaban de una pensión se habían asentado en pulcras casitas y seguían librando las viejas batallas en interminables charlas en compañía de otros ancianos, sentados en los bancos de los parques o en las cervecerías junto al fuego. Laura había conocido a algunos de estos y también a una apacible ancianita de blancos cabellos que había sido una de las enfermeras de la señorita Nightingale. Pero esa guerra había tenido lugar mucho antes de que hubieran nacido la mayoría de los que aún vivían a finales de siglo, y para gran parte de la generación más joven era historia pasada en igual medida que la batalla de Hastings.

Cuando el nuevo y emocionante conflicto estalló en Sudáfrica muchos lo celebraron enarbolando banderas y manifestando su alegría de muy diversas maneras, pues los periódicos llevaban tiempo publicando historias sobre comerciantes de diamantes y otros hombres de negocios de nacionalidad británica que eran insultados y en algunos casos habían sido objeto de ataques violentos a manos de los colonos originales del Rand. «¡Menudo descaro!», se oía decir con frecuencia en calles y tabernas, «¡Pero qué descaro! ¡Es un insulto a la bandera británica! Sin duda, habrá que darles una lección a esos bóers». La gente que vivía en zonas aisladas de Inglaterra y apenas había oído hablar de ese pueblo de repente supo a la perfección cómo eran y se comportaban los bóers. Eran mugrientos, adictos al brandi y tenían costumbre de compartir a sus mujeres con el primero que

apareciera, se dejaban el pelo y la barba más largos de lo que resultaba decente y, por encima de todo, eran arteros. Su presidente, Kruger, más conocido como Oom Paul, era retratado en los periódicos como un viejo enorme y espantoso que sostenía la Biblia en una mano y una botella de brandi en la otra. Que semejante nación con semejante presidente se atreviera a desafiar a nuestro Gobierno hacía hervir la sangre del inglés medio. «Debemos darles al menos un buen cachete para ponerlos en su sitio», esa era la conclusión de la mayoría, a menudo expresada junto a esta coda: «La pena es que habrán vuelto a encerrarse en sus cuevas antes de que nuestras tropas hayan tenido tiempo de llegar hasta allí».

Otros, que con una educación superior e información más precisa acerca de los acontecimientos que habían desembocado en esta situación estaban mejor preparados para valorarla, se regocijaban de que, tras años de letargo, nuestro país fuera a ejercer una vez más su autoridad como una de las mayores potencias mundiales —la mayor, decían algunos—. Habíamos sido demasiado modestos, demasiado indulgentes, decían, y este era el resultado. Ahora, y de una vez por todas, era necesario darles una lección a esos insignificantes advenedizos. Hecho esto, ninguna otra pequeña comunidad volvería a atreverse a poner en peligro la paz mundial. En realidad, era una guerra para prevenir futuras guerras.

Es cierto que algunos seguían manteniendo que los bóers eran gente honesta y trabajadora, una raza de granjeros que tenían tanto derecho como otras naciones más grandes a hacer las cosas a su manera. Y, si bien era evidente que en este caso habían sido engañados por sus líderes, no merecían la mitad de las calumnias de que eran objeto. Estas personas, conocidas como probóers, eran terriblemente impopulares en Gran Bretaña. La gente lanzaba piedras contra sus ventanas por las noches, sus hijos eran insultados en la calle e incluso quemaban sus retratos y caricaturas públicamente. En Hayling Island arrancaron las flores y arbustos del señor Stead y arrojaron al mar su rodillo para el césped. Sin embargo, exceptuando casos aislados de violencia, los partidarios de los bóers pudieron seguir haciendo su vida y no hubo nada parecido a la ley 18B —la ley que durante la segunda guerra mundial permitía el arresto e internamiento de todos aquellos sospechosos de simpatizar con el enemigo—. Eran libres de expresar sus opiniones tanto en público como en privado si conseguían que alguien les prestara atención. También en Heatherley había un probóer, el hermano del señor Hertford, que proclamó sus principios dejándose crecer la barba y

luciendo un sombrero de ala ancha, similar a los que los colonos llevaban en las fotos. La única consecuencia de su impopular actitud fue que lo ignoraran. Nadie que no se viera obligado a tratar con él por negocios le dirigía la palabra en la calle o visitaba su casa. Pero como la mitad de la población trabajaba para él y la otra mitad era cliente, la cosa no fue más allá. Ni aquellos cuyo sueldo dependía de él ni los que podían necesitar cambiar sus tuberías en invierno o reparar las tejas de su tejado se podían permitir ignorarlo. Sorprendentemente, el mismo señor Hertford resultó ser un ferviente partidario de la guerra, aunque del bando británico, de modo que los dos hermanos tenían mucho sobre lo que discutir durante sus sesiones vespertinas.

La mayoría de los vecinos y clientes con los que Laura tenía contacto diario eran partidarios convencidos de la guerra. Y muy pocos pensaban que el conflicto pudiera llegar a afectarles de forma personal. Las madres y esposas no temían que sus maridos o sus hijos mayores llegaran a participar, pues no había reclutamiento obligatorio ni se hablaba de él y se suponía que, como en las guerras anteriores, serían los soldados del ejército permanente quienes combatirían hasta el final. Y cuando, tiempo después, el Gobierno pidió voluntarios, el cupo requerido fue relativamente pequeño. Lo único que se esperaba del hombre corriente era que pagara sus impuestos, y de las mujeres que hicieran vendajes, camisas y calcetines para los *tommies*, como llamaban a los soldados. Hombres, mujeres y niños por igual agitaban banderas, cantaban canciones patrióticas y animaban a los soldados a conseguir la victoria.

Después de años siendo considerados la escoria de la sociedad, todos los «Tommy» o «Tommy Atkins» se convirtieron de repente en héroes. Cuando el primer contingente formado por «cincuenta mil hombres y caballos» partió hacia Table Bay, miles de personas salieron a la calle para verlos desfilar. Las chicas abrazaban y besaban a soldados para desearles suerte, la gente les regalaba dulces y tabaco y completos desconocidos les daban su dirección para que les escribieran desde el frente. Otras multitudes se apelotonaban en los muelles para saludar y animar a las tropas con canciones como *Los soldados de la reina*, *Dolly Gray* y *Me despedí de mi chica*.

En toda clase de tiendas se vendían insignias con los retratos en color de los generales más populares, que se llevaban a modo de broches o como elemento decorativo en la solapa. Entre la gente mayor, el más querido era lord Roberts. Los más jóvenes preferían a Baden-Powell, y también había partidarios de los generales Buller y

Kitchener. Cuando se acababan las clases, los chiquillos salían gritando de la escuela:

Lord Roberts y Kitchener,
Baden-Powell y White,
vestidos de caqui van a luchar.
Cuando pillen a Kruger qué felices nos harán.
Le tiraremos de los bigotes y saldremos a celebrar.

Un flamante y nuevo color, el caqui de los uniformes de campaña de los soldados, se puso de moda incluso para los abrigos y trajes femeninos. Las bandas rojas, blancas y azules sirvieron para actualizar los sombreros marineros, algo pasados de moda ya entonces. Se celebraban conciertos y otra clase de entretenimientos en beneficio de los soldados. Y en general, como decían algunas chicas, eran tiempos emocionantes. Mujeres de todas las edades tejían mantas y prendas de abrigo para los combatientes. Aunque muchas de ellas tuvieron que aprender a hacerlo antes, pues la ropa de punto se consideraba anticuada y la hogareña tradición de la costura en general era casi un arte perdido. Pero todo el mundo es capaz de aprender cuando hay voluntad, y el frente pronto fue abastecido con cientos de calcetines, bufandas, gorros y pasamontañas. Más tarde, los soldados heridos que regresaban a casa contaban que en algunos lugares se podía ver toda clase de parafernalia dispersa por la sabana, pues en el clima sudafricano la lana no era tan necesaria como lo había sido en las trincheras de Sebastopol. Los trabajadores centraban sus esfuerzos en fabricar calcetines y camisas, que eran los productos con mayor demanda. La contribución de Laura a este movimiento fue una larga bufanda de lana, roja escarlata, tejida con agujas de madera en el mismo mostrador de la oficina de correos. No fue ella quien escogió el color, sino la organización que le hizo el encargo, pero se vio igualmente obligada a dar explicaciones cada vez que los clientes de la oficina le decían que algo tan llamativo sería «un blanco estupendo para los francotiradores». Era la primera prenda que tejía desde que había dejado de usar leotardos de lana en invierno y se cansó de hacerlo mucho antes de concluir la tarea. Si alguien le hubiera dicho entonces cuántos kilómetros de lana tejería a lo largo de su vida y el gran consuelo que ello le iba a suponer, no le habría creído.

Otra tarea habitual en tiempos de guerra era la fabricación de banderas decorativas. Cada victoria era celebrada en el país, por pequeña que fuera. Todas las casas colocaban al menos una bandera a

la vista, las calles estaban engalanadas con banderines y estandartes y las bandas de música desfilaban interpretando temas patrióticos. Las existencias de banderas pronto se agotaron y para su fabricación casera las familias recurrían a largos retales de satén rojos, blancos y azules. Pronto hubo escasez de géneros en esos colores, y los que disponían de ellos para su bandera o banderas aún debían sortear otras dificultades, como combinarlos o no cometer faltas de ortografía. En una ocasión, empezó a correr el rumor de que un vecino había colocado la bandera francesa en su fachada. Francia era considerada entonces un potencial enemigo y los que se enteraron de que había una bandera de ese país ondeando en su calle se sintieron tan horrorizados que corrieron hacia la casa para protestar. Lo que se decía era cierto y ahí estaba la tricolor, flotando al viento en la ventana del dormitorio de una anciana y respetada modista de la que nunca habrían sospechado tales simpatías. No obstante, la bandera fue retirada en el acto, en cuanto le comunicaron la atrocidad que tan inconscientemente había cometido.

—Como no tengas más cuidado, la próxima vez pondrás la bandera de los bóers —le había dicho afablemente uno de los críticos.

Además de victorias también hubo serios reveses para las tropas británicas. Como Laura supo después, fueron numerosos e imprevistos. En los círculos mejor informados del distrito hubo varios días en que se acumularon las malas noticias, lo que provocó un estado de depresión general que fue bautizado como la Semana Negra. Los intelectuales de la vecindad no dudaron en manifestar su preocupación, pero lo cierto es que la mayoría de la gente siguió haciendo su vida con total normalidad. Su confianza en las tropas y en sus líderes no flaqueó ni por un momento. Si la noticia de algún fracaso aparecía en los periódicos, enseguida era explicada como un truco, un ardid o una estratagema para engañar al enemigo. Sobre el largo sitio que tuvo lugar en Mafeking, Laura escuchó decir a un hombre en cierta ocasión: «Nuestras tropas romperán el cerco cuando estén preparadas, ya lo veréis. Baden-Powell solo se mantiene a la espera para caer sobre esos viejos bóers».

La formación de los primeros regimientos de voluntarios y destacamentos de caballería traería la guerra más cerca de casa, aunque el número de familias afectadas seguía siendo proporcionalmente muy pequeño. La mayoría de los voluntarios eran jóvenes y solteros. Hijos de granjeros y todo aquel que supiera cabalgar y disparar eran, según se decía, los reclutas más deseables. Sin embargo, administrativos y comerciantes también acudieron en

gran número a las oficinas de reclutamiento, hasta tal punto que el campamento de Aldershot se vio desbordado y muchos tuvieron que esperar la llegada de más caballos para comenzar la instrucción.

—¡Dios mío! —le dijo a Laura uno de aquellos muchachos—. A este ritmo la dichosa guerra terminará antes de que nos embarquen.

Y tenía un aspecto tan romántico con su impecable uniforme caqui y su elegante sombrero gacho que Laura casi lamentó su situación tanto como él.

Sin embargo, él y sus camaradas tendrían tiempo suficiente para llegar y participar en algunos duros combates, pues la guerra duró tres años. Muy pronto la primera pregunta que se solía hacer al encontrarse con amigos y conocidos fue «¿Tienes a alguien en el frente?». Y los pocos que podían responder «Sí», que seguían sin ser demasiados, lo hacían con orgullo.

Con la aparición de los soldados de caballería y los Voluntarios de la Metrópoli Imperial (VMI), la popularidad de los *tommies* se vio eclipsada. En los pueblos de provincias donde había acuartelamientos de caballería, los voluntarios eran tratados como héroes, incluso los que se habían alistado únicamente para servir en el país. Laura tuvo una divertida experiencia a ese respecto. Uno de los años de la guerra, durante sus vacaciones, hizo una visita de fin de semana a unos amigos que vivían en un pequeño pueblo de Bedforshire y el domingo por la tarde la llevaron a la estación de ferrocarril, donde tuvo ocasión de presenciar el regreso del regimiento local de caballería después de recibir instrucción en un cuartel relativamente cercano.

Lo que para una ciudad tan pequeña era una enorme multitud, formada también por gente de pueblos de los alrededores, se había reunido en la calle de la estación y comenzó a gritar, a vitorear y a saludar con sombreros y pañuelos en cuanto apareció en la distancia la columna de vapor de la locomotora. La carretera de acceso a la estación estaba tan atestada de mirones que una pareja de enfermeros con una camilla apenas consiguió salir a marchas forzadas hasta la ambulancia que aguardaba en el exterior. Especialmente cuando algunos espectadores que habían visto de quién se trataba comenzaron a gritar mientras se adelantaban para ver mejor.

—¡Es el sargento, es el sargento! —decían—. ¡Qué alegría ver que ha vuelto a casa!

Y entonces otros, a modo de respuesta, sugirieron:

—¡Tres hurras por el sargento!

Y tres hurras le dedicaron y otros tantos les siguieron.

Laura supuso que el soldado que agitaba débilmente la mano desde

la camilla era un herido del frente, probablemente condecorado por sus distinguidos servicios a la patria. Sin embargo, cuando más tarde se interesó por lo sucedido imaginando que le contarían alguna historia heroica, le explicaron que el enfermo no era más que un administrativo voluntario del campo de entrenamiento que había sufrido una intoxicación por comer cerdo en mal estado.

Durante los primeros meses de la guerra, una pequeña multitud solía reunirse los domingos por la mañana ante la oficina de correos para leer y comentar el boletín de noticias de guerra que se exponía en la ventana. Y el resto de los días la pregunta más frecuente al llegar al mostrador era: «¿Hay noticias?». Algunos de los residentes más importantes recibían boletines de guerra privados, que eran enviados telegráficamente por las noches desde Londres. Pero el contenido de estos, como cualquier otra comunicación telegráfica, era estrictamente confidencial. Y Laura, que siempre estaba al corriente de las últimas noticias y se sentía muy incómoda cada vez que la interrogaban, solo logró afrontar la situación con más calma tras inventar una fórmula que parecía satisfacer a todo el mundo: «No hay noticias oficiales».

En aquellos tiempos anteriores a los noticiarios radiofónicos, muchos vecinos acomodados del distrito se enteraban gracias al telégrafo antes que nadie de las últimas noticias que suscitaban interés público, como resultados electorales, veredictos de juicios de asesinato, precios de valores al cierre de la jornada bursátil y otros asuntos. Durante el consejo de guerra al capitán Dreyfus en Reims, un sacerdote —católico, a juzgar por su apariencia, y francés por su acento— se presentaba cada tarde en la oficina para recoger un telegrama a su atención. A menudo el telegrama no había llegado cuando él aparecía, de modo que esperaba, a veces durante casi una hora, caminando de un lado a otro por la acera, o permanecía inmóvil como una oscura silueta recortada ante el paisaje, mientras otros entraban y salían de la oficina tras resolver sus asuntos en cuestión de minutos. Nadie parecía conocerlo, ni siquiera se percataban de su presencia, y Laura tampoco lo había visto antes ni volvió a verlo después. Sin embargo, nunca olvidaría la expresión de su rostro una noche, cuando el juicio tocaba a su fin, mientras la mano que extendía para coger el telegrama temblaba sin cesar y tenía la frente perlada de sudor. A menudo se preguntó después quién sería, de dónde venía y si tenía alguna relación personal con los implicados en el caso.

Cuando empezaron a aparecer nombres conocidos en las listas de los caídos en combate y algunos hombres regresaban a casa demacrados o enfermos, después de haber sufrido o sufriendo aún los

rigores de la guerra, como la fiebre tifoidea y toda clase de heridas, los que tenían amigos o familiares en el frente empezaron a tomar conciencia de la dura realidad del conflicto. Entre los que no se veían directamente afectados, el entusiasmo también decreció notablemente. No había escasez de alimentos ni racionamiento o movilización de tropas que recordaran a la gente a diario que se estaba librando una guerra. Y, por supuesto, tampoco había refugiados, pues ninguna región del país estaba directamente amenazada. Entre la liberación de Ladysmith y el levantamiento del sitio de Mafeking la gente corriente pareció olvidarse de la guerra. O si pensaban en ella o la comentaban era como algo que avanzaba lentamente en un país muy lejano y no les afectaba demasiado.

A veces Laura casi envidiaba el desapego de esa gente. Prácticamente desde el principio ella había tenido a «alguien en el frente». Su hermano pequeño Edmund, el más cercano a ella en edad, compañero de juegos durante la infancia y su mejor amigo, se alojaba en casa de unos parientes de Yorkshire cuando estalló el conflicto. Se había alistado inmediatamente como soldado regular en un regimiento de West Yorks y con apenas diecinueve años había atravesado medio mundo dispuesto a combatir. Laura le había dicho adiós una mañana de domingo en la estación de ferrocarril de Aldershot bajo una copiosa nevada. El tren en el que ella debía regresar a Heatherley llegaba con una hora de retraso, pues la coincidencia de la guerra y la nieve habían terminado por afectar a los horarios, de modo que pasearon juntos por el frío andén mientras charlaban: ella con la forzada alegría que acompaña a todas las despedidas; él sonrojado de emoción, con sus ojos azules resplandecientes de entusiasmo y tratando de convencerla de lo afortunado que había sido al conseguir que lo seleccionaran para partir lo antes posible.

Se marchaba con alegría, pues para él, que había alimentado su espíritu con las historias de caballería y los antiguos romances que ambos devoraban juntos siendo niños, la guerra era una de las más grandes aventuras posibles para un ser humano. Una que nunca pensó que llegaría a vivir y en la que ahora, al parecer milagrosamente, iba a participar. Laura, sin embargo, lloraba presa de toda clase de dudas y recelos. Le parecía tan joven, tan dulce e infantil su figura, vestido con aquel uniforme de campaña que le quedaba algo grande, y temblaba tan solo de pensar en el sufrimiento y el peligro que le aguardaban.

Estaban prácticamente solos en el andén, pues los demás pasajeros se habían apretujado en la sala de espera con la esperanza de calentarse. Y Edmund, después de confiarle sus sentimientos, comenzó

a recitar uno de sus poemas favoritos de Scott, *La muerte de Marmion*. A Laura siempre le había gustado, desde que era niña, pero en ese momento lo aborreció. Incluso el sonido de la palabra «muerte» le helaba el corazón. No obstante, logró sonreír hasta que su tren se puso en marcha y desde la ventanilla agitó ambos brazos despidiéndose de Edmund. Lo vio por última vez en el extremo del andén, inmóvil y muy erguido, haciéndole el saludo militar con la mano en la frente. En el interior del vagón de tren vio a su alrededor a otras mujeres jóvenes y no tan jóvenes que habían ido a Aldershot por similares motivos, de modo que sus silenciosas lágrimas pasaron desapercibidas entre el llanto generalizado y las parecidas experiencias de sus compañeras de viaje.

Siguieron días de angustia y noches en las que permanecía despierta en la cama imaginando a Edmund solo y herido en la sabana sudafricana. Ni una sola vez lo imaginó muerto, siempre herido y solo bajo las estrellas indiferentes y brillantes acerca de las que solía escribir en las cartas que le enviaba. Lo cierto es que regresó después de sus tres años de servicio en Sudáfrica sin ninguna herida seria. Su destino era morir en 1916 en un campo de batalla más violento y brutal. En una ocasión, durante la campaña sudafricana, fue hecho prisionero mientras exploraba una unidad de bóers a caballo que finalmente, considerándolo un estorbo para su avance, le habían quitado todo lo que llevaba salvo los pantalones y la camisa antes de abandonarlo a la intemperie.

Lo habían obligado a caminar durante kilómetros hasta el desolado corazón de la sabana, donde un sol despiadado abrasaba la tierra de día y el viento helado le calaba hasta los huesos por la noche. Al marcharse, uno de los jinetes se había girado hacia él y sin desmontar de la silla le había arrojado a Edmund su cantimplora, aunque quedaba poca agua y tampoco tenía comida. Después de muchos desvíos y caminos que no llevaban a ninguna parte, pues no le resultaba fácil orientarse en aquel paisaje, al fin encontró un campo militar británico a fuerza de vagar de día a pleno sol y de noche bajo las estrellas. De camino, no obstante, vivió una sola aventura. Su reserva de agua pronto se agotó, en una tierra donde el líquido elemento no abundaba, y ya empezaba a acusar las agonías de la sed cuando al tercer día llegó a una pequeña vivienda bóer, el primer asentamiento humano que había visto hasta entonces. No había personas ni animales domésticos a la vista, tampoco salía humo de la chimenea y la única ventana que vio estaba completamente tapiada, por lo que supuso que el lugar estaba desierto. Sin embargo, no estaba

seguro y después contó que había merodeado durante horas por las inmediaciones, agazapándose tras arbustos y montículos de hierba, temiendo acercarse a la vivienda por si había hombres escondidos en su interior, ya que se encontraba muy débil y no habría podido hacerles frente. Y a pesar de todo, la sed y la certeza de que en la casa habría agua lo empujaron a lanzarse hacia el peligro.

Finalmente, una mujer bóer que salió de la parte trasera de la pequeña construcción se detuvo frente a él. Era una anciana robusta y desaliñada, la viva imagen de Nancy Baines, contó después refiriéndose a una vieja vecina de su aldea. E igual que Nancy tenía un rostro afable y bondadoso. Cuando se dio cuenta de que el andrajoso y semidesnudo desconocido era un soldado enemigo, evidentemente pareció asustada. Pero no le escupió ni empezó a insultarlo, como se decía que hacían las mujeres de los bóers a los prisioneros de guerra indefensos y desarmados. Y cuando él señaló sus labios hinchados y agrietados mostrándole la cantimplora ella la cogió de sus manos y la llenó de agua. No pronunciaron ni una palabra, pues ambos desconocían sus respectivos idiomas, pero la compasión y la gratitud humanas se pueden expresar en silencio.

Cuando al fin Edmund llegó a su campamento y contó el incidente, que en su opinión le había salvado la vida, los demás respondieron que posiblemente la mujer vivía sola en la casa. Los bóers huían abandonando a su suerte a sus ancianos y, sintiéndose indefensa, había tenido miedo de ofender a un desconocido que más tarde podría traerle problemas. Pero Edmund no aceptó esa explicación, pues creía firmemente que la mujer había actuado por pura bondad hacia otro ser humano.

***

Después de la campaña sudafricana, el regimiento de Edmund fue enviado directamente a la India, donde sirvió cinco años más antes de regresar a su país. Más tarde, tras dos años en casa, emigró a Canadá. Había estado a punto de hacerlo cuando estalló la guerra y se alistó. De no haberlo impedido el conflicto y su largo servicio en el extranjero, habría comenzado una vida en su nuevo país siendo un muchacho de dieciocho años, con todo el vigor y la capacidad de adaptación de un joven. Cuando por fin pudo ir era un hombre de treinta años que había visto bastante mundo y, de ser posible, habría preferido asentarse cerca de su hogar. Aún amaba la tierra y no

deseaba nada mejor que pasar el resto de su vida trabajándola. Pero cultivar por su cuenta y riesgo sin capital era imposible, y el salario de un jornalero en esa época no alcanzaba para vivir. Al no estar casado, se había apañado para vivir cómodamente en casa con sus ganancias desde su regreso. Pero incluso él, el menos ambicioso de los hombres en lo material, se había dado cuenta al final de que para vivir una vida plena debía seguir avanzando.

Laura se había casado a principios de siglo y su nuevo hogar estaba situado a cientos de kilómetros del de su infancia. Tenía su propia casa y una familia de la que cuidar, por lo que durante todos esos años solo había visto a su hermano en una ocasión, coincidiendo con una breve estancia en la casa familiar en compañía de sus hijos, quince días antes de que Edmund emigrara al nuevo continente. Durante los escasos días que pasaron juntos, Laura estuvo muy ocupada cuidando de los niños y Edmund trabajaba en una granja y no volvía a casa hasta bien entrada la tarde, por lo que solo pudieron dar un paseo juntos, momento que aprovecharon para mantener una larga conversación en privado. Esa tarde habían ido en tren a visitar a una hermana menor que vivía en la villa más cercana. Era septiembre y al regresar ya había anochecido. El ambiente era húmedo y una suave brisa agitaba en la oscuridad los rastrojos de los campos recién cosechados, y recorrieron pausadamente a pie los cinco kilómetros de regreso a casa. Inmersos en la conversación se detuvieron junto al estanque cercano a la carretera donde Laura había estado a punto de perder la vida cuando era niña al romperse el hielo. Hablaron de sus días de infancia y de los viejos y extravagantes personajes que habían conocido, de los viajes de Edmund (la catedral de York y el Taj Majal eran los monumentos que más le habían impresionado) y del nuevo hogar de Laura y sus hijos. En un momento dado escucharon la voz de un hombre en un prado colindante.

—Es el viejo Buffy que vuelve a casa por el sendero —dijo Edmund —. Suele cantar para animarse en la oscuridad.

Ya no era frecuente escuchar tonadas tradicionales por esos parajes, y la que Buffy entonaba era una canción de teatro de variedades popular por aquel entonces, pero la agradable voz y la calidez de la noche le daban encanto. Hermano y hermana permanecieron en silencio unos instantes escuchando la melodía y saboreando los dulces aromas de la tierra. Entonces, cuando se disponían a continuar, Edmund extendió el brazo señalando los campos, los pastos y los setos que los dos conocían tan bien, y dijo:

—A estas alturas ya puedo decir que he conocido mundo, pero

nunca he visto nada que me gustara más que esto. No hay nada igual. De verdad que no hay nada igual.

—Sí —dijo Laura—, sé cómo te sientes. Otros lugares son más ricos y refinados y quizá más excitantes de contemplar, pero para nosotros esto es mejor, más real, más auténtico. Como el pan horneado en casa.

A Edmund le solía gustar su nueva vida en un nuevo país, y sus amigos pensaban que se había asentado allí para siempre, pero a lo sumo dos años más tarde estaba de regreso en Inglaterra como soldado, de camino a su última guerra. Disfrutó de un breve permiso a principios de 1916, pero entonces los hijos de Laura estaban enfermos de tos ferina y ella no pudo viajar a la aldea para verlo. Aunque estaban en marzo, el tiempo era invernal y la nieve había cubierto por completo la campiña, por lo que la noche en que Edmund debía regresar a las trincheras de Francia apenas era posible circular por las carreteras de Oxfordshire. Pero cuando el deber reclama a un soldado, este ha de obedecer, y Edmund se echó a la espalda el petate y el rifle y dejó atrás la casa familiar «cargado como una mula», en palabras de su madre.

Ninguno de sus parientes era lo bastante joven o fuerte para acompañarlo a la estación de ferrocarril, pero un amable vecino se ofreció a ir con él y se repartieron el peso del equipaje. El hombre permaneció a su lado en la estación casi hasta media noche, a la espera del tren que circulaba con retraso. Después, recordando el largo camino de regreso que lo aguardaba a través de la nieve y temiendo preocupar innecesariamente a su esposa, se despidió de Edmund, le deseó suerte y se marchó dejándolo a solas en la fría sala de espera. Finalmente el tren no pudo circular, pues la línea ferroviaria había quedado bloqueada por la nieve, y aquella noche de helada espera fue la última que el soldado pasó en la amada tierra que lo había visto nacer. Tres semanas más tarde resultó muerto en combate.

Laura se enteró de su muerte una gloriosa y soleada mañana del mes de abril. Las alondras cantaban sobre el jardín de su casa y cuando salió a sacudir las migas del mantel del desayuno vio que el lilo estaba floreciendo. Sus hijos se habían recuperado de la enfermedad y se sentía aliviada por haber dejado atrás los problemas con el verano tan cerca. Y entonces llegó la carta. Era una de sus cartas a Edmund que había sido devuelta al remitente. Alguien había escrito a lápiz en el sobre: «Fallecido en combate». Fue la primera noticia de su muerte, pues la comunicación oficial había sido enviada a una dirección equivocada.

En el interior del sobre, además de la carta devuelta, había una doble cuartilla impresa con un poema de Wordsworth, *El guerrero feliz*. Y, en efecto, con el tiempo Laura llegó a convencerse de que Edmund había muerto feliz, pues él mismo había elegido ser soldado y como tal había caído en el campo de batalla. A diferencia de tantas víctimas de la guerra, él no había perdido la vida antes de llegar a probarla. Y, al contrario que muchos, no dejaba hijos pequeños que tendrían que enfrentarse al mundo sin un padre. Se fue igual que tantos héroes de su infancia, en el cenit de su edad adulta, combatiendo por una causa en la que creía plenamente. Y exhaló rápidamente su último suspiro en el calor de la batalla, como un guerrero feliz.

***

La guerra de los Bóers terminó y de nuevo hubo escenas de alegría y celebración, pero en esta ocasión fueron de naturaleza más sobria y contenida que las que habían tenido lugar tras la liberación de Mafeking. Pues la guerra había resultado ser más seria y larga de lo que la gente había previsto. Para algunas familias había sido fuente de angustia y luto, y en términos generales sumió al país en un clima de depresión, con abruptos cambios en la forma de vivir, subidas de impuestos y el aumento de los precios que acompaña a cualquier conflicto bélico. Cuando por fin la larga y ardua lucha concluyó con la victoria de nuestras tropas, la gente se alegró de veras, aunque la mayoría de las veces dicha alegría se expresara con esta elocuente exclamación: «¡Gracias a Dios se ha terminado!».

Cuando la noticia llegó a Heatherley de nuevo ondearon las banderas y la gente salió a celebrarlo luciendo escarapelas rojas, blancas y azules en las solapas. Se escucharon vítores en las calles y en las tabernas se sirvió más cerveza que de costumbre. Pero bajo la alegre superficie, y a diferencia de lo que había sucedido durante el estallido de la guerra, la gente parecía inusualmente meditabunda. Un terrateniente local con importantes propiedades había perdido a su primogénito y a su otro hijo varón, y en dos o tres hogares más humildes del municipio un miembro de la familia se había marchado allende los mares en la flor de la vida para no regresar. La vida, decía la gente, ya no volvería a ser igual. Aunque muchos no tendrían que revivir otra guerra durante el resto de sus días. En cierto modo este conflicto había constituido una lección para el mundo entero, y por ello en el futuro pocas naciones estarían dispuestas a afrontar el duro

coste de otro conflicto armado. No había más que fijarse en los gastos producidos por el que acababa de concluir, ¡miles de libras cada día! ¡Y cómo habían subido los precios!, decía la gente. Por qué los huevos de corral, puestos y vendidos en la misma parroquia, tenían que subir tres peniques por docena era un misterio incomprensible para la mayoría de los vecinos, que debatían la cuestión con vehemencia cada vez que se encontraban en el *pub* o en las calles del pueblo.

Por suerte, tampoco eran capaces de ver el futuro ni podían saber que la guerra que tan recientemente había llegado a su fin no era más que un primer y leve temblor que presagiaba el auténtico terremoto que vendría.

El nuevo siglo

El viejo siglo declinaba. «Con guerras comenzó y con una guerra termina», decía la gente. No con pesimismo sino con esperanza, pues se había generalizado la idea de que la guerra que acababa de finalizar sería la última. Quizá la paz no llegara a extenderse por toda la tierra, pero al menos prevalecería allí donde hubiera influencia británica.

Pero el nuevo siglo traería otras bendiciones. La vieja centuria había sido maravillosa. ¡Solo había que ver los innumerables inventos! ¡El progreso!, exclamaban haciendo inventario de todas sus bondades. Viajes en ferrocarril, el teléfono y el telégrafo, incluso la humilde bicicleta. Y el avance de la civilización, el fin de la trata de esclavos, la educación libre y estatal para los niños, la reforma de las prisiones y del derecho penal, el desarrollo imparable de la ciencia y la medicina. A principios del siglo XVIII ni siquiera había cloroformo, ¡y la gente se veía obligada a tumbarse y sentir cómo le serraban las piernas! En el año 1800, un niño de diez o doce años podía ser ahorcado por robar unas manzanas, y hasta bien entrado el siglo, niños de menos edad aún trabajaban en las fábricas y en los oscuros pozos de las minas. El siglo XIX había cambiado todo eso y sin duda el XX no se quedaría corto en lo que a asombrosos descubrimientos se refiere.

Nadie dudaba de que los nuevos avances seguirían los mismos derroteros. Los periódicos pronosticaron que nuestras exportaciones, que ya habían alcanzado picos insospechados, continuarían creciendo, lo que vendría acompañado de mayores salarios y un mejor nivel de vida para las masas. También que habría nuevas invenciones mecánicas que lograrían que el hombre no tuviera que trabajar más de dos o tres horas al día. Además de todas esas ventajas materiales, había numerosos indicios que presagiaban la inminente llegada de una nueva era de felicidad. El ser humano gozaría de una vida más larga y saludable, la ciencia se aseguraría de ello. Y un mayor tiempo libre le

brindaría la oportunidad de cultivarse mental y espiritualmente. Todo el mundo daba por hecho que el nuevo siglo traería consigo nuevas y mejores formas de vivir.

La gente empezó a anhelar la llegada del momento exacto en que comenzaría el cambio. Pero ¿el viejo siglo terminaba en el año 1899 o en el 1900? Hubo una notable controversia al respecto, y aunque las autoridades decidieron que la nueva y excitante era comenzaría la medianoche del 31 de diciembre de 1900, la mayoría de la gente se decantó por la fecha anterior. Ambas fechas fueron celebradas de forma muy especial por sus respectivos partidarios. Los niños, incluso los más pequeños siempre y cuando fueran conscientes de la importancia de la ocasión, pudieron permanecer despiertos para aguardar el nuevo siglo. Pues, como sus padres les decían, ni siquiera ellos, por jóvenes que fueran, vivirían para ver un día de Año Nuevo más importante.

El primer acontecimiento notable del nuevo siglo fue uno triste. En enero de 1901 se hizo pública la noticia de que la reverenciada, muy querida y anciana reina Victoria estaba mal de salud, y el día 22 de ese mismo mes falleció. La nación entera se conmovió. La gente de más edad se lamentaba diciendo, con lágrimas en los ojos: «¡Nuestra pobre y anciana reina! ¡Ya no volveremos a verla en el trono de este país!». La sombría mañana de enero en que la noticia de su muerte llegó a Heatherley, muchos que nunca habían manifestado lealtad a la reina lamentaron sinceramente su fallecimiento. A primera hora del día, un pescadero ambulante entró en la oficina de correos.

—Triste noticia lo de nuestra reina —dijo, y sorprendentemente había lágrimas en sus ojos.

—¿Quién es Hécuba para él, o él para ella, que así llora sus penas? —preguntó Laura irónicamente cuando la puerta se cerró a su espalda.

Pero enseguida se avergonzó de su frivolidad al ver los grandes ojos azules de Alma llenos de lágrimas. Durante un par de días se repitieron muchas situaciones como esa. No siempre acompañadas de llanto o emoción visible, ni siquiera a menudo, pero sí de sincera tristeza. Los rostros se ensombrecían y las voces se emocionaban cuando alguien hablaba sobre la gran pérdida de la nación, y contaban una vez más alguna anécdota que ponía de relieve la naturaleza bondadosa de aquella a la que se referían como Victoria la buena, madre del pueblo.

Después llegaría el nuevo rey. Cuando comenzó la guerra había una reina en el trono y cuando terminara, algo que pronto sucedería, habría un rey. Esta circunstancia que era completamente natural,

puesto que cuando estalló el conflicto la reina ya era muy anciana, adquirió para mucha gente una trascendencia casi mística. Para la mayor parte de los que entonces vivían en este país, los reyes eran meros nombres en la historia, parte de los romances de siglos pasados, y tener ahora un rey vivo en el trono, y otro Eduardo, nada menos, se convirtió en una experiencia emocionante. Y a su debido tiempo tendría lugar una coronación. Un evento que muy pocos británicos vivos podían recordar, pero sobre el que todos eran libres de especular.

No obstante, ahora era el momento de llorar a la reina y la nación entera se vistió de luto, posiblemente por última vez en su historia. Las mujeres acomodadas encargaron vestidos negros y aquellos que no disponían de tan holgados medios registraron sus armarios en busca de algo de ese color. Una búsqueda que resultaría entonces menos vana que hoy día, pues en aquella época se vestía el luto incluso por familiares lejanos y la mayoría de las mujeres guardaban recuerdos del último funeral al que habían asistido. Los muy pobres pidieron prendas viejas a sus patrones o, a falta de estas, teñían en casa su propia ropa o le cosían crespones. Solo los gitanos siguieron vistiendo su ropa de vivos colores, y en los páramos que rodeaban Heatherley vivían muchos. Y lo cierto es que su vestimenta se volvió más colorista de lo habitual, pues tuvieron ocasión de recoger una rica cosecha de prendas de colores súbitamente pasados de moda, como el rojo, el azul y diversas tonalidades de verde, que sus dueños decidieron que no merecía la pena conservar porque evidentemente estarían pasadas de moda antes de que el negro volviera a caer en el olvido.

Durante los tres primeros meses que siguieron a la muerte de la reina, únicamente la vestimenta de los gitanos ponía una nota de color en la imperante oscuridad. Después, al tiempo que los días se alargaban y se volvían más luminosos, aparecieron combinaciones de blanco y negro y tonos suaves de malva y gris. Finalmente, el color que se impuso en la moda femenina fue el morado y hubo una gran demanda de tonos vino, ciruela, pensamiento, brezo y lavanda. Los comerciantes textiles tuvieron ocasión de teñir algunos de sus géneros en dichos colores, pero también se vieron obligados a quedarse con gran parte de sus existencias y con numerosas prendas confeccionadas y adquiridas antes del comienzo del luto nacional, por lo que muchos se arruinaron. Quizá debido a la influencia de los comerciantes, o puede que a causa de su amable consideración, cuando el rey Eduardo murió, la reina Alejandra emitió un comunicado pidiendo a las mujeres de la nación que no gastaran innecesariamente su dinero

comprando ropa de luto. Una corbata negra o un brazalete para los hombres y sombrero negro o pañuelo para las mujeres, proclamó, sería suficiente como muestra exterior de la tristeza que, estaba segura, sentían por la pérdida de su querido rey.

La mayor parte de la población cumplió sus deseos, pues lo cierto es que cuando la primera década del siglo tocaba a su fin, el luto privado y familiar había cambiado mucho. Era cada vez más raro ver por la calle a un hombre con traje, sombrero y guantes negros o a una mujer de luto riguroso desde el dobladillo de la falda hasta las flores secas de su tocado. Cada vez había menos demanda de aquellos pañuelos de mano con ribete negro, y aunque los artículos de escritorio de esas características aún se utilizaban, su consumo había decrecido considerablemente. Laura recordaba la época en que los sobres de luto llevaban un marco negro tan ancho que la superficie blanca restante para la dirección no era mayor que una tarjeta de visita. Los adornos para el luto de color azabache, otrora tan en boga, también habían desaparecido. Los parientes de aquellos fallecidos cuya esquela salía en el periódico junto con su dirección ya no recibían por correo, de parte de vendedores con excesiva avidez de negocio, estuches con pequeños broches, hebillas, medallones y cadenas de azabache acompañados de la petición de que escogieran lo que más les convenía y remitieran su coste más los gastos postales. Lo único que había sobrevivido de los viejos tiempos del luto riguroso era el bonete de viuda, un tocado ajustado que enmarcaba el rostro al tiempo que cubría la nuca y que, en opinión de alguna gente poco compasiva, solo se había salvado porque resultaba extraordinariamente favorecedor para la mujer.

Cuando murió la reina Victoria, el país seguía inmerso en la guerra y, cuando se firmó la paz en el año 1902, mucha gente manifestó su pesar porque ella no estuviera viva para verlo.

—Qué lástima que ella no esté para ver el regreso a casa de las tropas —dijo uno de sus más humildes súbditos.

«Mis tropas», decía, siempre mis tropas, y solía llorar leyendo las listas de fallecidos como si cada uno de ellos fuera su propio hijo. No es que se dejara intimidar, para nada. Ni siquiera cuando las cosas no iban demasiado bien. «Tengo una absoluta confianza en mis tropas», dijo estando en compañía de las damas que frecuentaba. Y de haber sido joven y varón habría estado allí en persona guiándolas. ¡Ah, qué espíritu tenía nuestra querida y anciana reina!

Se contaban todo tipo de anécdotas sobre la reina Victoria, y la gente sencilla continuó reverenciando su memoria hasta el estallido de

la Gran Guerra en 1914. Después, cuando la profunda conmoción empezó a remitir, su figura se vio ensombrecida por el espectro del así llamado victorianismo. Para muchos jóvenes de la nueva generación se ha convertido recientemente en la reina Victoria de la película homónima. Hace escasos meses, Laura entró en una tiendecita de muebles de segunda mano para comprar una reproducción que había visto de su famoso retrato hecho por Nicholson, y durante su conversación con la muchacha que la atendió descubrió que no tenía la menor idea de quién era la retratada. Cuando le explicó que era la reina Victoria la joven respondió: «Ah, ¿sí?». Y después de examinar con aire crítico la anciana figura, que por su aspecto no parecía pertenecer a la realeza, añadió: «Pues no se parece en nada a la de la película».

Cuando la reina Victoria murió, los entretenimientos cinematográficos de este país se encontraban en una fase tentativa y experimental. Nadie soñaba entonces con que el cinematógrafo, como aún se denominaba usando el término completo, llegaría a ser tan popular. Tampoco había palaciegos edificios dedicados exclusivamente a esa clase de distracciones. Se proyectaba alguna película aquí y allá, entre espectáculos musicales de variedades o durante otras representaciones. Laura vio su primera película en Halstead, Essex, en 1898. Se anunciaba como «imágenes en movimiento» y se titulaba *Noche y día* o *Día y noche*. Durante la escena diurna los invitados de una boda salían de una iglesia y por la noche la novia llevaba a cabo una especie de *striptease* en un dormitorio, mientras el novio observaba la escena desde un extremo de la pantalla. Todo ello con un montaje abrupto y unas imágenes parpadeantes que fascinaban a los espectadores. Durante la proyección o inmediatamente después, un anciano se había levantado en mitad de la sala para quejarse de que aquel no era un espectáculo digno «habiendo damas presentes». El resto del público aceptó la película como una curiosa innovación, algo insólito y excéntrico. «Es un misterio cómo consiguen que se muevan las figuras», era el comentario generalizado entre la concurrencia al abandonar el local. Ninguno de los presentes soñaba siquiera con que lo que habían presenciado eran los primeros pasos de un arte joven que llegaría a convertirse en la forma de expresión artística más popular y lucrativa de todas las que vio nacer el siglo XX.

Tras la guerra de los Bóers comenzó otro periodo de prosperidad, y durante algunos años pareció que la larga y anhelada nueva era había llegado. En los círculos de la buena sociedad imperaba la alegría.

Noches de ópera, bailes de etiqueta, cenas y fiestas al aire libre con larguísimas listas de invitados distinguidos, donde se detallaba incluso la ropa y las joyas que llevaban, constituían la materia prima de innumerables columnas que aparecían a diario en los periódicos más populares. En aquella época se hicieron del dominio público varios casos de divorcio en las altas esferas, objeto de minuciosos artículos que aparecieron en la prensa sin censura para deleite del lector medio —si bien distaban mucho de ser edificantes—. El apetito del público por esa clase de noticias parecía insaciable antes de que el cine alcanzara su insólita popularidad, consiguiendo que, por comparación, la vida real resultara insulsa. Las postales con imágenes de la vida en la alta sociedad y retratos de bellezas de la gran pantalla también ayudaban a llenar el vacío.

Cada vez que una ostentosa alfombra roja se extendía ante la entrada de alguna de las mansiones del West End y la música inundaba la calle desde los ventanales resplandecientemente iluminados, aparecía un grupo de mujeres y chicas que se arremolinaban como polillas en torno a una vela para ver llegar a los invitados. «¡Oooh, es preciosa!», «¿No es guapísimo?», «¿Has visto qué perlas? ¿Y esa capa de terciopelo con ribetes de plumón de cisne?», «¿Cuánto habrá pagado la viuda por esa diadema?», «¡Ay, Nell, estarías preciosa con esa estola de armiño!». Y así comentaban el evento, sin asomo de envidia, mientras seguían con el pie los compases de *El Danubio azul*. Después los espectadores se cansaban y volvían a casa, pues la mayoría debían madrugar para ir al trabajo a la mañana siguiente. El baile, sin embargo, continuaba hasta después del amanecer y no era raro ver a los lecheros que empezaban el reparto a esa hora abriéndose paso a duras penas con sus carretillos entre los carruajes que abandonaban el lugar.

No obstante, la mugre, la miseria, el crimen y la enfermedad campaban a sus anchas a la vuelta de la esquina, pues los arrabales de Londres eran entonces mucho peores que hoy. A una o dos manzanas de distancia de cualquiera de esas mansiones, niños harapientos y descalzos, sucios y famélicos salían a esa misma hora de sus casas para ir la escuela. Muchas madres y esposas de esos terribles bloques de viviendas se sumían derrotadas en una apatía sin propósito o empeoraban las cosas todavía más aficionándose a la ginebra. Y los pocos individuos que se mantenían firmes y lograban conservar su dignidad en semejante entorno lo hacían a costa de tal esfuerzo que envejecían de forma prematura y a menudo enfermaban en lo mejor de la vida.

Todo el mundo era consciente de que esto sucedía y a diario se decía que los arrabales eran una mancha vergonzosa en la civilización del siglo XX. Algunos de los que solían frecuentar aquellos bailes acostumbraban a «ir de visita» a los suburbios para conocer a los pobres en sus hogares. También creaban clubes femeninos, recaudaban dinero organizando mercadillos y aliviaban el sufrimiento de los pequeños enviándolos de vacaciones al campo o con los más variados entretenimientos. Las mujeres de la clase a la que Laura pertenecía confeccionaban ropa para los niños de los arrabales, además de para vestir a los paganos de las colonias. Sin embargo, exceptuando a unos pocos hombres y mujeres de corazón noble que dedicaban sus vidas a mejorar las actuales condiciones de vida de los desfavorecidos y a abolirlas en el futuro, nadie sentía ninguna responsabilidad personal.

Y, en efecto, ningún conocido de Laura, de su misma clase y condición, sentía más que una vaga piedad por los que vivían en los arrabales. Cuando se veían obligados a opinar sobre el tema solían decir que, por triste que fuera, parecía inevitable. Siempre había habido ricos y pobres y siempre los habría. Algunos iban más allá y afirmaban que, cuando la gente se hundía hasta esos niveles, algo de culpa debía tener. Y al parecer, como el pobre y viejo caballo del poema de Robert Browning *Childe Roland a la torre oscura llegó*, «perverso tenía que ser para merecer tanto dolor». Incluso los pocos que se preocupaban de forma sincera por tales desgracias parecían ignorar que podían hacer o decir algo para cambiar las cosas, pues en aquel momento la sociedad desconocía el verdadero poder de la opinión pública, y la conciencia individual como elemento intrínseco de toda nación aún no había despertado.

En cualquier caso, Laura poco sabía por experiencia directa sobre ambos extremos de la escala social. A veces aparecía gente rica y elegante por la oficina de correos, de modo que había podido comprobar que, por regla general, eran gente de buen ver y modales correctos que se desenvolvía con la naturalidad y confianza propias de quien se mueve por el mundo igual que si estuviera en su propia casa. Sabía que sufrían como todos los demás, que la angustia, la enfermedad y el luto afectaban igualmente a ricos y pobres, y que en los peores momentos eran tan vulnerables como cualquier ser humano. No obstante, desconocía por completo los pormenores de su día a día y su actitud ante la vida. Tampoco sabía nada por experiencia directa sobre la existencia cotidiana de los que formaban parte de las llamadas clases desfavorecidas. Ella conocía a los

granjeros y a sus familias, entre los que había nacido y crecido. Pero estos formaban una raza aparte, eran supervivientes del antiguo campesinado inglés cuya existencia aún se basaba en la austeridad, el trabajo duro y constante y el autoabastecimiento. «Vivimos», como ellos mismos decían, «donde otros habrían muerto de hambre». Y a pesar de la pobreza y las dificultades, vivían con dignidad. Nadie pensaba en ellos al hablar de las clases deprimidas. Lo cierto es que nadie los mencionaba siquiera a menos que tuviera algún tipo de relación directa con alguno ni los tenía en cuenta para nada, salvo como un elemento animado del paisaje de la campiña.

Del mundo elegante y de aquellos que habitaban escenarios más desesperados en los estratos inferiores de la sociedad, Laura sabía poco aparte de lo que había leído en los libros y en los periódicos. A los que habitaban la franja intermedia, en especial los que se encontraban ligeramente por encima del umbral de la pobreza, los conocía muy de cerca, pues ahí se encontraban sus orígenes. Durante los primeros años del siglo, el aumento de los salarios —si bien contrarrestado en parte por la subida de los precios— contribuyó a crear una atmósfera de prosperidad en ese ámbito de la sociedad. De repente resultaba emocionante manejar dinero y contribuir a su circulación, incluso aunque a efectos prácticos las cosas no hubieran cambiado demasiado y mucha gente siguiera viviendo en la estrechez. También había nuevas formas de gastar. Muebles fabricados en serie, ropa barata de buen corte y confección industrial y una apabullante variedad de nuevos productos de alimentación, como melocotones y piñas en conserva traídos desde los confines de la tierra para ser servidos los domingos a la hora del té, natillas en polvo, pescado y carne enlatados, salsas y extractos de café embotellados.

En las ciudades, las nuevas tiendas con toda clase de productos a tres y seis peniques se convirtieron en comercios muy asequibles para casi todos los bolsillos. Allí, al ritmo de la música de gramófono, las amas de casa podían dedicar la tarde a pasear junto a sus amigas alrededor de los mostradores y finalizar la sesión con una taza de té y una porción de pastel por uno o dos fártings. Aunque admitían que era posible encontrar muchas cosas útiles allí, algunas amas de casa de más edad decían que también se malgastaba mucho dinero. Otras se quejaban de que el estruendo de la música, las mercancías baratas y llamativas y la cantidad de gente que casi siempre pululaba por esos lugares terminaba por confundirlas. Les gustaba la vida tranquila, decían, y la mayoría prefería hacer la compra en lugares donde las conocían y tenían la seguridad de que encontrarían lo que habían ido

a buscar.

—Pero ¿cómo puedes saber lo que necesitas antes de ver lo que tienen? —respondía alguna amiga de la nueva escuela.

Y esa era la clase de comentarios que mejor evidenciaban la esencia de las diferencias entre las nuevas y las viejas actitudes ante la vida. Bajo la influencia del nuevo sistema comercial, la gente que antes solo deseaba las cosas que necesitaba aprendería a anhelar todo aquello que expusieran ante sus ojos.

En muchas zonas rurales comenzó la construcción de centros comunitarios y salones de actos donde los vecinos podían reunirse para bailar o jugar a las cartas, para coser y llevar a cabo los ensayos semanales del coro local o para dar clases y charlas de cocina. Las mujeres ya no se pasaban la vida enclaustradas en su propio hogar. Había becas escolares para los niños y poco después pensiones para los ancianos. El salario de los jornaleros del campo subió de diez a quince chelines semanales. Los domingos, las iglesias ya no estaban tan llenas como antaño. En algunas parroquias los sacerdotes aprovecharon la ocasión para reinstaurar antiguas formas de culto, lo que gozó de la aprobación de una pequeña pero fervorosa porción de los fieles. Sin embargo, a pesar de su entusiasmo, no eran muchos. En otras parroquias el cura empezó a desempeñar un papel de mayor protagonismo en la vida social y secular de su comunidad, participando en los consejos municipales y organizando clubes culturales y deportivos o planes cooperativos. Y de ese modo se lograron grandes cosas. No obstante, ya eran muy pocos los vicarios que predicaban ante iglesias abarrotadas o lograban ejercer una gran influencia sobre el conjunto de la parroquia, pues ya no había una fe común capaz de reunir a jóvenes y viejos, ricos y pobres como a una sola familia, y la iglesia había dejado de ser el centro de la vida de la comunidad. Para un gran número de pueblos y aldeas antes dispersos, el nuevo centro sería ahora la ciudad más cercana.

El autobús todavía no había aparecido, pero había ómnibus tirados por caballos y también estaba la bicicleta. La gente podía llegar en media hora adonde antes tardaba una hora u hora y media a pie, sin terminar agotado por el esfuerzo que suponía caminar después de toda una jornada de trabajo, y además aliviado por la diversión del trayecto al aire libre. Las tiendas iluminadas, el jolgorio de las multitudes y los sonidos y olores de la ciudad ejercían una extraña fascinación sobre las generaciones más jóvenes de la campiña. Algunas compras a buen precio, un encuentro con amigos o una banda de música tocando en plena calle suponían una atracción añadida. Y si no

la había, parecían darse por contentos paseando arriba y abajo por la calle principal en parejas o en tríos hasta que llegaba la hora de coger el bus o de montar en sus bicicletas para volver a casa. Las tabernas tenían poco interés para ellos. La afición por el alcohol había remitido y a mitad de la primera década del nuevo siglo era cada vez menos frecuente ver a algún borracho tambaleándose por las calles. Pero lo que más disfrutaba la gente del campo cuando visitaba la ciudad eran las luces y el ruido. Y, por encima de todo, la sensación de formar parte de una multitud.

Los habitantes de Heatherley disfrutaban de estas ventajas cuando se ponían a tiro, por así decirlo. Durante uno o dos años después del cambio de siglo llegó más dinero al pueblo. Sus habitantes vestían mejor, tenían más distracciones, una mayor amplitud de miras y disfrutaban más de su tiempo en general. Se llevaron a cabo algunas nuevas construcciones y muchos miraban hacia el futuro con la esperanza de ver su pueblo convertido en una especie de ciudad jardín.

Pero Heatherley no estaba destinado a convertirse en una ciudad, ni siquiera a crecer en tamaño y prestigio como pueblo. La localidad vecina estaba más próxima al corazón del municipio y a los hoteles y mansiones situados en las bonitas colinas que siempre habían constituido el principal foco de atracción para los turistas, y casi dos kilómetros más cerca de la estación de ferrocarril. Fue allí donde tuvo lugar el crecimiento. Se construyeron más viviendas y se abrieron más negocios. Y cuando los vecinos solicitaron formalmente una oficina de correos y telégrafos más próxima a sus casas, la petición fue concedida.

El lugar fue autosuficiente a partir de entonces y Heatherley quedó situado en el extremo más alejado de la zona favorecida, gracias a la cual había adquirido importancia temporalmente durante los últimos años. Dejando a un lado la cuestión de la distancia, las escasas tiendas que había no podían competir con los nuevos y más lujosos negocios del pueblo vecino. Con más y mejores alojamientos más cerca del centro de las cosas, los visitantes habituales de las casas y apartamentos de Heatherley fueron cada vez menos, y los que iban no eran de los que pagaban bien. El día siguiente a la apertura de la nueva oficina de correos el número de telegramas enviados y recibidos descendió un ochenta por ciento. Los servicios de Laura ya no fueron necesarios. No había trabajo suficiente para mantener su empleo y los ingresos del director de la oficina en la nueva situación apenas alcanzaban para pagar el sueldo de menor cuantía de Alma. De modo

que en cuanto se pudieron llevar a cabo los trámites necesarios, Laura abandonó Heatherley —no para siempre, como ella pensaba entonces— después de solicitar el traslado a otra oficina de correos situada en un lugar apartado del condado. Pocos meses más tarde se había casado.

Peregrinaje de posguerra

Cuando, veinte años después de abandonar Heatherley, Laura volvió a vivir en esa parte del país, no lo hizo por su propia voluntad sino porque su marido había conseguido la plaza de administrador de correos en el condado. Una plaza que podría haber ocupado en cualquier otra oficina del mismo tamaño situada al sur de Inglaterra. Ella no tuvo elección a la hora de decidir, pero la perspectiva de visitar sus antiguas guaridas le resultó más que agradable, y una vez allí aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para caminar por los páramos y los bosques de Heatherley.

El pueblo había cambiado poco a simple vista. Las dos cortas calles estaban prácticamente igual que en el pasado, si acaso algo polvorientas y necesitadas de una mano de pintura. Los nombres que figuraban en las fachadas de muchos negocios eran otros y los antiguos escaparates de las tiendas eran ahora ventanas de residencias privadas púdicamente cubiertas con cortinas blancas de encaje. Pero en lo esencial todo estaba igual. La *boutique* de madame Lillywhite había recuperado su antiguo estatus. Uno de sus escaparates estaba ocupado por retales de franela y sábanas y en el otro había salseros, fuentes esmaltadas y una pirámide de rollos de papel higiénico. No se había construido ningún nuevo edificio en el centro de la localidad. Donde terminaba la corta franja de pavimento que se extendía desde la antigua oficina de correos hasta las tiendas, el terraplén que el constructor de la última casa del bloque no se había molestado en contener seguía derrumbándose, y a sus pies se acumulaban grandes terrones de turba que las flores de brezo del páramo cubrían parcialmente al tiempo que impregnaban el aire con el mismo olor a miel de entonces. Los pinos que crecían entre los grupos de edificios seguían vivos en todo su esplendor y a los pies de sus rojizos troncos todavía era posible encontrar casas de agujas de pino hechas por los niños con fragmentos de cerámica, aunque no serían los mismos niños

que jugaban allí cuando el siglo aún acababa de nacer.

Laura descubrió poco después que en el lado del pueblo más cercano a la localidad que tuvo ocasión de dar la bienvenida a la modernidad se habían construido nuevas carreteras y casas de estilo suburbano. Los otros solares, que en su época habían sido parcelados para llevar a cabo ambiciosos planes inmobiliarios, habían sido recuperados por el páramo. Y donde se habrían levantado bloques de viviendas, tiendas y hoteles de haber sido las cosas de otro modo, ahora crecían vigorosamente el brezo y el tojo. Los helechos habían brotado por doquier cubriendo las aceras que bordeaban el prematuro trazado de carretera que nunca llegó a utilizarse, donde ahora solo trabajaban afanosamente las abejas haciendo acopio de miel en lugar de dinero. Heatherley no había crecido según lo esperado y el progreso había decidido avanzar en otra dirección. Las nuevas edificaciones se habían concentrado en los aledaños del gran hotel de la colina. Y mientras la localidad vecina había prosperado, Heatherley se había quedado atrás y seguía siendo un pueblo pequeño en el extrarradio de la parte privilegiada del condado.

Esa tarde Laura caminó por antiguos y familiares escenarios como un fantasma del pasado. Casi no había gente paseando por las calles y los pocos que vio no la conocían o no la reconocieron. El único que ella logró identificar fue un tendero que trataba de disimular un bostezo ante la puerta de su negocio. La última vez que lo había visto era un hombre joven, esbelto y vivaz. En el ínterin había ganado peso, perdido pelo y, al parecer, buena parte de su vivacidad. Como él no dio muestras de haberla identificado, Laura pasó de largo.

Poco después, al doblar la esquina, vio al reportero de un periódico local y pensó «¡Ah, es martes!», pues recordó que cuando ella vivía en Heatherley ese era el día de la semana que solía aparecer en busca de alguna noticia. Era evidente que estaba inmerso en la misma búsqueda que entonces, pues caminaba libreta en mano conversando acaloradamente con el policía del pueblo.

El reportero había sido amigo de Laura en su juventud y hubo un tiempo en que se habría arriesgado a perder su noticia por hablar con ella. En cierta ocasión habían compartido una experiencia bastante macabra. Tras haber estado charlando y riendo durante más de una hora sentados en lo alto de una de las esclusas del lago una tarde de verano, al día siguiente se enteraron de que poco después de marcharse habían sacado del agua el cadáver de un hombre. Aunque afortunadamente habían compartido experiencias más alegres, como una excursión para recoger prímulas un Viernes Santo o un paseo por

los páramos un día festivo en pleno mes de agosto, tras el cual se detuvieron en una fonda de la carretera a tomar el té y tostadas con mermelada de arándanos y crema. En su compañía, después de una fuerte tormenta, había visto Laura por primera y última vez en su vida una bellísima luz de tonos malva y rosa que bañaba las colinas. Desde entonces, según supo más tarde, había combatido en Francia durante cuatro años y se había casado y tenido hijos. Sin embargo, todas esas experiencias parecían haber afectado poco a su aspecto físico, pues conservaba su robusta figura y su mirada luminosa e inquieta y seguía caminando con la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, como si constantemente estuviera a la caza de alguna noticia para su periódico. Estaba garabateando algo en su cuaderno y cuando Laura pasó a su lado no levantó la vista, pues el polvo del camino amortiguaba el ruido de sus pisadas.

Tampoco el aspecto de Laura había cambiado demasiado. Algunas canas dispersas en su cabello castaño, el cuello menos blanco y firme y una nueva arruga vertical entre las cejas, de momento perceptible solo para ella, eran los primeros y sutiles avisos de la naturaleza de la inminencia de la mediana edad. Entretanto, compartía con otras mujeres de su edad y su época la prolongación, si no de la juventud, de cierto aire juvenil propiciado por la reciente revolución en la moda. Las largas y pesadas faldas, los peinados de enrevesados recogidos, los adornos barrocos y los recargados tocados de los tiempos anteriores a la guerra habían desaparecido para dejar paso a un estilo más simple y práctico. Con una falda de corte sencillo ligeramente por debajo de la rodilla y un pequeño sombrero plano sobre el cabello más corto, muchas mujeres de cuarenta parecían más jóvenes que cuando contaban treinta. Esta manera de vestir «se impuso», como se decía, y se hizo muy popular entre las mujeres de todas las edades. No obstante, su comodidad y sencillez y la libertad de movimientos que propiciaba solo podía ser apreciada plenamente por las que tenían edad suficiente para recordar lo que era caminar bajo la lluvia sujetando una interminable y pesada falda con una mano para evitar que el dobladillo se manchara de barro y el paraguas abierto en la otra para proteger el armazón de alambre, tela y flores artificiales entonces conocido como sombrero.

Al ver un nombre conocido sobre la entrada de una tienda que también se anunciaba como «salón de té», Laura entró. La mujer que la atendió era una de las antiguas comerciantes de Heatherley. Al principio no reconoció a Laura, lo que no era de extrañar, pues para ella solo sería una más de tantos clientes que habían pasado por allí

sin dejar rastro ni especiales motivos para ser recordados. Cuando Laura le dijo que había sido clienta suya en el pasado ella respondió que recordaba vagamente enviarle el almuerzo a la oficina de correos. ¿No se había quejado una vez de que sus pasteles de roca llevaban demasiado bicarbonato? La antigua crítica de repostería hizo lo posible por borrar el recuerdo de su indiscreción alabando el pastel que estaba comiendo en ese momento, y al ver que la señora Apsley parecía dispuesta a olvidar el pasado decidió preguntar por algunas personas del pueblo que había conocido. Unos se habían casado, otros habían muerto y muchos se habían ido a vivir a otros lugares. Alma había contraído nupcias más o menos a la vez que Laura y vivía lejos de Heatherley. Con excepción de la señora Parkhurst, a la que ya había visto, no parecía quedar nadie en el pueblo a quien tuviera especial interés en saludar.

—Y, por supuesto —dijo la señora Apsley—, se habrá enterado usted del espantoso suceso de la oficina de correos.

En efecto, Laura se había enterado. El señor Hertford había perdido la razón y había asesinado a su esposa una mañana mientras ella estaba inclinada sobre la tina bañando a su hijo más pequeño. «Asesinato cometido en un arrebato de locura incontrolable», tal había sido el veredicto del compasivo jurado. Y la sentencia fue la reclusión mientras Su Majestad lo considerara necesario. Laura había imaginado el pueblo aquella mañana en numerosas ocasiones. Los gritos y carreras de un lado a otro, la inesperada llamada al alguacil que lo llevaría a enfrentarse a una situación inédita, las mujeres corriendo a encerrarse con llave en sus casas al enterarse de que el loco seguía libre. Otras mujeres formarían un corrillo frente a la oficina de correos para observar a los pocos que siempre ayudaban en las situaciones de emergencia entrando y saliendo del edificio por la puerta principal. Luego llegaría el carruaje cerrado que se utilizaba para llevar a las novias a la iglesia el día de su boda y a las familias de luto en los funerales, en el que poco después sería introducido el culpable escoltado por el doctor y el policía, mientras en todo momento, a escasos metros de distancia, el sol brillaba sobre el brezo, las copas de los pinos oscilaban bajo la brisa, los pájaros cantaban y las abejas elaboraban su miel como cualquier otra mañana de verano.

Laura imaginó esa escena con horror durante días y noches insomnes, atormentada por sentimientos de culpa y pensando si podría haber hecho algo o si debería haber contado a alguien lo que sucedía en casa de los Hertford mientras vivió con ellos. Después, gradualmente, el horror y la preocupación fueron remitiendo, y a

pesar de que el paso de los años trajo consigo nuevas responsabilidades, preocupaciones y experiencias, el dolor y la tragedia de los Hertford siguió siendo uno de los episodios más tristes de su pasado.

Cuando Laura regresó a Heatherley, «el espantoso suceso de la oficina de correos» ya era historia antigua incluso para los vecinos, de modo que la señora Apsley no le dedicó mucho tiempo. La conversación derivó enseguida hacia la época dorada de la localidad, cuando los comercios hacían buen negocio, las pensiones estaban repletas de visitantes y era frecuente ver a personajes famosos paseando por sus dos calles. Las celebridades que vivían allí en tiempos de Laura habían muerto o se habían marchado. No obstante, la señora Apsley creía recordar que dos o tres artistas bien conocidos seguían residiendo en la colina o en sus inmediaciones. Aunque ya no se oía hablar de ellos tanto como entonces. Quizá la guerra había alterado los intereses de la gente. Todavía llegaban turistas a los hoteles, aunque por lo general para comer o tomar el té, más que para quedarse, ahora que con los automóviles se llegaba tan rápido desde Londres. Después de la guerra había aparecido un nuevo tipo de visitantes que solían llegar en grandes grupos a bordo de autobuses para pasar el día en la colina y que en opinión de la señora Apsley habían espantado a los que ella consideraba mejores. No obstante, era bastante tolerante con estos turistas de los nuevos tiempos. Cuando Laura dijo sin demasiado énfasis que probablemente disfrutarían de sus excursiones, ella respondió que le agradaba ver que se lo pasaban bien. Además, siempre gastaban algo de dinero en las tiendas, y su dinero era tan bueno como el de cualquiera. Por otra parte, le habría gustado que no dejaran el monte repleto de pieles de naranja y bolsas de papel. Para demostrar que no le guardaba rencor a Laura por criticar en el pasado sus pasteles de roca, no solo trajo un cuenco con agua a su perrito, sino que además le dio un poco de pan duro para comer mientras le decía:

—Tienes que traer a tu dueña a verme otra vez un día de estos.

De regreso a casa, Laura pasó por la zona del páramo donde había visto por primera vez los brezales en flor. Era más tarde que en aquella ocasión y, en lugar de los dorados rayos del sol, la luz rojiza del día ya declinante bañaba el paisaje abriéndose paso entre los pinos hasta tocar la tierra cubierta de brezo. Sin embargo, igual que entonces, el promontorio estaba alfombrado de malva y los verdes helechos de la vaguada empezaban a adquirir tonos dorados. El único cambio aparente era un cedro de montaña que ella había conocido

cuando aún era poco más que un pimpollo joven y esbelto y había crecido hasta convertirse en un árbol alto, robusto y cargado de brillantes bayas rojas en esa época del año.

El estrecho sendero parecía incluso menos transitado que en aquella época. Antes de la aparición del autobús había sido un atajo hasta la carretera principal en dirección al pueblo y la estación de ferrocarril, pero ahora que todo el mundo podía disponer de un medio de transporte tan útil y que apenas se veían peatones por los caminos rurales, esa clase de senderos estaban más desiertos que nunca. En el desvío, un cartel municipal sujeto al poste de señalización advertía: «No apto para el tráfico a motor», aunque al parecer en la actualidad solo los conejos y las motacillas pululaban por allí.

Laura contempló el paisaje durante largo tiempo completamente abstraída. A sus pies, entre la hierba, un saltamontes emitía su estridente canto y era respondido por otros tantos dispersos por los matorrales de tojo. Un grajo solitario batió pesadamente las alas sobre su cabeza y una pareja de jilgueros piaba entre los vilanos de los cardos. No se oía nada más aparte del apenas perceptible aunque incesante susurro de la brisa acariciando las agujas de los pinos y las campanillas de brezo.

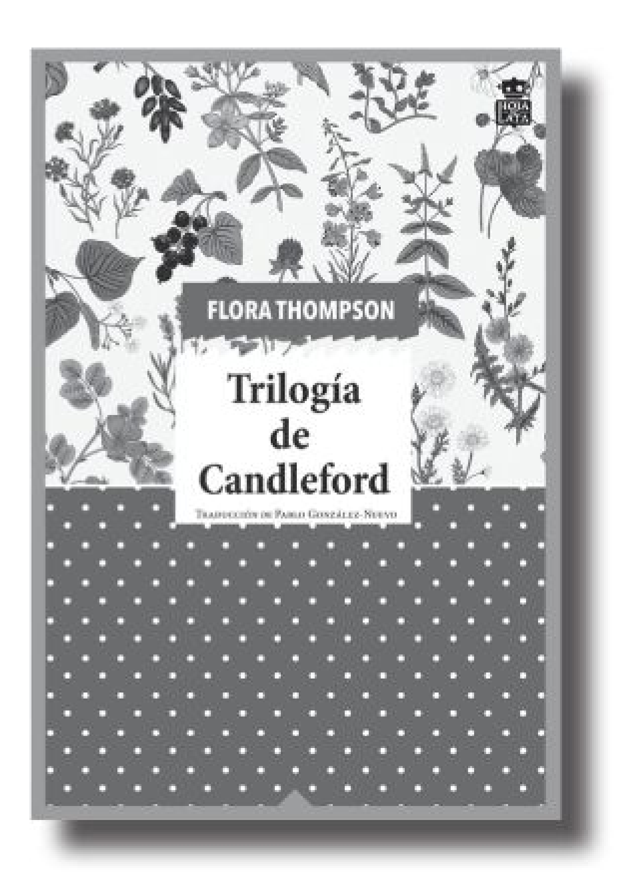
Cuando contempló por primera vez aquel paisaje, Laura era una joven llena de vida con un inmenso abanico de posibilidades a su alcance, y su corazón quedó prendado y tembló de alegría y emoción ante tanta belleza. Al volver a verlo ahora, después de dejar atrás su juventud y habiendo vivido los mejores años de su madurez, la escena le resultó más reconfortante y terapéutica que gozosa. Los años pasados habían estado repletos de responsabilidades, alegrías y angustias, de esperanzas y decepciones inextricablemente ligadas a la aventura de formar un hogar y una familia. Con frecuencia durante meses le resultaba imposible alejarse de casa sin que alguien la acompañara como había hecho aquella tarde. Ahora, al fin sola, pero sin haberse alejado demasiado ni en el tiempo ni en el espacio de su amado hogar, fue capaz de verse de nuevo como un ser independiente.

Durante los primeros años de matrimonio, con niños aún pequeños, ocupándose de la casa para mantenerla a su gusto y con unos reducidos ingresos de los que había que sacar el máximo partido, no había tenido ni la predisposición ni el tiempo necesarios para pensar en sí misma como una entidad autónoma. En los últimos tiempos, sin embargo, con sus hijos ya crecidos y cada vez menos dependientes de sus constantes atenciones, había resucitado en ella el viejo sentimiento de que, a cambio de esa preciosa oportunidad a la

que llamamos vida, debía llevar a cabo algún otro esfuerzo aparte de las simples rutinas cotidianas. No había renunciado por completo a su pequeño don para expresarse mediante la palabra escrita y durante los últimos diez años habían ido apareciendo relatos y artículos suyos de forma ocasional en periódicos y revistas femeninas. La remuneración fruto de dichas publicaciones se había convertido en un ingreso adicional muy socorrido para las finanzas familiares, pero poco más. En su juventud no había soñado con escribir precisamente pequeñas historias almibaradas, y a menudo se había dicho a sí misma sonriendo con ironía, aunque sin dejar de apreciar lo cómico de la situación, que la pluma que había tomado como espada se había convertido en sus manos en una inofensiva aguja de coser.

En alguna parte había oído o quizá leído que toda vida humana tiende a moverse en círculos, y que una y otra vez regresamos a algún punto de partida previo y recibimos una nueva oportunidad. De ser así, aquel día ella había completado uno de esos ciclos en el lugar exacto donde había comenzado su vida adulta. ¿Qué sucedería a continuación? ¿Se limitaría a seguir recorriendo el mismo camino, pero más lenta e indolentemente, o se abriría ahora ante ella una senda nueva y sorprendente?

También en la colección Sensibles a las Letras:



TRILOGÍA DE CANDLEFORD

de Flora Thompson

Traducción de Pablo González-Nuevo

ISBN 978-84-16537-60-0
640 páginas
28,90 €

La *Trilogía de Candleford* es un clásico de la vida en la campiña inglesa a finales del siglo XIX inspirado en la infancia y juventud de la propia

Flora Thompson en una comunidad agrícola del condado de Oxford. Un gran canto a la Inglaterra rural victoriana, cuyas páginas han inspirado obras de teatro en Londres y una célebre serie de la BBC en 2008.

> «Un relato autobiográfico que nos habla de la Inglaterra victoriana y rural. Cosechas, canciones de taberna y juegos al aire libre.»
>
> **ÓSCAR LÓPEZ, *Página Dos***

> «Thompson aporta una mirada casi documentalista en este libro, excepcional en su escritura, y sobre todo, en su forma de narrar, atendiendo al detalle mediante un ritmo de lectura sosegado.»
>
> **ISRAEL PAREDES, *Revista de Letras***


JOSEPHINE TEY
La hija
del tiempo
Traducción de Efrén del Valle
HOJA
LATA

La hija del tiempo

Tey, Josephine
9788416537938
272 Páginas

Postrado en una cama de hospital, el inspector Alan Grant se aburre mortalmente. Ni las anémonas de la señora Tinker, su ama de llaves, ni el ruibarbo estofado de la enfermera Darroll logran animarlo. Pero un día llega su amiga, la actriz Marta Hallard, con una vieja postal de Ricardo III, y Grant queda fascinado por su enigmático rostro.

Ese no es el rostro de un monstruo jorobado, ni del supuesto asesino de niños que cuentan los libros de historia. Con la ayuda del joven y enamoradizo Brent Carradine, investigador del Museo Británico, Grant se zambulle en la Inglaterra de la guerra de las Dos Rosas, en pleno siglo xv, para desentrañar uno de los misterios más oscuros de la monarquía británica: ¿mató Ricardo III a sus sobrinos, los Príncipes de la Torre, para hacerse con el trono?

Cómpralo y empieza a leer


HOJA DE LATA
LUISA CARNÉS
Tea Rooms
Mujeres obreras
Epílogo de Antonio Plaza

Tea Rooms

Carnés, Luisa

9788416537365

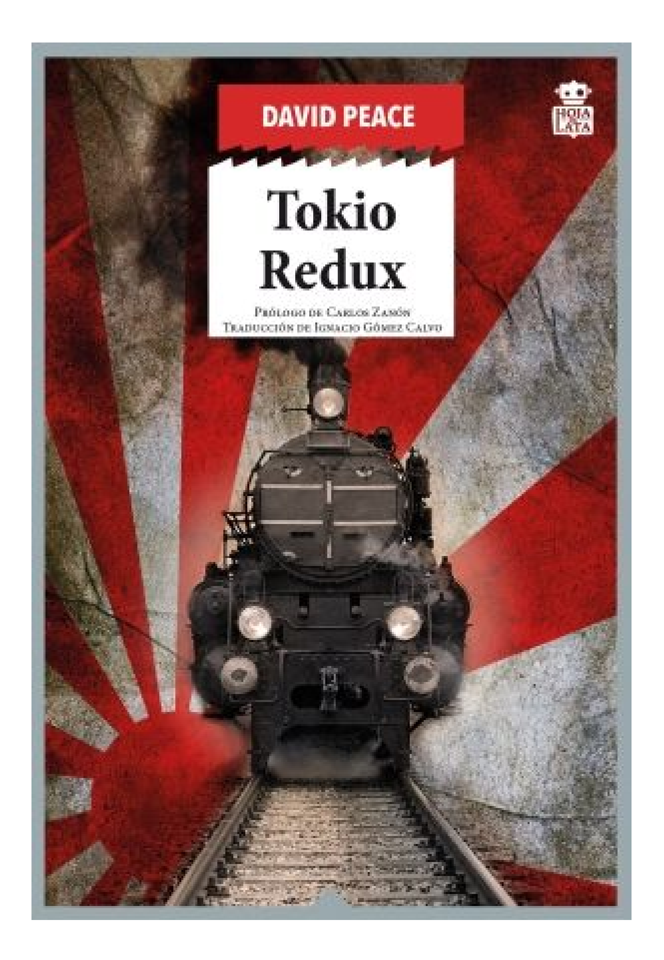
272 Páginas

Corren los años treinta en Madrid y las trabajadoras de un distinguido salón de té cercano a la Puerta del Sol ajustan sus uniformes para comenzar una nueva jornada laboral. Antonia es la más veterana, aunque nunca nadie le ha reconocido su competencia.

A la pequeña Marta la miseria la ha vuelto decidida y osada. Paca, treintañera y beata, pasa sus horas de ocio en un convento y Laurita, la ahijada del dueño, se tiene por una "chica moderna". Pero únicamente Matilde tiene ese "espíritu revoltoso" que se plantea una existencia diferente.

Autora invisibilizada de la Generación del 27, Luisa Carnés escribió esta portentosa novela social rompiendo los esquemas narrativos de la época.

Cómpralo y empieza a leer


DAVID PEACE
Tokio
Redux
Prólogo de Carlos Zanón
Traducción de Ignacio Gómez Calvo
HOJA LATA

Tokio Redux

Peace, David
9788416537372
464 Páginas

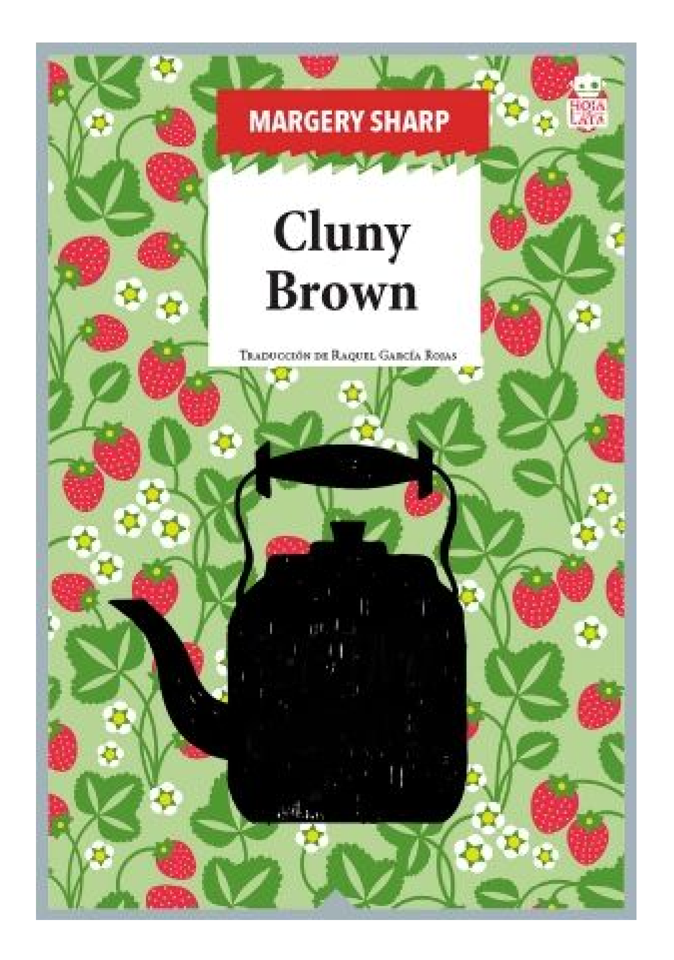
Cómpralo y empieza a leer

El 5 de julio de 1949 la Ocupación tenía resaca. El Japón ocupado militarmente por los Estados Unidos se despierta de los festejos del Cuatro de Julio con una preocupante noticia: Sadanori Shimoyama, el presidente de la Empresa Nacional de Ferrocarriles, el hombre que adora los trenes, ha desaparecido. Sobre él pesan amenazas de muerte tras anunciar cien mil despidos. Shimoyama es pieza clave para que todo siga funcionando bajo la Ocupación, para que el país ame a sus nuevos amos, para que no estalle la tercera guerra mundial. El general Willoughby, mano derecha del comandante supremo MacArthur, su fascista favorito, encarga al detective Harry Sweeney que centre todos los recursos disponibles en encontrar a Shimoyama.

En 1964, mientras el país prepara los Juegos Olímpicos, al expolicía Hideki Murota, le encargan averiguar qué ha sido de Roman Kuroda, escritor obsesionado con el misterio Shimoyama. Su editor le ha dado un cuantioso anticipo para que escriba el gran libro sobre el caso y el plazo del contrato está a punto de expirar.

Y en el otoño de 1988, mientras el emperador Hirohito agoniza, Donald Reichenbach, el prestigioso traductor estadounidense afincado en Japón, recibe la visita de una joven compatriota. Viene a exigirle información sobre los lejanos días en los que el joven Reichenbach trabajaba para el contraespionaje americano en el país del sol naciente.
Tokio Redux es la historia de tres hombres atrapados en la locura que envuelve el caso Shimoyama, una espectacular novela negra de corte clásico a la que David Peace ha dedicado diez años y que pone broche de oro a su Trilogía de Tokio.

Cómpralo y empieza a leer


MARGERY SHARP
Cluny
Brown
Traducción de Raquel García Rojas

Cómpralo y empieza a leer


KATJA OSKAMP
Marzahn, mon amour
Prólogo de Belén Gopegui
Traducción de Santiago Martín Arnedo
HOJA
LATA

Marzahn, mon amour

Oskamp, Katja
9788416537358
192 Páginas

A sus cuarenta y muchos años, Katja es una escritora en crisis y una madre sin nido que atender. Como mujer, por cortesía de la sociedad, empieza a volverse invisible, momento ideal para hacer cosas terribles o maravillosas. Y así, en 2015, Katja cambia la pluma por la bata blanca y empieza a trabajar como pedicura en un salón de estética del barrio berlinés de Marzahn, una de las zonas residenciales prefabricadas más grandes de la antigua RDA. Allí viven el señor Paulke —toda una vida arrastrando frigoríficos y pianos—, la dulce señora Guse, que ya tiene escogida la música para sus funerales o Fritz, los pies más bonitos de toda la consulta.

Un libro bello e importante, como los cerezos en flor de la pradera frente al salón en primavera; como la incombustible señora Blumeier rodando risueña entre ellos con su elegante modelo eléctrico; o como una resplandeciente manicura de fantasía.

Cómpralo y empieza a leer